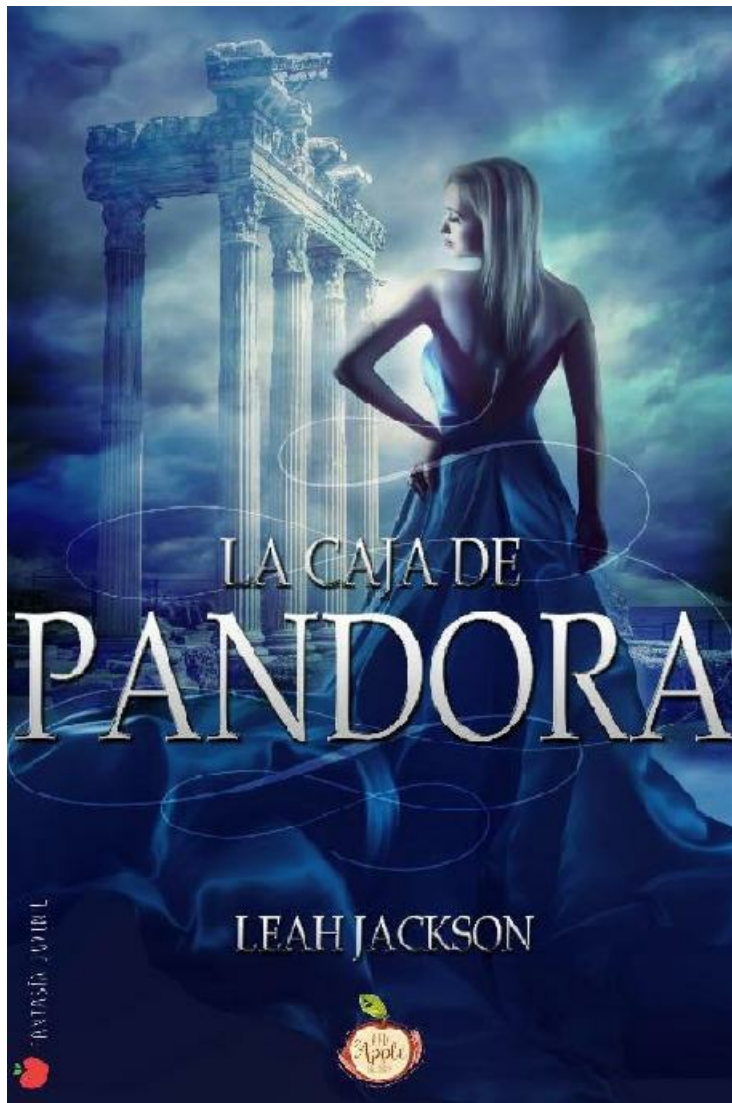


LA CAJA DE
PANDORA

LEAH JACKSON



LA CAJA

DE

PANDORA

Leah Jackson

Los personajes y situaciones que se narran en esta historia son ficticios, cualquier hecho parecido a la realidad es mera coincidencia.

La Caja de Pandora

©Pamela Fernández Tovar

©De esta edición: Red Apple Ediciones www.redappleediciones.com

info@redappleediciones.com

Diseño de la cubierta y maquetación: SW Design **Imagen de la cubierta:** ©Inara Prusakova, ©sondem, / 123rf.com **Primera edición:** Julio 2017

ISBN: 978-84-947121-5-9

Bajo las sanciones establecidas por las leyes queda rigurosamente prohibidas, si la autorización ex-presa de su titular, la reproducción total o parcial de esta obra por cualquier medio o procedimiento mecánico o electrónico, actual o futuro —incluyendo la impresión para su posterior copia o la difusión a través de “amigos” en internet— y la distribución de ejemplares de esta edición o posteriores y futuras mediante alquileres o prestamos públicos.

Menú de Navegación

[Prólogo](#)

[1](#)

[2](#)

[3](#)

[4](#)

[5](#)

[7](#)

[8](#)

[10](#)

[11](#)

[12](#)

[13](#)

[14](#)

[15](#)

[Epílogo](#)

A mi tía.

Sin tu apoyo incondicional

no lo hubiera conseguido.

Prólogo

Cómo empezó todo

En lo más profundo del infierno, las puertas que guardaban el mayor de las condenas se abrieron de par en par y dejaron escapar de entre sus opresivos muros los demonios más poderosos, los más aterradores, los más dolorosos. Los seres humanos, indefensos ante tales plagas, alzaron sus súplicas al cielo para que los dioses paganos las escucharan; pero mientras ellos debatían si intervenir o no, la agonía, las enfermedades, las guerras, el miedo, el hambre y el sufrimiento se cobraron miles de víctimas.

En realidad, ese infierno no se hallaba en esta dimensión, aunque se podía acceder a él a través de lo que algunos llamaron La caja de Pandora.

La caja de Pandora.

¿Quién no ha oído hablar de ella? ¿Quién no sabe lo que es o, como mínimo, no le suena de algo?

Hoy en día, puede que muy pocos.

Pues, sinceramente, ojalá yo tampoco lo supiera. Mi vida sería mucho más fácil de esa manera. Creedme.

Pero a lo que íbamos, seguro que os estaréis preguntando a santo de qué viene todo esto, ¿no? ¿Tiene algo que ver conmigo o con lo que me pasa para que me ponga en plan profe de historia y os aburra con ello?

Pues sí. Y si esperáis un poco, os haré saber por qué.

Empezaré por el principio y ese principio implica a Prometeo, uno de los titanes más célebres que hayan existido jamás. Era lo que podríamos llamar un tío listo, muy pero que muy listo, tanto así que se supone que creó al primer hombre con solo barro, agua y una centella del carro del sol. La pega de todo eso es que no lo convirtió en el tipo más popular de la clase o, en este caso, del

Olimpo.

Zeus, el *superjefe*, jefazo, sintió unos celos impresionantes de la creación del titán por lo que le ordenó a Hefesto, dios del fuego y la fragua,

que creara a su vez, una mujer que habría de ser la esposa de Prometeo. Ahí es donde entra en escena Pandora.

Para describirla un poco y que, así os hagáis una idea, Pandora era una mujer bendecida con muchos dones. Era hermosísima, inteligente, elocuente y tenía talento para la música.

Sin embargo, también la dotaron con algo que sería su perdición: la curiosidad.

Zeus añadió, además, una caja cuidadosamente cerrada que Pandora debía entregar a su esposo como regalo de bodas.

Cuando la mujer se presentó ante Prometeo como un obsequio de los dioses, este sospechó que aquello debía de tratarse de una trampa. Al rey del Olimpo no le faltaban razones para odiarlo, sobre todo después de que le robara el fuego celestial para entregárselo a los humanos y que, de esa forma, pudieran avanzar como civilización, así que se negó a recibir a la pobre Pandora con los regalos de la mano y advirtió a su hermano de lo que sucedía. Epimeteo, un hombre muy majo, que se hacía querer fácilmente, pero que no poseía la perspicacia que caracterizaba a Prometeo, le respondió que sería precavido y que se cuidaría de lo que le enviaran los dioses. No obstante, en cuanto puso los ojos sobre la hermosa mujer, se olvidó incluso de su nombre. Se quedó con Pandora, con la caja y se hubiera apañado hasta el aire que respiraba la joven si hubiera podido.

Aish... me estoy desviando del tema. Volviendo a lo que decía antes sobre la desgracia de Pandora. No hay peor cosa que decirle a alguien muy curioso que no meta las narices en algo porque, al final, siempre lo hará. Y

eso fue lo que pasó. Zeus le dijo a la mujer que no debían abrir la caja bajo ninguna circunstancia y así se lo comunicó ella a Epimeteo. Sin embargo, fue pasando el tiempo y, finalmente, llegó un momento en el que su fuerza de voluntad se resquebrajó y se rompió en mil millones de pedazos pequeños e inservibles. La curiosidad pudo más que la advertencia y abrió la caja.

Ya sabemos lo que pasó después. Todos los males salieron a jugar con la humanidad y lo único que se quedó atrás fue la esperanza.

Una historia encantadora, ¿verdad?

Un mito.

Puff... Ojalá. La de problemas que me habría ahorrado si, de verdad, lo fuera.

Lo que no aparece en la historia es que, después de que metiera tantísimo la pata, los dioses condenaron a Pandora a ser ella misma la que recuperara los males que había arrojado sobre los hombres por toda la eternidad.

Y aquí estamos, hasta el cuello de... Bueno, dejémoslo a la imaginación de cada uno.

¿Qué cómo sé todo eso? Es muy simple. Yo estaba allí.

Yo era Pandora.

Y esta es mi historia.

1

Me lo pensaré dos veces antes de volver a buscar en Internet

De verdad. Lo prometo. No volveré a tocar un ordenador en mi vida.

Vaya susto me llevé la última vez que lo hice. En serio.

Mi mejor amigo, Ryan, y yo, eh... teníamos que hacer un trabajo sobre mitología griega y solo a mí se me podría haber ocurrido la brillante idea de hablar del mito de Pandora. Si hubierais visto la cara de mi profesor de cultura clásica cuando lo sugerimos, habríais pensado que se acababa de comer un limón agrio, o que tenía enormes dificultades para ir al baño.

El señor Hono, -sí, ese era su apellido, no es cachondeo-, era un hombre relativamente mayor, puede que se encontrara entre los cuarenta y los cincuenta años muy bien llevados, a mi parecer. Conservaba todo el pelo, con un brillo y una vitalidad que ya quisiera cualquier peluquero y solo se entremezclaban una o dos canas por aquí y por allá que le otorgaban un aire interesante. Tenía lo que podríamos llamar unos rasgos aristocráticos, prominentes, marcados y claramente intimidatorios, sobre todo en los exámenes. Si me lo encontrara por la calle y no lo conociera, habría jurado que se trataba de un general o algo así, -a lo mejor lo fue en otra vida, quién sabe-. Era alto como una montaña y, además, musculoso, pero no de los del tipo del gimnasio, no. La constitución del señor Hono era la de un caballo de carreras, por lo que no necesitaba más que dar un par de paseos del instituto a casa para alcanzar la masa corporal de un toro. Seguro que mi padre se moriría de envidia si se tropezara con él y más desde que había empezado a echar barriguita o, al menos, así había sido la última vez que lo había visto allá por el año de la pera limonera cuando se vio afectado por un virus denominado *conciencia*.

Estoy divagando.

Nuestro proyecto consistía en seleccionar un mito griego que tuviera un impacto especial en nuestro idioma y como era por parejas, Ryan y yo nos

pusimos juntos.

Nos decidimos por Pandora debido a la frase *la esperanza es lo último que se pierde*.

Siempre me ha hecho sentir mariposas en el estómago. Me encantaba y me ayudaba a pensar de que, tal vez, solo tal vez, también hubiera algo para mí.

Después de las clases, fuimos al aula de ordenadores. No está, exactamente, permitido que dos

alumnos los utilicen sin el consentimiento de un profesor, pero nos colamos igualmente. ¿Razón? Yo no tenía en casa y el de Ryan estaba estropeado, así que o utilizábamos los del instituto o suspendíamos. Como comprenderéis, lo segundo no era una opción si quería conseguir una beca decente para ir a la universidad por lo que no nos quedó más remedio que acogernos a lo primero.

En mala hora se me ocurrió.

Mientras mi mejor amigo se las apañaba para encender uno de esos aparatos que parecían haber acompañado a Matusalén a jugar a las canicas de pequeño, yo me dediqué a colocar las sillas y las mesas bien alineadas, con espacios simétricos entre ellas. No se podía negar que quedaban mucho mejor de esa manera.

—Cassie —susurró Ryan—, deja eso. Tenemos que darnos prisa.

Vamos.

Claro, como era tan fácil para mí hacerlo y, luego, no sucedían cosas malas si no dejaba todo como debería estar...

Empecé a mover las manos con nerviosismo. Me temblaban, me picaban, necesitaba que las cosas estuvieran perfectas. Tenían que estar perfectas.

—Respira hondo. Sé que es difícil, pero tienes que concentrarte en lo que debemos hacer antes de que nos pillen.

Ya lo sabía...

¿Por qué tenía que ser así?

Ryan introdujo la contraseña y esperamos otro poco, agachados. Cerré los ojos y traté de relajarme repasando la lista de lo que había confeccionado anteriormente.

—Ya está. Voy a buscar en el *google*...

Lo interrumpí:

—Mejor, ¿por qué no vas a la biblio a preguntar si tienen algo?

Ryan dudó. No quería dejarme sola ante el peligro, pero la verdad es que había menos probabilidades de que me expulsaran a mí por encontrarme allí que a él. Mi expediente escolar era una oda a la brillantez,

-sí que existe esa palabra, lo he comprado-y, aunque esté mal decirlo, gracias a mí el colegio conseguía financiación por parte del estado para impartir varias de las asignaturas extraescolares. No se arriesgarían a perder ese dinero solo porque me hubiera saltado una estúpida norma.

Al final, asintió renuente y salió del aula, momento que yo aproveché para ponerlo todo perfectamente alineado. Acto seguido, me senté delante del cacharro y me puse a buscar en internet cualquier cosa relacionada con el mito de Pandora.

Lo primero que apareció en la pantalla fue santa *wikipedia*. ¿Qué haríamos sin ella nosotros, los pobres estudiantes?

Eso me sirvió para ponerme en antecedentes. Después continué buscando, aunque más relacionado con el tema que tenía que tratar.

No recuerdo exactamente el tiempo que permanecí allí, pero como cuando me concentro en una cosa, todo lo que me rodea desaparece, me llevé el susto de mi vida al regresar Ryan con un par de libros de la mano.

—Lo siento —se disculpó al ver que había palidecido y me había llevado la mano al corazón.

Se sentó a mi lado y si se dio cuenta de que me había tomado el tiempo para ordenarlo todo, no dijo nada.

De repente, la pantalla se iluminó como si hubieran explotado unos fuegos artificiales dentro. Había saltado una página cuyo título parpadeaba en un color rojo neón brillante y que me atraía más que hacer el vago un domingo por la tarde. Desde luego, no debía de ser por el gusto que había tenido el administrador a la hora de elegir diseño ni cómo llamar la atención del personal.

Ryan se removió inquieto en el asiento.

—¿Estás segura de que quieres abrir eso?

No le contesté. Me hallaba en algo parecido a un trance o, tal vez, me habían hipnotizado y no me había dado cuenta. No lo sé. El caso es que, simplemente, hice clic con el ratón y me salió una contraseña.

¿Para qué iban a querer encriptar una página web que hablara sobre mitos griegos?

—Creo que no deberías meterte ahí, Cassie. Si tiene contraseña, será por algo. No lo fuerces. Tengo un mal presentimiento sobre esto.

Y como si el joven Han Solo allí presente hubiera llamado a la mala suerte, logré tener acceso y... la luz de todo el edificio se fue al traste.

Nos quedamos a oscuras unos segundos hasta que los monitores de todos los ordenadores de la sala se encendieron a la vez para mostrar la imagen más extraña -y más siniestra- que jamás hubiera tenido la desgracia de ver. Era como un incendio, todo rojo, naranja y negro, con humo por todas partes. Era capaz de olerlo, incluso. De la página se desprendía miedo, oleadas y oleadas de miedo, y lo acompañaban sus dos buenos amigos, dolor y sufrimiento. Todo salía de allí a raudales. Sin embargo, lo peor no llegó hasta que unos gritos desgarraron el aire, como si alguien estuviera padeciendo el tormento de los condenados. Me llevé las manos a las orejas en un vano intento de silenciarlos, ya que los estaba oyendo directamente dentro de la cabeza.

Oí que una voz malévola me susurraba un *gracias* lleno de satisfacción antes de que el mundo estallara a nuestro alrededor.

Ryan me tiró al suelo y me cubrió con su escuálido cuerpo mientras los cristales volaban libremente por encima de nuestras cabezas. Lo sentí estremecerse antes de ponerse en pie a toda velocidad con cara de haber visto un fantasma. Me levantó con más fuerza de la que le creí capaz y tiró de mí hacia la puerta mientras me espetaba lleno de urgencia: —Vamos, tenemos que irnos.

Salimos corriendo a toda velocidad y no fue hasta que llegamos al aparcamiento que me di cuenta de que Ryan tenía los brazos llenos de arañazos y de que llevaba el pelo rubio despeinado y con trocitos de cristal plástico. Los dos estábamos casi histéricos pero debíamos marcharnos de allí lo más rápido posible, así que saltamos a su coche y, pocos minutos más tarde, nos encontrábamos en su habitación, más nerviosos que Lady Gaga en medio de los premios MTV, y con unas cuantas heridas de regalo.

—¿Qué ha pasado? —preguntó él antes de empezar a pasearse preso del estrés.

Pues si quería una respuesta racional de mi parte, ya podía irse buscando a otra persona.

No tenía ni la más remota idea.

Aterricé en la cama con un suspiro, cerré los ojos y apoyé la frente en las manos. Ahora que había pasado el pánico, me sentía exhausta.

¿Cómo era posible que nos hubiéramos cargado todos los ordenadores del insti solo por meternos en una página web?

Por el amor de Dios, era como si alguien me dijera que internet se había ido al garete porque alguien había entrado en *facebook*. No tenía sentido.

—Te dije que era una mala idea, Cassie. ¡Te lo dije! —abrí los ojos.

Ryan se estaba mordiendo las uñas pintadas con boli rosa -sí, rosa, pero eso, ahora, no viene al caso-mientras seguía paseándose de un lado a otro.

Estaba, incluso, más demacrado que antes y los cortes iban todos adornados con sangre seca—. Seguro que nos expulsan por esto. Mi padre me va a matar. ¡No tenemos dinero para pagar los destrozos!

Yo tampoco lo tenía. Vamos, ese era el motivo por el que no tenía ordenador para empezar, porque era más pobre que las ratas. A lo más que había llegado el presupuesto de mi madre era a un mp3 de segunda mano por el día de mi cumpleaños.

—Es imposible que alguien nos relacione con este incidente —le aseguré a pesar de no tenerlas todas conmigo.

—¿Cómo lo sabes? —me miró con un brillo perturbado en los ojos. Con el pelo y la ropa como los llevaba, realmente parecía medio loco. Justo en ese momento, me percaté de que, además, también tenía la habitación como una leonera. Empecé a mover los dedos mientras trataba de fijarme en otra cosa. Miré al suelo y me rasqué la cabeza a la vez que le contestaba: —

Nadie nos ha visto entrar ni salir de allí —o eso esperaba—, y aunque lo hubieran hecho, no tienen pruebas de nada. Hay huellas de todos los alumnos y profesores en ese lugar y nadie sabe que tengo una copia de la llave de la puerta. Estamos a salvo.

En cuanto empezó a relajarse, notó el escozor de las heridas. Me di cuenta porque siseó después de haber soltado un suspiro de alivio.

—Voy al baño. Debo arreglarme todo este estropicio. ¿Te has hecho algo tú?

Me mordí el labio inferior.

—No. No me he hecho nada.

—¿Seguro?

—Sí.

Sabía que seguía mirando al suelo y que él quería presionarme más, pero al final cedió y salió de la habitación del tamaño de un ladrillo. Me volví a rascar la cabeza, conté con los dedos, hice listas, todo lo que se me ocurrió para centrar mi atención en otra cosa que no fuera ese desorden. De verdad que lo intenté. Pero fue superior a mis fuerzas.

Todo tiene que estar perfecto. Todo tiene que estar perfecto. Todo tiene que estar perfecto, me repetía una y otra vez.

—Cassie... —suspiró Ryan. Podía oír la resignación en su voz. Me sentí fatal.

—Lo siento. No lo pude evitar —respondí, pasando el peso de una pierna a otra.

Es verdad, no puedo evitarlo. Tengo que organizarlo todo. Un lugar para cada cosa y cada cosa en su sitio, como reza el dicho, sino me pongo nerviosa. También tengo que contarle todo, es superior a mí: las baldosas, las rayas de los pasos de cebra, los pasos que doy normalmente al caminar, las sillas, las mesas... todo. Tengo que sentarme de una forma determinada, en un lugar determinado para poder estudiar. Entro y salgo de cualquier habitación con el pie derecho y llamo a las puertas o meto las contraseñas del móvil con la mano derecha. Las sobras de comida, las meto en *tupperwares* y las apilo por orden alfabético en la nevera. Mis libros y apuntes siguen el mismo patrón. En el armario, tengo las chaquetas y las camisas seguidas de las camisetas y los pantalones en código de colores, y los zapatos van por orden de altura y utilidad.

Lo sé. La que está loca soy yo. Bueno, según la psicóloga, todo esto se llama trastorno obsesivo-compulsivo.

Es un trastorno de ansiedad que hace que piense que si no realizo todas estas acciones, es decir, que si no consigo que todo sea perfecto, se acabará el mundo. Es difícil de explicar. No tengo muchos amigos debido a esto.

Mis padres se divorciaron por esto. Todo es culpa mía, aunque mi madre no se queje nunca.

—¿Te has tomado la medicina hoy? —me preguntó Ryan.

Diría que la culpabilidad se me notó en la cara puesto que gimió y se pasó la mano por el pelo, ahora limpio.

—Cassie, lo prometiste.

—Lo sé, pero es que me deja con la cabeza abotargada. No puedo pensar con normalidad si estoy drogada hasta las cejas.

—Sabes que eso no es verdad. Anda, vete a casa y haz lo que tienes que hacer. En suficientes líos nos has metido ya por hoy.

—Lo siento.

Ryan me despidió con la mano y me fui a casa como me había mandado. Tenía razón, ya había causado bastantes problemas por un día.

Bueno, llamar casa al sitio donde vivía era lo mismo que decir que Pulgarcito era del mismo tamaño que Goliat. Tal vez, se adecuara más el término de *caja de cerillas*. La pequeña habitación de Ryan en comparación con la mía era como la mejor *suite* del Hilton.

Creo que ese era uno de los motivos por los que nos habíamos hecho amigos. Éramos casi iguales. Nuestra ropa era barata y veníamos de familias desestructuradas por diferentes motivos. Me comprendía como nadie. No sé lo que haría sin él. Es como el hermano que nunca tuve, solo que mejor.

Nos gustaban las mismas cosas, los mismos libros, las mismas pelis, la misma música, los mismos chicos... No, no es una errata. Le gustan los chicos, como a mí, pero no lo demuestra y me usa de pantalla frente a los demás.

La gente del instituto puede llegar a ser muy cruel con los que son diferentes; creedme, sé de lo que hablo. Aunque ahora que lo pienso, todo el mundo, en general, puede ser muy ruin y no solo los adolescentes. He tenido muchos ejemplos de ello en mi vida.

Ya en mi cuarto, me tomé las tres pildoritas de la alegría para, con las mismas, irme a la cama. Era poco más de media tarde, pero había sido una jornada tan condenadamente larga...

sentí que podría dormir para siempre. Puede que hasta fuera lo mejor.

El sueño no tardó en llegar. No obstante, aquella no fue como las otras veces. Cerré los ojos y supe que me encontraba en brazos de Morfeo, pero también flotaba en el aire y me veía tumbada debajo de mí.

¿De verdad ponía esa cara cuando dormía? ¡Qué espanto! Ahora entendía de dónde provenía el charquito que me encontraba en la almohada todas las mañanas. ¡Puag!

De repente, sentí un tirón desde el fondo del estómago que me impulsó a volar hacia arriba. Grité

cuando el techo se cernió sobre mí, ¿o fui yo la que se cernió sobre él? Es igual, el caso es que lo atravesé como si fuera un fantasma y continué elevándome hasta que salí del bloque de apartamentos.

Antes de que me diera tiempo a recuperar el aliento, ese mismo tirón, aunque ahora más fuerte, me arrastró más y más hasta que me di de bruces contra las nubes.

No son tan esponjosas como parecen desde el suelo. Hacen mucho daño cuando te estampas contra ellas. No sé cómo lo consiguen los aviones, de verdad.

Unas risas un poco maliciosas llenaron el aire a mí alrededor antes de que este se cargara de electricidad y la nube desapareciera dándome paso a una sala fastuosa, llena de todos los lujos y comodidades imaginables.

Parpadeé un par de veces, miré al suelo -a miles de metros de distancia- y volví a alzar los ojos.

Sí, aquello era una especie de salón del trono hecho ¿de qué, exactamente?

A mi mente analítica no le estaba sentando bien nada de aquello.

Un sueño, todo es un maldito sueño. En cuanto despierte no recordaré nada, pensé. Fijo que esto es culpa de las pirulas. Me da igual lo que digan. No voy a volver a tomármelas.

En aquel sitio, mi casa y la de Ryan podrían haber cabido juntas cuatro veces por lo menos. Cómo se sostenían las columnas doradas que levantaban los techos espumosos de color blanco, con toda la sinceridad del mundo, ni *flowers*. Las paredes eran idénticas al suelo transparente, aunque parecían retorcerse y formar figuras de vez en cuando. Si las miraba fijamente, podía ver que contaban historias. Había un hombre que manipulaba las estrellas, luego la escena cambió a una mujer que miraba a otro hombre como si este fuera lo único que hubiera en el universo; inmediatamente después, vi a esa misma mujer corriendo aterrorizada con un bulto entre los brazos y perseguida por un ejército entero. Él ya no estaba. Sin saber por qué, me dio mucha lástima.

Me aparté de esa pared y dirigí mi atención al resto del salón. Como antes, me sentí intimidada. Había doce tronos: uno era de marfil con cojines de terciopelo rojo situado en algo similar a una tribuna. Había otro justo al lado, más femenino, con florecillas del campo y enredaderas verdes, aunque ubicado en un peldaño más abajo. El resto estaban colocados a ras de...

¿suelo? ¿Nube? No sé, el caso es que se encontraban por debajo de los otros dos, formando una especie de semicírculo con cinco tronos a cada lado, decorados de manera diferente.

Comenzaré por describir primero los tronos de la derecha y, luego, los de la izquierda, desde los que se hallaban más cerca de los dos principales a los más alejados: así pues, en orden, el repulsivo ¿construido? Con algas marinas, el que te dejaba la ropa hecha un Cristo por los racimos de uvas negras que colgaban por doquier, el que parecía un cómodo diván que destilaba humo y olía a azufre, el que estaba confeccionado con espuma de mar y, por último, el tenía más pinta de ser una bomba atómica que un

asiento. En el lado izquierdo, se hallaba el trono de un empollón en toda regla con sus simbolitos de mates y física, aunque poseía un cojín de satén azul clarito que le confería un aspecto menos robótico -si es que un trozo de mármol pulido pudiera parecer robótico, claro está-. A continuación iba el de tierra y trigo -otro al que se le pondría la ropa perdida-, seguido de otros dos tan extravagantes que, incluso, me da vergüenza describirlos. Vamos, que los dueños debían de creerse el centro de su propio universo para representar en sus sillones al sol y a la luna. El último trono tenía muy mal aspecto, me daba grima solo mirarlo. Esperaba que el material no fuera lo que pensaba que era, porque, de lo contrario, me iba a largar más rápido de allí que Billy, el niño, después de haber atracado un banco.

Por el bolsillo mágico de Doraemon, parecen huesos.

Sentí que un repelús me bajaba por la espalda y se me instalaba en el estómago.

Me acababa de fijar en una especie de espejo en miniatura que flotaba sobre una mesa de madera de cerezo con un tapete rojo ribeteado, en una esquina de la sala cuando todo se iluminó como si una estrella hubiera entrado en la habitación y hubiera despejado las tinieblas.

Y, con ello, aparecieron. Sin más. Como las setas.

—¡Qué graciosa! —exclamó una de las mujeres. Llevaba un casco de guerrera y un búho en el hombro—. Nos acaba de comparar con unos hongos —se echó a reír mientras a mí me recorría otro escalofrío aun peor que el anterior.

Los otros, sin embargo, no parecieron verle la gracia por ninguna parte a juzgar por sus caras adustas.

El hombre que se había sentado en el trono más alto -de lo que deduje que, obviamente, era el jefe-me lanzó una mirada que me hizo querer esconderme detrás de cualquier columna.

Estaba muy pero que muy enfadado y no sé por qué, pero me daba la impresión de que la culpable era yo.

Suspiró con una mezcla extraña de frustración y exasperación.

—¿Por qué? —preguntó solamente.

¿Por qué? ¿Por qué, qué? Incliné la cabeza, confusa y fruncí el ceño.

—¿Por qué lo has hecho otra vez? —preguntó de nuevo—. Has tardado más de dos mil años en meter todos los demonios dentro de la caja y, ahora que, por fin, eras libre, ¿la has vuelto a abrir? ¿Por qué, humana? De verdad, no lo entiendo.

¿De qué estaba hablando? Aquel sueño se iba volviendo más raro por momentos. ¿Qué demonios? ¿Qué caja? Yo no me había acercado a nada parecido a un receptáculo de madera desde un cierto incidente que es mejor para todos los involucrados olvidar.

En vista de lo que era la sala y del poder que emanaba, creí que sería prudente dirigirme al

hombretón con respeto, por muy sueño mío que fuera.

Además, el tío tenía ese tipo de aura que decía: como te metas conmigo, te voy a descuartizar y me voy a reír mientras lo hago.

—Disculpe, señor, pero no entiendo de qué me está hablando.

Empecé a oír cuchicheos del tipo *es una descarada y ¿has visto? No se ha arrodillado delante del Padre. No tiene educación*. Bueno, pues lo siento, pero ¿cómo iba a saberlo?

Nadie me había enseñado el protocolo para un sueño psicotrópico. A todo esto, diría que es importante mencionar que tanto el trono de huesos como el de azufre continuaban desocupados.

—Silencio —dijo el hombre sin alzar la voz y el resto se calló. ¡Qué fuerte! A eso se le llama autoridad y lo demás son tonterías.

—Señor, si me permite, creo que no recuerda nada —comentó la que se había reído de mi pensamiento de las setas.

—Explícaselo tú, Atenea. Yo no tengo paciencia.

Mientras la mujer asentía, yo estaba pensando que todo aquello debía de tratarse de una broma.

¿Atenea? ¿La diosa? Se tienen que estar quedando conmigo. Eso, o es que las pirulas me han pegado fuerte esta vez.

—Esto no tiene nada que ver con los medicamentos que tomas para encajar con el resto de los mortales, humana.

Hice una mueca sin poder evitarlo. Tardaría un poco en acostumbrarme a que mis pensamientos fueran de dominio público.

—Castigamos a Pandora por ser la causante de que se abriera la caja a que fuera ella misma la que capturara a los demonios que se habían liberado. Le llevó más de dos mil años de reencarnaciones hacerlo pero, finalmente, lo consiguió.

Todo eso estaba muy bien pero ¿qué tenía que ver conmigo?

—Después de aquello, se decidió que tuviera una vida normal y se cambió la ubicación y el modelo de la caja para no tener más problemas.

Sin embargo, no hace mucho, alguien, un ser escudado en tinieblas pasó inadvertido al ojo de los guardianes y la robó. Pese a que la buscamos por

todas partes, no la encontramos. No obstante, no nos hallábamos demasiado preocupados puesto que solo una persona podría abrirla: Pandora. Se le puso vigilancia, pero no dio muestras de haberse aliado con nadie para conseguir poder...

—Atenea, ve al grano —comentó impaciente el jefeazo.

La mujer asintió con la cabeza:

—La caja se ha abierto de nuevo...

Eso ya lo había deducido. No me iban a estar contando esas monsergas para nada.

—Y has sido tú quien lo ha hecho.

Eso también lo había... Un momento, ¿qué?

—¡Yo no he hecho nada! —no puede evitar exclamar.

—¡Silencio! —gritó el tipo sentado en el trono de la bomba.

—¡Pero es que no he sido yo! No me he acercado a nada con el aspecto de una caja desde que Tommy Sanderson decidió que mi joyero labrado era un buen sitio para guardar sus gusanos.

—¡Cómo te atreves a replicarme, maldita humana! —escupió esas dos últimas palabras con un tono de asco tan profundo que me estremecí por completo. Casi parecía haber estado hablando de insectos -gusanos; puaj, qué asco-en lugar de referirse a mí. Se alzó sobre esas dos piernas en forma de almenaras y cruzó los impresionantes brazos sobre un torso igual de increíble. Fruncía el ceño y los labios como si hubiera comido una cebolla salada. Sin embargo, lo que me dejaron helada fueron sus ojos. En su interior podía ver las llamas del odio arrasarlo todo y no estoy hablando de una manera figurada, me refiero a que vi fuego de verdad, con ascuas y humo. No sé cómo, pero fui capaz de mantener la entereza y no dar un paso atrás.

—No he querido faltarle al respeto —aclaré—. Simplemente constato que no he tenido nada que ver con lo que se me acusa. Además, por lo que ha contado ella, supongo que la única que podría haber abierto la dichosa caja es la tal Pandora, así que no entiendo el motivo de todo esto. Yo no soy Pandora y no tengo ninguna caja —declaré rotundamente.

Y aquí fue cuando las cosas se torcieron. El hombre a cargo, que ahora deduzco que era Zeus, me sonrió y respondió:

—Ya la hemos recuperado por lo que es cierto que tú no la tienes —

suspiré llena de alivio. Pensé que me estaba dando la razón. Tendría que

haber esperado a que terminara de hablar—. Pero te equivocas en una cosa...

Hizo una pausa dramática. Como si el corazón no me fuera a estallar ya sin esas tonterías. Maldito sueño, quería despertar de una vez.

—Tú eres la reencarnación de Pandora y sí que has abierto la caja. Has vuelto a dejar salir a todos los demonios, aunque esta vez, también se ha marchado la esperanza.

¡Felicidades!

Si no fue culpa mía, ¿por qué me castigan?

Sé que esto no viene muy a cuento pero imaginaos un pavo, ¿lo tenéis?

¿Sí? Vale, pues ahora pensad en la cara de ese mismo pavo después de que le dijeran que, en lugar de ser el invitado de honor de la cena de navidad, va a formar parte del menú. Bueno, eso sería una aproximación de la cara que puse yo en aquel momento.

—¿Perdón?

Fue lo más educado que se me ocurrió, aunque también barajé las opciones: *¿de qué circo se ha escapado el payaso este? ¿Te has fumado algo? Y ¿estás bien de la cabeza?*

Porque, en serio, deberías hacértelo mirar. No obstante, ninguna de ellas me pareció la más adecuada, teniendo en cuenta el hecho de que era un dios que podía freírme con la mirada o algo así.

La que antes había descubierto que era Atenea se echó a reír a carcajada limpia. No lo entendí muy bien hasta que me di cuenta de que me había olvidado otra vez de ese pequeño aunque increíblemente importante detalle de que podían leerme la mente.

Mierda.

Vale, un error lo puede tener cualquiera y una palabra soez también. No vamos a darle más bombo al platillo.

Atenea se limpió una lágrima de la mejilla a la vez que se sujetaba el estómago mientras el resto nos miraba a las dos con desagrado. Se aclaró la garganta y murmuró una excusa al rey:

—Como te iba diciendo —¿era yo o su voz había adquirido un tinte ligeramente más polar? Juro por Dios, o dioses en este caso, que la temperatura cayó en picado en menos de diez segundos—, tú eres la reencarnación de Pandora y has vuelto a dejar sueltos a todos los demonios que encerraba la caja. Sin embargo, esta vez es peor ya que incluso la esperanza ha escapado.

La reacción de los otros dioses fue de asombro y conmoción. Por lo visto, no era la única que no había recibido la circular. Mentiría si dijera que aquello no me moló un montonazo.

—Ni siquiera podemos estar seguros de confiar en ella si la encontramos —continuó diciendo Zeus.

—De acuerdo, la cosa pinta mal y todo eso. No se ofenda pero, ¿qué tiene que ver conmigo?

—Puesto que has sido tú la que los ha liberado, serás tú misma la que los vuelva a cazar.

—¿Cómo? Tiene que estar bromeando. Por favor, que alguien me diga que sí.

Esto no podía estar sucediendo, me daba igual que fuera un sueño, una fantasía inducida o una alucinación esquizofrénica. No podía ser real.

—Escucha con atención lo que te explica el Padre, humana, si es que tu diminuta mente te lo permite —escupió uno de los dioses, un rubio con cara arrogante y un tono de voz incluso más prepotente. Era altísimo y llevaba algo parecido a una lira en la mano. ¿Para qué la querría?...

Un momento, un momento, ¿me acababa de llamar tonta por toda la cara el tipejo ese?

—¡Cassandra, presta atención! —exclamó Atenea. Me sorprendió de tal manera que me llamara por mi nombre que terminé por hacerle caso y dejé correr el asunto.

Pude apreciar que Zeus apretaba los apoyabrazos con tanta fuerza que se le habían puesto los nudillos blancos y tenía un rictus espantoso en la cara. Por un instante, me dio miedo. Parecía que estaba a punto de colmarle la paciencia.

—Escúchame bien, humana —otra vez con lo mismo, ¿no podrían evitar poner tanto asco en la palabra? Porque, de verdad, que es como si estuvieran hablando de escarabajos peloteros—, esto es muy importante para tu futuro. Los demonios que has liberado se encuentran desperdigados por la red de tu instituto. Por suerte, es un sistema cerrado. De lo contrario, hubiera sido, prácticamente, imposible para ti volver a hallarlos. Todavía son débiles, no tienen forma corpórea, son más fáciles de atrapar. Sin embargo, sí que son lo suficientemente poderosos para influir en las personas que, en su interior, tengan tendencias hacia lo que representan esos demonios, es decir, que hará que tus compañeros, gente a la que conoces y con la que convives, empiecen a comportarse de manera errática, que tenga

actitudes que nunca antes habían presentado e irán yendo a peor a medida que pase el tiempo.

Los demonios se alimentan de eso, de su pecado, y cuando tengan el poder suficiente para conseguir ocupar sus cuerpos permanentemente, extenderán el caos y la miseria por todo el mundo.

—Para que entiendas, Cassandra —tomó la palabra Atenea—, la última vez que fallaste en tu misión y uno de los demonios, Masacre, tomó forma humana, provocó lo que los humanos conocen como el genocidio de los judíos en la Segunda Guerra Mundial.

Me quedé atónita... y horrorizada... y tantas otras cosas más que no sabría ni por dónde empezar a catalogarlas para hacer una lista.

—¿Entiendes ahora por qué no podemos permitir que campen a sus anchas? ¿Por qué tienes que capturarlos?

—¿Yo? ¿Tengo que hacerlo yo? Pues va a ser que no, bonita. Aquí los dioses todopoderosos sois vosotros, así que no me metáis a mí en vuestros berenjenales. Qué fácil es echarle la culpa a los demás y, luego, lavarse las manos del asunto, ¿verdad? Para empezar, si no hubierais creado la dichosa caja, no estaríamos todos metidos en este lío ahora. Segundo, ¿no se suponía que la habíais recuperado? ¿Cómo pudisteis dejar que os la quitaran? ¡Sois unos incompetentes! Después, os plantáis todo regios delante de mí pidiéndome explicaciones de algo de lo que no tenía ni idea.

No lo recordaba porque mi anterior reencarnación ya había solucionado el problema que, por

cierto, tampoco fue culpa mía. ¡La primera vez tampoco fui yo la que abrió la caja! —y hubiera seguido con mi perorata histérica y llena de falta de respeto si Zeus no llega a levantar una mano, a chasquear los dedos y a hacerme sentir que me arde el lado izquierdo del cuello. No os estoy hablando de un ligero escozor, no. Fue como si alguien me estuviera marcando con un hierro candente. No pude evitar que se me escapara un chillido agónico y me llevara las manos a donde me dolía. Se me llenaron los ojos de lágrimas sin derramar, me doblé por la cintura y aterricé de rodillas en la nube.

Jadeé, respiré hondo varias veces y, poco a poco, el dolor fue remitiendo. Me aparté las palmas del cuello y me las miré esperando encontrar rastros de sangre.

No había nada.

No obstante, volví a tocarme con los dedos para comprobarlo de nuevo, por si acaso.

Seguía sin haber fluidos, pero lo que sí noté fue una leve rugosidad en la piel que antes no se había encontrado ahí. Tenía forma de herradura con dos rabitos sobresalientes, uno a cada lado.

¿Una omega? ¿Por qué me había aparecido ahí? ¿Se notaría mucho?

Menos mal que se trataba de un maldito sueño ya que, de lo contrario, no habría sabido ni cómo empezar a explicarle a mi madre lo del nuevo tatuaje.

Alcé la mirada con la mano todavía en el cuello -aún me escocía tela marinera-y salvo Atenea, que tenía una ceja arqueada, una sonrisa en los labios y otra en los ojos; los demás me miraban como si acabara de admitir que había asesinado al Papa. Supongo que no están acostumbrados a que alguien y, mucho menos, un humano -¡Puag, qué asco, quita bicho!, ya sabéis-, les pusiera los puntos sobre las íes.

Debo reconocer que conseguí sentirme satisfecha durante, aproximadamente, diez segundos, antes de que el padre de todos los dioses abriera esa gran boca que tiene tras haberse aclarado sonoramente la garganta:

—¿Sabes lo que significa esa impronta que te he grabado en el cuello?

—arrogancia, pensé que el rubito prepotente era tu dueño pero, por lo visto, te han bautizado con un nuevo nombre.

—Es un símbolo de física —respondí sin entender muy bien adónde quería llegar.

—Es más que eso —vaya, así que hemos dejado atrás la arrogancia para dar cabida a la condescendencia, ¿eh?—, la marca que ahora te tiñe la piel avisará a cualquier ser que posea poderes sobrenaturales de que estás maldita, de que has sido castigada por los dioses. De hecho, seguramente, es lo que utilizarán los demonios para identificarte. El tatuaje es una omega porque significa el fin de todas las cosas. Tú serás su final —decretó majestuosamente.

Si no hubiera estado tan asustada, tal vez, podría haberle admirado. La forma en que modulaba la voz para hacer que la gente hiciera lo que él quisiera era impresionante. No me vendría mal

aprender una o dos cositas de él, en serio.

—Cassandra —dirigí la mirada hacia Atenea. Era la única en ese *distinguido* grupo que se dirigía a mí como si mi cerebro no fuera el de una hormiga—, antes de continuar negándote, quiero que pienses bien en todas las consecuencias que traerán tus acciones. Los demonios se alzarán y crearán el caos en última instancia. Sin embargo, no es solo eso. Con ese

símbolo en el cuello, es como si tuvieras una diana de cinco metros clavada en la espalda y un cartel neón brillante en el que pusiera: *soy vuestra enemiga*. Eso significa que te atacarán primero y preguntarán después. Y no solo irán a por ti, sino también a por tus seres queridos.

Piensa en ellos, piensa en tu madre y en Ryan.

Y yo que creía que Zeus era bueno en esto. Con Atenea en el ruedo, el rey de los dioses no tenía absolutamente nada que hacer. ¡Qué astuta era!

Me había dado justo en el único sitio en el que era vulnerable.

—Lo sé —respondió con una sonrisa—. Soy la diosa de la inteligencia.

—Yo diría, más bien, la diosa de la manipulación.

Estoy segura de que si hubiera sido otra, se habría ofendido y me habría lanzado un rayo o me habría aplastado como a una mosca. No obstante, ella se limitó a reír y comentar: —Me lo tomaré como un cumplido.

Se lo estaba pasando pipa conmigo, la tía. Bueno, mejor eso a que se uniera a las hordas a favor de *los humanos son insectos, creemos un nuevo dios mata cucarachas para acabar con ellos*.

De repente, una especie de terremoto sacudió el suelo.

¿Cómo era posible si estábamos en una nube?

A Zeus se le oscureció el semblante, le echó una mirada a la hermosa mujer que se sentaba a su lado con el ceño fruncido, que le devolvió a su vez, otra llena de preocupación.

Hubo un temblor y las paredes transparentes comenzaron a teñirse de negro.

—Atenea, encárgate del resto —rugió el Padre, aun así no pudo marcharse a ninguna parte debido a que el dios del trono de la bomba -

¿Ares, tal vez?- empezó a despotricar contra él:

—¡Esto es increíble! —se levantó de un salto y empezó a pasearse de arriba abajo tan enfadado que me dio la sensación de iba a comenzar a echar humo por las orejas en lugar de por los ojos.

Zeus se había puesto en pie y eh... digamos que le lanzaba dagas con las pupilas, por resumirlo de alguna manera.

—¡No solo eres incapaz de manejar a esos diosillos de poca monta sino que, encima, te has rebajado a pedirle ayuda a una miserable mortal!

—me envaré. Yo no tenía nada de miserable—. ¡Se supone que eres el rey de los dioses! ¿Dónde está tu orgullo? ¿Tan bajo hemos caído? Por no hablar de lo que vamos a hacer con Cronos si el chico de Hades no logra

sellarlo a tiempo. ¡Por el Hontanar Primordial, tu estupidez va a provocar nuestra caída!

No sé yo si es muy inteligente leerle la cartilla de esa manera al hombre, al dios, que está al cargo, sinceramente. Sin embargo, yo ahí no era más que una mera espectadora. La verdad es que lo prefería de esa manera.

—¡Ares, ya basta! —fue Atenea la que alzó la voz. Por lo visto, había pensado lo mismo que yo, aunque me chocó bastante que aquella mujer tan amable desprendiera tanto poder estando enfadada—. No es un tema que debemos discutir ahora.

Delante de la humana.

No hizo falta que lo añadiera, sabía leer entre líneas. Tampoco me molestaba. Si no iba conmigo el asunto, no me interesaba. Aun así, no había que ser ningún lumbreras para ver que el ambiente se iba caldeando y no de forma agradable. Al final, todo iba a volar por los aires y me temía que me iba a pillar a mí de por medio.

Muchos de los dioses tenían los ceños fruncidos y otros miraban a Ares como si tuviera toda la razón del mundo. El dios se detuvo y miró a Zeus con una ira apenas contenida: —¿Qué impedirá que nos hagamos a nosotros lo mismo que a Hades si se dieran las circunstancias!

Hubo asentimientos por doquier así que me imaginé que eso era lo que más preocupaba por aquellos lares, que a Zeus se le fuera la pinza y los encerrara en mazmorras a todos -¿De dónde había venido el conocimiento sobre la situación del dios de los muertos? Encogimiento de hombros,

¿generación espontánea, tal vez?-. Bueno, no creo que fuera para tanto.

Sería como cuando mi madre me manda a mi habitación sin cenar...

—¿¡Eres estúpida, humana, o qué!? —me gritó el tipo sentado anteriormente en el sillón de las uvas. Por lo que me fijé, su ropa seguía estando inmaculada. Qué suerte—. ¿Te piensas que estaríamos tan preocupados si solo lo hubieran encerrado?

—No metáis a la niña en esto. No tiene nada que ver—respondió Atenea.

—Por supuesto que sí —saltó Ares—. Es un estandarte ambulante de la humillación de los dioses. Yo voto porque la matemos y pongamos fin al problema de una vez por todas.

—Eres el dios de la guerra. Se supone que te gustan los problemas.

—Sí, pero no en mi casa.

—Aun así, no podéis hacerle nada.

—¡Qué va a decir el perrito faldero de Zeus!

Antes de que Atenea pudiera devolverle el insulto con otro de su propia cosecha -lo sé porque había empezado a mover los labios-, la nube explotó.

No se me ocurre nada mejor para describir lo que había pasado. Una intensa luz seguida de un terrorífico fuego llenó la sala y me dejó noqueada durante varios segundos, los suficientes para encontrarme a Ares pegado como un cromó en la antigua pared transparente, a medio camino entre el suelo y el techo. No había nada que lo sujetara salvo una pequeña vibración en el aire que hacía que se me pusieran los pelos de punta.

—Me parece que no sabes cuál es tu posición, Ares —observó Zeus tranquilamente, casi como si estuvieran hablando del tiempo—, pero como es la primera vez que haces este tipo de comentarios, los voy a dejar pasar.

Además, sabes perfectamente cuál es la razón por la que necesitamos a los humanos. Ellos pueden ir a cualquier parte que se les antoje mientras que nosotros tenemos acuerdos que nos prohíben atravesar las tierras sagradas de otros dios, y lo más importante: ¿te acuerdas de esa ley tan estupenda que el Hontanar Primordial nos impuso como castigo tras la guerra de Troya?

Nuestros poderes se basan en el equilibrio. Sin acción, no hay reacción. Así que haz el favor de cerrar la boca y pensar antes de hablar porque, por si no lo has notado, solo con lo que has dicho te podría considerar un traidor y mandarte a hacerle compañía a Hades, ya que tantas ganas tienes de verlo.

Y con eso, dio por zanjada la cuestión. Pese a todo, pude ver que la semilla de la duda había germinado en el corazón de varios de ellos.

—Hera, Poseidón, vamos. Tenemos ciertos asuntos que atender —me miró con resentimiento -totalmente infundado-un segundo y, luego, se dirigió a Atenea—. Termina tú aquí.

Se marchó. Eso sí, hizo una salida espectacular con toda clase de humo y espejos.

La diosa respiró hondo varias veces antes de enfocar los ojos en mí de nuevo.

—Cassandra, dentro de poco te llegará algo que te ayudará a que realices tu tarea. Lo único que te puedo aconsejar es que observes a los demás, que te fijas en sus acciones y costumbres. No te fíes de nadie porque habrá demonios que querrán engañarte. Lamento que hayamos tenido que llegar a esto.

Y, de verdad, parecía que lo sintiera en el alma, aunque seguro que no más que yo. A fin de cuentas, a la que estaban enviando al paredón era a mí.

Más de la mitad de los dioses la miraron atónitos. Diría que no es muy normal por allí que la

gente fuera educada y se disculpara. No sé. Si he de ser honesta, varios de ellos tenían pinta de no albergar mucho espacio en la cama para sí mismos con tanto ego.

Una repentina carcajada rasgó el aire y, por poco, me provoca un ataque al corazón.

—¡Qué ideas se te ocurren!

Miré en derredor. Nop, nadie más parecía verle la gracia. De hecho, la cara de Ares -que, por fin, había conseguido bajar al suelo- era la de alguien al que estaba a punto de sufrir una apoplejía.

—Es hora de que te vayas —Atenea alzó una mano para despedirme.

No obstante, no le dio tiempo a evitar lo que marcaría mi destino de una forma incluso más brutal que la de estar anclada a una caja llena de demonios por toda la eternidad.

Ares -alias: el cromo en la pared-en conjunto con el dios de las uvas y el rubito prepotente me rodearon.

Ni qué decir tiene que aquello era un pelín intimidante.

—Has sido completamente irrespetuosa durante todo nuestro encuentro

—yo diría que a alguien no le ha gustado que le viera los faldones mientras le cantaban las cuarenta—. Es más, ni siquiera te has dado cuenta del lugar al que perteneces —y, ahora, le da por copiar al jefe.

¿Dónde están las Musas cuando hace falta un pelín de originalidad?—.

Para nosotros no eres más que un vulgar insecto, no eres digna ni de lamernos la punta de las sandalias...

Después de todos los sarcasmos que se me habían ido pasando por la cabeza con cada frase que soltaba, no fue muy inteligente que pensara: *las sandalias griegas no tienen punta, espabilado.*

En fin, aquello le sentó peor que una patada bien dada en el intestino, para qué nos vamos a engañar. Supongo que fue la gota que colmó el vaso:

—En nombre del río Estigio, yo te maldigo. La traición de un ser querido penderá sobre tu cabeza...

Tomó la palabra el hombre de las uvas:

—...estarás ciega a lo que, de verdad, será importante para ti...

Y terminó el rubio:

—...y lo perderás entre grandes sufrimientos.

La nube empezó a cerrarse sobre mí y me invadió tal sensación de claustrofobia que creí que me

iba a morir.

Antes de que la oscuridad me tragara por completo, oí que Atenea me susurraba: —La esperanza es lo último que se pierde.

Eso esperaba. Por los dioses, eso era lo que esperaba.

3

¿Qué hacer cuando alguien te guarda un rencor milenario?

Al abrir los ojos esa mañana, necesité varios segundos para que todo dejara de dar vueltas. Me sentía fatal. Básicamente, como si tuviera resaca pero sin haber bebido ni gota. Me dolía la cabeza y la boca me sabía a corcho. Me costaba despegar los párpados uno de otro. No me sorprendería que tuviera que llamar a algún antropólogo para que viniera a excavar y, así, encontrar mis ojos debajo de tanta legaña.

Lo peor de todo era que un lado del cuello me estaba matando.

¿Tendría la gripe? ¿Habría dormido en una mala posición y, encima, había cogido frío?

Claro, justo lo que me faltaba. Como no había tenido una mier... de sueño la noche anterior inducido por las drogas psicotrópicas esas... pues nada... aquí paz y después gloria.

Y un jamón. No pensaba volver a tomar otra pastilla en toda mi vida. Ni atada, vamos.

El despertador sonó de nuevo, lo que provocó que el martilleo que me estaba haciendo papilla el cerebro se convirtiera en una especie de taladradora. No había tenido una jaqueca así... creo que jamás.

Hice el supremo esfuerzo de incorporarme en la cama y apagarlo, aunque he de reconocer que me vi tentada a tirarlo por la ventana y dormir un poco más, unos cinco minutos o cinco siglos - tampoco había tanta diferencia-.

No sé, supongo que dependería de si me levantaba con los mismos achaques que una vieja o no.

Le eché un vistazo a la habitación como hago cada mañana. Necesitaba cerciorarme de que todo estuviera colocado en su sitio, la ropa sucia doblada dentro del cestillo para ponerla a lavar más tarde, los libros encima de la mesa colocados en el centro a una distancia simétrica de todas las

esquinas, en una pila, de más grande a más pequeño y con el estuche encima. La mochila estaba sobre la silla y esta, a su vez, se hallaba frente al escritorio, separada de él veinte centímetros exactos -sí, lo había medido con una regla, ¿qué pasa?-.

El lugar se encontraba exactamente igual a como lo había dejado antes de dormirme, entonces ¿por qué sentía que había ocurrido algo que lo había trastocado todo para siempre?

Puede que sea por el sueño, me imaginé.

Primero saqué la pierna derecha de la cama. Era lo mejor para empezar el día con suerte.

En cuanto estuve de pie, me estiré como una campeona y me dirigí al cuarto de baño, arrastrando el cuerpo como si me pesara un quintal.

Me puse delante del espejo y me miré. Tenía ojeras, se me notaba el cansancio en la cara. Quién sabe, a lo mejor me faltaban vitaminas o hierro...

Un momento..., casi me pegué al cristal para verme mejor. *Esto no es posible*, me dije mientras un escalofrío lleno de aprensión me recorría la espalda. Me pasé una de las manos por el cuello para cerciorarme de que los ojos no me estaban engañando. No, allí tenía la rugosidad.

El tatuaje de la omega seguía ahí plantado para que todo el mundo pudiera verlo y, por todo el mundo, me refería a mi madre.

¡Oh, Señor, me iba a matar! ¿Cómo iba a explicárselo? No es como si pudiera entrar en la cocina y soltarle: verás, mamá, ayer por la tarde me quedé dormida por K.O. técnico después de que hacer que explotaran todos los ordenadores de la sala de informática por meterme en una página web y tuve un sueño de lo más extraño en el que aparecían los antiguos dioses del Olimpo. La cosa es que mientras estuve allí, me marcaron como a un borrego y me obligaron a prometerles que iría a cazar demonios. Sí, demonios. No, no sé si son de esos que tienen rabo, cuernos y tridente. Sí, llévame para que me encierren en un psiquiátrico y tiren la llave.

—¡Cassie! —Me llegó su voz por el hueco de las escaleras—. Vas a llegar tarde a clase.

Date prisa.

Pegué un respingo. Me había quedado tan embobada mirando la prueba de mi locura en el reflejo que me asusté cuando gritó mi nombre.

Me vestí y salí al pasillo a tiempo de verla recogiendo sus cosas para marcharse al trabajo. Es la jefa de las cajeras en el Wal-Mart. Ha escalado

puestos desde que empezó a trabajar allí poco después de que mi padre se fuera.

—Buenos días, cariño —me saludó al verme—. Te he dejado el desayuno en la mesa —sonrió.

Traté de devolverle la sonrisa pero creo que no me salió muy bien porque, enseguida, se le oscureció la mirada y se le formó un deje de preocupación en la cara.

—¿Ha pasado algo?

Si ella supiera...

—No es nada.

Me dirigí a la cocina. Sabía que si me quedaba, ella sería capaz de sacármelo todo. Era mejor que permaneciera al margen.

—¿Cassie?

—Como sigas así, al final la que llegue tarde serás tú.

Me senté delante de la comida y me la quedé mirando como si nunca hubiera visto antes unas tostadas y un vaso de zumo.

—¿De verdad estás bien? ¿Te has tomado las pastillas? —se las señaló.

Las había colocado al lado del zumo. Lo intentó de nuevo—. Si es algo que no puedes hablar conmigo, tal vez te apetezca consultarlo con la doctora McAnnam.

Me puse rígida sin poder evitarlo. Por eso no me gustaba hablar con mi madre, porque siempre que veía que algo no iba bien, me enviaba a la loquera.

—No es nada. He tenido una pesadilla esta noche y me he despertado un poco choff. No hay que llamar a la CIA por algo así —respondí de malas maneras.

Sabía que tenía buenas intenciones, pero me estaba haciendo perder la paciencia. Me froté el cuello para aliviar la incomodidad.

—¿Te pasa algo en la garganta?

La miré sorprendida.

—No, nada —antes incluso de que pudiera darme cuenta, me había bajado el cuello de la camisa y me miraba detenidamente la zona que me había frotado.

Me aparté de ella con un impulso y esperé lo peor.

Cuando no llegó, me arriesgué a mirar. Mi madre parecía perpleja, no había ninguna otra palabra que se acercara más a la cara que estaba

poniendo en ese momento. Supongo que no esperaba que huyera de ella en plan cangrejo evasor.

—Te lo puedo explicar —lo sé, lo sé, lo sé, el colmo de los clichés, pero es que no se me ocurrió otra cosa.

—¿El qué?

—Lo del tatuaje.

—¿Qué tatuaje? —me preguntó confundida. Acto seguido, se enfadó—.

¡Te has hecho un tatuaje sin mi permiso! ¿Dónde?

Ahora era yo la que no se enteraba de la misa, la mitad. ¿No acababa de verlo?

—El cuello...

—¿De qué estás hablando, Cassandra? No tienes nada en el cuello.

—¿Qué?

Me miró fijamente durante unos segundos. El flequillo rubio le caía sobre uno de esos ojos marrones que conocía tan bien como si fueran los míos. Se le habían oscurecido por la aprensión:

—No me digas que todavía andas medio dormida —sonrió, aunque todavía continuaba un poco disgustada -hiciera lo que hiciera o sintiera lo que sintiera, las arruguitas de alrededor de la boca la delataban más que un chivato en una comisaría-.

Sabía que estaba esperando a que le respondiera y confiaba en que fuera que sí. Un sí firme y rotundo.

Y, claro, ¿cómo iba a decepcionarla?

—Seguramente, pero es que me pareció todo tan real...

Suspiró de alivio con disimulo.

Oí un claxon de repente. Le eché un vistazo al reloj y maldije al ver la hora que era. Ya no me daba tiempo a desayunar. El autobús había venido a recogerme.

—Nos vemos luego —fui corriendo a por la mochila. Al volver, vi a mi madre con el vaso de zumo y las pastillas en la puerta. Me sonrió con esa expresión que decía que no iba a ir a ninguna parte sin habérmelas tomado.

El claxon volvió a sonar. Esta vez, con más impaciencia.

Así que nada, de un trago, todo para adentro.

Ya en el autobús, me senté al lado de Ryan, como todos los días. A él lo recogían dos paradas antes que la mía.

—¿Cómo estás? —me preguntó. Esa parte de la mañana era la más difícil para mí. Todo el caos y el descontrol... me afectaban demasiado. Esa

era la razón por la que siempre nos poníamos en los primeros bancos. De esa manera, yo no tenía que ver nada de lo que hacían los demás.

—Cansada —respondí. Apoyé la cabeza en su hombro y cerré los ojos unos minutos. Él me acarició el pelo y esperó—. ¿Cómo estás tú? —

pregunté al cabo de un rato. No habíamos vuelto a hablar desde el incidente del día anterior.

—Un poco menos histérico aunque igual de preocupado. Si se descubre que hemos sido nosotros, no vamos a poder pagar lo que cuesten las reparaciones.

Ya lo sabía y no podía dejar de sentirme culpable por ello. Después de todo, había sido idea mía.

¿Qué podía hacer? De verdad, no creía que nadie pudiera relacionarnos con la explosión.

No obstante, tampoco podía estar segura de lo contrario.

En una de las pasadas, Ryan debió de tocarme el cuello sin que me percatara ya que, de pronto, preguntó:

—Cassie, ¿qué es esto? ¿Te has hecho un tatuaje?

Me puse tiesa como una tabla al instante, me tapé la marca con una mano y lo miré horrorizada.

—¿Puedes verlo?

—Pues claro que sí. No es muy difícil, teniendo en cuenta que casi te ocupa todo el lado izquierdo. ¿Cuándo te lo has hecho?

—Es una larga historia...

Suspiré. No tenía ganas de entrar en detalles pero sabía que iba a interrogarme al respecto tarde o temprano. Además, para qué vamos a engañarnos, no tenía absolutamente ningún secreto con él casi desde el día que nos conocimos en la escuela primaria y me salvó de cuatro niños que se estaban metiendo conmigo.

—Me lo cuentas a la hora de la comida —no fue una petición sino una orden.

Asentí reaciosamente, me levanté del asiento y salí del autobús. Ryan me siguió sin decir nada más. Tampoco hacía falta. Sonó la campana mientras dejábamos los libros en la taquilla.

—¿Qué tenemos ahora? —pregunté. Dependiendo de los profesores se puede llegar unos minutos tarde o no.

Ryan frunció el ceño unos segundos antes de poner cara de espanto.

—Con el señor Hono.

No maldije en voz alta porque hubiera sido muy vulgar, pero las ganas no me las quitaba nadie. Tras haber perdido el control en el sueño no tan sueño, no estaba por la labor de dejarme llevar de nuevo. Le eché un último vistazo a la disposición de las cosas en la taquilla para comprobar que no hubiera nada descolocado y cerré la puerta con la mano derecha, puse el candado y miré a Ryan, que cambiaba el peso del cuerpo de una pierna a otra: —Vamos —me urgió.

Echamos a correr por el pasillo y nos colamos en clase justo cuando el profesor empezaba a hablar. Por un increíble segundo pensé que no se había dado cuenta, fijo que esperó a que suspirara de alivio para recrearse después en mi sensación de desilusión.

—Vamos a empezar la clase de hoy hablando sobre la responsabilidad

—comenzó con un tono de voz monótono—. Todos sabemos que para triunfar en la vida, para ser personas hechas y derechas, debemos responsabilizarnos de las consecuencias de nuestras

acciones. Por ejemplo, la señorita Cassandra Kenyon —es decir, yo— ha llegado tarde y como lo ha hecho, es consciente de que tendrá que quedarse después de clase, a las tres, para decidir cuál será su castigo —me miró con mala uva. Lo juro, este tío me tenía manía. ¿Por qué solo yo? ¿Qué pasaba con Ryan? ¿No lo ha visto a él también? A ver, entendedme, me alegraba un montón de que mi mejor amigo se librara de la bronca pero, jo, es que no era justo. Siempre me pasaba lo mismo con él. En serio—. Y hablando de castigos, esto lo voy a enlazar con algo que ha ocurrido en el instituto en las últimas horas. Por lo visto, un o unos vándalos se han dedicado a destrozarse la sala de ordenadores. El director os pide encarecidamente que si sabéis algo, cualquier cosa que pueda servir de ayuda para averiguar la identidad de este o estos sinvergüenzas, lo digáis. Hasta entonces, el lugar permanecerá cerrado...

Pude sentir más que ver que Ryan se había puesto nervioso. No paraba de moverse, le temblaban las manos y se mordía los carrillos. Además, parecía que iba a vomitar en cualquier momento. En cuanto el señor Hono se giró para escribir algo en el encerado con esa letruja de médico que ni Dios sería capaz de entender, le susurré: —Disimula, hombre —el profe debía de tener el oído de un elefante puesto que se dio la vuelta tan rápido que por poco me pilló. Cuando regresó a lo suyo, le eché otro vistazo a Ryan, que sudaba la gota gorda. Pobre, llevaba fatal lo de la presión. Por eso, iba a tener que cerciorarme de que no lo cantara todo como Pavarotti en la ópera.

La hora pasó sin pena ni gloria así como el resto de la mañana. Para el almuerzo, me sentía tan agotada física y emocionalmente que me derrumbé en el asiento de la cafetería y fingí comer esa especie de masa pastosa que hacen pasar por puré y esa suela de zapato achicharrado a la que llaman filete mientras dormitaba.

—Me duele la cabeza —comenté a nadie en particular.

Como habréis podido imaginar, no me sentaba precisamente en la mesa de los populares; oh no, ese honor se lo llevaban las animadoras y los jugadores de fútbol americano también conocido como *rugby*. Esa panda de anoréxicas, bulímicas, burros y cazurros que piensan que solo por poder dar un par de saltos o matarse entre ellos a base de empujones, son mejores que los demás. Lo que no entiendo es que el resto del instituto también parece creerlo. Me encogí mentalmente de hombros. Me daba igual. No me relacionaba con ellos. Por el rabillo del ojo pude ver que su Majestad, Lisa Storm, capitana del equipo, acababa de sentarse a presidir la mesa. Y aquí va la cosa más increíble, dicha mesa es redonda así que tengo que concederle que es una fuerza a la que se debe tener en cuenta.

—Calla, no me hables, que estoy de las alergias hasta las narices —

contestó con tono nasal Ryssa LaBelle, una chica rellenita y con la cara llena de pecas. Como comprenderéis, la gente, -es decir, los arriba mencionados como personas con desórdenes alimenticios y deficiencias mentales-se metía con ella a causa de su apellido y la talla de su pantalón.

—Y nunca mejor dicho —soltó Marc Drake, lo que hizo que Ryan se echara a reír como un tonto.

Marc está un curso por delante de nosotros pero siempre se sienta en nuestra mesa. Dice que le hacen gracia los comentarios que suelto cuando menos se lo espera.

El último miembro de nuestro grupo de raritos -no, no me lo había inventado yo, esto era cosa de su Alteza Real- era Tetsuya Harada. Había nacido en nuestro país pero, como bien indicaba su nombre, tenía ascendencia japonesa.

Por debajo de la mesa, Ryan me dio una patada. Leí en sus labios que todavía necesitábamos hablar. Ya me figuraba que no se le habría olvidado.

—Esta tarde me paso por tu casa, ¿vale?

Asintió con la cabeza. Me levanté de la silla, la coloqué y dejé la bandeja en su sitio con la comida intacta. En ningún momento miré hacia el resto del comedor. Mi lema era *ojos que no ven, corazón que no siente*.

Desde luego, mi TOC era mucho más fácil de sobrellevar si no tenía que hacerle frente al caos.

La campana que anunciaba el fin de las clases de la mañana sonó pocos minutos después de las tres. Suspiré otra vez. Podía sentir una auténtica migraña en ciernes. De hecho, si esto fuera como cuando ponen el tiempo en la tele, el que nos informa diría algo así como: tenemos una tormenta tropical con riesgo de convertirse en huracán que se aproxima por el sur cuyo nombre es señor Hono y que amenaza con descargar abundantes lluvias en forma de deberes y arreciar rachas de viento con castigos incorporados, al menos, hasta el jueves de la semana que viene.

Sí, estaba deseando encontrarme con él.

Como sabía que no le gustaba esperar -lo que había notado recientemente por el hecho de que debía ir a su despacho en ese instante-, me presenté puntual para evitar más problemas.

Apenas me fijé que aquella parte del edificio se hallaba extrañamente silenciosa para la hora que era. Tampoco le di la debida importancia.

—Adelante —contestó a los pocos segundos de que llamara a la puerta.

Sentado detrás de un escritorio de risa para su tamaño, el profe tenía la cabeza inclinada sobre una serie de papeles llenos de borratajos raros. Si uno pensaba que la mesa era pequeña, aquella oficina era del tamaño de mi habitación, espantosamente claustrofóbica.

—Me pidió que viniera cuando terminaran las clases.

Alzó la vista para posar esos negros ojos sobre mí con una seriedad francamente incómoda.

—Siéntese, señorita Kenyon. En un segundo la atiendo.

Como si hubiera ido allí a consultarle algo, no te digo, pensé.

Os estaréis preguntando cómo era posible que, en los tiempos que corrían, nos tratáramos de usted si todavía no íbamos a la universidad.

Bueno, la respuesta es que, sinceramente, no tengo ni idea. Simplemente, me parecía lo más normal con él. También lo hago con otro profe, el señor Griller, aunque él es mucho más majo y

accesible que el señor Hono.

Por otro lado, me estaba poniendo nerviosa el permanecer ahí sentada, esperando. No hacía más que menearme inquieta en el asiento . De hecho,

parecía que me había dado un calambre en una de las piernas. Tanto fue así que, sin querer, golpeé la mesa y tiré el bote de los bolígrafos al suelo.

—¡Lo siento! —me levanté como si hubieran prendido llamas a la silla y me incliné para recogerlos.

A todo esto, oí que al señor Hono se le quedaba el aire atrapado en la garganta, lo que hizo que lo mirara desde mi posición.

—Así que yo tenía razón... Eras tú... ¡Eras tú! Por fin, te he encontrado... —mascullaba mientras continuaba con los ojos abiertos como platos.

Retiré la silla hacia atrás suavemente. Acto seguido, me puse en pie poco a poco. No quería hacer ningún movimiento brusco, por si acaso.

—¿Señor Hono?

—¡Por fin, te he encontrado! —repitió y, acto seguido, se echó a reír histéricamente—. Llevo tanto tiempo buscándote... Pandora.

Sentí que me daba un vuelco el corazón y se me instalaba en el estómago, un temblor me recorrió de los pies a la cabeza y mi pulso decidió que era un buen momento para ponerse a bailar una giga escocesa. Claro, por qué no. Hago que estallen todos los ordenadores del colegio, los dioses griegos me hacen una visitilla estupenda para asignarme el papel de asesina de demonios y, para rematar el par de días más glorioso de mi vida, mi profe de cultura sabe que soy la reencarnación de Pandora. En una palabra: Magnífico.

—No... no sé de qué me está hablando, señor Hono. ¿Se encuentra bien?

Eso, niégalo todo. Si no hay cuerpo, no hay delito.

La temperatura en aquella habitación tan pequeña pareció subir en cuestión de segundos.

Es más, hacía calor. Estaba empezando a sudar, incluso.

De pronto, delante de mis ojos, el señor Hono cambió. Se hizo enorme.

Bueno, ya era enorme así que supongo que podría decir que se hizo inmenso. Una bestialidad. Y el pelo, que antes era de un color oscuro casi negro con un par de canas dispersas, se había vuelto rojo fuego... fuego...

¡que estaba en llamas!

—¡Señor Hono, que se le quema el pelo! ¿Dónde hay agua?

—¿Estás intentado hacerte la graciosa conmigo, Pandora?

No parecía que estuviera sufriendo mucho, la verdad. Me imagino que la falta de gritos y de olor a chamuscado me dieron la pista.

—No.

A su alrededor pareció instalarse un aura de poder aterradora. Como si necesitara algo más para que casi me hiciera mis necesidades -por desagradable que fuera-encima.

—Soy Prometeo.

—¿Prometeo? —Fijo que el tío fue capaz de ver cómo me funcionaban los engranajes del cerebro —. ¿El titán? ¿Al que Zeus castigó a estar atado a una roca y que un buitre le devorara las entrañas todos los días y a regenerarse...?

—...Por las noches para que mi condena no tuviera fin solo porque a ese imbécil no le gustó que mis creaciones fueran mejores que las suyas —

finalizó de mal humor.

Supongo que todavía andaba algo susceptible con el tema.

En fin, un hurra por él, pero ¿qué hacíamos a partir de ahí?

El mismo señor Hono me dio la respuesta pese a que no había formulado ninguna pregunta.

—Eres una vergüenza para la raza humana. No deberías haber existido nunca —a este no le darían jamás un trabajo en el teléfono de la esperanza.

¿Os imagináis a alguien como él tratando de evitar suicidios?—. Tú no formabas parte del plan. ¡Lo has arruinado todo! Yo sabía que ibas a ser una amenaza. Se lo advertí a mi hermano pero no, el muy estúpido no pudo hacerme caso. Se casó contigo y para colmo ¡abristeis la maldita caja! ¡Qué rayos teníais en la cabeza! Cuidaos de los regalos de los dioses, es lo que siempre se dice y ¡con razón! Os advirtieron de que la mantuvierais cerrada... —siguió despotricando contra mí como si no hubiera un mañana.

Entre las lindezas que me escupió se hallaron *producto impío y causa de todos los males de la humanidad*. De ahí y sin saber cómo, pasó a la temporada en la que estuvo encadenado en la roca. Por lo visto, aquello también era culpa mía. El hecho de que para entonces ya me hubieran matado en esa vida no contaba.

Creí que se le había ido la pinza, así que iba a hacer como los ladrones de banco y largarme más rápido que Winona Ryder cuando ve a la poli.

Retrocedí con lentitud y sigilo, aunque no me sirvió de nada, puesto que una enorme manzana me capturó en un visto y no visto.

—No creas que te vas a escapar tan fácilmente —susurró Prometeo mortalmente.

He de admitir que, en ese instante, estaba completa y absolutamente muerta de miedo. Y

qué queréis que os diga. No era para menos. Imponía bastante el hallarme encerrada en una habitación de poco más de tres por dos con un gigante que cuadruplicaba mi peso y mi tamaño y que tenía obvias intenciones de hacerme daño.

—Te voy a matar —soltó.

¿Veis a lo que me refería con obvias intenciones de hacerme daño?

¿Cuánto más claro se podía ser?

Aquí es cuando una persona normal y corriente grita, llora o suplica, o todo a la vez -mientras se hace pis encima-, pero yo me quedé ahí mirando bobaliconamente cómo me cogía del cuello de la camisa y alzaba el otro puño rodeado de una llamas azules que expedían más calor que un horno y que iban a dejarme más tostada que un día en la playa sin protector solar.

—Despídete de este mundo, traidora —y eso en cuanto a comentarios originales.

Cerré los ojos por puro acto reflejo. No podía ver la gentil caricia que iba a recibir. Sentí que el aire se estremecía a nuestro alrededor y justo cuando Prometeo cogió el impulso para descargar el impacto... llamaron a la puerta y nos interrumpieron.

4

Lo siento, tío, pero la muerte ya nos ha separado A Dios pongo por testigo que hubiera sido capaz de besar a quien ingresara en el despacho en ese momento. Aparté los ojos de la puerta y los enfoqué en Prometeo. Por un segundo, apretó con más firmeza la garra con la que me asía la ropa antes de liberarme. Respiró hondo. Cogió aire, lo soltó y repitió el proceso varias veces. Supongo yo que para tranquilizarse.

Los fuegos, tanto el del pelo como el del puño, se habían apagado como una gaseosa. De hecho, podía oír la especie *shhh* que suele soltar algo que se estaba quemando y le acababan de echar encima un jarro de agua bien fría.

Miré la hora con disimulo. ¿Ya eran las tres y media? Tal vez fuera Ryan que había venido a buscarme, preocupado por que tardara tanto...

—Adelante —respondió el señor Hono poco después.

Por la mirada dura que me dirigió, asumí que sería mejor no comentar con nadie esta *pequeña discrepancia*.

La puerta se abrió mientras trataba de descubrir una manera de salir de allí que no fuera dentro de un tarro de cenizas. No obstante, cuando posé los ojos en la persona que ocupaba el dintel, tuve que tragar saliva -porque la alternativa era morderme para ver si el susto con Prometeo me había hecho flipar en colorines-.

No era Ryan, eso desde luego. No tenía, absolutamente, nada que ver con él. Ahí donde mi amigo podría haber sido considerado bonito, delicado, casi femenino; este chico rompía todas las reglas. No sé muy bien cómo explicarlo. Era alto. Seguramente, si me ponía de pie a su lado, apenas le llegaría al hombro -y no soy bajita, que quede claro-. El color de su pelo daba un significado completamente nuevo a la palabra *oscuridad*. Parecía que consumía la luz, que se la tragaba, como si tuviera un agujero negro hecho de seda en lugar de vacío. Sus rasgos eran muy... masculinos, por decirlo de alguna manera. Eran duros, fieros, algunos los llamarían crueles y, además, poseía una sombra de barba poco común para un chico de su

edad. Su cuerpo era musculoso, el de alguien que estaba acostumbrado a hacer ejercicio o un duro trabajo físico. Tenía unas manos fuertes, acostadas a ambos lados de unas caderas estrechas, vestidas con unos vaqueros casi tan oscuros como su pelo. Llevaba una camiseta fina, de esas que se pueden conseguir en el mercadillo por menos de dos pavos, de color blanco y, encima, una chaqueta de cuero que quitaba el aliento, no solo porque le sentaba como un guante, sino porque el material parecía ser auténtico.

Aun así, lo que más llamaba la atención era esa aura tan letal y llena de desesperación que lo rodeaba, como si advirtiera a todos los seres vivos en un radio de un kilómetro a la redonda que se mantuvieran alejados de él, que era peligroso.

—Soy nuevo en la escuela y me han dicho que tenía venir aquí —

empezó el chico con un ligero acento extranjero—, que usted me asignaría a alguien para que me lo mostrara todo.

Supongo que os habréis fijado en que, a pesar de que había hablado con corrección, había sido un pelín maleducado. No había saludado ni se había presentado -no me fastidiaba porque quisiera saber su nombre-y tampoco había pedido disculpas por interrumpir la paliza que me iba a llover...

El chico se aclaró la garganta un poco demasiado fuerte, lo que hizo que tomara conciencia de que lo había estado mirando, prácticamente, con la boca abierta todo ese tiempo.

¡Oh, Dios mío, me había pillado comiéndomelo con los ojos! ¡Qué vergüenza!

Aparté la vista rápidamente mientras sentía que se me subían los colores a la cara.

¡*Miér... coles!* Como si no me hubiera humillado bastante yo solita...

—Se ha confundido de despacho, joven. Usted está buscando al señor Griller, al fondo del pasillo, a la derecha.

Vi mi oportunidad y la atrapé al vuelo.

—¡No es necesario molestar al señor Griller, yo me puedo encargar de enseñarle todo lo que haga falta! —sonreí y, prácticamente, empujé al chico fuera—. Hasta luego, señor Hono, no le molesto más.

Cerré la puerta antes de que pudiera contestar.

Cogí aire después de llevarme una mano temblorosa al corazón para tratar de calmar los acelerados latidos que me retumbaban en el pecho.

—¿Estás bien? —preguntó. Me sorprendió que sonara tan preocupado si ni siquiera nos habían presentado. Alcé el rostro hacia él para

encontrármelo ligeramente inclinado sobre mí.

Sus ojos eran del color de las amatistas, tan hermosos... tan familiares...

Por una micro centésima de segundo, sentí que nos conocíamos, que él era parte de mí, que le debía algo profundo e importante, una promesa, un juramento, *algo*, pero lo había olvidado. Quise pedirle disculpas y echarme a llorar ahí mismo por haberle fallado.

No lo entendía...

Bajé la cabeza y dejé que el flequillo cubriera la confusión que llevaba escrita en la cara.

Me deslicé hacia un lado, separándome de él y tratando desesperadamente de recuperar el control.

—¿Estás bien? —repitió con ese acento tan melódico que provocó que me estremeciera.

—Sí —respondí ahogadamente—. Vamos —intenté sonreír—. Te acompañaré al despacho del señor Griller.

Necesitaba permanecer alejada de él hasta que resolviera lo que significaban todas aquellas emociones que me estaban bombardeando.

Entre nosotros creció un silencio tenso y pesado bastante extraño. Por poco se me escapa un suspiro de alivio al llegar a nuestro destino.

—Gracias por acompañarme —extendió una mano hacia mí.

Me la quedé mirando estúpidamente durante un minuto entero, parecía que no supiera cómo funcionaba el mecanismo de un saludo o lo que significaba ser amable.

—No ha sido nada —contesté.

Vi que una de las esquinas de esa boca tan perfecta se elevaba casi imperceptiblemente antes de desaparecer. ¿Me lo habría imaginado?

Picó a la puerta, lo que interpreté como un signo de despedida. Me di la vuelta y me marché pasillo adelante. No obstante, apenas hube rebasado la esquina, lo escuché llamarme: —Ten mucho cuidado de en quién te fías, Cassandra.

Asomé la cabeza a tiempo de verle cerrar la puerta del señor Griller. Me mordí el labio inferior con nerviosismo. ¿Cómo es que sabía mi nombre? Y

lo más importante, ¿qué había querido decir con eso? ¿Acaso me había amenazado y no me había percatado?

No, no me daba la impresión de que se tratara de eso. Obviamente, no podía estar del todo segura, pero mi instinto, ya no me decía, me gritaba que

habíamos conectado a un nivel que no tenía nada que ver con la vida real.

No sé, era algo que iba mucho más allá de las palabras. Aun así, también sentí dolor, añoranza, adoración... y miedo. Un miedo terrible, capaz de consumir cualquier cosa debido a que no deseaba que me abandonara. No quería perderle ni un segundo de vista, puesto que sabía que si lo hacía, se desvanecería en el aire y me quedaría sola de nuevo; sola y vacía.

No sé. Es tan extraño de explicar y tan difícil de entender...

Parecía que me había montado en una montaña rusa emocional. Tantas subidas y bajadas iban a acabar conmigo.

Lo peor de todo era que, desequilibrada como me encontraba, debía hacerle frente al autobús y a todo el caos que representaba. No creía que fuera capaz de resistirlo, al menos, sin matar a nadie, así que pensé que lo mejor sería escaquearme por la parte de atrás. Quizá me topara con los yonquis del instituto haciendo algunos trapicheos, pero eso era mil veces preferible a la alternativa. Lo cierto es que estaba más que cansada de ponerme en evidencia y segurísimo que contar o hacer listas no me salvarían de la vergüenza.

Con todo decidido, cogí las cosas de mi taquilla y crucé los pasillos hasta llegar a la zona trasera de la escuela. La puerta en cuestión estaba decorada con unas simpáticas advertencias de color rojo en las que instaba al personal a mantenerse alejado.

Uuuuh, voy a romper las reglas. ¡Qué chica más mala soy!

De repente, oí un ruido detrás de mí. Temblé de miedo sin poder evitarlo. No me hacía falta ser adivina para saber de quién se trataba. Y no, no era el señor Hono.

¡Por amor a Mike! Quería quedarme y permitir que me alcanzara y, al mismo tiempo, huir y no mirar atrás. Por desgracia, ganó la cobardía. Abrí la puerta de par en par y me preparé para salir corriendo. De hecho, cogí el impulso, pero me estrellé contra un muro de ladrillos...

—¿Te has hecho daño? —preguntó la pared y la miré despatarrada desde el suelo. Esto en cuanto posiciones finas y elegantes, sí, señor.

—No, tranquilo. Todo sigue en su sitio—volví la cabeza sin ningún disimulo para ver que el señor oscuro, atractivo y letal había avanzado y se estaba acercando peligrosamente, de nuevo, con una expresión que no alcanzaba a comprender. Me puse en pie de un salto y me dirigí a la puerta

—. Adiós —qué menos que un poquito de buenos modales, ¿no?

Apenas había conseguido dar tres pasos antes de que el chico contra el que había chocado tratara

de detenerme otra vez.

—Mira —le arrojé ya sin paciencia—, tengo que largarme. Si quieres decirme algo, sácame de aquí.

No esperé a que me respondiera. En realidad, no creí ni que se dignara a dirigirme la palabra nuevamente por la forma tan grosera en la que le había contestado. Cuál no fue mi sorpresa cuando no solo soltó las palabras *de acuerdo*, sino que me cogió de la muñeca y tiró de mí hasta el aparcamiento.

—Sube —me instó, dio la vuelta y se montó en el asiento del conductor.

Dudé unos segundos pero, al final, me decidí. El chico nuevo todavía estaba detrás de mí, ¿qué era, un perro? ¿Había sido un sabueso en una vida anterior? Porque, de verdad, estaba empezando a preocuparme.

Una vez tuve puesto el cinturón de seguridad, le pasé revista al chófer me que había agenciado.

—Soy Jackson Hope —se presentó mientras extendía una mano.

—Ya sé quién eres. Es muy difícil pasar por alto al capitán del equipo

—comenté con acidez. De todos los idiotas que podría haberme echado a la cara, tenía que tocarme el rey.

Suspiré—. Soy Cassandra.

Él sonrió, pero dejó caer la mano al darse cuenta de que no tenía ninguna intención de estrechársela.

—Lo sé. Es muy difícil pasar por alto a que posee la mejor media académica de la historia del insti.

Vale, he de admitir que eso sí que me sorprendió. No me esperaba que alguien como él supiera quién era yo y, mucho menos, lo de la media.

—Venga, te invito a tomar algo para que te calmes —miró brevemente por el retrovisor y frunció el ceño—, y ya de paso, nos libramos de tu amigo, el de negro.

Me crispé instantáneamente. El chico nuevo seguía allí pese a que no era capaz de distinguirlo muy bien. Me mordí los labios para evitar rogarle a Jackson alguna estupidez como que diera la vuelta y me devolviera a su lado...

Si ni siquiera conocía su nombre, ¡por la pluma del sombrero violeta de la señorita Doolittle!

Caleb...

—¿Qué? —aparté los ojos de la ventana y los enfoqué en el chico que tenía al lado—. ¿Has dicho algo?

—¿Yo? No, ¿por?

—No, por nada. Cosas mías.

Me llevó a una de las cafeterías más concurridas de la ciudad. Fue a salir, pero lo detuve, lo agarré del brazo con más fuerza de lo que pretendía en un principio. Esperaba que no le quedara marca alguna.

—No puedo entrar ahí —tenía la voz llena de miedo. Digamos que era otra de las gracias de mi amigo, el TOC. Los sitios pequeños con mucho bullicio y yo no manteníamos la mejor de las relaciones.

—¿Por qué?

—Porque no.

Frunció el ceño. Imagino que no estaba acostumbrado a que nadie le contestase así.

Bueno, pues si quería pasar el rato conmigo, que se olvidase de los suspiros, los chillidos o risitas. No estaba por la labor ni tenía paciencia para ello. Le respondí con una mueca de mi propia cosecha. Pensé que se enfadaría y que me dejaría colgada pero, en lugar de eso, se rió.

—Tú ganas. ¿Qué quieres tomar? Te lo traigo.

Dos vivas por él.

—Lo que más rabia te dé. No soy tiquismiquis.

¿Qué queréis que os diga? Soy pobre. No puedo permitirme tonterías con la comida.

Solo me faltaba. Puff. Esperé apoyada cómodamente contra uno de los lados de su coche. Me dio la impresión de que la gente me miraba de forma rara, aunque tampoco me fijé realmente.

Para ser honesta, mi mente había regresado al enfrentamiento con Prometeo y, más en concreto, al chico nuevo.

Caleb.

¡Ahí estaba otra vez! Esa voz... ese nombre...

—Ten.

Estaba tan profundamente perdida en el país de los pensamientos extraños, con los ojos clavados en el suelo, que cuando Jackson apareció delante de mí con un *smoothie* de fresa y plátano, casi tengo que pedir una ambulancia.

Me aclaré la garganta tanto para bajar el nudo que se me había puesto como para evitar soltar un impropio.

—Gracias.

—Vamos, te voy a llevar a un sitio que, seguramente, te gustará.

—Me reservo mi opinión hasta que lo vea.

—Me parece bien.

Ciertamente, dicho lugar quitaba el aliento. Todavía nos hallábamos en la ciudad, aunque no lo parecía. Dejó el coche a un lado de la carretera, en una zona terrosa. Lo cerró y me indicó con la cabeza que lo siguiera.

Bajamos una especie de colina que, poco a poco, se fue llenando de arbustos y árboles tupidos por doquier. Empecé a sentir claustrofobia porque no podía ver ni a dos palmos de mis narices. Me dio la sensación de que nos habíamos adentrado en una selva o algo por el estilo. Además, tampoco tenía nada claro lo de meterme en un sitio así con un chico que no conocía de nada. Vamos, por mucho que fuera el *quarterback*, el chico más popular, etcétera, etcétera, etcétera... siempre podría ser un asesino del hacha en potencia.

Bueno, el caso es que estuvimos andando por ese camino de cabras alrededor de un cuarto de hora para aterrizar en una especie de pequeño claro abierto pero a salvo de miradas curiosas gracias a esos árboles de los que antes me había quejado. Había un tronco caído que podría servirnos de asiento y flores por todas partes. De fondo, se oía el fluir de una corriente de agua. Era un lugar en el que se respiraba una tranquilidad poco común en esos días.

—¿Dónde estamos? —pregunté asombrada.

—Cerca del parque McDougal. En la parte de atrás, en realidad. Si continuamos hacia delante y cruzamos el río, llegamos a la biblioteca y a la casa del guarda.

Me adentré en el claro y giré varias veces sobre mí misma. Ese sitio me parecía increíble y maravilloso. Sonreí y me dejé caer en el suelo.

—¿Cómo lo descubriste? —me apoyé en los codos y lo miré desde el suelo.

—Es una larga historia... pero para resumirla te diré que tiene algo que ver con unas admiradoras demasiado... entusiastas... y que estuviera huyendo de ellas —se le oscureció la mirada y, por un momento, creí que podía atravesarme con ella—. Por eso, sé reconocer a alguien que está *esquivando* a otra persona. ¿Te apetece hablar de eso? Tal vez te ayude a ver las cosas en perspectiva.

Se sentó a mi lado y esperó. No me metió prisa ni sentí presión alguna.

Era como si quisiera darme a entender que me escucharía sin juzgarme y, sobre todo, sin contárselo a nadie después.

—Es... complicado. No lo entiendo ni yo, así que no te lo puedo explicar.

Él asintió y, tras unos segundos de silencio, soltó: —Si necesitas ayuda, puedes contar conmigo — y cerró el tema.

Mejor, porque tampoco sabía cómo responder.

A partir de ahí, la tarde fue a mejor. De hecho, llegó la hora de irme a casa casi sin enterarme. Jacks y yo estuvimos hablando de todo y de nada.

Era extraño sentirse tan a gusto con alguien al que solo se le conoce de vista. Sin embargo, después de que hiciera todo lo posible para que me encontrara cómoda, creo que se ganó un huequecito en mi corazón.

Y lo que es más, había evitado que me comiera la cabeza con el chico nuevo y con Prometeo toda la tarde. Además, cuando vio dónde vivía, no hizo ningún comentario despectivo al respecto. Simplemente, me dejó allí y esperó a que hubiera entrado en el portal para marcharse.

Subí las escaleras hasta el segundo piso del bloque de tres al que llamaba hogar.

—¿Cassie? —gritó mi madre desde la cocina.

Asomé la cabeza por el dintel.

—Dime.

Tenía el ceño fruncido y estaba sentada a la mesa con un té caliente.

Aquello no podía ser bueno...

¡Oh, Dios mío! No habrán descubierto lo de los ordenadores, ¿verdad?

—¿Mamá? ¿Ha pasado algo?

—Ha llegado un paquete para ti.

—¿Un paquete? —pregunté sorprendida—. ¿De quién?

—No pone remitente. ¿Hay algo que quieras contarme?

—No, que yo sepa.

Me encogí de hombros y traté de parecer inocente. Me trajo una pequeña caja bien envuelta con un papel de los caros. Tenía escrito mi nombre por un lado con una caligrafía impecable y nada más. No obstante, me atravesó un escalofrío de temor sin saber por qué.

Como estaba segura de que no me iba a librar de ella hasta que viera lo que había dentro, lo abrí y, por poco, no se me escapa una maldición.

—¿Un Ipod? —preguntó mi madre extrañada— ¿Cassie, por qué te han enviado un Ipod? ¿Y tu mp3?

Antes de responder, vi que debajo había una tarjeta de felicitación por haber ganado un sorteo - algo increíble, teniendo en cuenta que jamás participo en esas cosas-. No obstante, gracias a la dichosa tarjeta, el incidente no fue a más. Supongo que esto habrá tenido que ver más con cierta diosa de la manipulación que conocía que otra cosa, ya que lo que había venido por *correo* - echémonos unas risas-no era un Ipod de verdad; oh, no, era la puñetera caja reconvertida.

Sí, señoras y señores, la caja de Pandora se había transformado por arte de magia en un aparatito para escuchar música.

Yupi.

Porque no podéis verme dar saltos de alegría que si no os quedaríais asombrados de lo cerca del techo que puedo llegar.

Una vez en mi habitación, lo puse en el escritorio y me dejé caer como una piedra encima de la cama. Estaba muy cansada. Vaya par de días más agotadores, ¿por qué no podía volver a aquellos momentos en los que mi máxima aspiración en la vida era mezclarme con la pintura de las paredes para que me dejaran tranquila?

Suspiré mientras me cambiaba de ropa. No me apetecía ni cenar siquiera, en serio.

Simplemente acomodé la cabeza en la almohada y me quedé sobada al instante.

Pero claro, cuando necesitas el descanso como agua en mayo, ¿qué es lo que pasa? Que tu espíritu se va de paseo y se dedica a jugar a las escondidillas y a escuchar conversaciones ajenas, aunque muchas veces no sepas quién es uno de los dos interlocutores. La cuestión es que, igual que la noche anterior, me encontré flotando por encima de mi cuerpo en plan espíritu papá de Hamlet y justo en el momento en que había empezado a acostumbrarme a mi nueva condición insustancial, noté ese tirón tan estupendo que me hacía querer potar después.

Sin embargo, en lugar de ir hacia arriba, al cielo, Olimpo, o donde fuera que me llevaran los dioses la última vez, terminé en otra casa. Bueno, más que casa, mansión. Este sitio dejaría en vergüenza a mi pequeño apartamento cualquier día de la semana y tres veces en domingo, por así decirlo.

Fue una pena que no pudiera quedarme a mirar, me hubiera gustado echarle el ojo a alguna de las habitaciones o salones. No era picajosa, cualquier sitio me hubiera valido, incluso el trastero. Me moría por ver qué tipo de tesoros tendría guardados el dueño.

Mientras hacía lo que cualquiera en mi posición hubiera hecho: fisgar todo como una paleta recién llegada a la ciudad, oí un extraño ruido procedente de alguna parte de la segunda planta.

Subí intrigada. Sospechaba que eso era lo que había ido a averiguar.

Después de todo, no creía que a mi alma le diera por hacer viajecitos astrales solo para hacer turismo, ¿no?

Evidentemente, al subir conté el número de escaleras. Había treinta y cuatro y formaban una

especie de curva hasta llegar al rellano superior. Esa planta parecía estar dividida en dos alas, una a la derecha y otra a la izquierda. Ahora que estaba más cerca, distinguí las voces de dos personas discutiendo. Una le gritaba a la otra algo sobre que no debía hacer nada imprudente; que tenía que seguir el plan; que como se estropeará todo, volvería a servir de alimento a los pájaros. Bien, sumemos dos más dos, ¿a quién tenemos? ¡A Prometeo! Si es que somos la mar de listos.

Me dirigí hacia una habitación al fondo del pasillo izquierdo tras haber pasado cuatro puertas, situadas por pares, unas frente a las otras. Llegué a la entrada de lo que parecía ser un despacho, en el que me asomé con gran disimulo a través del dintel -en un *por si las moscas* como una catedral.

Nunca está de más ser precavida-

Vi confirmadas mis sospechas en cuanto a Prometeo. Estaba sentado en una butaca antigua pero de aspecto cómodo y muy caro, acorde con la casa.

Desde luego, su valor muy bien podría pagar un año de nuestro alquiler. La vida, a veces, era muy injusta. El escritorio era de madera de cerezo tallado y, encima de este, había un espejo ovalado, levitando. La otra voz provenía de ahí.

No me fijé mucho más en resto de la sala salvo para notar que era muy espaciosa, con grandes ventanales y estanterías llenas de libros del suelo al techo. En realidad, me interesaba mucho más lo que estaba diciendo el interlocutor de Prometeo. Por lo visto, le estaba llamando de todo menos bonito. No le había hecho ninguna gracia que me atacara, se suponía que yo debía vivir para propiciar la caída de Zeus. Ahora bien, llamadme inocente si queréis, pero qué posibilidades tenía una insignificante humana como yo

de provocar la caída del rey de los dioses, ¿eh? Francamente, no lo entendía.

La voz continuaba hablando sobre que Zeus cavaría su propia tumba y que me arrastraría a mí con él y que después de que el buen hombre hubiera desaparecido, Prometeo podría enseñarme una lección y, por la cara que puso, mucho me parecía que no tenía nada que ver con la cultura clásica.

Lo cierto es que me hubiera gustado quedarme más tiempo y enterarme del resto de sus planes. No obstante, el inoportuno supertirón hizo de las suyas y regresé de nuevo a mi cuerpo con una horrible sensación de mareo.

—¿Cassie? —la voz de mi madre vino del fondo del océano -o esa impresión me dio a mí-.

—¿Qué?

—Vas a llegar tarde. ¿Se puede saber hasta qué hora te quedaste anoche despierta? —suspiró—. Levántate.

Me sentía como si me hubiera atropellado un camión y hubiera decidido dar la vuelta para cerciorarse de que había hecho un buen trabajo. Me costó Dios y ayuda salir de la cama.

Además, tampoco podía dejar de darle vueltas a la conversación entre Prometeo y el señor X.

No sé. No me gustaba que estuvieran conspirando para jugármela. Ni siquiera tenía claro quiénes podría ser los enemigos, a parte del titán, claro.

Ah, y los demonios, a esos tampoco les caigo bien.

—¡Cassie!

—Ya voy, ya voy. No es necesario ponerse así.

Después de seguir mi rutina matinal, me tomé las pirulas de la alegría y cogí el bus. Por poco se me escapa, pero el conductor se apiadó de mí.

Imaginé que mi madre todavía le seguía gustando lo suficiente para hacer la vista gorda alguna que otra vez.

Ryan estaba sentado donde siempre, con los ojos clavados en el cristal.

Fruncí el ceño cuando le saludé y él me contestó vagamente.

Guardé silencio. ¿Y ahora qué había hecho? ¿O no hecho? ¿O dicho?

¿O lo que sea?

—Te estuve esperando. Estaba preocupado —comentó al cabo de un rato.

Me llevé la mano a la boca y maldije por lo bajo. Se me había olvidado completamente que había quedado en ir a su casa para hablar sobre lo del tatu y todo lo demás.

—Lo siento. Se me pasó totalmente. Ayer fue un día de locos...

Y le solté todo, todito, todo. No me dejé nada dentro, ni lo de los dioses, ni lo de los demonios y, mucho menos, el pequeño problema con el señor Hono. También le mencioné al chico nuevo. Sin embargo, sin saber por qué, me sentí bastante reticente a contarle los detalles. Puede que fuera porque no me comprendía ni yo misma o porque, de alguna manera, esos sentimientos eran solo míos y no deseaba compartirlos con nadie, ni siquiera con mi mejor amigo. Por último, le hablé de la tarde en el parque con Jackson.

No os podríais imaginar la cara que puso. Algo a medio camino entre la incredulidad y la envidia.

—¿Y cómo es? —preguntó excitado. Qué bien, me había ganado el perdón sin haber tenido que arrastrarme, dos puntos para mí. Para otra vez ya sabía yo que lo único que tenía que hacer era mencionar al *quarterback* macizorro—. ¿Hay algo de verdad en los rumores?

—¿Qué rumores?

—Que es muy simpático, que se puede hablar con él, que está buenísimo, que es una especie de buen samaritano, que está para comérselo y que besa como el diablo. De hecho, varias chicas han hablado largo y tendido sobre la habilidad que tiene con la lengua.

—¡Ryan!

—¿Qué? —parpadeó inocentemente y yo me eché a reír, ya que de inocente tenía bien poco, el tío.

—Es muy simpático y discreto. Eso es todo lo que te voy a contar porque no ha pasado nada. Simplemente, fue amable conmigo. Además, tiene novia.

—Puff, no me hables de esa mala pécora.

—¿Mala pécora? —me reí—. ¿Qué estamos? ¿En el siglo XIX?

—Muy graciosa, pero ya sabes lo que quiero decir. Esa pava da miedo.

Es mejor no arrimarse a ella, no vaya a ser que te pegue un mordisco y te envenene.

Asentí. No había nada más que pudiera añadir.

Por suerte, no teníamos clase de cultura esa mañana. ¿Qué tipo de jeta debía poner cuando me topara con el señor Hono? ¿Fingiríamos que no había estado a punto de matarme?

¿Trataría de hacerlo de nuevo?

No hace falta decir que me sentía un poquitín aprensiva al respecto.

Y luego estaba el chico nuevo. Os juro que parecía que me seguía a todas partes.

Siempre que me giraba, allí se encontraba él en toda su oscura y gloriosa presencia. Hacía que se me acelerara el corazón y me costara respirar. Si me terminaba dando algo, sería por su culpa.

A la hora de la comida, ya estaba de los nervios. No me había servido de nada contar ni hacer listas. De hecho, creía que había sido contraproducente, puesto que lo que había contado eran las veces que se me aparecía en el pasillo o que lo había pillado mirándome fijamente en clase y, en las listas, solo había enumerado las cosas traviesas que me gustaría hacerle.

Me senté con el grupito de siempre y todo habría ido fenomenal si no llega a ser por un pequeño incidente:

—Cassandra —exclamó una voz detrás de mí, justo cuando acababa de aposentar el trasero en la silla—, ¿te sientas aquí?

Si la voz no lo hubiera delatado, solo el ver las caras de mis amigos -o más bien sus bocas-lo habría hecho.

Me di la vuelta para encararme con Jackson.

—Sí. Siempre me siento con ellos, ¿por?

—Hazme sitio.

—¿Perdón? —¿Es que estábamos en una realidad alternativa, el planeta giraba al revés o es que me había caído por la madriguera del conejo blanco?

—Que me hagas sitio —de repente puso cara de preocupado— o es que no quieres que me sienta contigo.

Ryan y yo nos apresuramos a separarnos para que él pudiera deslizar la silla con una enorme sonrisa en los labios. Se presentó a mis amigos muy educadamente y empezó a comer como si todo fuera bien en el universo -al menos, en el suyo-. Sé que tanto los chicos como yo no podíamos dejar de mirarlo como si le hubiera crecido una segunda cabeza, pero él prefirió fingir que no se había enterado.

—Jackson, ¿qué significa esto? ¿Por qué te sientas con estos marginados? —ya llegó la que temíamos, su Alteza Real, Lisa Storm, la capitana de las animadoras y novia de Jackson para más inri. Sé que cada vez que me refiero a ella por algún motivo, lo hago por todos sus títulos.

Será que como Lisa, no hay otra -encogimiento de hombros mental-.

—Se avecina tormenta¹ —susurró Marc, lo que logró que tanto Ryan como yo colocáramos una sonrisa en la cara que tratamos de disimular rápidamente. El chiste era muy malo. Entre tanto, Jackson suspiró y apartó los cubiertos mientras miraba a Lisa con una mueca de fastidio.

—¿Qué significa qué, Lis? Estoy comiendo con una amiga y sus amigos, así que haz el favor de ahorrarte ese tipo de comentarios sobre ellos.

Cómo era posible que todavía siguiera siendo tan increíblemente guapa después de haber retorcido el gesto de esa manera es algo que jamás entenderé.

No obstante, antes de que estallara el enfrentamiento entre las dos grandes superpotencias, los amigos de Jackson empezaron a mudarse a nuestra mesa y por los amigos de Jackson me refiero a las anoréxicas, bulímicas, burros y cazurros de los que ya os he hablado anteriormente. Es más, se armó tanto follón mientras comíamos que comencé a sentirme terriblemente mal. Todo estaba fuera de control y a nadie parecía importarle. Como sabía que si no salía de ahí, iba a tener una de las peores crisis de la historia y, luego, a morirme de la vergüenza, decidí que sería muy sabio por mi parte largarme echando leches, por la mal que suene la expresión.

Dejé la bandeja en su sitio, bien colocada y, antes de atravesar la puerta, Ryan me hizo 1 Storm significa tormenta

un gesto con la cabeza para hacerme saber que lo entendía y se inclinó para susurrarle algo a Jackson a lo que él respondió dándose la vuelta y mirándome preocupado.

Aish... Pero qué majo era ese chico.

Me fui directamente a la biblioteca. Siempre había sido el lugar en el que me refugiaba cuando todo se volvía incontrolable. Me aportaba paz. No solía haber mucha gente y, además, era un ambiente ordenado y silencioso, justo lo que necesito en este tipo de ocasiones. Por si fuera poco, el bibliotecario, el otro señor Hono, era muy amable conmigo. El que tenga el apellido igual al de

mi profesor de cultura podría ser una coincidencia.

Desde luego, no se parecían en nada, ni en carácter ni en físico.

Sin embargo, cuando entré en el edificio, ya que es uno aparte al de las clases, me percaté de que había más silencio que de costumbre. No podía verse ni un alma por los alrededores.

Deposité las cosas en la mesa que utilizaba normalmente y fui a buscar un libro para leer.

Al volver a mi sitio, me sorprendí al encontrarme al bibliotecario esperándome. Me recorrió un escalofrío lleno de alarma.

—Señor Hono, ¿ocurre algo? —pregunté nada más acercarme a él.

Tuve la impresión de que le había dado un espasmo o una sacudida rara.

Empezó a reírse como un maniático para, acto seguido, ponerse serio de muerte. Los ojos se le habían oscurecido tanto que se le habían tornado negros, pero cuando fijó la mirada en mí, adquirieron un tinte peligrosamente rojo. Me dio miedo, de verdad. Comenzó a murmurar algo.

Al principio, no pude entenderlo pero, luego, pensé que podría desmayarme de pánico.

Retrocedí poco a poco.

¿Por qué todos los señores Hono con los que me tropezaba tenían que estar chiflados?

—Eres mía —repetía una y otra vez—. Eres mía, Pandora. No voy a permitir que te vayas con otro —se acercó de un salto—. No voy a ser el hazmerreír del Olimpo porque quieras flirtear con otros. Eres mi esposa y me perteneces.

—Señor Hono —me temblaba la voz como a un cervatillo—, diría que me está confundiendo con otra persona...

—¿Crees que no lo sé? ¿Te piensas que no te vi marcharte con ese chaval? —alzó la voz al final.

—No sé de qué me está hablando —retrocedí a medida que avanzaba él.

Al final, me arrinconó contra una pared.

—Por favor... no me haga daño. No entiendo nada de lo que está pasando... por favor —nunca me había gustado suplicar, pero a grandes males...

Por un instante, un ínfimo y efímero momento, deseé que el chico nuevo apareciera allí y me ayudara. Tampoco comprendía eso -de ahí que saliera con el rabo entre las piernas cada vez que lo veía-.

—¡Estás pensando en él, ¿verdad?! —me gritó mientras pegaba un puñetazo tan fuerte en la pared al lado de mi cara que dejó un agujero. Yo salté por el susto y se me escapó un ligero jadeo ahogado. Casi no me atrevía ni a respirar.

—¿En quién?

¿Pillada?

—En ese *quarterback* meloso con el que te vi ayer. Eres una sinvergüenza.

Ah, no.

Aguarda, ¿qué tenía que ver Jackson en todo aquello?

—Él es solo un amigo.

No comprendí mi error hasta que no vi que casi echaba espuma por la boca. Lo peor que se le puede decir a alguien que está teniendo un ataque de celos es que la persona de quien se está celoso es *solo un amigo*. Creo que eso hace que las sospechas se cuadruplicuen.

Me agarró por la pechera de la ropa, me acercó a su cara -vaya mala costumbre que tienen de sujetarme siempre por el mismo sitio. Al final, me van a deformar todas las camisas-y me susurró con los dientes apretados: —

Te voy a enviar a un lugar en el que nunca te vas a poder volver a burlar de mí.

Un momento, ¿qué?

Luché contra él desde el mismo instante en que me separó de la pared.

No podía dejar que me llevara a donde fuera que quisiese el psicópata majara ese.

—¡Que me dejes en paz! —le di con la palma abierta en uno de los oídos y casi logré que me soltara. No obstante, el único resultado que obtuve fue que me zarandeara como a una muñeca de trapo y que se me cayera el Ipod del bolsillo.

De reojo, vi que emitía un destello bastante brillante de color marrón.

¿Qué podría ser?

Bueno, tampoco tenía tiempo para comerme la cabeza con aquello. El tipo me había echado al hombro como un miserable saco de patatas y me estaba sacando de la biblioteca con toda la impunidad del mundo.

—Epimeteo, deja a Cassandra en el suelo —rompió el silencio una voz de súbito, una voz que conocía muy bien. Traté de inclinarme hacia atrás para ver al chico nuevo parado en medio del dintel de la puerta, bloqueando el camino.

Por un instante, pensé que ¿Epimeteo? -¿de verdad ese era su nombre?-

iba a obedecer.

De hecho, sentí que aflojaba mínimamente el apretón mortal con el que me agarraba la cintura,

pero muy pronto canté victoria. No solo no me dejó en el suelo sino que, encima, volvió a cerrar el brazo de tal manera que a punto estuvo de hundirme las costillas.

—¿Qué haces tú aquí? ¡Deberías estar muerto! Seguro que has vuelto para quitármela.

—¿Te das cuenta de lo que estás diciendo? Piensa en ello. El demonio de los celos no te permite ver con claridad.

No sé si fue por lo que había dado a entender o por otra cosa, pero el bibliotecario pirado me arrojó al suelo como si no valiera nada y se abalanzó contra el tío buenorro.

Le lanzó un poderoso puñetazo que conectó con su mandíbula: —

¡Caleb! —¿cómo sabía su nombre? Uhhhh, mal rollito.

—Márchate. Después iré a buscarte.

—Pero...

—¡Vete! —no hizo falta que me lo dijera dos veces. Salí corriendo por la puerta y lo último que oí fue un grito agónico que me llamaba desde la distancia. Bueno, en realidad, no a mí sino a Pandora. Pese a ello, no miré atrás, solo corrí, corrí y corrí hasta que no pude más.

En algún momento, las piernas dejaron de sostenerme y me caí al suelo.

Me di un buen batacazo y, encima, las lágrimas me nublaron la visión, así que era incapaz de distinguir dónde había acabado. Me había perdido y no me importaba. Me sentía absolutamente desolada. Había huido y dejado a Caleb atrás. ¿Cómo iba a perdonarme por mucho que hubiera sido él mismo quien me hubiera gritado que me marchara? ¿Cómo iba a perdonarme yo?

5

Mi primera misión. Perdonad si os digo que no estoy saltando de alegría.

Para cuando fui capaz de regresar a casa, no podía con el alma.

Literalmente no, pero casi. No tenía ni idea de la hora que era, ni la cantidad de clases que me había saltado y, con toda la sinceridad del mundo, os diré que tampoco era lo primero en mi lista de preocupaciones.

Me costó bastante atinar con la cerradura. De hecho, la pobre puerta hubo de hacerse cargo de mi frustración y mi miedo. Dejémoslo ahí.

No había nadie. Mejor, porque tampoco quería que mi madre me viera así. No tendría una excusa plausible y seguro que me enviaría derechita al manicomio con una breve parada en el consultorio de la psiquiatra.

Aparte, no sabía quién había estado jugando a hacer trenzas con mis intestinos, pero tenía el estómago lleno de nudos. No me creía capaz de volver a beber agua en la vida, así que algo sólido

quedaba absolutamente descartado.

Fui al cuarto de baño para darme una ducha. Por desgracia, cometí el error de mirarme en el espejo y casi no llego al inodoro para echar hasta la primera papilla.

Una expresión visual y gráfica donde las haya, ¿eh? Bueno, no es como si hubiera podido apretar el botón de *stop* para detenerlo. Sabéis perfectamente que no manejo nada bien los cambios y han ocurrido demasiadas cosas en muy poco tiempo -menos de tres días para ser exactos-. Una chica tiene un límite para todo lo que puede soportar.

Me incliné hacia atrás y me apoyé contra la pared. Estaba destrozada. Si apareciera mi madre en ese preciso momento ya no pensaría que se había ido la cabeza, no, se creería que me había ido de juerga y que tenía una resaca del quince.

Hasta podría imaginarme la cara que pondría.

Con un supremo esfuerzo me incorporé y me metí en la bañera. Me dolía todo el cuerpo y había sudado tanto que parecía que me había caído en una piscina.

Pese a todo y aunque tenía la firme intención de tirar esa ropa a la basura, fui incapaz de dejarla en el suelo hecha un ovillo. Tuve que doblarla y colocarla en la repisa, al lado de la pila.

¿Por qué soy así? ¿Por qué no puedo ser normal? Tal vez, si lo fuera, no me pasarían estas cosas. No habría nadie detrás de mí intentando matarme, ni demonios, ni bibliotecarios psicóticos diciendo que en una vida anterior yo fui su esposa... ni Caleb.

Me sorprendí al sentir un pequeño vacío en el pecho y no, no fue por lo de antes. Ese chico era un auténtico misterio para mí. Las emociones que despertaba en mi interior, como si lo conociera de antes, como si le debiera algo, esa nostalgia, ese cariño... no lo comprendía.

Y me daba miedo.

¡Además, era un maldito acosador!

La cascada de agua caliente continuaba cayendo sobre mí cuando oí que llamaban al timbre. Por breve segundo, pensé en ignorarlo. En realidad, estuve muy pero que muy tentada de hacerlo. También se me pasó por la cabeza que pudieran ser tanto Prometeo como el bibliotecario majara pero, al instante, me di cuenta de que los malos no pican a la puerta. Al final, salí de la ducha con un suspiro, me puse el albornoz lleno de caritas de Mickey Mouse y fui a ver de quién se trataba.

—Soy Caleb —respondió una voz tan profunda que hizo que me recorriera un temblor lleno de excitación.

Abrí inmediatamente y casi me atraganto con mi propia lengua. El pobre parecía haber sobrevivido a una guerra.

—Pasa.

—Bonito albornoz —miré hacia abajo y me ruboricé hasta la punta de las orejas.

—Gracias —la única manera de no morirte de vergüenza, a veces, es confirmar lo obvio—. ¿Quieres algo de beber? Dios sabe que necesito una buena tila para calmar los nervios.

—Eso está bien para mí también.

Lo miré sorprendida:

—¿De verdad?

Él solo sonrió y se encogió de hombros.

—Espera un momento que me cambio y ahora lo preparo. Mientras tanto, estás en tu casa.

Eso era lo más educado que se podía decir, ¿no?

—¿Puedo usar el baño?

—Es esta puerta —contesté, señalándole la primera a mano derecha.

—Gracias.

—¿Necesitas algo? Agua oxigenada, vendas, un quirófano...

—No, gracias. Aunque parece muy aparatoso, no lo es en realidad.

Fruncí el ceño. Aquello me estaba dando mala espina. ¿No le había soltado a bocajarro lo del demonio al señor Hono? ¿Cómo era posible que lo supiera? O sobre los demonios, directamente. ¿Por qué conocía él su existencia? Y lo principal, si se había peleado con un bicho malvado, ¿por qué no había acabado con algo más que un par de morados, para empezar?

¿No se supone que tendría que haberse infectado?

Vaya forma de comerme la cabeza, ¿a que sí?

Para cuando Caleb volvió, yo ya me había vestido y estaba preparando una infusión. Él había intentado limpiarse la suciedad y remendar un poco la ropa desgarrada, aunque no había hecho muy buen trabajo.

Me aclaré la garganta y le indiqué que se sentara a la mesa. Supongo que me había oído trastear en la cocina y había seguido el ruido.

Una vez instalados, nos envolvió el silencio. No podía decir si era tenso o no, pero fijo que no se trataba de uno cómodo. También estoy convencida de que él sabía que quería preguntarle un montón de cosas y que no encontraba la manera de hacerlo. Los segundos pasaban cada vez más lentos, más sordos, eternos.

—¿Qué vas a hacer ahora? —inquirió tan de improviso que me asusté.

Suspiré y me encogí de hombros. Tal y como él había hecho poco antes.

—No lo sé. Ni siquiera entiendo bien el terreno que estoy pisando —me pasé una mano por la cara, exhausta. Subí la mirada desde mi vaso y me preparé para hacerle una inquisición en toda regla.

Torquemada, agárrate las calzas que te voy a dejar en vergüenza.

Caleb alzó una mano y me detuvo.

—Sé lo que vas a preguntar... y lamento no poder contestarte. Todavía no, al menos. Lo único que he venido a decirte es cómo podrás acabar con los demonios...

—¿Por qué? ¿Qué ganas tú con ello? ¿Cómo es que lo sabes?

Él continuó, haciendo oídos sordos a mis palabras.

—La forma de derrotarlos se supeditará a su anfitrión humano o no tan humano, dependiendo del caso.

—¿Cómo? —lo admito, me había enredado.

—Tienes que vencerlos al enfrentarte a ellos en su máxima destreza, es decir, si a Epimeteo se le da bien... yo que sé... colocar libros en un tiempo record, tú tienes que hacerlo todavía más rápido...

—Eso es una estupidez.

Puso mala cara. Creo que si hubiera sido un gato, se le hubiera erizado el lomo.

—Era solo un ejemplo —me fulminó con la mirada—. Captas la idea, ¿no?

—Sí, lo pillo.

—Por desgracia, esto es lo único que puedo hacer por ti. No sé nada del punto débil del bibliotecario. No sé a lo que vas a enfrentarte...

—¿Por qué me ayudas?

—Porque no quiero que te pase nada.

—¿Por eso me acosas?

Caleb arqueó una ceja:

—¿Te qué?

—Me acosas. Me sigues a todas partes y apareces cuando menos me lo espero.

—Es complicado.

—Soy inteligente.

—Y modesta, por lo que veo.

—No te me salgas por la tangente. No te va a funcionar. Quiero saber por qué sabes lo que sabes, por qué me ayudas y, sobre todo, por qué no estás infectado por lo que sea que tiene el bibliotecario.

—Celos. Son celos y no, no te puedo responder a esas preguntas. Lo único que te puedo decir es que puedes confiar en mí. Estoy de tu lado. Yo jamás te voy a traicionar —esto último me lo plantó con una cara tan seria que casi me lo creí. Casi.

—Una declaración importante —empecé. Me figuro que debió de notar el sarcasmo en mi voz, ya que se le oscurecieron los ojos y se le endurecieron los rasgos—, y más teniendo en cuenta que proviene del mismo chico que me advirtió que debía tener cuidado sobre en dónde depositaba mi confianza.

Apretó la mandíbula antes de contestar.

—Puedes pensar lo que quieras, Cassandra, pero eso no cambiará el hecho de que esté de tu parte —se levantó de la mesa y se encaminó hacia la salida—. Ah, se me olvidaba —se acercó de nuevo y puso algo en la mesa, cerca de mi vaso. No lo miré y no fue porque no sintiera curiosidad, sino porque no podía apartar los ojos de él.

De hecho, continué mirando al espacio vacío que había dejado hasta que oí que se cerraba la puerta. Entonces y solo entonces, pude salir de la especie de trance en el que me encontraba.

Miré lo que había depositado al lado de mi tila, ya fría.

El Ipod.

Se me había olvidado por completo cuando salí corriendo. ¿No había sentido nada extraño al tocarlo? ¿Por qué sabía que tenía que devolvérmelo? Se me instaló un mal presentimiento en el pecho y no fue por ninguna de esas preguntas sin respuesta, no. La razón por la que el corazón me golpeaba en las costillas como si hubiera decidido que quería atravesármelas e irse a dar una vuelta era que el Ipod no estaba apagado, sino que emitía una ligera luz negra muy similar a la que emanó de él cuando Epimeteo se me había echado encima.

Fui a toda prisa a mi habitación sin otra idea en la cabeza que la de comunicarme con los que me habían metido en aquel lío para empezar.

Tenían que darme respuestas.

—¡Zeus! ¡Atenea! —grité una y otra vez hasta quedarme casi sin voz.

Nadie contestó. Ninguno de ellos se molestó en enviarme una señal.

Nada.

—¡Atenea, maldita sea! Ayúdame. ¿Qué debo hacer? ¿En quién puedo confiar? —sollocé, al final.

Una vez se me pasó el arrebato, me desinflé. Me senté en la cama, cabizbaja, y con una única certeza en la mente: los dioses se habían lavado las manos de este problema. Estaba sola. Ellos no me iban a salvar.

¿Cómo diablos voy a conseguir meter al monstruo en una cajita estropeada?

No sé cuánto tiempo me quedé allí con la mirada perdida en el infinito.

La verdad es que no era capaz de sentir nada más que un vacío inmenso, un vacío oscuro y aterrador. No dejaba de repetir esas palabras en la cabeza...

Estoy sola... sola... Nunca me había pasado antes.

Siempre había tenido a alguien en quién apoyarme, a alguien con quien contar, ya fuera Ryan o mi madre, pero nunca me había encontrado tan desvalida, tan desprotegida.

No sabía qué hacer.

Vale, necesitaba pensar las cosas con calma. Debía escribir una lista para tener los puntos bien claros y así poder llegar a una solución, a ser posible, que no incluyera ni dolor ni mi propia muerte. También tenía que proteger a mis seres queridos de lo que fuera que estaba detrás de mí.

Seguro que los demonios no se quedarían de brazos cruzados si averiguaban que la mejor manera de hacerme daño no era otra que la de atacar a mi familia.

Dios, no tenéis ni idea de lo que deseaba ser otra persona. Bastante más que de costumbre. Me hubiera valido cualquiera, incluso el vagabundo que vive en el callejón en la esquina con San Marcos. Fijo que a él no le ocurrían esas cosas.

No, y si le pasaran, estaría más concentrado en buscar su siguiente comida o su siguiente chute que en salvar a la humanidad de unos demonios sedientos de sangre.

De todas formas, seguía prefiriendo ser él.

Me levanté de la cama con toda la parsimonia del mundo. Tal vez, de aquí a cuando llegara a sentarme delante del escritorio, sacara el papel y el boli, todos los seres sobrenaturales que habían estado desfilando últimamente por mi vida desaparecieran con un *puff* y un *qué te vaya bien*.

Ya me los estaba imaginando en plan *ahora lo ves y ahora no lo ves*, con ruiditos a modo de pequeños estallidos de fondo. Sin embargo, sabía que no caería esa breva.

Bien, en la columna de la izquierda, las cosas que habían sucedido, en la de la derecha, las posibles soluciones. Cuando todo estuviera analizado y esquematizado, me sentiría muchísimo mejor. Seguro.

Solo que no fue así. Una vez tuve confeccionada la lista me di cuenta de que estaba metida en un lío de los gordos. Bueno, eso ya lo sabía, la cosa es que no había entendido bien la magnitud del problema. Como ya lo he comentado en alguna ocasión, los cambios y yo no somos muy buenos amigos así que me cuesta un poquitín adaptarme. En un momento como este, me iría casa de Ryan a discutir con él las diferentes opciones; pero visto el panorama, eso no sería factible.

Ya, y ahora es cuando el personal suelta algo así como: ¿no deberías habértelo pensado mejor antes de haberle largado todo en el bus? -y añade con más ironía de la que suelo utilizar yo: sitio discreto donde los haya,

¿no, bonita?-

Justo en ese instante oí que se cerraba la puerta de casa y que mi madre saludaba desde la entrada mientras se quitaba la indumentaria del trabajo.

Sonreí. Era parte de nuestra rutina habitual. Haría lo que fuera por protegerla... Mi madre... ya había soportado un montón de cosas terribles, y la mayoría eran por mi culpa, por ser tan rara. Debía pensar en algo para encargarme de los dos señores Hono y del resto de los demonios... y tenía que marcharme de casa.

Esa idea llegó como por inspiración divina.

No podía quedarme ahí. Sería el primer sitio en el que me buscaran si alguno de ellos adquiriera forma corpórea. Además, mi profe de cultura, el señor Hono, alias Prometeo -¿o es al revés?-, podría aparecer por el barrio cuando le diera la gana. Él no estaba atado a ninguna parte. Lo que me sorprendía es que no lo hubiera hecho ya.

Estaba metida en un atolladero. No podía quedarme en casa, pero tampoco tenía ningún otro lugar al que ir.

Eso es mentira. Caleb se ofreció a ayudarte, respondió una voz que no supe bien de dónde provenía.

Ya, pero es que no sé si me puedo fiar de él.

Te dijo que estaba de tu lado.

Y el diablo también dijo que solo era un mordisquito a la manzana y mira lo que ocurrió.

Sabes que no te sirve de nada ser sarcástica contigo misma, ¿verdad?

Hice una mueca como si me hubieran dado un puñetazo. Estaba más loca de lo que me pensaba si ya me ponía a hablar conmigo misma. Menos mal que esa vocecita en mi interior no me había pedido nada extraño como que me rebozara en harina y bailara el hula hula con una falda hecha de palomitas y una corona de plástico en la cabeza.

—¡Cassie! ¡La cena está lista, cariño! —acto seguido, oí a mi madre cantar algo similar a Rihanna, aunque no fui capaz de adivinar la canción.

Es que, cuando le da por la música, hay que aplicarle la regla: cualquier parecido con la realidad es pura coincidencia. No acierta con la letra ni a la de tres.

Por extraño que parezca, eso era otra cosa que me gustaba de ella.

Bajé a la cocina y cenamos lasaña. Después, mi madre se fue a la cama y yo me marché sin hacer

mucho ruido. Había estado pensando en algún sitio donde pudiera quedarme esa noche, pero no se me ocurrió nada.

Caminé sin rumbo fijo por las calles de la pequeña ciudad. Utilicé el paseo para tratar de llegar a algo que se asemejara a una solución o, al menos, a un parche al problema de los demonios, pero no hubo manera.

Estaba visto que mi creatividad había decidido tomarse unas vacaciones permanentes.

Sin percatarme, ya había atravesado el parque McDougal, cruzado el puente y me hallaba en la arboleda que rodeaba el claro al que Jackson me había llevado el día anterior.

Cogí aire y miré al cielo. Había una brisa bastante agradable que me mecía el pelo, transportaba el relajante aroma de las flores y el sonido de los grillos. Me fui acercando silenciosamente al claro ya que no deseaba perturbar la armonía que emanaba de ese lugar...

y supongo que fue gracias a eso, que pude apreciar el timbre de dos voces.

Ahora es cuando me gustaría decir que fui buena y me di media vuelta para dejar que los dos amantes disfrutaran de su cita a solas y sin cotillas alrededor. Sin embargo, la verdad fue muy diferente. La curiosidad -sí, ese pequeño rasgo de mi carácter que me ha metido en más de un lío y de dos-pudo más y bajé la colina casi con el aliento atrapado en la garganta.

Estaba tan enfrascada en que no me pillaran que no sentí claustrofobia en ningún momento.

Los árboles y los arbustos iban aumentando a medida que avanzaba y justo cuando llegué a la línea en la que terminaba la selva, me detuve y me escondí entre el denso follaje.

Forcé la vista, pero solo fui capaz de percibir dos siluetas. No obstante, la sorpresa que me llevé fue mayúscula debido a que una de ellas la reconocía perfectamente.

¡Era Ryan!

Podría identificarlo con los ojos cerrados y las manos atadas en la espalda sin ninguna dificultad. La otra figura, por el contrario, a pesar de que me sonaba, fui incapaz de ubicarla.

Estaban sentados en el suelo, con la espalda apoyada en el tronco caído y rodeados de flores.

No es que pudiera verlas bien, pero me las imaginaba como parte de ese escenario tan romántico.

De repente, empecé a oír ruiditos subditos de tono. No creí que jamás pillara a mi mejor amigo en semejante situación. En ese preciso instante, mi conciencia entró en una feroz batalla contra mi curiosidad, ¿cuál de las dos ganaría? No lo sabía, pero de eso dependía la privacidad de mi mejor amigo y la del otro chico.

Al final me dije que, en cuanto averiguara la identidad del desconocido misterioso, los dejaría a solas. Me incliné silenciosamente sobre los arbustos que me servían de cobertura y entrecerré los ojos para ver si reconocía algo.

¿Qué pensáis que pasó luego? ¿Que me atraparon con las manos en la masa? ¿Que apareció mi madre como una energúmena, me cogió de la oreja y me arrastró a casa? Pues no y no.

Una sombra me agarró fuertemente por detrás y me inmovilizó. No pudo evitar que jadeara por la sorpresa y, luego, por el miedo antes de que me tapara la boca. Me arrastró hacia atrás y me estampó contra el tronco de un árbol.

A día de hoy, todavía no sé cómo conseguí ser una niña mayor y no orinarme encima del susto. Tampoco recuerdo cómo logré sobreponerme y comenzar a luchar como una regia leona -cuidado, Simba, tienes competidora-. Deberíais haberlo visto. Creo que arree una buena patada en cierta zona dolorosa y delicada de la anatomía de mi atacante antes de que

se inclinara sobre mí y me susurrara imperiosamente: —¡Haz el favor de estarte quieta! Nos van a descubrir si sigues así.

—¿Caleb?

—Shhh... calla.

Los arbustos que me habían servido de parapeto se movieron para mostrar la cara de Ryan con el ceño fruncido.

Se metió un poco más y miró a todas partes. Se quedó, prácticamente, a un metro delante del árbol en el que nos estábamos refugiando Caleb y yo.

Por un segundo, me pregunté por qué me ocultaba como si fuera una ladrona. Luego advertí que, en cierta forma, lo era. Había robado un momento íntimo a mi mejor amigo y me sentí fatal por ello.

—Vámonos —ordenó el otro chico. De igual manera, su voz también me era conocida.

Sin embargo y sin que sirviera de precedente, iba a hacer lo correcto.

Enterré la cabeza en el pecho de Caleb y cerré los ojos para no ver de quién se trataba. Si Ryan quería contármelo, ya me enteraría. Por qué cambiar lo que funcionaba, ¿no?

No nos movimos ni un ápice mientras los pasos de mi mejor amigo y su acompañante se alejaban y, después, se marchaban en coche. Inspiré profundamente presa del alivio y los pulmones se me llenaron del exótico aroma de Caleb. Olía genial, a madera y a clavo. Antes de darme cuenta de que lo estaba haciendo, me incliné de nuevo y volví a inspirar. Estar allí, así... sentía algo nostálgico, evocador... algo totalmente incorrecto.

Me tensé como un palo y traté de apartarme. No podía creerme que hubiera bajado la guardia de esa manera. Este tipo, por muy bueno que estuviera o por mucho que me hiciera sentir cosas extrañas, tenía todas las papeletas para ser un demonio. Solo le faltaba anunciarlo en *Twitter*.

Al notar mi cambio de postura, Caleb se apartó y me miró fijamente a los ojos. Por un momento, creí que diría algo así como: quiero besarte hasta que no te acuerdes ni de tu nombre, a lo que yo le habría respondido: ya estás tardando. Sin embargo, lo que salió de esa boca tan perfecta suya

fue algo completamente diferente: —¡Se puede saber qué diablos estás haciendo! —gritó muy enfadado.

Por poco se me escapa un comentario del estilo: ¿de verdad acabas de decir *diablos*?

¿Quién suelta eso hoy en día? ¿Y qué será lo siguiente? ¿Caracoles?

¿Cáspita? -me recordó un montón al comentario de *mala pécora* que había

usado Ryan para describir a Lisa-; pero, por alguna razón, creí que no sería buena idea.

—¡¿Tienes a una legión de demonios siguiendo tu bonito trasero y se te ocurre ponerte a jugar a los espías, precisamente, ahora?! ¡¿Tú estás tonta o te lo haces?! No me lo explico.

¡¿Eres tan irresponsable que no te importa lo que pueda pasarte?!

¿Sabes lo que te harían si llegaran a atraparte? —y siguió con su diatriba unos buenos diez minutos. Explicó enérgicamente unas cuantas formas de tortura que me aguardaban por ser tan inconsciente: que si me iban a despellejar; a despellejar y desollar viva; a despellejar, desollar viva y desmembrar lenta y dolorosamente, y no tenía por qué ser en ese orden, *etc.*

De hecho, dejé de escucharlo después de un rato. Solo esperé hasta que se calmara lo suficiente para poder mantener una conversación civilizada.

Quería contarle los motivos por los que no estaba en casa, aunque no tenía ninguna razón para hacerlo. No obstante, todas mis buenas intenciones se fueron al carajo cuando soltó—: ¿Es que estás loca o qué?

Podía haberme llamado cualquier cosa que lo hubiera aceptado sin pestañear, pero esa palabra no. Loca, no. Eso fue lo que me gritó mi padre a la cara antes de abandonarnos a mi madre y a mí. No podía soportar que su hija fuera una enajenada y una retrasada, una anormal, así que exploté:

—¿Y tú qué, imbécil? ¿Quién te has creído para seguirme a ninguna parte? ¡No eres más que un maldito acosador! No eres nadie en mi vida para decirme lo que tengo o no tengo que hacer. ¿A ti qué te importa si los demonios me atrapan y juegan con mis entrañas a hacerse peinaditos tras haberme destripado? —sin poder contenerme, le di un soberano empujón y lo aparté de mí varios metros -bueno, solo dos, pero los suficientes para ganar un poco de espacio—. Lo vi, ¿sabes? Vi la luz negra en el Ipod. Tú también estás poseído por un demonio, así que no me vengas con cuentos como el de que estás de mi lado. Vete a contarle milongas a tu madre o al vecino del quinto, pero a mí, no, porque no me lo trago.

Toma ya, para que vuelva.

Cuando paré de soltar veneno por la boca, tanto Caleb como yo respirábamos agitadamente. Vi que él tenía las manos apretadas en puños, con los nudillos blancos y el semblante grave y serio, los labios y el mentón, tensos y la cara lívida. Por un segundo, me asusté. Sin embargo, no retrocedí. Eso me hubiera hecho parecer débil y le hubiera restado importancia a mis argumentos. No era yo la que estaba equivocada.

—¡Quiero una explicación, Caleb! Lo digo en serio. No me salgas con eso de que no me lo puedes contar.

Caleb se puso más rígido si es que eso fuera posible y antes de que pudiera darme cuenta, se acercó los dos metros que lo separaban de mí, me cogió y me echó al hombro en plan troglodita total.

Obviamente, le golpeé en la espalda, en el trasero y en los muslos con los puños, pero el continuó andando como si nada. Era muy frustrante, la verdad.

Una vez me dejó en el suelo al lado de su moto, le di tal patadón que tuvo que apoyarse en aquel artilugio del diablo para mantener el equilibrio.

—Eso te pasa por idiota.

Y aquí vamos de nuevo. Es que ese tipejo sacaba lo peor de mí. No podía creerme la cantidad de palabrotas que habían salido de mi boca durante el trayecto del bosque al terraplén y, si no hubiera estado todavía tan cabreada, me habría avergonzado de mí misma.

No me quedó otro remedio que permitir que me llevara a casa. No me hacía ninguna gracia, pero era el menor de dos males. Ya se había hecho demasiado de noche y no era buena idea andar por ahí sola a esas horas. Me dejó en la puerta poco más de veinte minutos más tarde. Por alguna razón, el paseo se me hizo más corto que cuando fui con Jackson y, por algún otro extraño motivo, no quería que se terminara.

Dios mío, estoy como un cencerro.

Eso no te lo voy a discutir, contestó mi vocecilla interna que, por cierto, empezaba a tocarme las narices cuando aparecía. Diría que estás desarrollando un pequeño trastorno de doble personalidad: la que quiere al tío bueno y la que quiere... matarlo.

Cállate.

No iba a discutir aquello conmigo misma. Ni soñarlo.

—Vete pensando en cómo acabar con Epimeteo —me ordenó mientras abría la puerta del portal. No pude evitar sentir que me estaba atacando, así que contesté de malas maneras: —¿Y qué te piensas que hacía yo en el río?

—Violar la intimidad de tu mejor amigo —me soltó sin anestesia ni nada. Si he de ser completamente honesta, se me heló el alma. De hecho, me quedé congelada en el sitio durante, aproximadamente, cinco segundos.

Retrocedí los apenas tres pasos que me separaban de él -no, esto no es como lo otro que contaba antes-y le asesté un tortazo de los que hacen época.

El calentón se me pasó en el preciso instante en que él subía la mano para acariciarse la mejilla, sorprendido. Yo, más que sorprendida, estaba asustada, de mí misma y de las reacciones que me

provocaba. Con él, todo era mucho más... volátil.

Me di la vuelta y me metí en casa.

Si me vio como una cobarde, no me importó.

Me saltaré la parte de lo mucho que me costó llegar a mi habitación sin que mi madre se enterara - teniendo en cuenta que su dormitorio está más cerca de la entrada que el mío, que tenía la puerta abierta de par en par y que el suelo crujía más que una vieja con graves problemas de artritis-.

Una vez allí, me derrumbé encima de la cama. Cerré los ojos con la esperanza de que Morfeo se apiadara de mí y me llevara al mundo de los sueños, pero ni siquiera ese pequeño respiro se me concedió.

A la mañana siguiente, me levanté hecha una porquería y con unas ojeras de campeonato. Me vestí, desayuné y tomé mis tres pirulinas favoritas. Mi madre frunció el ceño, preocupada, antes de picar algo, beberse el zumo, asegurarse de que estaba en condiciones e irse al trabajo.

No me gustaba inquietarla de esa manera. Suspiré agotada. Quería tirarlo todo por la borda.
¿Cómo le iba a decir que me marchaba de casa?

¿Con qué cara podría hacerlo?

Dios, era tan estúpida...

Eso no te lo discuto.

Cállate.

Solté un quejido muy poco maduro, me pasé una mano por la cara y me retiré de la mesa. Recogí los cacharros, fui a por los libros y salí de casa.

Ryan estaba en el autobús, como siempre, en el mismo sitio de siempre y con la misma cara de siempre. No había nada diferente, nada que indicara que la noche anterior había estado dándose el lote con un chico en secreto.

Me senté a su lado, apoyé la cabeza en su hombro y cerré los ojos.

—¿Te encuentras bien? —me preguntó segundos más tarde.

—Sí, no te preocupes.

—Pareces cansada, ¿no has dormido bien?

—Podría decirse.

—¿Quieres hablar?

—No tengo nada que contar, ¿y tú?

—Tampoco.

Así lo dejamos, ambos sabiendo que el otro ocultaba algo, pero sin atrevernos a soltar prenda. ¿Qué nos estaba pasando? ¿Cuándo nos habíamos transformado en dos extraños?

La incómoda situación tuvo su final al parar el autobús poco después.

Nos quedamos allí sentados hasta que se bajaron todas las bestias que fingían ser adolescentes y recorrimos los pasillos arrastrando los pies, cada uno perdido en sus propios pensamientos. Tal vez debiera alejarme de Ryan también...

—¡Mira por dónde vas, bruto! —pegué un respingo debido a que reconocí la voz de Lawrence. Un nombre demasiado grande para un chico de segundo, muy dulce y tímido. No creía que hubiera elevado el tono jamás en su vida.

—Qué raro —comentó Ryan—. ¿Qué crees que habrá pasado?

—Ni idea.

El muchacho era poco más alto que un pulgar y delgado como un espagueti. No podíamos decir que fuera muy agraciado aunque, tal vez, debajo de toda aquella montaña de acné fuéramos capaces de encontrar algo bonito. El fuerte del chico era, sin lugar a dudas, su inteligencia.

Y se estaba metiendo con uno de los burros que para divertirse juega a ese matapersonas -sí, ya lo sé, pero es que no se me ha ocurrido una palabra mejor para describirlo-que hace las veces de deporte, es decir, el *rugby*.

A lo que iba; ese tipo -no me acuerdo de quién era. Si su cociente intelectual es inferior al de un primate, ni siquiera me esfuerzo-le sacaba, por los menos, cabeza y media y era, como mínimo, el doble de ancho.

Damas y caballeros, permítanme presentarles a pitufo filósofo amenazando a Gargamel.

Algo gracioso y preocupante a la vez.

—No vayas de sobrado solo porque tienes más músculos que cerebro —

exclamó Lawrence. El grandullón todavía lo seguía mirando sin entender nada. Supongo que no era capaz de procesar que una hormiguita se le envalentonara.

—Cassie... —susurró Ryan. Cuando lo miré, me indicó con la cabeza que teníamos que marcharnos.

—Pero...

Solo dijo una palabra:

—Cultura.

Hice una mueca -sí, de esas en las que parece que no has estado comiendo la fibra suficiente-y eché un último vistazo a la *pelea* antes de dirigirme a mi casillero, dejar los libros e ir a clase. Por mucho que me doliera abandonar a Lawrence en el lío en el que se había metido él solito, tenía otras cosas en las que pensar... como en Prometeo -y sus planes para matarme-, Epimeteo -y sus planes para secuestrarme-y la Caja -y sus planes... No, es broma, los planes de asesinato son de los demonios, pero el resultado es el mismo: yo, muerta-.

Llegamos a clase por los pelos. El ambiente estuvo más tenso de lo habitual. Imagino que tenía algo que ver con la animadversión que sentía el profe hacia mí y que apenas trataba de disimular.

La hora fue... incómoda, en el mejor de los casos. Sin embargo, y en contra de lo que podría haberme esperado, no tuve miedo. Nada. Ni un ápice. No quería pensar mucho en los motivos aunque sabía que se debía a la representación de la oscuridad en persona: Caleb.

No lo miré ni le dirigí la palabra. De hecho, él tampoco hizo ademán de entablar conversación conmigo. No hacía falta. Me bastaba con saber que estaba ahí, a mi lado. Me sentía... segura.

Confirmado. Estás como una cabra montesa, bonita.

Cierto era que había veces que se necesitaba confirmar lo obvio para no morir de vergüenza, pero otras...

Es mejor comerse con los ojos al que te está provocando un síndrome Géminis en toda regla.

No pude evitar preguntar:

¿Síndrome Géminis?

Sí, ya sabes, trastorno de doble personalidad.

Y lo estaba comprobando al tener semejante conversación *con mi otro yo*. Bueno, corramos un estúpi... digo, un tupido velo y vamos a lo que, realmente importa y es que conseguí salir de la clase de cultura de una pieza.

La mañana pasó rápidamente aunque fue bastante rara. Había cosas que no encajaban: más peleas de lo habitual y con gente que, normalmente, prefería mantenerse al margen.

—Es Celos —susurró una voz profunda en mi oído mientras veía a dos amigas agarrarse del pelo y empezar a arañarse de tal forma que hasta las gatas tendrían envidia -y nunca mejor dicho-.

Me sorprendí y, lo admito, también me asusté un poquito. Me di la vuelta para ver al señor Gótico con g mayúscula, inclinado sobre mí -no sé por qué será, pero me da la impresión de que le encanta esa posición-y con una expresión que no sabría bien cómo descifrar y/o interpretar.

—¿Qué quieres, Caleb?

—Mmmm... qué pregunta más interesante... Lo cierto es que quiero muchas cosas... —respondió con un extraño brillo en los ojos—. Sin embargo, me conformaré solo con avisarte de que tengas

mucho cuidado.

Como ves, la influencia de Celos se ha extendido bastante y, si no me equivoco, es posible que también haya otro demonio pululando por aquí cerca.

—¿Otro demonio? ¿Cuál?

—No estoy seguro, pero apostaría la moto a que es Violencia.

—¿Violencia? Creo que no me gusta cómo suena eso.

—Tienes todas las razones para que no te guste —contestó antes de ponerse recto y alejarse con ese paso tan seguro y letal que lo caracterizaba.

De camino a comer, Ryan me preguntó lo que quería míster Siniestro, yo me encogí de hombros y evité contestar. A esas horas, la cafetería estaba petada. Bien para las encargadas, fatal para mí. Cinco minutos más tarde, me encontraba apalancada entre Ryssa y Jackson -por lo visto, le había cogido afición a eso de sentarse con los marginados-.

—Pues el colmo de nombres horteras —estaba comentando Marc cuando me senté—, el de la mejor amiga de tu novia, Jacks.

—¿Cómo se llama? —pregunté inocentemente a lo que me respondió una serie de miradas incrédulas y otra, concedora.

—Candy —respondió Jackson un poco cohibido.

Apreté los labios firmemente para no reírme.

—¿Candy? —creo que no lo disimulé muy bien.

—Sí.

—Pues no os perdáis el del bibliotecario —soltó Ryssa en ese momento

—, Epimeteo.

Ryan, Marc y la propia Ryssa soltaron unas cuantas carcajadas.

—¿Epimeteo? ¿De dónde han sacado eso? ¿De un rinoceronte? ¿Tan poquito le querían sus padres? —se rió Marc.

—Viene de la mitología griega —contestó Jackson de improviso.

—¿Qué? —pregunté.

—El nombre de Epimeteo viene de la mitología griega. Era el hermano tonto de Prometeo. Se dejó engañar por Zeus y aceptó a Pandora, la primera mujer, antes de abrir la caja de los infortunios.

El cuerpo se me convirtió en granito y los vellos de la nuca en filones de diamantes.

—¿Cómo es que sabes tú eso?

—Me gusta la mitología.

—¿Y qué más sabes de Epimeteo? —pregunté haciéndome la longuis.

—Poca cosa, la verdad. No se habla mucho de él, sino de su hermano.

Lo único que te puedo decir es que casi se le considera el dios de los animales. Se supone que fue él quien les concedió los rasgos positivos que tienen en el carácter. Es decir, que en cierta medida, los hizo menos salvajes y, por eso, le obedecen.

—Muy interesante.

—Seeeeh —escupió una voz detrás de nosotros, de repente.

—¿Necesitas algo, Lisa? —por la cara de Jackson diría que no estaba, precisamente, encantado de volver verla.

—Sí. Te necesito a ti, en nuestra mesa, ahora —su cabreadísima Majestad había hablado, aunque no con la finura habitual, por lo que pude observar. Con las facciones tan tensas y los labios así de apretados, me sorprendía que todavía hubiera chicos que la miraran como si fuera la tía más buena del planeta, francamente.

Jackson suspiró con fastidio y se dirigió a ella como quien habla con un niño pequeño en plena rabieta.

—Lis, déjalo estar —le advirtió.

—¡Que deje estar qué! Que vea cómo me pones los cuernos delante de mi cara y que no diga nada, ¿a eso te refieres? —Me lanzó una mirada asesina antes de rebuznar con una mezcla de arrogancia y asco asombrosos

—. ¿Y me vas a cambiar por esta... loca?

Ahí fue cuando se armó la gorda. Yo hice una mueca, dolida y mis amigos se levantaron todos a una para defenderme o darle una paliza a su Alteza, lo que cayera antes.

Por su parte, la capitana del equipo de animadoras llamó a su grupito de anoréxicas y bulímicas y se pusieron todos frente a frente, como en una batalla.

El pánico empezó a ascender puestos tan deprisa que hasta yo misma me quedé asombrada. Todo estaba en desorden, había demasiado caos...

traté de concentrarme en algo, pero comencé a sentir que el oxígeno no me entraba en los pulmones como debería.

De repente, una mano se posó en mi hombro y me sacó de esos erráticos pensamientos.

La gente continuaba discutiendo mientras el resto los miraba con interés, morbo... o con ambos dos.

Esa mano tiró de mí y me llevó fuera del instituto donde ese aire tanpreciado pudo rodearme y abrazarme. Cerré los ojos, inspiré hondo y sonreí. Era maravilloso poder volver a respirar.

—Me alegro de que te encuentres mejor.

La voz, que en un principio no reconocí, hizo que me sintiera tan culpable como el día en que vomité en las zapatillas de Ryan y no se lo dije antes de que se las pusiera.

—Caleb.

—El mismo —sonrió. Algo magnífico si queréis saber mi opinión. No obstante, no lo hace tan a menudo como querría que lo hiciera. En una palabra: el chico era impresionante.

Vale, son más, pero es que necesitaba explayarme.

Hice una mueca y miré al suelo. La vergüenza por mi comportamiento para con él había hecho acto de presencia. De hecho, se manifestaba en toda su gloria. No hacía más que sacarme de todos los desaguisados en los que me metía sin pedir nada a cambio y yo lo había tratado como un acosador -

con razón-y como un demonio -con razón-, y le había pegado en dos ocasiones -con tanta razón, no-.

—Debería ir a asegurarme de que nadie se haya matado en la cafetería

—murmuré.

Y sí, estaba optando por la vía de los miedicas, otra vez. Si de ahora en adelante me llamáis gallina, no os culparía.

—No te preocupes. El señor Hono y la directora se han encargado de todo.

Chupi, justo lo que necesitábamos.

Bien, no podía retrasar más lo inevitable...

—Siento... —me aclaré la garganta. Nadie nunca dijo que pedir disculpas fuera fácil—. Lamento mucho... haberte pegado ayer. No tenía que... haberlo hecho. Lo... siento.

Ahora viene la parte que no me esperaba para nada.

—Yo también lo siento. No debí decir lo que dije.

Alcé los ojos, sorprendida. Él me estaba mirando con algo parecido a la ternura. Sus rasgos se

habían suavizado y, por un instante, no pareció tan intimidante.

—Sé que todavía no has averiguado cómo acabar con Epimeteo pero tranquila, yo voy a estar a tu lado, ¿de acuerdo? Puedes contar conmigo.

Por extraño que parezca, sentí que podía relajarme un poco, que no llevaba todo el peso del mundo sobre los hombros.

Le sonreí sin poder evitarlo y él hizo la cosa más asombrosa de todas: se inclinó hacia mí y me dio un beso muy dulce...

... en la frente.

Y como seguro que, en una vida pasada, fui la causante de que se murieran varios gatitos, el karma decidió pasarme factura en esta. Así pues, como bien habréis podido imaginar, no hubo instante más propicio para que Epimeteo saliera de la biblioteca y lo viera absolutamente todo.

7

Eso me enseñará a tener un plan de reserva

Bien, llegados a este punto, uno podría pensar que la menda habría aprendido la lección y tendría, al menos, un plan b para enfrentarse al caos.

Obviamente, no era el caso, así que todo fue como cabría de esperar: a-Epimeteo se volvió loco. No me gusta la palabra, pero es la única que podría explicar tal reacción.

b-Caleb, como buen -y típico-caballero de *negra* armadura, se colocó delante de mí para protegerme, cual damisela en apuros.

c-Yo casi me meé de miedo.

En ese orden, ¿triste, verdad?

Pues eso es porque todavía no sabéis lo que pasó a continuación.

Epimeteo, al que a partir de ahora llamaré Epi para abreviar y no porque tenga un complejo raro con Barrio Sésamo ni nada parecido, lanzó un gruñido propio de un orangután antes de alzar las manos y clamar al cielo en busca de venganza.

Aquello era horrible. De verdad. No puedo encontrar un eufemismo lo suficientemente bueno para que os hagáis una idea.

Imaginaos a alguien que acabe de pasar por un infierno. Bueno, pues ahora multiplicadlo por cien mil y, luego, sumadle un infinito y, tal vez, solo tal vez, os acerquéis a las pintas de Epi en ese momento. Hasta pensé que había pillado la rabia, con eso os lo digo todo.

Tenía los ojos desenfocados y dilatados. El pelo hacía una semana, como poco, que no sabía lo que era el jabón y, mucho menos, un peine. La barba, normalmente pulcra y aseada, daba la

impresión de ser una selva salvaje.

La ropa no estaba mucho mejor. Tenía varios rotos en la camisa y en los pantalones. No obstante, lo más espeluznante del panorama no era otra cosa que la sonrisa demente que nos ofreció, tras habernos enseñado los dientes y haberse reído en plan histérico total. Seguro que cualquiera que lo hubiera

visto -y con esto me refiero a la docena de estudiantes o más que había allí con nosotros-hubiera pensado -vale, pensaban-que se le había ido la cabeza a base de bien.

—Cuando te lo diga, corre —susurró Caleb quedamente.

—¿Qué? —venga, claro que sí, aquí el chico tratando de ser discreto y yo voy y barboto un *qué* del que no podría haber estado más orgullosa una verdulera.

Epi entendió mi exabrupto como una especie de pistoletazo de salida.

Se abalanzó sobre nosotros a la vez que un extraño viento lo rodeaba todo, lo envolvía todo... y lo arrasaba todo.

Por un efímero segundo, me dio la sensación de que había oído aullidos de lobo, pero me dije que aquello no podía ser. Luego se me olvidó, cuando empecé a experimentar un dolor insoportable desde la punta del flequillo hasta los dedos de los pies. Para que tengáis la imagen, fue como sentir que me iba sumergiendo en una bañera llena de ácido sulfúrico con lentitud y recochineo, sobre todo, con recochineo. En una palabra: espantoso.

De repente, escuché una palmada y no me preguntéis cómo era posible que la oyera con tanto trajín porque no tengo ni idea. El caso es que abrí los ojos medio desesperada y cogí aire varias veces antes de hacer el miserable esfuerzo de intentar levantarme del suelo en el que me encontraba despatarrada con la misma gracia que una garrapata -a que pega, ¿eh?-.

Bien, si la situación no hubiera sido un auténtico desastre hasta ese instante -que lo era, para qué vamos a engañarnos-, la cosa iba a ponerse mejor, sarcásticamente hablando.

Lo primero y más importante, Caleb estaba hecho unos zorros. Seguía plantado en el mismo sitio, aunque había hundido una rodilla en la tierra, tenía las manos juntas en el pecho como si estuviera rezándole a algún dios y la cabeza inclinada hacia delante. El hermoso y largo cabello negro impedía que pudiera verle la cara pero su figura daba la impresión de un agotamiento extremo. Parecía acabado, casi marchito y aquello era preocupante, muy preocupante.

Segundo, Epi había terminado encerrado en una especie de burbuja de luz extraña. No podía salir de allí, aunque no se debía a que no pusiera todo su empeño en ello. No obstante, por mucho que golpeará, la flexible pared volvía a su sitio cuando la fuerza cesaba.

Tercero, el pasillo exterior que conectaba la biblioteca con el edificio principal había sido reducido a cascotes y polvo.

Cuarto y último, de los estudiantes que antes habían estado pululando por allí no quedaban ni las

sombras.

—Cassie... corre —jadeó Caleb.

Ah, no, otra vez no.

Me negaba. No iba a volver a pasar por eso. No podría soportar la culpa de haberlo dejado atrás de nuevo. De eso nada.

—Tres palabras, Caleb: ni de coña.

—Cassie...

—¡Que te he dicho que no! Ya puedes ir pensando en otra solución, porque no voy a abandonarte a tu suerte.

Qué valiente, ¿verdad? ¿A que me ha quedado como a una auténtica heroína?

Puff, pura fachada. Estaba a menos de cuatro microsegundos de que me diera un ataque de pánico. Sobre todo, mientras veía a mi compañero de suplicios envejecer ante mis ojos.

¡Se estaba arrugando como una pasa con todas las de la ley!

Bueno, voy a hacer un aparte en la historia durante unos instantes para explicaros esto: ¿Alguna vez habéis visto *Jester, el aventurero*? Es un anime japonés cuyo protagonista es un chico mentiroso, avaricioso y holgazán que se dedica a conseguir recompensas por realizar encargos varios. El caso es que en una de esas aventuras consiguió que le echaran una maldición del copón -últimamente, voy sobrada con las rimas-y lo convirtieron en un viejo tan pocho que, a su lado, el maestro Yoda era mister Universo -teñido de verde, claro-.

—Ca...ssie... —me acerqué a él y traté de darle apoyo como pude. Le posé una mano en el hombro y apreté fuerte. No me iba a dar por vencida.

Ni hablar—. Ten fe.

—¿Qué? —estaba visto que sacaba lo mejor de mí. Siempre encontraba la palabra apropiada para cada situación... incluso ahora.

¿De todas formas, de todo lo que podría haber dicho, va y suelta eso?

¿Ten fe? ¿Ten fe en qué? ¿En las mariposas, los unicornios y las hadas?

Porque si me pedía que la tuviera en los dioses, iba listo.

—Ten... fe...

No me dio tiempo a preguntarle a qué se refería, puesto que se desmayó como si se hubiera quedado sin fuerzas. Sin duda, esa burbuja de jabón se las había apañado para drenárselas como una aspiradora brutal.

Tampoco hay que echarle mucha imaginación para saber que en cuanto Caleb se fue al feliz mundo de los sueños, Epi quedó libre de su pequeña prisión de luz y no parecía estar muy contento conmigo. Que cómo lo había deducido. Bueno, tal vez lo que dijo me ayudara a deducirlo:

—Pan... Do... Ra —recalcó bien todas y cada una de las sílabas. Eso también lo hace mi madre cuando está enfadada, aunque el nombre que utiliza es el mío y no el de una de mis vidas pasadas —. Voy a enseñarte una lección que no olvidarás.

Puede que no fuera un buen momento para que se me escapara: —El colmo de las frases cliché. ¿No podría haber sido un pelín más original?

En retrospectiva, por aquel entonces pensé que eso ya se lo había soltado a alguien anteriormente y con el mismo resultado. Sin embargo, en mi defensa alegaré que no me di cuenta de que había hablado en voz alta hasta que él me respondió con una sonrisa malévola: —Si quieres originalidad, pídesela a mis amigos.

De pronto, el viento que Caleb había conseguido detener con su especie de magia *voodoo* regresó como la secuela de una mala peli de terror. No sé si por suerte o por desgracia, esta vez no se centró en hacerle daño al personal, es decir, a mí, sino que se escurrió entre los escombros del pasillo destruido y salió de ahí con una inmensa cantidad de gravilla y polvo.

Si queréis que os cuente la verdad, cuando una tiene que luchar contra un monstruo de porquería, piensa: bueno, podría haber sido peor. El problema llega en el momento en el que dichoso monstruo toma la forma de varios -cinco, para ser exactos-lobos blancos de yeso, con un aspecto aterrador y con los ojos rojo sangre, que me figuro que serán por culpa de la mala leche.

Sinceramente, eso tiende a imponer un poco de respeto; y cuando muestran unos colmillos -hechos de partículas en suspensión, que no se nos olvide-imposiblemente largos y los comanda un *pirao* de la vida, poseído por un demonio; ya ni os cuento.

Sí, como un paseo por el parque.

Al menos, ahora sabes que lo de los aullidos no te lo habías imaginado.

Sí, no veas qué consuelo.

Y la cosa estaba a puntito de mejorar porque los bichos me echaron un vistazo de arriba abajo y se lanzaron a por mí como... bueno, como lobos.

Supongo que les gustó un montón lo que veían. Si es que, aunque no lo parezca, estoy muy buena.

Hala, como ya me he alagado lo suficiente, vamos a volver a la parte en la que Epi ordena a sus enormes perros salvajes que nos ataquen.

Claramente, fue una maniobra muy rastrera por su parte. Caleb estaba fuera de combate y yo no tenía ni idea de cómo hacer la *o* con un canuto en esas circunstancias.

A ver, no todos los días te ataca un titán majara que piensa que eres su esposa, por el caldero de

oro de los leprechauns.

Un dolor espantoso me atravesó el brazo derecho, que fue el que utilicé para protegerme la cara y evitar que uno de los lobos me la despedazara.

Ahora sé lo que os estaréis preguntando y la respuesta es no, no me dolió tanto como cuando creí que me iba a derretir.

Luché contra el animal como mejor pude. Le tiré del pelo y le di patadas. No sé cómo pero, al final, conseguí meterle un dedo en uno de esos ojos rojos tan espeluznantes, lo que hizo que soltara un quejido lastimero y dejara de intentar arrancarme la extremidad.

Epi lanzó un potente gruñido, como si le hubiera molestado que le hubiera hecho daño a uno de sus aguerridos amiguitos. Pues que se fastidie, no iba a permitirle que me comiera.

Estoy buena, pero no tengo buen sabor, jolín.

—¿Dónde está tu amante ahora, Pandora? —preguntó el titán burlonamente. Pues el pobre andaba completamente desmayado e indefenso ante los lobos -asumí que se refería a Caleb. No había nadie más presente, después de todo—. Eres débil. No puedes hacer nada.

Mis pequeños acabarán con ese sinvergüenza y luego contigo. Nadie vendrá a ayudarte. Ni dioses, ni hombres. Nadie.

Ten fe.

Justo cuando las palabras de Epi iban a hacerme picadillo, esa vocecita que había en mi interior y de la que siempre me quejaba me recordó lo que había susurrado Caleb. No creía que hubiera desperdiciado su último aliento

-antes de desmayarse, que conste-en decirme una chorrada.

—¡Atenea! —grité a todo pulmón—. ¡Atenea, ayúdame por favor!

Mientras tanto, los animalitos de compañía de Epi habían dejado de hacerle caso a mi acosador favorito y habían volcado toda su atención en mí.

Qué suerte.

Me enseñaron los dientes y empezaron a moverse de forma predatoria, con la parte delantera del cuerpo inclinada hacia abajo y las orejas, hacia

atrás.

Me fui alejando pasito a pasito, aunque volví a gritar: —¡Atenea, por favor!

En realidad, no creí que fuera a contestarme. Las duras críticas del titán habían hecho mella en mí y estaba teniendo, como quien dice, una crisis de fe.

Lo sé, lo sé, vaya chiste más malo. Mejor que no me dedique a la comedia.

Sin embargo, todo se acabó cuando vi una pequeña chispa dorada detrás de Epi, tan diminuta y veloz que si no hubiera sentido un aguijonazo en el cuello, hubiera pensado que me lo había inventado. No me dolió mucho.

Vale, no había sido una caricia precisamente pero comparado con tener el brazo destrozado, se trataba de una nimiedad. No obstante, eso fue todo lo que necesité para volver a recuperar la confianza que había perdido.

Y aunque seguía de problemas hasta el cuello, las cosas podían haber ido mucho peor.

Esa sensación de euforia me duró exactamente tres segundos, es decir, el tiempo que tardó Epi en hacer que sus criaturas volvieran del recreo. Esta vez, por desgracia, los cinco lobos vinieron a jugar conmigo. Puede que fuera debido a que yo representaba un peligro mayor o, más bien, porque parecía que les fuera a entretener un rato.

De acuerdo, de nuevo imaginaos la situación: yo en el centro -no, no tengo complejo de protagonista. Me cambiaría por cualquiera en un latido de corazón. Menos por mi acosador, que se encontraba incluso peor-, rodeada de cinco estupendos lobos hambrientos hechos de porquería; delante de mí, la biblioteca junto con Epi; detrás, el edificio principal; a la derecha, el pasillo destruido -no quiero saber la cantidad de dinero que se necesitará para las reparaciones-; a la izquierda, un pequeño jardincillo echado a perder por la falta de consideración; a mis pies, Caleb -todavía necesitaba que lo plancharan, el pobre-durmiendo la siesta.

También, podría haber elegido un momento más oportuno, la verdad.

Hasta aquí, todo normal, dentro de lo que cabe, por supuesto. La parte rara comienza ahora.

Mientras miraba fijamente a los ojos rojos de uno de esos devoradores de gente, deseé con todas mis fuerzas tener algo para poder enfrentarme a ellos o salir de allí por patas. De hecho, casi que prefería lo segundo, pero como en esta vida no se suele obtener lo que se quiere, ajo y agua.

En la mano, me apareció de la nada una especie de espada curva, larga y más afilada que una guillotina. Se asemejaba un montón a las cimitarras que llevaban los piratas turcos años atrás. La empuñadura estaba decorada con filigranas de oro y plata, revestida con el mejor cuero que un talabartero podría curtir y acabada con un ópalo negro de franjas azuladas.

Tengo que admitir que fue un subidón saber que ya no era la coleguita más débil del lugar. Molaba muchísimo.

Que no se te suba a la cabeza. Todavía tenemos que bailar con los lobos.

¿Eso no era una peli?

Sí, de Kevin Costner.

¿Utilizar esa expresión no te ha sonado a plagio?

¿Y quién me va a denunciar? ¿Tú?

Hice una mueca desagradable. Tenía razón por mucho que me fastidiara admitirlo.

Dejando de lado las conversaciones conmigo misma, lo cierto es que estaba muy sorprendida de encontrarme tan centrada. Lo digo por ese pequeño aunque irreversible problema que tengo con el TOC. Todavía no había hecho acto de presencia. De lo cual me alegraba un montón, no me interpretéis mal, pero es que se me hacía raro.

Bien y después de esta divagación tan divertida y extensa, vamos al instante en el que le clavé la cimitarra en el pecho al primero de los lobos.

Mientras estaba distraída con mi pequeño descubrimiento -lo del TOC-, el bichín, estupendo él, sí señor, pensó que sería un buen momento para hacer filete de Cassandra, así que saltó sobre mí con las garras extendidas, muy parecidas a las de un halcón y los dientes afilados por delante. Levanté el arma por instinto y le atravesé con ella de parte a parte. Gimió como un perrito herido.

Sinceramente, me sentí culpable por haberle hecho daño. De hecho, me iba a disculpar con el pobre animal, precisamente, en el segundo en que Epi lanzó un chillido de agonía.

Decir que me congelé en el acto es poco.

Ahora.

Salí de mi estupor y me puse a pensar a toda velocidad lo que podría hacer.

Aunque me cueste reconocerlo, a veces está bastante bien tener una especie de desdoblamiento de personalidad. De esa manera, si una parte de

ti misma no se acuerda de algo, es posible que la otra sí y que la traiga a colación justo cuando se necesita.

Lo único que te puedo decir es que casi se le considera el dios de los animales. Se supone que fue él quien les concedió los rasgos positivos que tienen en el carácter. Es decir que, en cierta medida, les hizo menos salvajes y, por eso, le obedecen.

—¡Mira lo que ha pasado! —le grité con las palabras de Jackson resonándome en la cabeza—. ¿No se supone que eres tú quien les protege a ellos? ¿No te consideran su dios debido a que les hiciste menos salvajes?

¿No te obedecen por eso? ¿Porque confían en ti y en tu buen juicio? —No sabía si me estaba equivocando o no, pero tenía que intentarlo— ¿No son tus amigos?

Los lobos gimieron y se acercaron a él, como si buscaran un poco de consuelo. No lo entendí muy bien. Lo único que vi fue que cuando ellos se aproximaron, Epi bajó la guardia.

Simplemente, cedió. Su expresión se hizo más suave, menos...

enajenada. Se parecía a la del bibliotecario que yo respetaba.

Tal vez fuera porque lo vi así, que supuse que era el momento adecuado para sacar el Ipod y ver si podía capturar al demonio. No pude haber estado más equivocada.

En cuando Epi me vio a menos de dos metros de él con el cacharro en la mano, se desvaneció su personalidad tranquila y el demonio tomó el control de nuevo.

Se movió más deprisa de lo que los ojos humanos pueden apreciar. Un instante estaba con sus lobos, prácticamente en el regazo, en los escalones de la biblioteca y, al siguiente, lo tenía delante de mí, con el brazo levantado y la mano cerrada en un puño apretado.

Esto va a doler.

Y vaya si dolió. Un montón. Me pegó tan fuerte en el lado derecho de la cara que me tiró al suelo. Se me cayeron el Ipod y la cimitarra. No sé adónde fueron a parar. Tampoco era capaz de buscarlos, sinceramente. Me pitaban demasiado los oídos y me palpitaba la cabeza como si alguien estuviera bailando claqué en su interior. Incluso, veía borroso.

Noté que se me escapaba un ligero reguero de sangre por la comisura de la boca y casi temí que fuera a desmayarme.

Pensaréis que las cosas no podían ir a peor.

Yo también.

Pues nos equivocamos.

Epi me cogió por la pechera de la camisa -otra vez-y me levantó en volandas para acercarme su aliento apestoso a la oreja:

—Reza lo que sepas —hizo una pausa dramática para luego añadir—, aunque los dioses no te van a escuchar.

Aquí es donde se acaba nuestra carrera de cazadoras de demonios, me susurró la voz.

—¡Cassie!

¿Qué?

Tuve un presentimiento horrible:

—¡Cassie! —escuché a lo lejos—. ¡Qué le estás haciendo a mi hija!

¡Suéltala! ¡Policía!

¡Policía!

Intenté girar la cabeza en dirección a mi madre. Aquello era lo peor que podría haber sucedido. Tenía que protegerla. Debía atrapar al demonio antes de que le hiciera algo.

Por desgracia, seguía con la cabeza embotada por el golpe.

—¡No te acerques! —le grité al ver que no podía hacer nada—.

¡Márchate! —pero como toda madre que ve que están agrediendo a su única hija, vino corriendo y chillando como una histérica.

Sin embargo, y a riesgo de sonar repetitiva, aquello fue lo peor que podría haber pasado.

Epi me tiró al suelo como si fuera basura de la semana pasada y se abalanzó a por mi madre.

Todo ocurrió demasiado rápido. Ella saltó literalmente sobre el bibliotecario mientras este se defendía con una fuerza inusitada. Con ello me refiero a que le propinó a mi madre tal empujón que salió volando varios metros en el aire y se estrelló contra la parte de arriba de los escombros del pasillo derruido. Bajó rodando y se fue golpeando con cada piedra por la que se deslizaba.

Yo no pude hacer nada más que quedarme allí viendo cómo caía al suelo y se detenía en medio de un pequeño charco de líquido carmesí.

Esto no puede estar ocurriendo. No puede ser verdad.

—¡Mamá! —sollocé desgarradoramente y me arrastré hacia ella—.

¡Mamá, despierta!

¡Por favor!

Había tanta sangre, tantas heridas, que no sabía dónde tocar para no ocasionar más daños.

No dejaba de repetirme que todo aquello debía de ser una maldita pesadilla.

—Mamá —me lamenté. Traté de moverla y tapar la brecha abierta que tenía en la cabeza—, despierta... —lloraba a lágrima viva. Ya no me importaban ni Epimeteo ni los demonios ni nada que se le pareciera. Debía conseguir ayuda—. ¡Socorro! ¡Que alguien llame a una ambulancia! ¡Por favor! ¡Auxilio!

Sentí más que vi que el bibliotecario se ponía detrás de mí. Creí que me iba a atacar por la espalda. Me di la vuelta llena de rabia, lista para destrozarlo, pero lo que vi en sus ojos no fue al demonio. De hecho, los perros habían desaparecido.

Daba igual.

Me puse de pie de un salto y me lancé a por él. Le pegué con los puños en el pecho tan fuerte que le movía hacia atrás. Nada de aquello era suficiente: —¡Te odio! ¡Te odio! ¡Te odio! Ojalá te mueras mil veces y, luego, otras mil veces más.

—Lo siento... no quise que pasara nada de esto.

—¿Y qué querías? ¡Qué esperabas!

No tenía respuesta y yo tampoco la necesitaba.

—Lo siento...

Todo el caos se echó encima de mí como un verdadero mazazo y debido a ello casi me pierdo lo que pasó a continuación: el Ipod brilló con la intensidad de una estrella y de debajo de la camisa de Epi, salió flotando un *pendrive* que llevaba colgado al cuello y del que no me había percatado antes. De él, emergió algo, como una sombra, no sabría bien cómo explicarlo y se metió dentro de mi chisme que, a su vez, emitió una melodía que fui incapaz de reconocer. Os juro que el cacharro ese parecía que se estuviera burlando de mí, como si aseverase que no había sido lo suficientemente buena para cumplir mi misión.

Y tenía razón.

Miré a mí alrededor.

Caleb continuaba en su posición de bello durmiente, Epi se encontraba arrodillado como si le hubieran arrebatado el alma y con el pincho roto en el suelo, mi madre estaba igual que las ruinas con las que se había chocado y yo... yo ya no podía más.

No más.

Cuando la oscuridad vino a reclamarme, lo agradecí inmensamente. Allí no habría dolor ni caos, solo un vacío inabarcable y la bendición del olvido.

8

Resulta que mi acosador me estaba protegiendo

—...*Se la estregarás a tu marido y jamás deberéis abrirla...* —ordenó una voz.

No podía ver nada. Me rodeaba una intensa niebla. Sentí desasosiego, desesperanza. No me gustaba estar allí.

—...*¿Acaso eres estúpida, humana?...* —rezongó otra con más virulencia que la anterior.

No lo entendía. ¿Dónde estaba? ¿Quién era yo?

—...*Serás un «mal hermoso», la desgracia de los hombres. No lo verán venir...* —se rió cruelmente el propietario de esta última voz.

Eran trozos de conversaciones. Todas ellas diferentes, pero dirigidas a mí en algún momento. Lo presentía, lo sabía y creo que hasta me dolía.

Algo dentro de mí entendía que tenía que prestar atención a aquellas palabras, que iban a ser importantes para mi futuro, pero, por algún motivo, no fui capaz de ubicarlas ni de averiguar quiénes las habían derramado.

Quería salir de ahí, escapar, desaparecer antes de que fuera demasiado tarde... para todos,

para mí.

Lentamente, las brumas se alejaron. Parpadeé, miré en derredor y volví a parpadear, incrédula. Me hallaba en una casita muy pequeña, tanto así que solo poseía una estancia circular. En el centro había una especie de brasero antiguo. Bueno, no era eso exactamente, sino los restos de una fogata rodeados de piedras, con algo parecido a un caldero de hierro que, con toda seguridad, servía para hacer la comida y que estaba colgado de un gancho sacado de la sección de «hágalo usted mismo» del Wal-mart.

Había un agujero en el techo de paja que hacía las veces de chimenea. Las paredes eran de adobe y estaban llenas de grietas, pero no daba la impresión de que hubiera nada sucio a pesar de que le hacía falta un buen toque femenino.

En el extremo más alejado de la puerta, a mano derecha, descansaban en el suelo un conjunto de pieles que servían de lecho. Al fijarme en los detalles, pude percibir que eran caras y de muy buena calidad; lo que daba al traste con mi suposición de pobreza. Aquel hombre vivía allí porque no necesitaba más, no porque no pudiera permitírselo.

Al lado de la «cama» había un baúl de madera bellamente acabado y, justo enfrente, al otro lado de la habitación, una mesa digna de un noble junto con dos sillas de hermosos motivos tallados que representaban animales que, aunque salvajes, se veían domesticados de alguna manera.

—Pasa, por favor —me invitó el hombre de tono amable—. Te ha enviado Zeus, ¿verdad? —sonrió.

—Sí, señor —contestó mi cuerpo por su cuenta y riesgo. A pesar de ser parte de esa mujer, no tenía ni idea de quién era. Me sentía como una mera espectadora, como cuando jugamos a un videojuego y el visor está en primera persona. Yo podía ver a los demás, pero no a mí misma.

—Nada de señor, encantadora dama. Me llamo Epimeteo. Soy hermano del conocido Prometeo.

Hice una mueca sin poder evitarlo. Mi anfitriona ya había tenido el

«placer» de conocerlo, sobre todo, cuando la echó de su casa, mucho más lujosa que ésta, con cajas destempladas.

—Encantada de conocerte. Soy Pandora. El rey de los dioses me envía en señal de buena voluntad para que me tomes por esposa. También nos ha regalado esta caja —pequeña, del tamaño de mis manos, sencilla y de madera, sin detalles aparentes— para que la guardemos. No obstante, nos ha prohibido abrirla bajo ningún concepto.

El titán sonrió afectuosamente.

—Con mucho gusto aceptaré los regalos del señor Zeus. Deja la caja encima del baúl y siéntete bienvenida en mi humilde morada...

El tiempo fue pasando y los sentimientos que desarrolló mi anfitriona por aquel simpático buenazo fueron los mismos que uno siente cuando se tiene un cachorrillo muy cariñoso. Casi

iguales a los que podría experimentar por un hermano pequeño. Nunca dejaba de mostrarle lo mucho que significaba para él ni lo agradecido que se encontraba de que yo -bueno, Pandora- hubiera llegado a su vida.

Era bastante feliz. No tenía nada de lo que quejarse...

...Salvo por dos cosas.

Primero, había algo que le faltaba. No podía poner el dedo en lo que era, pero notaba un vacío dentro de ella que, poco a poco, se iba haciendo, cada vez, más grande. Lo segundo era aquella caja. Epimeteo la miraba fijamente en más ocasiones de las que lo hacía Pandora y eso ya era decir.

Se morían de curiosidad, tanto él como ella. De hecho, más de una vez habían discutido sobre abrirla y ver lo que contenía. Sin embargo, en el último momento, se echaban atrás; no en vano solía decirse: cuidaos de los regalos de los dioses porque os traerán la desgracia.

El desasosiego que me había perseguido en un principio, al comienzo del sueño, me invadió de nuevo. Sentía lo mismo que sentía Pandora, el mismo dolor, el mismo vacío, la misma agitación. La curiosidad, esa rata traicionera, no dejaba de susurrarle al oído: abre la caja, ¿qué daño puede hacer echar solo un vistacito?, nadie tiene por qué saberlo.

Además, imagina la de tesoros que debe de haber ahí dentro. Néctar...

ambrosía... un manto hilado por Afrodita o un espejo elaborado por Hefesto, las posibilidades son infinitas si se trata de los dioses... Abre la caja... Ábrela.

Todos los días, esa voz machacona trataba de minar su fuerza de voluntad. Aun así, ella luchaba con todo su ser. No quería que nada cambiase. Sí, era cierto que se sentía incompleta y no del todo satisfecha, pero tenía una buena vida: un sitio por el cual estar agradecida, un marido que la adoraba, una humilde casa que era preciosa y fácil de limpiar y buenos vecinos. No se podía pedir más.

No... nada más...

Hasta que lo oyó reír.

A él.

A Caleb.

Entonces, ese vacío que había experimentado desde que la crearon, desde que ME crearon, se llenó.

Y eso fue el principio del fin.

Me desperté sobresaltada. Jadeaba tanto que parecía que estaba a punto de hiperventilar y, encima, sudaba a mares. Es más, se me había pegado la ropa, una camiseta extragrande negra,

como una segunda capa de piel.

Cuando conseguí que el corazón dejara de intentar salirse por la boca, gemí al tratar de levantarme bruscamente. Comprobado: me habían dado más palos que a una estera y eso en el mejor de los casos. Tenía el

brazo roto y debidamente inmovilizado. Además, me habían enrollado más vendas de las que se debió de haber utilizado en la peli de *La momia*. Por otra parte, apenas podía abrir uno de los ojos y sentía la piel tan sensible que el solo roce con el aire estaba a punto de hacer que me pusiera a llorar como una niña pequeña.

Me llevó dos buenos intentos lograr sentarme en esa... inmensa...

cama... mullidita... ¿dónde estaba? Desde luego, no era la habitación de un hospital y, mucho menos, mi casa.

El sitio era inmenso. Mi cuarto cabría allí tres veces como mínimo. Qué diablos, mi casa entera cabría ahí las tres veces e, incluso, sobraría espacio.

Me encontraba en una cama de matrimonio antigua con un cabecero de madera de arce, labrado y barnizado, y con unos pequeños toques de ébano salpicados por todas partes como chispas de sombras. Era alta y con un dosel vaporoso de un color verde esmeralda oscuro que hacía juego con la colcha del mismo color, decorada esta con rosas negras bordadas a mano; y con las paredes pintadas de un tono de verde más claro, lo que daba una luminosidad especial al lugar.

A ambos lados había sendas mesillas de noche, de dos cajones cada una y del mismo material que la cama, con unas lamparillas de noche que representaban a dos amantes hadas abrazados y besándose.

A la izquierda había un carrito coqueto y antiguo con una televisión de pantalla plana encima. También había una videoconsola y juegos al lado.

Detrás del carrito podía ver una puerta y, a un par de metros, otra. Suponía que una daba a un vestidor y la otra a un cuarto de baño.

A mano derecha desde donde me hallaba, pegada al ángulo de la habitación, se extendía una librería también de madera de arce, del suelo al techo y llena de libros. No exageraba si decía que podía medir, tranquilamente, dos metros de ancho. A unos pocos centímetros de distancia, unos veinte, no más, había una ventana majestuosa cubierta con cortinas de color verde y flores negras bordadas, igual que la colcha.

Debajo, habían colocado un escritorio tan hermoso que retuve el aliento.

Esa pieza de mobiliario tenía que valer más que la matrícula de una universidad y no me refiero de una pública sino de las de la Liga IVY como Harvard o Princeton. En serio. Sin embargo, no fue por eso por lo que me embargó una sensación de asombro y estupefacción, no. Me levanté de la cama renqueando, con la gracia y la agilidad de un perro reumático, para detenerme delante del mueble y dejarme caer como un peso muerto encima

de la robusta silla que acompañaba al escritorio. Si se quejó, no me enteré.

En realidad, bien podría haberme caído al suelo que tampoco me habría dado cuenta.

Sí, no cabía duda. Los grabados eran exactamente los mismos que poseía Pandora en las sillas en su sencilla casita. Los lobos salvajes que, de alguna manera, parecían domesticados.

¿Cómo era aquello posible?

Una última puerta que componía la habitación estaba frente a la cama con dosel y me figuraba que era la que debía de llevar al pasillo.

Tenía que salir de allí. Debía hallar a mi madre, averiguar si se encontraba bien y saber lo que había pasado con Epi.

No me gustaba sentirme tan descolocada. Eso era peor que cuando caminaba por delante de una de las clases de preescolar.

Una vez fuera, ¿izquierda o derecha? He ahí la cuestión.

Al final me decanté por la derecha. El corredor era largo y ancho, bastante parecido al de la casa de Prometeo cuando estuve en sueños...

¡Oh, Dios mío! No habría terminado allí al perder la consciencia,

¿verdad? Porque si era así, mucho me temía que debía salir echando leches.

Vale, puede que estuviera exagerando un poquito, pero tenía todo el derecho de estar a la defensiva. En menos de una semana, ¡qué digo una semana! En menos de cuatro días, todo mi mundo se había ido por el desagüe y habían tirado de la cadena.

No me gusta ser pesada pero estaba asustada, cabreada, angustiada y otros mil adjetivos terminados en *ada*, aparte de muerta de miedo.

No obstante, todo el pánico que amenazaba con abrumarme y hundirme en la más absoluta de las miserias se desvaneció de golpe al escuchar la voz más rica y poderosa que jamás había oído, cantando.

Sonreí sin poder evitarlo. Al menos, podía olvidarme de una de mis preocupaciones. Si Caleb estaba jugando con las armonías -de forma espectacular, por cierto-, debía estar bien.

Pese a ello, no podía encontrarme más sorprendida de su elección musical: *Hurt* de Christina Aguilera. No, desde luego, no era lo que me esperaba; pero todo quedó en un segundo plano cuando escuché realmente la letra:

I would hold you in my arms

I would take the pain away

Thank you for all you've done Forgive all your mistakes.

There's nothing I wouldn't do To hear your voice again.

Sometimes I wanna call you but I know you won't be there²

Era extraño cómo el tono profundo de Caleb le daba un nuevo matiz nostálgico a la canción; como si de verdad, sintiera todo lo que estaba describiendo. ¿A quién querría mantener entre sus brazos? ¿A quién le daba las gracias y le perdonaba todos sus errores? ¿A quién echaba tanto de menos para sentir tal tristeza?

¿Y por qué te mueres tanto de celos, tú, bonita?

Ignoré esa pregunta. No tenía ninguna respuesta que quisiera dar y, menos, pensar en ella. Me fui acercando a la habitación de la que salía ese mágico sonido. Fui más sigilosa que un gato. No quería que se detuviera por nada del mundo. Por fin, había logrado vislumbrar al verdadero Caleb y que me mataran si lo estropeaba todo.

Oh, I'm sorry for blaming you for everything I just couldn't do And I've hurt myself by hurting you³

Me apoyé en el quicio de la puerta y lo admiré desde allí. Estaba completamente concentrado, con los ojos cerrados y ligeramente inclinado sobre el piano. Otra cosa que me había sorprendido gratamente. No creí que supiera tocarlo. Sonreí mientras lo seguía mirando cautivada. No parecía que hubiera daños de nuestro enfrentamiento con Epi. Además, debía 2 Te estrecharía entre mis brazos/ me llevaría todo el dolor/ gracias por todo lo que has hecho/ te perdono todos tus errores./

No hay nada que no hiciera/ para volver a escuchar tu voz ./ A veces, quiero verte pero sé que no estarás ahí.

3 Perdóname por culparte de todo lo que no pude hacer/ y me hice daño al hacértelo a ti.

de haber encontrado una plancha o haberse hecho un *lifting* mientras había estado desmayada y, aunque me sentía aliviada de que estuviera bien, no dejaba de molestarme el hecho de que aquello no era normal.

Tú tampoco eres el epítome de la definición de "común".

Ya, pero si me hacen pupa, con la pupa me quedo.

Some days I feel broke inside but I won't admit Sometimes I just wanna hide 'cause it's you I miss And it's so hard to say goodbye when it comes to this, ooh, whoa⁴

Sus palabras me atraparon de nuevo. No podía dejar de preguntarme para quién sería esa canción y tampoco podía parar de desear que esa persona estuviera pudriéndose en algún lugar del infierno.

Dame una C, dame una E, dame una L, dame una O, dame una S.

Ceeelooss, uh.

¡Qué te calles! Ya tengo suficiente conmigo misma para que ahora vengas tú a tocarme la moral, tratando de imitar a su Alteza y a su grupito de anoréxicas.

No es culpa mía que tengas un humor de perros porque estés más celosa que una actriz de segunda en una peli de Hollywood, rica.

Déjame en paz.

Señora; sí, señora, se burló una vez más esa estúpida voz y casi impidió que disfrutara del final de la canción.

I'm sorry for blaming you for everything I just couldn't do And I've hurt myself by hurting you.

Cuando se perdió en el aire el sonido de los últimos acordes, Caleb pareció regresar de su mundo de fantasía y se crispó al verme allí parada.

Traté de sonreírle tranquilizadamente, pero todavía estaba un poco pillada por haberle visto con la guardia baja.

—¿Cuánto tiempo llevas ahí?

—El suficiente como para que hayas echado a perder todos mis prejuicios.

—¿A qué te refieres? —preguntó curioso.

—Bueno, a que no me esperaba que pusieras el corazón en una de las canciones de Christina Aguilera. No sé, supongo que, por la forma en la que te vistes, pensé que te iría más el rollo heavy metal y esas cosas.

Me miró unos segundos fijamente. Es más, boqueó como un pez, sin saber qué decir. Por último, decidió tomárselo a cachondeo y se echó a reír.

Mejor, sinceramente. Mi intención no había sido la de ofenderlo, ni mucho menos.

—Está bien, nota para mí misma: si ves a un tío de aspecto gótico y duro, no asumas que solo le gusta Linkin Park o Godsmack, te puede sorprender con una bonita canción a lo Tina Turner o a lo Whitney Houston

.

Con eso, Caleb se rió más fuerte. Me atrevería a decir, incluso, que le sentó bien.

Normalmente, tiene siempre el semblante preocupado, como si llevara el peso del mundo sobre los hombros. Me gusta hacerle sonreír, salvo en los momentos en los que me ataca el síndrome Géminis.

4 Hay días en los que me siento destruido pero no lo admitiré/ a veces, solo quiero esconderlo

porque te echo de menos/ y es que son tan duras las despedidas cuando se trata de esto.

De repente, se puso serio. Por su cara cruzó un destello de culpabilidad antes de que pudiera enmascararlo. Se aclaró la garganta y se levantó lentamente, al igual que hace alguien que se acerca a un animal herido.

—¿Cómo te encuentras?

Bien; a eso se le llama echarle al personal un jarrazo de agua fría. No podía creerme que hubiera estado tan embelesada con él que se me hubiera olvidado el motivo principal por el que debía salir de allí. Me sudaron las palmas de las manos y me las tuve que secar en los pantalones del pijama que él me había prestado y que estaban debajo de la camiseta extragrande, pillines. También se me secó la boca debido al nerviosismo y al repentino miedo por lo que podría contestarme. De hecho, tuve que aclararme varias veces la garganta antes de atreverme a hacer la pregunta que me estaba consumiéndome por dentro: —Caleb, ¿dónde está mi madre?

Suspiró, exhausto.

—Ven conmigo, anda.

Me instaló en la cocina con todo el cuidado del mundo. Como el resto de la casa, aquel lugar también era enorme. No sabía para qué necesitaba tanto espacio si, como había visto, vivía solo. Eso sí, había que reconocerle que debía de haber sacado esa estancia del sueño de un chef. La cocina estaba equipada con todo lo que uno podría imaginar y mucho más. No tenía ni idea de para qué servían ni la mitad de los cacharros, sinceramente.

Me había sentado delante de una mesa de nogal robusta y antigua -las sillas que la acompañaban eran del mismo estilo- que estaba situada junto a la pared izquierda, al lado de un armario que servía para guardar las especias. Pegando al susodicho armario había una puerta que llevaba a la despensa. Lo sé ya que Caleb la abrió para sacar el chocolate.

Había una pequeña isla en el medio de la cocina y la pared donde estaba la puerta de la despensa y toda la pared derecha hasta la puerta que daba al patio trasero estaban cubiertas por: un armario grande -arriba metía los vasos, abajo las cazuelas-, alrededor de un metro de encimera de mármol

-

de las caras, vamos-, luego el fogón junto con el horno, la pila, más encimera -debajo, el lavavajillas y la lavadora; encima, los cachivaches antes mencionados-y, por último, un frigo industrial de los que solo se ven

en las pelis, esos de doble puerta y con expendedor de hielos. En la pared del fondo, había más armarios. Para qué querría tantos, ni idea.

No me lo imaginaba jugando a las cocinitas, la verdad.

Acababa de finalizar la inspección y crítica -constructiva, ojo- del lugar cuando Caleb me puso una taza de chocolate caliente entre las manos y se sentó al otro lado de la mesa.

Esperó a que tomara un sorbo para comenzar a hablar.

—No sé bien por dónde empezar...

—Deja que te ayude. ¿Dónde está mi madre y por qué estoy aquí en lugar de con ella?

—No te andas por las ramas, ¿eh?

—No veo la necesidad.

Suspiró de nuevo y se pinzó el puente de la nariz con resignación y un deje de cansancio.

—Las cosas son complicadas, Cassie. Tu madre está ingresada en el hospital *Holly Mercy Grace*. Su diagnóstico es grave pero estable —ahora venía lo peor. Lo vi en sus ojos—. Está en coma. No saben cuándo va a responder. Te prometo que la están tratando los mejores especialistas... —

dejé de escucharlo. Se me puso un pitido extraño en los oídos. Tal vez, se me subiera toda la sangre a la cabeza.

Lo único en lo que podía pensar era *esto es una broma, ¿verdad?*

Aquello no podía estar ocurriendo realmente.

Si se trata de un programa de cámara oculta, no le veo la gracia por ninguna parte.

—¡Cassie! —Me sacudió y me hizo regresar del alarmante mundo de las alucinaciones paranoicas —. Presta atención. Has conseguido encerrar a Celos, por lo que Epimeteo y todas las personas que estaban bajo su influencia han quedado libres. Sin embargo, todo lo que dijeron e hicieron no se puede borrar. La policía está buscando al titán para arrestarlo por asalto, tentativa de secuestro, destrucción de una propiedad privada y abuso de menores. No pinta nada bien. Prometeo ha desaparecido, también lo están buscando y, lo que es peor, unos detectives de la comisaría quieren interrogarte. Será mejor que pensemos en lo que vamos a decir y atenernos a la misma historia. Cassie...

Lo miré a la cara.

—Cassie... —me devolvió la mirada con tristeza. Se trasladó a la silla que estaba a mi lado, abrió los brazos y susurró—, tranquila... Puedes llorar

si quieres. Luego hablaremos del resto. Déjame que sea el hombro en el que te apoyes.

Me tembló el labio inferior antes de que los ojos se me anegaran de lágrimas. Me incliné hacia delante y me refugié en su firme pecho. Me prometí que solo iba ser durante unos minutos; únicamente el tiempo suficiente para que pudiera absorber el calor, la fuerza y el consuelo que me ofrecía.

Sollocé hasta que la garganta se me quedó en carne viva y los ojos tan hinchados que apenas podía abrirlos -sobre todo, el que ya tenía mal- pero, en todo momento, él me abrazó tiernamente y me murmuró palabras sin sentido para tratar de consolarme.

Era cierto que había mucha historia sin contar entre nosotros, muchos secretos y verdades a medias. No obstante, estoy absolutamente convencida de que si pude continuar adelante ese día, fue gracias a él.

9

Como si no tuviera ya suficientes problemas, ahora se me presenta una novia desquiciada

Me sentí tan exhausta tras haber inundado la cocina de agua salada y mocos que me quedé sobada encima de Caleb sin darme cuenta. Debí de haber estado como una piedra puesto que ni siquiera me enteré de que nos había trasladado al salón. Me dejó tumbada cómodamente en uno de los sofás de color terroso elegante y utilicé uno de sus muslos a modo de almohada.

Por su parte, él estaba sentado con las piernas estiradas, tenía el codo apoyado en uno de los brazos del mueble, la cabeza en la mano y, como yo, se había quedado completa y absolutamente frito. De hecho, emitía un ligero ronquidito de lo más cuco. No debería haberme parecido tan atractivo, pero así era. Además, tenía la otra mano enredada en mi pelo así que no había manera de liberarme sin que se diera cuenta.

Y necesitaba ir al baño urgentemente.

Me moví poco a poco, tratando de hacer el menor ruido posible. Sin embargo, por cada posición que tomaba, él adoptaba otra nueva y, pronto, me vi más atrapada, incluso, de lo que lo había estado anteriormente... ¿qué podía hacer?

Un momento... ¿no es...? ¿Le han temblado las comisuras de los labios?

—¡Serás idiota! —le grité mientras agarraba uno de los cojines con la mano sana y se lo estampaba en la cara mientras él se reía como si aquella estupidez fuese lo más divertido desde vídeos de caídas del youtube—. Ja, ja, ja, muy gracioso, yo también me parto y me mondo. Imbécil. Déjate de chiquilladas y dime dónde está el baño.

Tuve que esperar a que rebajara el volumen de carcajadas para que pudiera, al menos, señalarme la puerta. Antes de salir, vi que volvía a

ponerse los brazos alrededor del estómago y que seguía desternillándose a mi costa, el muy estúpido.

Vale, es cierto que tampoco estaba tan enfadada como fingía. Me daba bastante igual que me tomara el pelo. Había una gran diferencia entre reírse de una persona y reírse con ella.

Creedme, lo digo por experiencia.

Una vez alivié mis necesidades, regresé al inmenso salón en el que lo había dejado para encontrármelo con una sonrisa en los labios, una bandeja en la mesa y dos vasos humeantes en las manos.

—Pensé que te gustaría tomar un té para rehidratarte.

Me ruboricé como una colegiala infantiloides, así que incliné la cara hacia un lado para evitar que lo viera. Qué triste.

Me aclaré la garganta y volví a sentarme en el sofá, aunque un poquito más alejada de él.

Caleb arqueó una ceja divertido en plan de *sé que te estás escaqueando*, pero lo ignoré.

Le cambió el semblante en cuanto me acomodé. En un principio, no me percaté de por qué, luego caí en la cuenta de que había adoptado la clásica postura de protección: me había hecho una bola en una esquina, había acercado las rodillas al pecho, me había rodeado las piernas con el brazo bueno, en la mano sostenía la taza de té caliente y lo miraba por encima de las rodillas.

Él se giró y se colocó frente a mí. Se inclinó hacia la izquierda y descansó el codo en el respaldo del sofá mientras apoyaba la cabeza sobre los nudillos. Una de las piernas le colgaba lánguidamente por el borde del asiento y tenía la otra doblada delante de él. Parecía una postura muy relajada, pero solo lo era en la superficie. Pude percibir perfectamente la tensión que le recorría los hombros y la expresión tirante que se le había puesto en el rostro. Después de años de discusiones en casa, me había convertido en una experta a la hora de leer las expresiones de la gente.

—Es hora de continuar con nuestra conversación de antes.

—Lo sé —respondí. Se había pasado la hora del patio. Era el momento de comportarme como una adulta.

—Vas a escuchar cosas que no te van a gustar.

—Lo sé.

—Eres consciente de que todo va a tener que cambiar, ¿verdad?

Suspiré:

—Lo sé.

—Hay un burro comiendo pizza detrás de ti.

—Lo sé... ¿qué? —pegué un respingo, levanté la cabeza y miré hacia atrás como una tonta. Obviamente, Caleb se echó a reír de nuevo.

—Ya te vale.

—Lo siento —el muy cretino se estaba secando los ojos—. Sé que no es el momento, pero no he podido resistirme. No quiero ver esa mirada de nuevo... —murmuró. Hizo una mueca y volvió a centrarse—. Bueno, escucha con atención. Lo que quiero que tengas muy presente es que a pesar de que tu madre está en coma, la están tratando los mejores médicos...

—¿No podríamos pedirle a alguno de los dioses que la despierten?

Caleb negó con la cabeza.

—No es buena idea. No sabemos por dónde nos saldrán. A lo mejor la despiertan, pero podría volverse loca o pensarse que es otra persona, o creerse que es una verdura o un animal.

No podemos fiarnos de ellos en ese aspecto. Tienden a ser demasiado...

traviosos, por así decirlo.

—Eso no es ser travieso, eso es ser un...

—¡Cassie, por favor! No los insultes. No sabemos quién podría estar escuchando. Ellos se rigen por la ley de la causa y el efecto. Si los ofendes, tienen manga ancha para hacerte lo que quieran.

—¡Vaya asco!

—Ya, pero así son las cosas. Por eso, es mejor que la traten los humanos.

—Pero las facturas... No tengo dinero para pagarlo todo.

—No te preocupes. De eso me encargo yo.

—¿Por qué? —extendí una mano hacia delante, con la palma mirando hacia él; es decir, un ademán de rendición con todas las de la ley—. No te ofendas. No quiero que pienses que soy una ingrata ni nada de eso; de verdad, porque te agradezco muchísimo lo que estás haciendo por mí, pero no dejo de pensar que aquí debe de haber una trampa. Nadie da almuerzos gratis, Caleb.

—¿No te parece un poco cínica esa forma de pensar?

—Soy realista. Todo el mundo quiere algo a cambio. Siempre. No hay excepciones a la regla.

—¿Te sentirías más cómoda si te dijera que yo también deseo algo?

—Sinceramente, sí. Así sabría qué tipo de terreno piso contigo.

Caleb me dirigió una risa lobuna, aunque no entendí muy bien el significado ese gesto.

—Todavía no estás preparada para saber lo que quiero de ti; pero cuando lo estés, no te preocupes que te enterarás.

Lo miré con suficiencia después de haber colocado los brazos cruzados

-uno de ellos con yeso y todo-encima de las rodillas y la barbilla encima de éstos.

—Acabas de sonar como un verdadero psicópata.

Se encogió de hombros.

—Me adulas, aunque será mejor que no nos desviemos de la conversación. Luego, si quieres, me

puedes contar lo mucho que te gusto —

muy a mi pesar, consiguió arrancarme una pequeña sonrisa—. De acuerdo,

¿por dónde íbamos? Ah, sí, te iba a contar la razón por la que te encuentras aquí con un brazo en cabestrillo en lugar de en el hospital con Sarah, tu madre se llama Sarah, ¿no? —asentí y continuó—. En realidad, hay dos motivos muy importantes: el primero es que sería demasiado peligroso para ella que estuvieras allí. Ahora que Prometeo anda descontrolado por lo que ha ocurrido con su hermano, irá a por ti con todo lo que tiene, así que te atacará donde más te duela y, en este preciso momento, Sarah es, claramente, tu punto más débil.

—¿Cómo voy a poder defenderla del titán si va a por ella y no estoy a su lado?

—He colocado una barrera que impide que cualquier ser sobrenatural pueda averiguar su paradero. En caso de que se acerquen, la barrera se activará y trasladará a tu madre a un lugar seguro.

—Habías dicho que existían dos motivos, ¿cuál es el otro?

—Como estás implicada en todo este jaleo, Atenea ha hecho que te cures a una velocidad mucho más rápida de lo normal. No sé si te has fijado, pero el ojo ya no lo tienes negro —suspiró—. Si los médicos se enteran, van a querer diseccionarte para ver cuál es la anomalía.

—Prefiero que no, gracias.

—Ya me lo parecía.

Le saqué la lengua. Vale, sé perfectamente que era una actitud absolutamente pueril, pero me daba igual. Se lo merecía.

—Otra cosa en la que tenemos que ponernos de acuerdo es en la historia que vamos a contar.

—Podemos decir lo que pasó realmente.

Caleb torció el gesto antes de poner voz de falsete e imitarme: —

Perdone, agente, es que el bibliotecario me atacó porque estaba poseído por el demonio de los Celos. Se lo prometo, no es broma. Resulta que es que era su esposa en una de mis vidas pasadas y a él no le llegó la circular en la que se estipula que dejamos de estar casados cuando la muerte nos separó, mire usted.

A estas alturas, no sabía si reírme o darle un bofetón.

—Aquí, mi buen amigo Caleb —continuó—, trató de detenerlo, encerrándolo en una barrera ectoplasmática...

—Era una burbuja de jabón —le corté. Dos podían jugar al mismo juego, leches.

—...pero se desmayó al quedarse sin energía. También me atacaron lobos hechos del polvo de los

escombros del pasillo derruido, señor agente.

De verdad, no le miento —dejó de utilizar ese tono para añadir sarcásticamente—. Seguro que, acto seguido, llaman al hospital psiquiátrico más cercano, te encierran y tiran la llave mientras niegan tristemente con la cabeza pensando: pobre chica, no hay derecho. Es tan joven...

—Está bien. Contarles todo eso no parece una buena idea pero, ¿y si les damos una versión abreviada y nos ahorramos las partes... singulares?

—¿Y cómo explicamos la obsesión de Epimeteo por ti?

—Que me confundió con otra persona. Ese ataque no pudo haberlo cometido alguien que tuviera los tornillos bien colocados así que, simplemente, que en su estado de confusión creyó que yo era su esposa y que estaba poniéndole los cuernos contigo.

—Sabes que eso dará lugar a preguntas incómodas, ¿no?

—¿Qué clase de preguntas?

—Qué tipo de relación tenemos, por qué Epimeteo te confundiría con esa otra persona, por qué no estás con tu madre en el hospital...

—No te preocupes. Todo eso es fácil de contestar. No estoy en el hospital porque el bibliotecario psicótico sigue suelto por ahí; me confundió con otra persona porque se le ha ido la pinza totalmente y mi relación contigo se resume en cuatro palabras: eres mi acosador personal.

La cara que puso fue un poema. A pesar de lo grave de las circunstancias, Caleb estaba consiguiendo que, bueno, no que me divirtiera, pero algo parecido. No sé explicarlo. La situación era difícil. Pese a ello, no

me sentía avasallada ni abrumada. Podía reflexionar y tratar de decidir cuál era el mejor curso de acción.

—Si les dices que soy tu acosador, me enviarán a la cárcel a mí.

Me encogí de hombros:

—¿Y?

—Sería contraproducente perder a un aliado en este preciso momento.

—Supongo que tienes razón, lo que me lleva a otra pregunta: ¿por qué me brilla el Ipod cuando estás cerca, Caleb?

Su rostro perdió toda expresión de sonrisa. Se envaró más que la señorita Rottenmeier cuando veía a Heidi hacer algo mal y desvió la mirada. Apretó las manos en puños y se mordió los labios, formando una delgada línea.

—Déjame adivinar: no me lo puedes contar.

—No.

—¿Por qué?

—Porque no quiero que te asustes.

—¿Esto tiene algo que ver con que aparecieras en mis sueños? —giró la cabeza tan deprisa que creí que se dislocaría el cuello.

—¿Qué?

—Sé que conocías a Pandora, Caleb, a la verdadera Pandora. ¿Me puedes explicar cómo es posible que estés aquí igualito a como te vi en mi sueño?

—Estoy maldito, Cassie. Cometí un error muy gordo, algo que voy a tener que subsanar el resto de la eternidad —replicó tristemente.

—No lo entiendo.

—Lo sé.

—Caleb...

—Tal vez, algún día, sea capaz de explicártelo todo. Entonces, me llamarás idiota y me reñirás por pensar estupideces —se inclinó hacia delante, me quitó de la mano la taza de té que había olvidado y me la apretó fuertemente mientras me miraba a los ojos y me aseguraba—. No soy un demonio, Cassie. No te voy a traicionar. Jamás.

Parecía tan confiado, tan seguro de sí mismo, que por un instante, me sentí tentada a creerle. Sin embargo, había ahí una pequeña semilla de duda que no me permitía estar del todo convencida. El problema era siempre el mismo. No me contaba la verdad. No me respondía a lo que necesitaba saber.

Se instaló un silencio bastante incómodo entre los dos.

—Lo siento —susurró, sorprendiéndome.

¿Qué podía responder? ¿Tranquilo, no pasa nada? Suspiré. Encima, me estaba picando por debajo de la escayola y no me podía rascar.

Menuda mier...

—Cassie, hay otra cosa que quería tratar contigo.

—Dime.

—¿Te acuerdas de cuando te dije que tuvieras fe?

—Por supuesto.

—Debes tener cuidado con lo que deseas. A veces, se puede hacer realidad. No obstante, para ello se requiere una gran cantidad de energía.

Podría resultar peligroso.

—Soy muy inteligente, pero ¿por qué me siento tan perdida cada vez que hablo contigo?

—Caleb inclinó la cabeza hacia un lado y me miró fijamente—. Da igual.

—Cassie, lo que te estoy diciendo es importante. Los deseos pueden ser peligrosos.

—Vale. Tendré cuidado. No volveré a pedir un trozo de tarta de manzana jamás.

¿Contento?

—¡Cassie!

—Que sí. Que lo he pillado. Nada de deseos que hagan que me pateen el trasero de mala manera.

Caleb suspiró como si estuviera sufriendo una indigestión o algo así. Sí; a veces, causaba esa reacción en la gente, qué le vamos a hacer. Además, no me digáis que la frase no ha sido el colmo de la buena educación, ¿eh?

—En serio. No te preocupes. No voy a hacer nada que pueda llamar más la atención.

Él asintió.

—Estoy cansada...

—¿Por qué no vas a tu habitación y te tumbas un rato? Todavía continúas herida y has tenido un desgaste emocional importante.

Me levanté y me dirigí al pasillo arrastrando los pies. Justo al llegar a la puerta, me di cuenta de que no recordaba el camino. Miré hacia atrás: —

¿Me acompañas?

Sonrió dulcemente y me guió a través del laberinto de pasillos opulentos. Una vez allí, me acarició suavemente la cara, me besó la frente y se despidió.

Mientras entraba y me metía en la cama, no paraba de pensar en lo raro que actuaba conmigo... como... como si me quisiera...

No, no, no y no. Bórralo de esa cabecita loca tuya, maja. No vaya a ser que la manguemos.

No me llames loca.

Pues no pienses cosas absurdas.

Pero, ¿de verdad lo eran?

Con esa pregunta rondándome la mente, caí en un profundo sueño sin recuerdos de vidas pasadas.

A la mañana siguiente, tuve una discusión muy fuerte con Caleb debido a que insistía en que permaneciera en su casa hasta que me recuperase.

—Al menos, hasta que podamos quitarte la escayola.

—No me parece razonable. Además, no tengo nada de ropa aquí. No te lo tomes a mal pero no me hace ninguna gracia que se me caigan los pantalones cada vez que doy dos pasos.

—Eso tiene fácil solución. Voy a tu casa y te traigo lo que quieras. En serio, no te estoy pidiendo que te quedes al margen toda la vida, solo es un par de días. Te prometo que nadie te lo va a reprochar. Los profesores son conscientes de lo que ha sucedido y no te van a tener en cuenta las faltas.

Yo te traeré los deberes todos los días para que puedas mantener ese expediente académico del que tanto te jactas y seguro que para antes de que finalice la semana, habremos superado este bache.

—No sé... —seguía sin estar del todo convencida.

Al final, jugó la baza de que todo el mundo se acercaría a mí a preguntar por el morbo, me acosarían y, tal vez, no pudiera soportarlo con entereza. Vamos, que fijo que me daba un ataque de ansiedad mundial, lo que sería de lo más humillante que hubiera tenido que soportar. Maldita la gracia que me haría, la verdad.

Aish... el orgullo, un día sería mi perdición.

—Vale, pero que de manipulador te pasas un rato, que lo sepas.

—Gracias. Me lo tomaré como un cumplido.

—Muy gallito te veo solo por haberme conseguido convencer una vez.

—Por algo se empieza, mujer —movió las cejas de arriba abajo varias veces para hacerme reír antes de marcharse él al instituto.

Si queréis que os sea sincera, lo cierto es que necesitaba aquellos días de descanso.

Necesitaba volver a ponerme bajo control lo más pronto posible y, desde luego, si hubiera tenido que estar bajo los focos todo el tiempo, no lo hubiera conseguido.

Otra cosa más que hay que agradecerle al tío buenorro.

Ya.

Cuando Caleb regresó a su ¿humilde morada? Traía consigo varias de mis cosas así como mis tres

botes de pilulas. Eso, que no pase ni un día sin drogarme, no vaya a ser que me vuelva tarada del todo y crea que vienen los extraterrestres a invadirnos.

En fin, la cuestión es que para el siguiente lunes, ya estaba casi como nueva, y aquí la palabra clave era el *casi*.

Me había mudado definitivamente a casa de Caleb. Había hablado con nuestro casero para que pusiera el apartamento en alquiler y apilado nuestras cosas en un cuarto de almacenaje hasta que mi madre se despertara y sopesáramos nuestras diferentes opciones.

Recibía una pequeña paga del Wal-mart por la baja. Básicamente, estaba por mi cuenta. A todo esto, no se me había permitido ir a visitarla ni una sola vez, aunque Caleb me mantenía informada de sus progresos a diario.

Aún y todo, me sentía súper culpable y la echaba muchísimo de menos.

—¿Preparada? —preguntó él justo después de quitarse el casco de la moto. Me había llevado al instituto a regañadientes. Si lo hubiera dejado, me hubiera encadenado a la cama otras dos semanas por lo menos.

—Tan preparada como pueda estarlo nunca.

Frunció el ceño.

—No arrugues la cara, anda —le dije mientras le pasaba mi casco.

No me hizo caso; por el contrario, solo sirvió para que lo hiciera todavía más.

—No te preocupes. No va a pasar nada.

—Sabes que no me puedo quedar hoy contigo, ¿verdad?

—Sí. Ya me lo has dicho. De hecho, varias veces. Me has dado hasta un teléfono móvil, Caleb. Creo que me ha quedado lo suficientemente claro. Te prometo que te llamaré si pasa algo, ¿vale?

—De acuerdo —respondió con la boca pequeña. En realidad, me parecía adorable. Se ponía más mono cuando se preocupaba por mí de esa

manera a pesar de que era un poquito agobiante—. Ten cuidado, Cassie.

Tengo un mal presentimiento.

Deseché sus palabras con la mano. Qué poco sabía yo en ese momento lo acertadas que serían.

Supongo que todo esto está en la naturaleza del ser humano, que no aprendemos la lección a no ser que sea por las malas. A veces, ni siquiera por esas.

Como habíamos vaticinado, la mañana fue exasperante. Todo el mundo quería saber lo que había ocurrido. De repente, me había convertido en la tía más popular de la escuela.

Lástima que para lograrlo casi me hubieran tenido que matar.

Bueno, no se puede tener todo en esta vida. Lo único bueno que saqué del asunto era que; al haberse esfumado el señor Hono, alias Prometeo, ya no tenía que hacer ningún trabajo sobre el impacto de la mitología en la lengua.

¡Bien por mí!

Genial, hasta aquí las buenas noticias. A partir de ahora, vienen las cosas raras y que fui notando a medida que pasaban las horas: a-Ryan parecía entre nervioso y enfadado. No me miraba y, prácticamente, no me hablaba, solo cuando se veía forzado a dirigirme la palabra por alguna cuestión ineludible. Era el único que no me había hecho el tercer grado. Tonta de mí, creí que era el que se merecía una explicación sincera por mi parte.

b-Puede que fueran cosas mías pero me daba la impresión de que el instituto, la gente en general, estaba un poquito fuera de control. Que cómo lo había notado; no sé, tal vez fuera que el personal hacía pellas con total impunidad o que se liaba porros en plena clase o, quizá, tuviera algo que ver que un grupo de animadoras estuviera dándole una paliza del quince a una chica y que una profesora pasara al lado y no hiciera nada más que dirigirlas una mirada impasible antes de continuar con su camino.

c-A la hora de la comida, Jackson pidió hablar conmigo en privado y parecía estar hecho polvo. Tenía ojeras y no le brillaba la piel de la forma en que solía hacerlo. Además, sus ojos estaban llenos de cansancio. No sé, es como si en los cuatro días que había faltado, alguien le hubiera chupado toda la vitalidad del cuerpo y le hubiera dejado esa cáscara vacía.

Excepto la actitud de Ryan, todo lo demás cobró sentido cuando conseguí tener la conversación con el *quarterback*.

Mientras comíamos, Lisa hizo otro de sus numeritos llenos de celos.

Jackson la puso en su lugar con esfuerzo y después nos marchamos al gimnasio. Sabíamos que allí tendríamos la privacidad que necesitábamos.

También era cierto que si nos pillaban, se nos iba a caer el pelo. Es más, creo que el castigo era la expulsión.

Esto me suena.

No me digas.

Procura que esta vez no se abra ninguna puerta alternativa al infierno, respondió la voz con mofa.

Estupendo. Ya, hasta mi propio yo se metía conmigo.

—Dime, ¿en qué te puedo ayudar?

Lo cierto es que no entendía por qué recurría a mí. No es que fuéramos los mejores amigos del mundo mundial. En realidad, no hacía ni dos semanas que había descubierto de mi existencia.

—Esto es muy difícil para mí, pero no sé a quién más acudir. Los brutos de mi equipo no me harían caso y las animadoras se pondrían de parte de Lisa.

—Deduzco que vamos a hablar de ella...

—Sí. Estoy muy preocupado. Últimamente, se está comportando de una forma muy extraña...

—¿Hola? ¿Has estado aquí hoy? —le interrumpí—. Esa definición se aplica a todo el insti. No he visto nada normal desde que he regresado.

—Ya lo sé, pero es que Lisa siempre parece estar en medio de todo. Es como si fuera la cabecilla de todos los puñeteros disturbios. No lo entiendo.

Antes era una chica sencilla y relajada. Ahora, ni siquiera soy capaz de reconocerla la mitad del tiempo. ¿Y sabes a lo que ha empezado a dedicarse? A buscar páginas sadomasoquistas por internet. Y no pienses que va por el terreno sexual porque no es así. Lo que le gusta es el dolor, el hacer que la otra persona se sienta miserable. Tiene libros, películas y revistas con el mismo contenido. Es espantoso. No sé cómo pedirle que vaya a buscar ayuda profesional. Te digo yo que es un caso de psiquiátrico.

—¡Vaya! Muchísimas gracias por pensar así —comentó una voz muy fría detrás de nosotros—. Está bien saber lo que mi novio va comentando de mí a mis espaldas, sobre todo, a una perdedora como ella.

—Lisa.

—¿Qué pasa, querido? ¿Te sientes mal porque haya interrumpido tu pequeña sesión de autocompasión? —cambió el tono y se puso a actuar en

plan actrices de los años veinte. Juntó las manos en el pecho tras haber hecho una serie de gestos de lo más grandilocuentes—, o espera, estás usando la excusa del pobre *quarterback* para darle pena a esta marginal y así poder ligártela. Qué bajo has caído, ¿no, Jackson? —se echó a reír lunáticamente mientras sus amiguitas le hacían los coros.

—¿De qué vas, tía? Si no tienes nada inteligente que añadir, lárgate junto con tu grupito de monas repetidoras.

Confirmado, el ir de pasota no funciona con las deficientes mentales, solo provoca una ronda de carcajadas con un tono más estridente. Si alguna vez habéis visto a las gemelas que van al mismo curso que Bart Simpson, os haréis una idea.

—Mira, payasa —Lisa se puso seria con una rapidez que me dejó un poco tocada—, puede que ahora seas amiga —hizo un gesto de comillas con las manos— de Jackson; pero que te quede bien claro, tu estatus social en mi instituto —creo que quería decir *en mi reino*— es el de una cucaracha. No te des muchas ínfulas, no vaya a ser que te pise alguien.

—¿Me estás amenazando?

Una pregunta muy poco brillante, la verdad, puesto que sus amiguitas y ellas estaban jugando al juego de la intimidación y nos habían rodeado sin que me diera cuenta.

—¿Tú qué crees, retardada?

—Creo que deberías leer más y buscar nuevo vocabulario, honestamente. Cuesta mucho tomarte en serio cuando hablas como mi abuela.

Y ahí va otro comentario bastante desafortunado. No me extraña que me digan que un día me perderá esa boca que tengo.

Como os podréis imaginar, no le gustó para nada mi última aportación a la conversación.

Lisa puso cara de necesitar un laxante antes de empujarme con todas sus fuerzas, que, por cierto, eran considerables. No me refiero a lo que se puede esperar de una deportista, sino a algo completamente extraño. Estábamos cerca del centro del gimnasio y acabé chocándome contra la pared del fondo, llevándome por delante -¿o sería por detrás?- a una de sus amigas.

Recorrí quince metros como mínimo.

Eso da qué pensar.

—¡Cassie! —escuché de fondo. Después oí una serie de gruñidos y jadeos, algunas maldiciones y, de nuevo, silencio. En realidad, tampoco

presté mucha atención, me estaban bailando el mambo en la cabeza, así que no servía mucho para nada.

Me apoyé en el muro para poder ponerme de pie otra vez. La amiga de su Alteza no dio muestras de despertarse de su sueñecito. No en vano, se había llevado la mayor parte del impacto. Debí de ser un espectáculo patético, por no decir bochornoso, si queréis saber mi opinión.

No habían pasado dos segundos desde que había conseguido levantarme cuando sentí que una mano férrea se apoderaba de mi garganta y la oprimía hasta casi dejarme sin aire.

—Sería tan fácil matarte... —comentó Lisa dulcemente—, tan fácil...

¿Estaba saboreando las palabras o era solo cosa mía?

—De hecho, creo que lo voy a hacer, pero primero necesito que me entregues una cosita, robanovios de pacotilla.

A esas alturas, la pérdida de consciencia era inminente. Lo sabía por esa cantidad de chispitas misteriosas que van antes de la falta completa de visión. Que conste, que estaba haciendo todo lo posible para que esa bruja me soltara. Si no le había dejado un *scalextric* en la muñeca, seguro que la gente pensaría que le había mordido un perro rabioso. Aun así, la tía no relajó la zarpa, ni siquiera vaciló un segundo.

—¿Dónde está la caja?

¿Qué?

Si hubiera podido hablar, esa habría sido mi pregunta, pero como no podía, me limité a desembuchar un gorgorito ahogado.

De repente, aquella mano esclavizadora desapareció y ese oxígeno tanpreciado volvió a circular al interior de mis maltratados pulmones. Caí de rodillas, tosí y me llevé los dedos a la zona afectada por acto reflejo.

Casi perdí el contenido de mi estómago.

—¿Dónde está la caja? —repitió impaciente. ¿Que cómo noté esa impaciencia? Bueno, es que me arreó una patada en el estómago inmediatamente después, así que supongo que podríamos considerarlo una pista gráfica de su estado de ánimo. De todas formas, no sé cómo esperaba que le contestara si no era capaz de boquear siquiera.

Mientras seguía ahí, sintiendo lástima de mí misma y deseando haberle hecho caso a Caleb y haberme tomado unas vacaciones, Lisa hincó una rodilla en el suelo, me cogió del pelo y tiró con fuerza hacia atrás.

—No te lo voy a preguntar otra vez, retrasada. ¿Dónde está la caja de los infortunios?

Un escalofrío horrorizado me sacudió de arriba abajo. Mi cerebro, por fin, había entendido el significado de sus palabras -me costó lo mío, lo admito-y solo existía un motivo por el cual conociera alguien como ella su existencia.

Y como si me hubiera escuchado el demonio en el interior de Lisa, se manifestó de una manera horrible.

Su hermosa cara se deformó y tornó a un color verduzco-terroso propio de los alimentos en descomposición. También le salieron escamas. Las manos se le transformaron en garras.

Durante unos segundos, parpadearon y de nuevo, volvieron a tener dedos. De su espalda brotaron una especie de bultos, como si se le estuviera recomponiendo la columna pero no supiera qué apariencia escoger. Por último, sus ojos cambiaron, se volvieron sibilinos, amarillos y sus pupilas adquirieron forma de rendija, como los de una serpiente. Eran fríos y crueles. Inhumanos.

Ya no era una persona pero, tampoco, un demonio.

Así que ahí iba la pregunta del millón: si no era ni una cosa ni la otra, entonces ¿qué era?

10

Gano un concurso de piruetas a una animadora

aterradora

Como bien os habréis fijado, hasta ahora lo que tenemos es un claro caso de acoso escolar por parte de una panda de anoréxicas pasadas de moda bajo las órdenes de un demonio -literalmente hablando-que quiere verme muerta después de haberme robado -para lo que necesita mi colaboración, por lo visto-.

Bueno, pues ahora va la pregunta de los dos millones -hay que ir mejorando el premio, sino el público se aburre-: ¿podrán empeorar más las cosas?

La respuesta es un rotundo: desde luego que sí.

Para evitar que Jackson pudiera hacer nada para impedir la paliza que me iban a propinar, aparecieron sus *amigos*, los jugadores del equipo. Si vierais la cara que se le quedó, os habríais muerto de la lástima. Fue desgarrador ver la traición escrita en sus ojos y cómo se le hundieron los hombros al darse cuenta de que la gente en la que más confiaba, le iba a dar la espalda.

Lisa también lo vio y se echó a reír como una histérica: —¿Quién te va a salvar ahora, marginal? —me preguntó con un deje de sorna en la voz.

Ya sabéis lo que se dice en estos casos: si no puedes con la verdad, tírate el farol de tu vida.

—¿Y quién dice que necesito ayuda para acabar contigo?

—Mírala. Qué ínfulas se da la niña.

—Simplemente, es la verdad.

Lisa lanzó una serie de carcajadas al aire como si lo que acababa de responder, fuera lo más gracioso del mundo.

—¿Cómo vas a vencerme si puede saberse?

Fingí pensarlo detenidamente, aunque lo único que se me pasaba por la cabeza en realidad era: oh, Dios mío. Oh, Dios mío. Me van a matar. ¿Y

ahora qué hago?

Ésta es tu oportunidad.

¿Qué?

Averigua cuál es su punto fuerte para poder vencer al demonio.

¡Claro! Qué tonta. ¿Cómo no había caído antes en la cuenta?

Sonreí mientras esperaba estar dando una imagen a medio camino entre confiada y cínica.

—No sé. En realidad, podría ser de cualquier manera. Tú, a mi lado, no sirves ni para limpiar el suelo que piso. Después de todo, soy yo la que hace que nuestro instituto esté entre los mejores del estado. Es mi nombre el que tienen grabado todos los trofeos de la vitrina de la oficina del

director.

Puede que, socialmente, la reina seas tú pero, cariño, eso es en lo único en lo que destacas y, pronto, se te acabará el chollo.

Lisa enarcó una ceja, pero pude ver que debajo de esa fachada sofisticada estaba muy enfadada. Qué queréis que os diga, creo que ya iba siendo hora de que alguien le bajara los humos de alguna manera.

—Bien, si tan segura estás, ¿qué te parece si nos enfrentamos en un concurso de animadoras? La sección individual, obviamente.

—¡Cassie, no! —gritó Jackson de fondo.

—¡A callar! —contestó Lisa rabiosa para luego, volverse hacia mí con una sonrisa de suficiencia —. ¿Y bien? No me dirás que ahora no te atreves.

—Por supuesto que sí. Dime cuándo y dónde.

—Podríamos hacerlo en este mismo instante pero si no tenemos audiencia, no molaría nada — guardó silencio unos interminables segundos

—. ¡Ya lo tengo! Esta tarde, a las cinco, en el campo de fútbol.

Organizaremos nuestra pequeña reunión durante el descanso del entrenamiento de los miembros del equipo. De esta manera, tendré tiempo para convencer al entrenador y tú para preparar un número... *decente*.

Vale, estaba de mie... hasta el cuello.

Los matones comenzaron a dispersarse. De hecho, la capitana del equipo ya había emprendido su camino a la salida del gimnasio.

—¡Ah! —exclamó Lisa de repente. Giró la cabeza para mirarme por encima del hombro—. Antes de que se te pase por la cabeza cualquier idea estúpida de abandonar o algo así, déjame decirte que por cada minuto que te retrases, le daremos una paliza a un amigo tuyo, empezando por ese rarito que te acompaña a todas partes y terminando por el chico nuevo.

Habló la reina, hagamos una reverencia.

Os juro que no sentí el impacto de toda la situación hasta que estuve a solas con Jackson en el gimnasio. En ese momento, creí que me había pillado un autobús. Se me doblaron las piernas y me caí al suelo con la gracia de un elefante en una cacharrería.

A todo esto, me parece que todavía no he comentado que Caleb me había retirado la escayola el sábado por la tarde, así que ya no me quedaba ni rastro de la paliza que me había pegado Epi.

—¿Qué has hecho! —me gritó Jackson al poco.

—Salvar la cara, por ahora.

—Te equivocas. Te has metido en un lío mucho mayor. Lisa es la campeona del estado en el estilo individual. ¡No tienes ni una sola oportunidad de vencer!

—Tranquilízate. Ya pensaré en algo. Necesito que te marches.

Encárgate de que Lisa cumpla su palabra y no se dedique a repartir leches antes de tiempo.

—Pero...

—Haz lo que te digo, por favor. Necesito unos minutos para pensar y calmarme.

—¿Y si te marchas?

—Ya la has oído. No puedo hacer eso. Prefiero la humillación pública a que alguien salga herido por mi culpa.

—Sabes que Lisa no se va a detener ahí.

—Por supuesto que lo sé, pero no tengo otra opción —me pasé una mano por el cuello, justo por encima de la marca. Sentía que me estaba ardiendo. Hacía mucho que no me molestaba tanto. De hecho, me parece que es desde que me la estampó muy gentilmente el buenazo de Zeus.

—¡Sí que la tienes!

—¿Sí? ¿Y cuál es?

—Pues... —sonreí. El pobre lo estaba pasando peor que yo.

—No te preocupes, Jacks. Te prometo que no me va a pasar nada. Tal vez termine con el orgullo un poco dañado, pero no se va a acabar el mundo por ello.

—Cassie...

—Venga. Hazme caso. Vete a vigilar a la psicópata de tu novia.

—Mucho me temo que nuestra relación no está yendo en una dirección que me guste.

—Ya, pero será mejor que no se lo digas por ahora.

Jackson hizo una mueca, se apartó de mi lado y se dirigió a la salida.

Justo antes de atravesar la puerta, se giró y me miró con más intensidad de la que me hubiese gustado: —¿Seguro que estás bien?

—Claro que sí —frunció el ceño preocupado, pero asintió y se marchó, dejándome sola del todo.

Bien, aquí es cuando reconozco lo perdida que estaba y lo estúpida que me sentía -¡qué novedad!-. No tenía ni una sola posibilidad de ganarla. Por mucho que quisiera, mi cuerpo no era el epítome de la elasticidad y tampoco se me daba nada bien eso de desafiar a la gravedad.

No por nada cuando tenía que subir por la cuerda en educación física, solían dejarme la última.

Ten fe.

Casi podía oír a Caleb diciéndomelo. Sin embargo, esta vez, no iba a funcionar.

Venga, mujer, deja de regodearte en tu miseria. Son solo unas cuantas piruetas, ¿qué puede suceder?

Que me rompa el cuello y me quede en una cama para el resto de mi vida.

Ya, pero recuerda que tampoco las tenías todas contigo cuando te enfrentaste a Epi y saliste de una pieza.

Sí, yo sí. Lástima que no pueda decir lo mismo de mi madre.

Claro, eso era precisamente lo que necesitaba. Acordarme de ella en vez de concentrarme en la más que absurda competición.

Como os podréis imaginar, la hora señalada llegó más pronto de lo que quería y no tenía absolutamente nada preparado. En realidad es que ni siquiera lo había intentado. Me había pasado las horas muertas completamente adormecida.

De repente, me echaron encima un cubo de agua fría: —¡Eh, retrasada, despierta! —me pasé la mano por la cara para quitarme el agua de los ojos y después me eché el pelo hacia atrás. Me levanté del suelo, aunque antes de moverme, tuve que hacer unos cuantos estiramientos. Las piernas se me habían agarrotado por la postura.

—¿Has terminado? —preguntó una de las animadoras cuyo nombre no recordaba.

Parecía una mantis religiosa sin el color verde—. Venga, muévete. No podemos hacer esperar a Lisa.

Me cogió del brazo y me arrastró hacia la salida.

—¡Oye! Que sé andar yo solita, ¿vale? —me liberé de sus garras de un tirón. Ojalá le haya partido una uña.

—¿De verdad? Pues, en ese caso, mueve el culo. Vamos, deprisita.

—Vamos, deprisita —me burlé y si las miradas matasen, bueno, diría que no necesitaría habitación en casa de mister Macizo.

Pocos minutos después nos personamos en medio de aquel circo. Las gradas estaban a rebosar. Se había corrido el rumor mejor que el virus de la gripe. Los chicos del equipo y Jackson se encontraban sentados en el banquillo y el entrenador miraba con un interés muy personal las piernas de la mayoría de las animadoras.

Supongo que eso fue una indicación de por qué le había permitido a Lisa todo aquel numerito.

—Así que ya has venido... Bien, podemos empezar.

Lisa hizo un gesto con la cabeza para que una de sus súbditas le trajera el micro.

—Muy buenas tardes —puso voz de presentadora de televisión—. Sé que muchos de vosotros teníais cosas que hacer, pero os agradezco que hayáis hecho un hueco en vuestras apretadas agendas para venir. Como siempre, muchas gracias al entrenador Lawson por dejarnos usar el campo estos minutos. ¡Con él, seguro que nuestros chicos irán a los nacionales este año! —a lo que siguió un aplauso atronador. Si no es otra cosa, sí que le tengo que reconocer que sabe cómo animar el cotarro—. Bien, vamos al motivo principal de nuestra reunión. El equipo de animadoras ha tenido una petición un tanto inusual a estas alturas del año académico. La señorita Cassandra Kenyon, aquí presente, ha decidido que es un buen momento para tratar de entrar en el club. Nuestras normas dicen que debemos atender cualquier petición pero, obviamente, tenemos que hacerle una prueba para evaluar sus aptitudes.

—¡Corta el rollo e id a los saltos! —gritaron desde la grada.

Vi que Lisa se tensaba antes de recuperar la calma y componer una sonrisa encantadora.

También, de reojo, me di cuenta de que un par de los del equipo de fútbol habían encontrado al que la había interrumpido.

Lastimica de chico.

—Como iba diciendo, he preparado un pequeño número individual.

Dejaré que nuestra aspirante decida si prefiere deleitarnos con uno de su propia cosecha o si, por el contrario, opta por copiar lo que yo haga.

—En serio, corta el rollo y vamos con los saltos. Al final, se nos va a acabar el tiempo —respondí. Si pensaba que me iba a dejar amedrentar, lo llevaba claro.

La audiencia premió mi exabrupto con una ronda de risas nada amables.

Lisa entrecerró los ojos y por un instante, fui capaz de ver al demonio que había en su interior.

—Si tantas ganas tienes de que te humille... ¡Música! —le entregó el micrófono a una de sus lacayas con un empujón para colocarse en medio del campo con los pompones pegados a las caderas y una sonrisa falsa en los labios.

Los acordes perfilaron el aire y el público contuvo el aliento cuando empezó a moverse.

Era grácil, ágil y elegante. Su rutina de ejercicios era magnífica. Lo mejor de lo mejor. Se notaba que era la capitana del equipo, la campeona del estado. La confianza que tenía en sí misma era propia de alguien que sabía lo que estaba haciendo y que se encontraba cómoda en su piel.

Empezó con una serie de estiramientos con los pompones arriba y abajo de manera tan veloz que se asemejaban a los haces de luces que deja una linterna cuando la mueves con rapidez. Siguió con un *spagat* en el aire para continuar con una voltereta hacia delante, que le sirvió de trampolín para la serie de piruetas que terminó con un mortal magistral.

Y todo esto sin soltar los pompones ni perder la sonrisa en ningún momento.

Finiquitó la demostración con unas salvas a nuestro equipo de fútbol, lo que hizo que se sintieran diez metros más altos. Todos excepto Jackson, que los miraba como si fueran imbéciles redomados.

¿Ves? Si ya te dije yo que el chico me caía bien por algo.

El que más se pavoneaba era el entrenador. De hecho, hacía tanto el ridículo que hasta daba pena.

—Te toca, perdedora.

Me pasó los pompones con la amabilidad de una víbora y lo cierto es que por poco, por muy

poco, conseguí contenerme y no darle una patada en ese trasero esmirriado que tenía.

Cerré los ojos y cogí aire. Recé todo lo que supe porque, siendo sincera, estaba a punto de convertirme en el hazmerreír del instituto entero.

Atenea, dame fuerzas. Bueno, y ya que estás, no me vendría nada mal un poquito de ayuda.

Ten fe.

La música volvió a retumbar en el aire. Cogí aire de nuevo y, de repente, mi cuerpo empezó a moverse solo. Se me pusieron los vellos de los brazos como esarpas. No sabía lo que estaba pasando y me estaba muriendo de miedo. Aun así, no abrí los ojos en ningún instante. Si esto tenía algo que ver con la diosa, prefería no verlo.

Estuve boca abajo varias veces, poseía una flexibilidad y una agilidad que no había tenido ni cuando era bebé. También hice varias piruetas, con y sin manos; el *spagat* en el aire como Lisa y también lo hice de forma vertical. Para ser honesta, no habría creído jamás que la pierna de una persona pudiera subir tanto.

Lo que mejor recuerdo de todo aquello era la auténtica necesidad que sentía de que se terminara de una vez mientras rezaba a todos los santos del calendario. Luego, también oré para no meterme una castaña que me quedara atada a una cama por los restos.

Cuando la música cesó finalmente, levanté los brazos firmemente, después los crucé delante de mí y, por último, los apoyé en mis caderas.

Abrí los ojos y sonreí durante... tres segundos escasos.

Se había hecho el silencio en todo el campo. La mayoría tenía los ojos abiertos como platos, por no hablar de aquellos cuyas bocas llegaban al suelo. Me hubiera gustado poder decir algo genial en plan: *no, si no ha sido nada. Esto lo hago yo todos los días antes de desayunar.* Pero una extraña debilidad se apoderó de mí y sentí que las piernas dejaban de sostenerme.

Lisa aparcó a mi lado, solícita. Se arrodilló y se inclinó para susurrarme algo. No le presté la menor atención. Estaba demasiado ocupada tratando de no desmayarme y de sacar el Ipod para atrapar al demonio.

La había vencido en lo que mejor se le daba así que esta era mi oportunidad para sacar a Violencia de en medio.

Le apoyé el cacharro sobre el corazón y esperé:

—¡Qué haces, idiota! No voy a ponerme a escuchar música ahora —me apartó la mano bruscamente, volvió la cabeza y llamó a uno de sus amigotes para que me cogiera en brazos y me sacara de allí—. Llévala a la parte de atrás del gimnasio. Yo iré enseguida.

Lisa se alejó, cogió el micrófono y comenzó a soltar una sarta de sandeces. No recuerdo lo que era. La verdad es que tampoco le estaba prestando atención. ¡No había sido capaz de atrapar al

demonio! Seguía bien escondidito en su interior.

El cachas sin cerebro me levantó del suelo con muy poca delicadeza y, en menos de cinco minutos, me soltó como si fuera un lastre donde su Alteza había ordenado. Por mi parte, todavía no cabía en mí tanto de la sorpresa como de la preocupación. Había vencido a Lisa en su máxima destreza, pero había sido incapaz de extraer al demonio. ¿Por qué?

De repente, un bofetón bien dado me sacó de mi ensimismamiento.

—¿Cómo te has atrevido! —me gritó Lisa. ¿Cuándo había llegado?

Me llevé una mano a la mejilla. Fijo que la tenía roja e hinchada.

—¿De qué hablas?

Me respondió con otra bofetada, pero, esta vez, me cortó el labio con uno de sus anillos.

Pude percibir que el demonio estaba a punto de tomar el control. Lisa debía de haberle estado alimentando de lo lindo. Debía conseguir que se calmara o, de lo contrario... bueno, la cosa pintaba mal.

Piensa, Cassie, piensa. ¿Cómo conseguiste desarmar a Epi?

—¿Cómo has podido avergonzarme delante de todo el instituto! ¡A mí!

—Eh, eh, eh, a ver que me aclare, tú sí puedes humillarme a mí, pero si te toca el palito corto, ¿nos llevamos las manos a la cabeza? ¿No te parece un pelín hipócrita?

Sí, lo sé, estaba más guapa con la boca cerrada. Hubiera sido lo mejor dadas las circunstancias. Me había rodeado el equipo de animadoras al completo y no se veían para nada contentas.

Vale, con esto podemos asegurar que si la curiosidad fue la perdición de Pandora; la mía, será la falta de filtro entre lo que pienso y lo que digo.

Te has dado cuenta un poquito tarde, ¿no?

—Esto no se va a quedar así... —Lisa chasqueó los dedos y supe que tenía que salir de ahí a la voz de ya.

Solo que no me dio tiempo.

Empezaron a lloverme palos por todos lados. Traté de defenderme y de devolver algunos, pero eran demasiados puñetazos y demasiadas patadas.

No había manera humana de que pudiera evitarlos totalmente. Me encogí sobre mí misma, me hice una bola y me protegí lo mejor que pude, deseando como no había deseado nada antes en mi vida que se acabara.

—Ya basta —los detuvo Lisa al cabo de un rato. Ella siempre había sido la más lista. No se había

manchado las manos ni había dado ninguna orden verbal directa. No había nada que pudiera hacer para relacionarla con el ataque salvo decir que estuvo allí mirando—. ¿Lo entiendes ahora,

marginal? Por muchos aires que te des, no me puedes ganar. Nunca vas a dejar de ser una pequeña basura blanca, que vive en un agujero de mierda.

Te faltan mil vueltas y nacer otras mil veces antes de poder compararte conmigo.

Tosí, me arrodillé y me llevé una mano al estómago antes de escupir un poco de sangre.

Cuando hube acabado, me tumbé de lado en el suelo, rendida. Estaba muy cansada de todo.

Sentí que se me escapaba una triste lágrima por el rabillo de uno de los ojos.

—¿Vas a llorar? —se rió.

—¿No tienes miedo? —la voz me salió increíblemente entera para casi no ser capaz de respirar.

—¿Qué? —preguntó sorprendida.

—Debajo de todo ese placer sádico, ¿no tienes miedo?

—¿Miedo de qué?

—De estar convirtiéndote en un monstruo —susurré.

Ella sonrió despectivamente, pero no me engañó. Lo vi, detrás de esa dura fachada había un terror tan grande como todo el océano Pacífico. Lisa no quería aquello, deseaba detenerse más que nada en el mundo, aunque no lo lograra.

—Yo puedo ayudarte.

—¿Si? ¿Y cómo si ni siquiera eres capaz de ayudarte a ti misma?

Tenía razón. Una serie de horribles dudas me llenaron la cabeza y empecé a flaquear.

Ten fe.

Ahí estaban esas palabras otra vez. Creo que voy a tener que enmarcarlas o algo así. No sabéis bien la de veces que me han salvado de caer en la desesperación que desemboca en la muerte. La mía para ser más específicos.

—Lisa, piensa en lo que estás haciendo. Eres la chica más admirada y popular del instituto. Tu futuro podría ser brillante si no dejas que esa voz que hay en tu interior te gane.

—¿Qué sabrás tú?

—Sé que te tienta, que te dice que cuanta más violencia ejerzas, cuanto más te recrees en ella, más poder obtendrás y que, con ello, serás libre de todas las ataduras que vienen con ser tú, con ser

todo el tiempo perfecta,

con que te admiren, te respeten y te coloquen en un pedestal inalcanzable.

Sin embargo, todo eso es mentira, Lisa. No serás libre. Por el contrario, te hundirás en una prisión de hielo de la que no podrás escapar jamás.

Escúchame —rogué.

—¡No te dejes engañar! —gritó ella de repente. Solo que no era Lisa, no era su voz.

Lo volví a intentar. Si el demonio había aparecido, es que estaba consiguiendo llegar a ella.

—Mira a tu alrededor, Lisa. Mírame. ¿De verdad es esto lo que deseas?

¿Quieres que tus amigas se conviertan en monstruos también? ¿No tenías ningún sueño?

—¿Sueño?

—Sí, algo que anhelaras más que cualquier otra cosa.

Se quedó pensativa durante unos segundos. Se lo estaba tomando en serio. Mejor, porque sinceramente, no sabía cuánto tiempo iba a poder aguantar. Me dolía hasta el alma. Con lo que me costaba respirar, seguramente, tenía un par de costillas tocadas. Mi cara debía de ser un auténtico panorama y una de las manos colgaba en un ángulo imposible. La mejor vasalla de Lisa me la había pisado con todas sus fuerzas. No obstante, a pesar de todo ello, podía sentirme orgullosa de lo bien que estaba manejando el asunto.

—Quería ser profesora de primaria.

—¿De verdad? —eso sí que no me lo había esperado. ¿Ella, de entre todas las personas, una educadora? Pobres nenes.

—Sí, ¿qué pasa?

—Nada, nada. Me parece un sueño estupendo. Oye, hay otros a los que les da por morder esquinas.

—Da igual. Mi madre no lo permitirá. Dice que debo aspirar a más —

finalizó con desprecio.

—¿Por qué? Ser maestra es algo muy importante. Estará a tu cargo la siguiente generación de personas en las que se apoyará este país. De ti dependerá que sean decentes y honorables y que conviertan a este mundo en un lugar mejor. ¿Qué hay más trascendental que eso?

Lisa me miró asombrada. En realidad, se quedó con la boca abierta.

—Lo entiendes —susurró. Os juro que se le llenaron los ojos de lágrimas—. Es increíble, lo

entiendes.

Y, de repente, de la nada, el Ipod brilló como la última vez. Aproveché la distracción para colocárselo sobre el corazón y el demonio salió del reloj electrónico, gritando y maldiciendo, muy diferente a la sombra que había sacado del pincho de Epi. Lisa se desmayó y yo me derrumbé a su lado.

Ya no podía más. Estaba cansada, me dolía todo y tenía miedo, mucho miedo.

Ciertamente, lo había comprendido. No las esperanzas de futuro de Lisa; esas, sinceramente, no me concernían, sino que para devolver los demonios a la caja, tenía que hacer que sus anfitriones humanos sintieran lo contrario al sentimiento base del propio demonio. Con Epimeteo había sido la culpabilidad, el arrepentimiento; con Lisa, el entendimiento, la esperanza.

Alcé los ojos cuando una sombra se proyectó sobre mí. No me sorprendí al encontrarme con la cara preocupada de Caleb. No entendía cómo pero, en mi interior, había sabido que era él.

Se puso a mi lado y me acarició el rostro con cariño, lleno de pena. Eso fue todo lo que necesité para echarme a llorar como una magdalena. Él me abrazó, me meció y me consoló.

—Shh... shh... ya verás como todo va a pasar...

—¡Ya no quiero más, Caleb! ¡No más! He tocado fondo...

—Entonces, solo puedes ir hacia arriba a partir de aquí, Cassie.

—¡No! ¡Quiero que todo desaparezca! ¡Quiero que todo el mundo me deje en paz! ¿No puedes entenderlo?

Caleb se tensó, se le pusieron los hombros rígidos. Me despegué de él lo justo para ver que había adquirido un tono casi transparente.

—¿Caleb?

—Dios, Cassie. ¡No sabes lo que has hecho!

Tenía razón. No lo sabía en aquel entonces. No tenía ni idea del poder que ejercían los deseos en la realidad, pero creedme cuando os digo que no tardé mucho tiempo en averiguarlo.

Y de la peor manera posible.

11

Hay que tener cuidado con lo que se desea porque podría hacerse realidad

De nuevo, la bruma del sueño me alcanzó. Lo último que había visto era a Caleb cargándome en brazos. Acto seguido, me encontraba en esa pequeña choza nuevamente pero, a diferencia de la última vez, ya no era Pandora, yo era yo, con mi cuerpo y mis sentimientos.

De hecho, podía verla a ella con un peplo prístino como ropa y un anillo sencillo en el anular. Era rubia en lugar de morena y poseía una figura mucho más estilizada que la que me caracterizaba.

No estaba sola. Por increíble que pareciera, se hallaba sentada a la mesa con Caleb. Sí, el mismo que viste y calza, con los mismos ojos del color de las amatistas pulidas, los mismos labios sugerentes, el mismo pelo que volvía a definir el significado de la palabra “oscuridad” y el mismo cuerpazo de infarto de siempre. Sin embargo, había algo completamente distinto... algo... no sé... tal vez fuera ese aura que transmitía cuando estaba en el plano de la vigilia. Allí, con Pandora, era... feliz, no había...

desesperación y, siendo honesta, me estaba muriendo de celos. ¿Por qué conmigo no podía tener esa pinta relajada?

¿Por qué parecía que le estuvieran matando cada vez que me miraba?

En serio, todo eso me chinchaba un montón.

Justo en el momento en que pensaba eso, escuché que alguien a mi lado retenía el aliento. Miré y no era otro que Epi. Tenía una expresión de cabreo total, como si, en vez de ver a su mujer tomándose un té, la hubiera pillado poniéndole los cuernos. Pero ahora que lo digo, es cierto que había algo en ellos que hacía que tuviéramos la impresión de que compartían una intimidadaa poco común y que consideraban a los demás pequeños satélites a los que no les quedaba más remedio que aguantar.

Eso fue solo el principio.

Caleb y Pandora empezaron siendo amigos. No obstante, no tardaron mucho tiempo en enamorarse perdidamente el uno del otro y sufrían por ello. No querían hacerle daño a Epi.

Era un buen hombre, no se merecía nada salvo fidelidad y obediencia, como rezaban los antiguos votos; o, al menos, así había sido. Sin embargo, a medida que la relación entre Pandora y Caleb evolucionaba, el titán cambiaba también y no para mejor. Se volvió huraño, gruñón, se enfadaba por nada, vigilaba a Pandora de una forma que solo podría calificarse de obsesiva. Es más, tenía largos periodos de insomnio, precisamente, por eso.

Nunca llegó a levantarle la mano, pero dejó de ser amable incluso con los animales. Aquello era como un círculo vicioso. Cuanto más despreciable se volvía Epi, más se apoyaba Pandora en Caleb y en el consuelo que este le ofrecía.

Hasta que un día, sin poder evitarlo, llegó la traición y, como no podía ser de otra manera, Epi se enteró.

Lo lógico habría sido enfrentarlos, ¿verdad? Hacer que ardiera Troya y echar a Caleb de su casa con una muy bien merecida patada en el panderero,

¿no?

Pues eso no fue lo que hizo nuestro buen amigo Epi, no. Él fue más artero, más ruin. Se autoconvenció de que en la caja que le había entregado Zeus por medio de Pandora había alguna clase de poder mágico que le permitiría controlarla y obligarla a hacer lo que él quisiera, que esa era la razón por la que la mujer le había dicho que el rey de los dioses había prohibido que la abrieran. Así que, un buen día, cuando ni Pandora ni Caleb se hallaban presentes, ni siquiera por las intermediaciones, el titán la destapó.

Así es, señoras y señores. No fue Pandora como se cuenta en los mitos, sino el bueno del viejo Epi el que, con sus celos, propició la debacle a la que se vería avocada toda la humanidad por los siglos de los siglos. Amén.

No podéis haceros una idea de lo que salió de allí. La oscuridad parecía estar viva y era dolorosa. Aquel bártro no era más que un agujero negro sin fin, un infierno en sí mismo del que no hacían más que emerger gritos de terror, sangre, agonía y sufrimiento. Se oían llantos lastimeros, gemidos espantosos, risas maníacas. Se podía sentir la miseria de los condenados y el placer de sus carceleros. Era un lugar donde imperaba la ley del más fuerte y, ahora, Epi había dejado que todo el caos que ahí se guardaba huyera en tropel y con evidente alegría.

Pandora apareció de pronto en la imagen con la cara palidísima y los labios tensos. Su postura no tenía nada que envidiarle al poste más recto y el miedo en sus ojos hablaba por sí solo.

—¡Qué has hecho! —de un impulso cerró la caja, pero no antes de que una gran sombra llena de tinieblas se cerniera sobre ellos. El aire se enrareció, la naturaleza se agrietó, se volvió más inhóspita y yerma, y la misma tierra lloró—. Gea está gritando de angustia —susurró y miró hacia atrás, a Caleb, que también había perdido todo color en el rostro.

No tardaron mucho en ver las consecuencias de sus actos. La gente empezó a padecer hambre y sed, a sufrir dolor, tristeza, enfermedades..., el sol se oscureció, llegó la noche en pleno día y, con ella, los dioses.

Prometeo fue el primero en presentarse, hecho una furia. No había acabado con la introducción de su sermón cuando Apolo, Ares y otra diosa se mostraron en toda su atroz gloria, con la misma cara de vinagre que la de mi profe de cultura vestido a la antigua.

—Hazte a un lado, titán —proclamó majestuosamente Apolo a Prometeo, que se había colocado delante de Epi para protegerlo, me imagino.

—De eso nada, Cebollín. No voy a dejar que te lleves a mi hermano por un pequeño error.

Menos mal que era un sueño porque si no Apolo me habría fulminado con uno de sus rayos solares. ¿Cebollín? ¿De verdad? ¡Qué gracia! Al menos, algo bueno había sacado de esto. Cebollín... -risita tonta-

Los demás tampoco estaban mucho mejor, vi que tanto Ares como Pandora hacían todo lo posible por contener una sonrisa.

—Este es tu último aviso —aun así, de aviso tuvo poco ya que apenas hubo terminado de pronunciar dichas palabras, atacó con una descarga astral que hizo que Prometeo atravesara la

pared y se empotrara contra uno de los árboles del bosque.

El titán regresó a la choza dos segundos después, completamente cabreado.

—¡Apolo! —De sus manos salieron dos bolas de fuego azul que le prendieron los brazos y el pelo—. Prepárate...

—No tenemos tiempo para esto —comentó la diosa impasiblemente.

Era preciosísima y más ciega que un murciélago.

—Pues haz algo, Temis —contestó Apolo de malas maneras.

Así que Temis, ¿eh? La diosa titánide de la justicia. Siempre me había parecido un poquitín hipócrita que una mujer que había traicionado a su especie a favor de los esbirros de Zeus fuera la encargada de impartir justicia. No sé... pero oye, cosas más raras se habían visto como, por ejemplo, que de súbito, el suelo se abriera en dos y se tragara a Prometeo y que, encima, soltara un eructo.

Entonces, los tres dioses se volvieron hacia los reos con una expresión siniestra: —Es la hora.

Apolo dio una palmada y todo se desvaneció. Lo siguiente que vi fue un estrado. Zeus hacía el paripé de juez mientras Epi, Pandora y Caleb se encontraban en el centro de la sala siendo objetos de burla.

Al verlo desde fuera, pude saber que todo aquello no era más que una pantomima. Era la venganza del rey de los dioses contra Prometeo y su creación, los humanos. Todos conocían el resultado de antemano.

Zeus dio con el mazo en la mesa dos veces para hacer callar a la audiencia y, luego, con voz atronadora proclamó:

—Que comience el juicio.

Al despertar a la mañana siguiente, deseé no haberlo hecho. Me dolía todo. Estaba segura de que me había atropellado un avión. De hecho, tenía una imagen bastante clara de lo que podría haber sucedido e involucraba a un perro haciendo señales de humo, una cebra como piloto y varios monos de azafatas. Sí, será mejor que no preguntéis.

Por lo que pude apreciar, me encontraba otra vez en el cuarto que me había asignado Caleb en su casa. Por Dios, cómo me gustaba aquella colcha... y las cortinas...

Acababa de sentarme en la cama y recostarme sobre los cómodos y mulliditos cojines cuando llamaron suavemente, casi con timidez, a la puerta.

—Adelante.

El dueño de la casa asomó la cabeza por el dintel y sonrió: —Te has despertado —sonrió—. ¿Cómo te sientes? —preguntó mientras ingresaba en la habitación.

—Sinceramente, he estado mejor —hice una mueca—, pero no es tan grave. Me habría ido muchísimo peor sin ese pequeño regalo de los dioses que me permite sanar más rápido.

Ya no tengo la mano rota y no me cuesta respirar.

—Me alegro —se sentó al final de la cama y me miró seriamente desde ahí.

—¿Qué pasa?

Caleb suspiró y cerró los ojos durante unos segundos, como si fuera a él en vez de a quien le hubieran propinado una paliza.

—Lamento no haber podido evitar todo esto.

—¿De qué hablas, Caleb? —me reí. Qué penita de chico, esto de la protección se le había subido un poquito demasiado a la cabeza—. A menos que me digas que eres capaz de estar en dos sitios a la vez, no veo cómo podrías haberlo evitado.

—Pero es que sí que estaba en el recinto. Es más, te vi enfrentarte a Lisa en ese ridículo concurso de piruetas. Sin embargo, cuando aquel jugador de futbol se te llevó, no fui capaz de encontrarte por ninguna parte. Le pedí ayuda a ese amigo tuyo, Ryan me parece que se llama, pero no hubo manera. Lo siento.

No creo que echarme a reír delante de él le sentara muy bien, sobre todo, viéndole tan solemne. Aish... este tontuelo mío.

—Caleb, esto solo te lo voy a decir una vez, así que presta atención: no hay nada que perdonar. Por mucho que te empeñes, no eres Dios. Punto.

—Pero...

—He dicho punto —le interrumpí—, y más te vale que no te sientas culpable.

Con eso, logré arrancarle una sonrisa que le duró todo el desayuno y parte del trayecto al insti. Ya allí, nos esperaba o, más bien, me esperaba una sorpresa bastante desagradable.

Caleb solo me acompañaba para cerciorarse de que no tenía más problemas con la panda de los populares.

Nada más aterrizar en el aparcamiento, noté que la gente se juntaba en grupitos de dos o tres, a veces cuatro y se ponían a cuchichear. Me encogí de hombros sin darle mayor importancia hasta que llegué a mi taquilla o, mejor dicho, a lo que quedaba de ella.

Me llevé una mano a la boca, horrorizada y aparté la mirada. Caleb, tan bueno y dulce como es, me pasó un brazo por los hombros y me giró la cara hacia su pecho para que no pudiera ver el panorama.

Alguien, algún desgraciado, porque no tiene otro nombre, me había llenado de pintadas la puerta y la había reventado. Los grafitis no decían nada amable ni bonito, pero es que si solamente hubiera

sido eso, no me

hubiera afectado tanto. Además de lo anterior, habían echado una sustancia corrosiva negra, que suponía era alquitrán, dentro del cubículo, con libros y todo.

No se había salvado nada. Todo estaba destrozado.

—¿Por qué? —susurré sentidamente.

Caleb me acompañó a dar el parte a la administración donde me miraron como si fuera culpa mía en lugar de ser la víctima. Creo que eso me dolió incluso más que el propio vandalismo. Pero la cosa no acabó ahí, no, fue a peor si cabe. Como suele decirse en estos casos: las desgracias nunca vienen solas.

La segunda bola curva vino al entrar en clase. Habían separado un pupitre y una silla a una esquina lo habían rajado y pintorrejado a base bien y no con dibujitos de hadas, unicornio, arcoíris y mariposas.

Evidentemente, mi nombre estaba escrito en ellos junto con ciertos apelativos que es mejor no mencionar para no herir las sensibilidades del lector.

Cuando miré a la clase, todos ellos apartaron la vista con culpabilidad.

Sabían quién o quienes habían sido pero no iban a decirlo. No querían ser los siguientes.

—Cassie...

Me aclaré la garganta. Estaba empezando a encontrarme fatal. Por fin, el TOC había decidido hacer acto de presencia, justo cuando creí que lo había superado.

—Voy un momento al baño —comenté sin decírselo a nadie en concreto.

Caleb asintió y se apartó a un lado.

Coge aire. Inhala profundamente y luego exhala. No pienses en nada más. No mires a nadie más. ese era mi mantra.

El tercer golpe llegó mientras me escondía en el servicio. Bajé la tapa, me senté encima y encogí las piernas hasta formar una pelota. Me abracé las rodillas y apoyé la cabeza sobre ellas. Me estaba dejando la piel tratando de recuperar el control. Al poco, apareció un grupo de chicas que, si no me equivocaba, eran algo mayores que yo. Ellas no sabían que yo me encontraba en uno de los excusados con la puerta cerrada y que podía escuchar claramente todo lo que cotilleaban.

Si fuera un barco, seguro que estaría haciendo aguas con todo lo que se rumoreaba sobre mí. Me llamaban celosa y roba novios, y eso era lo más

suave. Se decía que me había liado con Epi al mismo tiempo que estaba con Ryan y que cuando había visto algo mejor, Caleb, los había desechado como a la basura del día anterior, y que como era una avariciosa, uno no me era suficiente y, por eso, también iba detrás de Jackson. Al final,

resultaba que Lisa era una santa que nunca había roto un plato. Era lógico que hubiera tratado de pelear por su novio. La culpa de la paliza era íntegramente mía. Se habían olvidado totalmente de que no había pisado la escuela durante cuatro días y que, en ese lapsus, la animadora había sido la líder de un movimiento que dejaba al Reinado del Terror de Robespierre a la altura del betún.

Además, ¿de dónde sacaban que yo me quería ligar a Jackson? Si apenas podía decirse que fuésemos amigos...

Sonó la campana que anunciaba la primera clase de la mañana y todo ese círculo de víboras se marchó riéndose de las desgracias ajenas. Estaba considerando muy seriamente quedarme allí hasta que se terminaran las clases y pudiera irme a casa cuando llamaron a la puerta.

—Cassie, sé que estás ahí.

Pegué un respingo sin poder evitarlo antes de abrir a toda velocidad. Me lancé a los brazos de mi mejor amigo como si fuera el último de los flotadores en un naufragio.

—Ryan... es horrible —él me abrazó unos segundos para soltarme como si lo hubiera quemado.

Venga, como si no hubiera recibido suficientes bofetones, que tenía que actuar como un verdadero idiota.

—Solo he venido a avisarte de que el director quiere verte en su despacho ahora mismo —había cruzado los brazos sobre el pecho y la expresión en su cara no invitaba a una charla larga y emocional. Sabía que debía esperar a que me contara lo que le tenía tan molesto pero me lo pasé por el arco del triunfo y pregunté:

—¿Estás cabreado conmigo?

Y me contestó, vaya si me contestó:

—Sí, estoy muy enfadado contigo. No sé qué te pasa. Te has alejado de mí sin ningún motivo. Ya no me cuentas nada —se deslizó los dedos por el pelo, cosa que hacía siempre que su carácter salía a pasear—. Me tuve que enterar de lo que le había sucedido a tu madre por los rumores que circulan sobre ti en el instituto. ¿Qué ocurre? Sabes que te ayudaré en lo que pueda,

¿por qué no hablas conmigo? Creí que eras mi mejor amiga.

—Pues por eso mismo no quiero contarte nada. Solo te metería en mis líos y si te pasara algo a ti también, no podría soportarlo —Dios, era perfectamente razonable que deseara protegerlo, ¿no?

—¿Es por aquello que me contaste del tatuaje y la caja?

—Por favor, no preguntes. Cuanto menos sepas, mejor.

—Al contrario, si no sé nada, no puedo protegerme.

—Lo siento —me mordí el labio inferior para evitar que se me escurriera todo como a una cañería estropeada.

—Vale, como quieras —se enojó—, pero cuando las cosas salgan mal, no vengas a mí llorando — y se marchó, dejándome muy afectada. ¿No entendía que lo estaba haciendo por su propio bien? ¿No le importaba?

Me pasé una mano por la cara y me pincé el puente de la nariz mientras buscaba una manera de no deshacerme en sollozos allí mismo.

El cuarto varazo sobrevino nada más salir al pasillo para dirigirme a la oficina del director. Ryssa y Marc estaban con Ryan hablando al lado de las taquillas. No obstante, al pasar por su lado y hacer ademán de saludarlos, ellos giraron la cara, me dieron la espalda y se marcharon.

¿Qué? ¿Por qué?

No lo entendía.

¡Robanovios!

Me sobresalté. Alguien me lo había llamado al pasar por mi vera. ¿Pero qué estaba ocurriendo? Todo se había ido al garete en una sola tarde.

Fui a la administración por segunda vez ese día.

Me aclaré la garganta después de esperar varios minutos sin que la secretaria me hiciera caso. A ver si se pensaba que me había acercado a tirarle los trastos, no te joroba: —¿Sí? —preguntó con deficiente habilidad para atender al público.

—El director me está esperando.

—¿Nombre?

—Cassandra Kenyon.

Bajó la mirada a los papeles que tenía encima del escritorio y buscó con el boli hasta señalar una cita.

—No estás en la lista.

—Será urgente. Es él quien quiere verme.

—Espera aquí —confirmado, esa tía era idiota. Dos segundos más tarde, me hallaba sentada delante del mandamás esperando impaciente a que comenzara a hablar.

El lugar era tan tétrico como siempre. No merece la pena ni describirlo puesto que era exactamente igual a cualquier despacho de cualquier director del estado. Una butaca en la que el buen señor aposentaba el trasero, un escritorio repleto de papeles y un ordenador, dos sillas súper incómodas para las visitas, un estante de trofeos -todos con mi nombre, dicho sea de paso-y las persianas a medio bajar. Vamos, nada nuevo.

—Señorita Kenyon —empezó con ese vozarrón intimidante—, imagino que sabrá por qué está

aquí hoy, ¿no?

—Lo cierto es que no, señor.

—¿Le suena de algo una pelea en la parte de atrás del gimnasio en la que se tuvieron que llevar en ambulancia a una de nuestras animadoras?

—¿Qué? —¿Lisa estaba en el hospital? ¿Por qué?

—Hay varios testigos que la sitúan en la escena, ¿no piensa alegar nada?

—¿Qué puedo decir? Lisa y sus amigas me tendieron una encerrona porque creyeron que le estaba robando el novio —al menos, los rumores servían de algo. Me daba a mí que el tema de los demonios sería bastante contraproducente a la hora de defender mi caso.

—Entonces, ¿está diciendo que es culpa de ellas?

Me quedé en silencio. Técnicamente sí, pero no podía acusarlas directamente. No estaba por la labor de convertirme una chivata. Los adolescentes podían llegar a ser muy crueles.

El director suspiró:

—No me deja otra opción, señorita Kenyon —alcé la cabeza como impulsada por un resorte. No me gustaba cómo había sonado eso—. Uno de los testigos a los que hago mención era un profesor...

¿Qué? ¿Un profesor había visto cómo me habían pegado una paliza y no había hecho nada para detenerlo?

—A pesar de todo, usted es una de las mejores alumnas de esta escuela por lo que no levantaremos ningún expediente. Sin embargo, mucho me temo que no puedo pasar por alto un altercado de estas magnitudes y no actuar en consecuencia —suspiró. Casi parecía que le doliera físicamente lo que iba a decir—. Entiendo que su situación personal es complicada, pero tómese este tiempo para reflexionar sobre sus errores.

—¿Eh?

—Señorita Kenyon, queda expulsada de este centro las próximas dos semanas.

12

Tres lágrimas negras por una esperanza perdida Supongo que no sabréis cómo se llaman esos cacharros que hay en las ferias en los que un burro musculoso pega un mamporro a una especie de almohadilla de boxeo y un pivote sube hasta llegar a una campana si ha sido lo suficientemente bruto, ¿verdad?

Es algo similar a un medidor de fuerza. No sé, ¿el martillo, tal vez?

Bueno, es igual. La cuestión es que os hagáis una idea de lo alto que debió de sonar la campana

con ese último golpe.

Por un segundo, creo que me quedé congelada, con esas palabras resonando dentro de mi cabeza una y otra vez, como si se estuvieran riendo de mí. Sé que el director había continuado hablando, movía los labios y hacía gestos con las manos, pero fui incapaz de entender absolutamente nada de lo que dijo. Los oídos me pitaban horriblemente y me estaba mareando.

De repente, se me rebeló el estómago y todo lo que desayuné esa mañana hizo un pequeño pero rápido viaje por mi esófago hasta que se me encajó en la garganta. Tuve el tiempo justo para ponerme la palma en la boca y salir perdiendo el... quiero decir, dirigirme al baño a toda prisa.

Bien, no me voy a recrear en mis habilidades a la hora de rezar al dios de la porcelana porque eso sería muy desagradable para vosotros y demasiado bochornoso para mí. Cómo si no fuera lo suficientemente difícil contar lo que voy a narrar a continuación.

Una vez me hube librado de todos los nutrientes que necesitaba mi cuerpo, me apoyé contra la sucia pared del habitáculo y me deslicé hasta quedar maltrechamente despatarrada en el suelo, que tampoco estaba lo que se dice como los chorros del oro.

Sin poder evitarlo, llegué a mi punto de ruptura. Me atrapó una desesperación sin fin.

Veía que todo lo que me rodeaba se hacía pedazos y solo restaba la oscuridad y el vacío. El futuro que tan cuidadosamente había planificado, se me estaba escapando de las manos, filtrándose entre los dedos como el agua, como esas lágrimas que no podía detener y que me avergonzaban más allá de lo indecible.

Reconozco que perdí el dominio sobre mí misma. Lloraba tan fuerte que unos terribles espasmos me sacudían todo el cuerpo dificultándome la respiración. Pensé que me iba a morir y, aun así, seguía sollozando de tal manera que me sorprendió bastante que no me hubiera partido en dos.

Las cosas fueron a peor cuando me di cuenta de que no me encontraba sola y varias chicas estaban viéndome en mi peor momento. Esas miradas de horror -y morbo- se me clavaron en el alma y me hicieron ser consciente de que ya no tenía el control sobre nada, ya nada era perfecto, y esa turbulenta espiral de auto odio y miedo me engulleron, la presión me rompió y el mundo desapareció.

No podía comprender cómo lo sabía, pero dentro de mí me decía que, pese a hallarme perdida en los brazos del dios de los sueños, continuaba llorando tantas lágrimas que hubieran servido para llenar el Mar de la Serenidad. Me sentía tan triste y desdichada, tan fuera de mí...

Y cuando desperté en mi habitación, en la casa de Caleb, con sus dedos entrelazados con los míos y mirándome preocupado, me sentí peor.

¿Por qué? Me figuro que porque el estar allí, solo lo hacía más real.

—Ha pasado... —me lamenté—. Mi peor pesadilla, por fin, ha ocurrido.

Él no dijo nada. Simplemente, me apretó más fuerte la mano y trató de transmitirme su apoyo sin

palabras.

—Caleb... —susurré con voz trémula—. Me han visto teniendo una crisis... —era tan embarazoso que quería arrastrarme debajo de una piedra y no asomar la cabeza jamás.

—Shh... Tranquila...

—¡Cómo se han podido torcer las cosas así en un solo día! Dicen que es culpa mía que hayan tenido que ingresar a Lisa en el hospital. Me han puesto de CENSURADO para arriba, hay tantos rumores que me dan ganas de potar otra vez solo de pensarlo. Y, luego, el director... ni siquiera me escuchó, no le importaba, lo único que croaba es que me había visto un profesor, ¡pero no había nadie más allí! Y yo no la toqué, maldita sea.

Fueron ellas las que me pegaron a mí...

Caleb hizo que me moviera a un lado para sentarse él en la cama.

Inmediatamente después, me arrastró a su regazo y me envolvió en un abrazo tan fuerte que apenas podía respirar. Me acomodé y escondí la cara en su cuello mientras él me acunaba como una niña pequeña.

—¿Sabes? Todavía estoy esperando que me pregunten dónde vivo ahora o con quién, si tengo algún tutor o si necesito hablar con el consejero de la escuela...

Permanecimos así un buen rato. No sé cuánto exactamente. Lo suficiente para poder abandonar el lecho sin reventar en miles de pedazos.

—¿Cómo sabías que te necesitaba? —inquirí de repente. No era importante pero tenía curiosidad
— ¿Cómo sabías dónde estaba? ¿Qué pasó luego?

—Cuando me dejaste, dijiste que ibas al baño. Al ver que tardabas, me preocupé y fui a ver si te encontraba. Aquello se convirtió en una búsqueda del tesoro. Al final, oí un revuelo en uno de los pasillos. No había que ser un genio para imaginarse lo que estaba sucediendo.

Llegué justo en el momento en que te desmayabas. Te cogí y te traje a casa.

—¿Eso es todo?

Tardó unos segundos más de los que me hubiera gustado en responder:

—Sí, eso es todo.

—¿Qué no me estás contando?

—Nada.

Era mentira, pero no insistí. Seguramente, no quería saberlo. Suspiré y él me dio unas palmaditas en la espalda.

—¿Te encuentras mejor?

—Sí, gracias.

—Te he traído una valeriana y las pastillas —di un respingo, si bien me relajé enseguida.

Cogí aire nuevamente -Caleb olía tan bien como siempre: a clavo, madera y lluvia-, me armé de valor y separé el rostro de su cuello. Lo miré a los ojos e intenté sonreír: —Gracias.

Sin embargo, él no actuó de la forma que había esperado. Retuvo el aliento y me miró fijamente, levantó una mano y me frotó la mejilla, justo debajo del ojo izquierdo: —¿Pero qué...? —se veía adorablemente confundido, cosa que jamás diría en voz alta y, mucho menos, a él.

—¿Qué?

—Tienes tres lágrimas negras en la mejilla.

Como las situaciones raras y estresantes sacan lo mejor de mi ingenio, volví a preguntar: —¿Qué?

—Ve a mirarte en el espejo —eso hice.

¡La madre que trajo al cordero! ¿Pero qué es esto?

Allí estaban, tal y como Caleb había dicho, tres lágrimas negras que parecían un tatuaje igual de imponente que el que llevaba en el cuello. No obstante, ¿por qué pensaba que, esta vez, todo el mundo podría verlas?

Ya podía oír a radio macuto preparar la lengua.

Debes hacerte más fuerte, hallar una manera para que nada de esto vuelva a herirte así.

Exactamente. Esa vocecita en mi interior llevaba razón. No iba a sobrevivir si continuaba de esa manera. Estaba más que cansada de ser siempre la víctima. No quería que me afectaran las murmuraciones o el que mis amigos pasaran de mí. Tampoco deseaba hacer oídos a los insultos ni a las francas muestras de acoso. No quería volver a hallarme indefensa mientras hacían daño a mis seres queridos. Daría lo que fuera por no volver a sentir esa angustia...

porque eso era lo representaban las lágrimas: mi amargura, mi desdicha y mi desesperación.

Aparté los ojos de mi nueva marca y los posé sobre Caleb. Él estaba apoyado en el marco de la puerta, con los brazos cruzados sobre el pecho y una mirada sombría en un rostro muy serio.

—¿En qué piensas? —preguntó.

—Quiero que me enseñes a pelear.

—¿A pelear contra quién?

—Contra todos. Quiero ser la última que quede en pie. Estoy harta de ir de un lado para otro como

un conejo asustado, siempre dependiendo de ti o de que los dioses me salven.

Hasta ahora, lo han hecho de pena... yo lo he hecho de pena. No puedo continuar de esta forma. Lo que me ha pasado hoy en el instituto no puede repetirse. ¡No va a volver a ocurrir!

—Será muy duro —me advirtió.

—Soy consciente de ello —¿de qué serviría un entrenamiento que fuera como un paseo por el campo? No creo que vaya a vencer a los demonios entregándoles un ramo de margaritas. Seguro que se echarían a reír mientras me descuartizan y, después, las utilizaban para decorar mi tumba.

—¿Estás segura?

Última oportunidad para seguir jugando a la damisela en apuros...

Mmmm... como que no.

—Completamente.

Caleb me dirigió una sonrisa aprobadora que me calentó el corazón.

Una estupidez, ya lo sé, pero qué le vamos a hacer. Está estupendo cuando sonrío.

Sin embargo, no esperé que mi nueva determinación de ser más fuerte fuera a ponerse a prueba tan pronto y por los mismos que se supone que han de servir y proteger al pueblo.

Como llevaba tiempo advirtiéndome Caleb, la policía ensombreció la puerta de la entrada justo en el peor momento posible y con preguntas a las que no sabía bien qué contestar.

Mi amigo, el oscuro tío bueno, los hizo pasar al salón a la vez que me daba unos minutos para cambiarme de ropa y tomar un respiro. No era mucho pero aprecié el gesto. En cuanto estuvimos instalados y yo con un té en la mano -sí, me había tragado las pastillas y no, ellos no quisieron nada-, comenzaron su interrogatorio con la sutilidad de un buque de guerra.

No se molestaron en jugar al poli bueno y al poli malo, no, el detective Daniels hacía de poli malo y el detective Drake, de poli peor. Sus insinuaciones y frases con doble sentido eran apabullantes. Como el director, ellos ya me habían declarado culpable, así que lo único que estaban haciendo era buscar algo que cimentara su opinión.

Daniels, el mejor parecido de los dos, con un cabello rubio ceniza un poco más largo que el corte reglamentario, ancho pero atlético y unos ojos fríos como el hielo, fue el que habló primero:

—Señorita Kenyon, tengo entendido que se ha visto involucrada en más de una pelea recientemente... —asentí sin saber muy bien adónde quería ir a parar—. ¿A qué se debe?

¿Cómo es posible que una alumna de matrícula como usted se haya metido en semejante lío?

¿O es que no es tan intachable como nos quiere hacer creer?

Entrecerré los ojos:

—¿A qué se refiere?

—¿Qué relación mantenía usted con el señor Epimeteo Hono? —

preguntó Drake.

—Ninguna —respondí de malas maneras—. A lo más que llegaba *nuestra relación* —hice un gesto con los dedos para poner entre comillas esas dos últimas palabras—, era a un *hola*, un *adiós* y un *me gustaría llevarme este libro, por favor*.

—Entonces, ¿por qué la atacó si como usted dice, no había nada?

—¿Y cómo quiere que yo lo sepa! Cuando lo encuentren, pregúnteselo a él. Puede que me confundiera con otra persona.

—¿Cómo quién? ¿Y por qué a usted?

—Creo que ustedes no entienden que no vivo dentro de la cabeza de ese tío. No sé cómo lo hizo, cuándo empezó a obsesionarse ni por qué, y estoy empezando a cansarme de este tipo de preguntas.

—Muy bien —intervino Daniels—, aquí va otra diferente: ¿cómo terminó destrozado el pasillo?

¡Mierda! Me parece que palidecí instantáneamente. Ese tío me había pillado, no tenía ni la más remota idea de qué responder. Desde luego, lo que había ocurrido en realidad no. No me apetecía hacer un viaje sin retorno al manicomio, gracias.

—¿Y bien?

—No lo sé.

—¿No lo sabe? —inquirió con guasa Drake.

—No, no lo sé. No soy adivina, ¿vale? El pasillo voló por los aires y ya está. No sé cómo ocurrió. ¡Estaba más centrada en el loco que amenazaba con *llevarme a un sitio en el que no me encontrarían jamás!*

—Ya... —parecía que no se lo terminaba de creer, como si yo hubiera orquestado una especie de plan maléfico que envolvía a un pobre y desdichado bibliotecario para hacer Dios sabe qué—. ¿Cómo es que su madre acabó en coma y usted casi ilesa? ¿Y por qué no está con ella sino viviendo en la casa de un chico —señaló a Caleb con la cabeza— con el cual no posee ninguna relación de consanguinidad? ¿Quién es su tutor legal?

Mira tú por dónde, esas eran las preguntas que me esperaba yo del director. En fin, caballero don Sarcasmo haga el favor de aparecer y defenderme.

—Terminó en coma porque me protegió de un loco, por si no lo recuerdan. ¿Qué pasa, que como

me recupero con más facilidad que los demás, eso significa que no me he llevado mi ración de palos? La razón por la que vivo con Caleb es porque se le haría más difícil al chalado ese

encontrarme. Además, mi amigo, aquí presente, es un experto en técnicas de autodefensa así como en otras disciplinas varias de artes marciales. Todo ello me lleva a preguntar, ¿cómo es que ustedes me han hallado? No es que lo haya ido pregonando por ahí, exactamente.

Los detectives ignoraron mi pregunta diligentemente e hicieron otra en su lugar: —Hemos oído los rumores que circulan sobre usted en el instituto,

¿qué hay de cierto en ellos?

—Nada.

—Entonces, ¿cuál fue el motivo de la pelea con su compañera?

—Ella creyó que quería quitarle a su novio. Se trató de un malentendido.

—¿Y cómo es posible que la señorita Storm se halle ahora en el hospital? ¿No le parece que es demasiada casualidad que las peleas sucedan entorno a usted pero que, a su vez, sea la única que sale, prácticamente, indemne?

No supe cómo responder. Por suerte, no hizo falta. Por lo visto, todas aquellas insinuaciones no tan veladas habían colmado la paciencia de Caleb.

—Fuera de mi casa.

—¿Cómo dice? —preguntó Daniels con una ceja enarcada y una sonrisilla detestable en los labios.

—¡Fuera de mi casa! No voy a permitir que sigan insultado a Cassandra cuando ella es la víctima en todo esto. ¡Busquen a los culpables! Y si tienen preguntas, preguntas de verdad, pueden volver. Hasta entonces, ya conocen el camino, y tengan cuidado de que la puerta no les golpee en el trasero al salir.

13

Un titán me sigue jugando malas pasadas

Casi no pude aguantar la risa al ver la cara estupefacta de los dos detectives antes de que se pillaran un rebote del quince. Armaron algo de jaleo, pero se marcharon con el rabo entre las piernas.

—¡Mi héroe! —me reí—. También quiero que me enseñes a defenderme así.

Caleb se encogió de hombros, dándole poca importancia: —No diga tonterías, mi señora doña Mordacidad de Todas las Ironías—hasta me hizo una reverencia, el muy sin vergüenza.

—¡Qué bobo!

—¿Iba en serio lo de antes?

Lo miré intensamente, tratando de dilucidar si intentaba escaquearse o no.

—Por supuesto.

—Entonces, venga, levanta ese culo perezoso. Vamos a empezar ya. Si lo de este par es una muestra, seguro que el resto de amenazas no andan lejos. Además, tenemos dos semanas de vacaciones —compuse una mueca, como si me hubieran arreado un puñetazo en el estómago.

—Yo soy la que tiene dos semanas de *vacaciones* —hice unas comillas con los dedos—, tú tienes que seguir yendo a clase. ¿Quién si no me va a coger los apuntes?

—¿Y tus amigos?

Dejé la cara en blanco, aunque me parece que no pude ocultar el destello de dolor que me atravesó la mirada. Me aclaré la garganta y sonreí, más o menos: —No me hablan.

Caleb frunció el ceño:

—¿Por qué?

Me encogí de hombros, fingiendo que no me importaba.

—No lo sé.

—Qué raro —murmuró para sí mientras se llevaba una mano pensativa a los labios.

Eché a andar hacia el pasillo, todavía con la misma postura. A lo mejor, él sacaba algo en claro, porque está visto que yo no—. Bueno, sus razones tendrán, ¿verdad? —me sonrió.

¡Toma chasco!

Y encima con esa cara...

—Si vuelves a sonreír así, te parto los morros—amenacé.

—Vamos, vamos, mujer, no es para tanto —la confeccionó otra vez e, inmediatamente después, echó a correr.

Obviamente, lo perseguí pese a que él era mucho más rápido que yo.

Para cuando, por fin, pude atraparlo, los dos nos estábamos riéndonos como niños pequeños. Me gustaba esa faceta suya. Hacía que me latiera el corazón más rápido de lo normal.

A Cassandra le gusta Caleb, se burló mi vocecilla interior.

¿He comentado ya lo mucho que la odio? Porque si no es así, creedme, lo hago. Hace un tiempo vi una peli que iba sobre un tío que tenía un mando a distancia con el que podía manejar su vida

diaria. Por ejemplo: bajaba el volumen de su mujer cuando esta le chillaba y pasaba hacia delante las cosas que no le gustaban. Pues bien, yo haría exactamente lo mismo con esa voz. La apagaría por completo.

¿Y lo sola que te sentirías sin mí? Además, soy muy útil a veces. Tú misma lo has reconocido en alguna que otra ocasión.

Cierto.

¡Punto para mí!

Vale, pero sigo odiándote.

—¿Cassie? —Me llamó la atención Caleb con el rostro lleno de confusión—. Es difícil preguntarte esto pero... ¿con quién estás hablando?

—¿He dicho todo eso en voz alta? —me horroricé y más al verlo asentir

—. ¡Oh, Dios mío! No tendrás algún agujero muy profundo en el que pueda esconderme, ¿verdad?

—Me temo que no —contestó cariñosamente.

Vaaaale... Aparté la mirada y me aclaré la garganta, incómoda. Es cierto que experimentaba toda la clase de celos habidos y por haber en el mundo cuando Caleb estaba con Pandora debido a que se comportaba de una manera diferente. Sin embargo, si parte de ese encanto lo dirigía hacia

mí, no podía evitar ponerme nerviosa. No sabía cómo actuar y eso me irritaba.

Supongo que ya puedo entender por qué me sentí cómo lo hice al conocerlo. Todas aquellas emociones sin control, que me decían... no, que me gritaban que lo cogiera y que me lo quedara para siempre, tenían que provenir de la propia Pandora. Ahora, esto me hace preguntarme cuántos de mis sentimientos por él eran realmente míos y cuántos venían de ella.

—Tierra llamando a Cass, ¿estás bien?

—¿Qué? Bien, sí. No te preocupes. Soy dada a hacer viajecitos mentales de vez en cuando. No les des importancia.

—Bueno... si tú lo dices...

Dejando de lado la conversación, a partir de ese instante y durante casi las dos semanas siguientes, seguimos la misma rutina, lo que me ayudó muchísimo a volver a tomar las riendas de mi TOC. Por la mañana, mientras él asistía a clase, yo me dedicaba a estudiar los apuntes que Caleb disponía sobre los demonios. Después de la comida, me echaba una pequeña siesta antes de repasar las técnicas que me había enseñado el día anterior. Más tarde, cuando él volvía a casa, me explicaba lo que había aprendido durante el día y luego íbamos al gimnasio donde me adiestraba a detectar a un demonio, a esquivarlo y derribarlo. Cuando el jefe estuviera lo suficientemente seguro de que podía manejarme sola, empezaríamos con los palos, algo así como el *kendo*

japonés.

Aish, con lo que me gustaría que me enseñara a jugar con las cimitarras...

En fin, en una de nuestras charlas acerca de aquellos bichos, le comenté lo que había descubierto mientras me enfrentaba a Lisa -todavía no sabía cómo había terminado en el hospital y ella no hablaba con nadie-, lo de que no era vencer a los anfitriones del demonio en su máxima habilidad, sino hacerles sentir justo lo contrario al sentimiento base del propio demonio.

Aquello no se lo había esperado y me había mirado como si me hubiera tomado algo raro. Al final, asintió. No le quedaba otra, imagino.

Como decía, hasta aquí todo bien. Desde luego, no es que fuera a ponerme a saltar con pompones y a gritar: ¡viva la rutina! He tenido más que suficiente de competiciones de animadoras para toda la vida, pero no podía dejar de alegrarme de que no hubiera más cambios.

Ya, y no tiene nada que ver con que Caleb te preste toda esa atención, ni que te dirija esa sonrisa suya tan mortal o que sea tan amable y cariñoso

que hace que te derritas en un charco de baba pastelosa ¿verdad?

Por supuesto que no.

No obstante, ¿qué es lo que suele pasar cuando algo va medianamente bien por una maldita vez? Que no tarda en irse a la mie... quiero decir, que no tarda en desmoronarse.

El sábado anterior a que regresara al tan temido instituto, en medio de nuestro entrenamiento -de hecho, Caleb me había cogido por la cintura, con todo el cuerpo pegado a mí por la parte de atrás y el otro brazo rodeándome el cuello mientras yo tenía las manos atrapadas a la espalda-, emitió, de pronto, un siseo lleno de dolor antes de apartarse y tratar de quitarse el colgante que llevaba al cuello. Era una especie de casco negro con una eta griega plateada grabada en el centro. Además, arrojaba una especie de luz iridiscente que hacía daño a los ojos.

Me asusté como nunca antes. Bueno, eso es mentira. Aún me estaba recuperando de las consecuencias que había tenido la burbuja de jabón en él, pero ya sabéis a lo que me refiero.

No es fácil ver a alguien que te importa llevarse una mano al pecho como si le estuviera dando un ataque al corazón, doblarse por la mitad y caer de rodillas. Me sentía tan impotente...

—¡Caleb! ¿Qué pasa? ¿Qué hago?

Él estaba inclinado hacia delante con la otra mano apoyada en el suelo.

Jadeaba, le costaba respirar y sudaba a mares, por lo que era absolutamente lógico que le preguntara qué debía hacer al chico que boqueaba como un pez.

—La barrera... —murmuró, gimió, cogió aire y lo intentó de nuevo—, alguien está...

tratando de romper... la barrera...

—¿Qué barrera? —resistí la tentación de zarandearle a duras penas aunque, visto lo visto, tampoco me hubiera servido de mucho.

—La de... tu madre...

Aquí fue cuando todo mi mundo se tambaleó por milésima vez desde que me había metido en todo el tinglado de los demonios. Me levanté de un salto -en algún momento, me había arrodillado al lado de Caleb sin darme cuenta-y casi lo tiré debido al ímpetu.

—Vale, que no cunda el pánico. ¿Cómo llegamos allí en menos de dos segundos? —me pregunté a mí misma.

Imposible, ¿no?, pensaréis.

Pues no.

Resulta que el chico se guardaba un par de ases bajo la manga. No obstante, la forma de viajar era tan ridícula que cuando me lo dijo, creí que me estaba tomando el pelo. Es más, me enfadé con él:

—¡No estoy para bromas!

—No es una... broma...

—Caleb, creo que el dolor se te ha subido a la cabeza. ¡Es imposible que hacer eso sirva para viajar!

—No podemos perder... más tiempo —tuvo que hacer un gran esfuerzo para ponerse de pie. El colgante se estaba agrietando. ¿No se suponía que la barrera enviaba a mi madre a otra parte?—. Haz... lo que yo haga... y repite... las palabras que... yo diga —hubo un filo en su voz que no me había esperado.

El único consuelo que encontraba era que él iba a hacerlo primero y que no había nadie más allí para verlo.

Me encogí por dentro al ponerme en posición junto a Caleb. Nos echamos hacia delante como si estuviéramos haciendo una reverencia, sacamos trasero... colocamos la mano izquierda delante de la cara... con el pulgar apoyado... en la nariz... y la otra mano... en la parte de atrás...

como si fuera una... colita... y empezamos a recitar: —Soy un cerdito que viaja despacito. Con la primera parada, levanto la pata; con la segunda, miro a la luna. Ya en la tercera, al ser ésta la vencida, al *Holy Grace Mercy* siento la bienvenida —y todo eso mientras movíamos las caderas de un lado a otro y los dedos de ambas manos hacia arriba y hacia abajo.

Creo que es lo más humillante que he hecho en mi vida. Incluso más que haber perdido el control en el instituto.

Sin embargo, no tuve oportunidad de recrearme en mi vergüenza. Oí un ruido lejano parecido al gruñido de un puerco de verdad y nos desvanecemos para aparecer -todavía con semejanza

postura-en el hospital.

El lugar era un auténtico caos. Había enfermeras gritando y médicos corriendo de un lado para otro. Ese descontrol me afectó tanto que tuve que cerrar los ojos unos instantes para recolocarme.

Lo suficiente para lograr que casi me maten.

Caleb saltó hacia mí mientras bramaba:

—¡Al suelo, Cass! —sentí el impacto en todo el cuerpo. Vaya placaje.

Ni los brutos del equipo del insti. No obstante, todo pensamiento racional

salió volando de mi mente al oír el estrépito de un enorme estallido por encima de mi cabeza.

¿Qué?

Miré en derredor -mientras Caleb seguía jugando a hacer hamburguesas con mis pulmones-para averiguar el origen de tamaña explosión y me encontré con el par de ojos más fríos de la historia de la humanidad desde que Hitler decidió que era hora de decirle *ciao alla bella vita*. Aunque ahora que lo pienso, supongo que lo habría dicho en alemán y no en italiano. Es igual.

En contraposición a la falta de calor en el alma de mi contrincante, podía resaltar la abundancia de... fuego en su ser. Vamos, que el tío tenía el pelo y los puños en llamas y no, no es ninguna referencia velada a ningún libro y/o historia que se pueda leer en la actualidad.

—Pandora, ya veo que has tardado muy poco en aparecer —comentó Prometeo con voz burlona— y que te has traído a tu amante en el proceso.

Me quité a Caleb de encima y me enfrenté al titán con un coraje que no sentía realmente.

Debía darle tiempo a mi *amante* -ya quisiera yo-a llegar a la barrera y estabilizarla. ¿Qué cómo sabía yo esto? Imagino que podríamos llamarlo intuición.

—¿Qué hace aquí, señor Hono? ¿Por qué ataca a mi madre y destroza el hospital? —al menos, se había cargado las cámaras de seguridad. Gracias al cielo por los pequeños favores.

Prometeo se echó a reír como un maníaco al mismo tiempo que Caleb reptaba por detrás de mí y se acercaba a la mampara de cristal que separa el cuarto de mi madre del pasillo donde se hallaba el pirado este, y el área de las enfermeras, donde nos encontrábamos nosotros.

Tan pronto como llegó la risa salvaje del titán, se fue, dejando tras de sí una estela de hielo y locura.

—Solo quería que supieras lo que se siente cuando alguien te arrebatara todo lo que amas en el universo. Tú le has arruinado la vida a mi hermano, no una, sino dos veces, Pandora. Ya es hora de que asumas las consecuencias de tus actos —amenazó.

No pude evitar que me recorriera un escalofrío por la espalda. La última vez que había querido

que, abro comillas, asumiera las consecuencias de mis actos, cierro comillas, terminé en su despacho, con una de sus manos

deformándome la pechera de la camisa y la otra, formando uno de esos puños ardientes -sin doble sentido-a punto de matarme.

—Para empezar, yo no soy Pandora. Ella murió, ahora soy Cassandra.

Estoy muy harta de que todo el mundo venga a pedirme cuentas de algo que sucedió en mi vida pasada y, para que lo sepa, fue su hermano, él solito, el que se metió en estos líos.

—¿Cómo dices? —su voz estaba cargada de veneno.

—Ya me ha oído. A ver si se piensa que estamos aquí por obra y gracia del espíritu santo. Mi madre está en esa cama por culpa de Epi. Le recuerdo que en esta reencarnación, yo no tenía nada que ver con él y me atacó, sin más. Se cargó la escuela porque le dio la realísima gana. De hecho, todavía no sé qué diablos -sí, yo también uso la palabra *diablos*. Se me ha pegado, que me demanden-les pasó a los estudiantes que se encontraban allí conmigo cuando perdió la cabeza — pude fijarme en que las llamas de su pelo se iban haciendo cada vez más azules y que apretaba los puños de tal manera que se le notaban las venas de los antebrazos, pero estaba tan metida en mi berrinche que no fui capaz de detenerme—. Sabe una cosa, he tenido sueños de cuando era Pandora y he recordado lo que ocurrió en el momento en que se abrió la caja...

¿Fue cosa mía o tanto Caleb como Prometeo se tensaron e hicieron una mueca dolorosa a la vez?

Me encogí mentalmente de hombros y continué con mi perorata. No quería distraerme ahora que, por fin, podía sacarme todo aquello del pecho.

—... y resulta que contrario a todo lo que se cuenta en los mitos, no fui yo. Yo no abrí la puñetera caja ni liberé a todos los males para que vagaran por el mundo y trajeran la desgracia a todo hijo de vecino. ¡Fue su hermano!

El señor Honó tuvo el equivalente a una fusión nuclear y las llamas lo rodearon completamente. ¿Cómo hacía para que no se le quemara la ropa?

—¡Mientes! Tú, pequeña bruja sinvergüenza, no deberías haber nacido.

No eras parte del plan. ¡Fuiste concebida para ser el mal encarnado, la perdición de los hombres!

—Que mire usted por dónde, el que la fastidió a lo grande fue su hermanito —sabía que no debía picarlo de esa forma, que era una insensatez por mi parte, pero tenía que centrar toda su atención en mí. Caleb ya casi estaba allí.

Solo diez segundos.

Diez segundos serían suficientes... nueve... ocho...

—¡Te arrepentirás de haber nacido!

Cinco... cuatro...

—De lo único que me arrepiento es de haber tenido que verle la cara otra vez —si es que soy genial a la hora de tocar la moral a la gente. Es un don natural que tengo.

Uno...

Prometeo explotó al mismo tiempo que Caleb colocaba el medallón sobre el cristal del cuarto de mi madre. La onda expansiva me derribó, aunque pude ver lo que sucedía. La barrera dejó de bruñir y adquirió forma y textura.

Eso distrajo al titán momentáneamente, lo que me permitió hacer aparecer la cimitarra.

Por lo visto, la fe era capaz de un montón de cosas, siempre y cuando Caleb se hallara presente.

¿Por qué? No sé. Otra cosa sobre la que no había querido hablar. Qué novedad.

La barrera comenzó a brillar en un tono amarillo apagado que fue ganando fuerza a medida que se plegaba sobre sí misma y entorno a mi madre como si fuera una especie de flor de loto. Es más, por un increíble instante, me pareció oler su fragancia.

Mi madre desapareció cuando se cerró la flor.

Prometeo parecía haber visto un fantasma. Apenas quedaban rescoldos del fuego que lo había envuelto salvo las leves llamas del pelo y las manos.

—Perséfone —susurró de pronto y negó con la cabeza, conmocionado

—. ¿Por qué? —desvió la mirada hacia mí y la afiló—. ¿Por qué tu madre estaba protegida por la propia Perséfone? ¡Contesta!

Ahora que no tenía el medallón, Caleb se recuperó en un visto y no visto, se levantó y se situó entre el titán y yo.

Aish... si es que cuando se pone en plan caballero protector es tan mono... En fin, es una pena que no pueda dejarle jugar a rescatar a la doncella.

Eso minaría su confianza en mis aptitudes y mi confianza en mí misma.

Además, ¡era yo la que iba armada!

Pero volviendo a la cuestión de Prometeo, di un paso a un lado y me situé junto a Caleb: —No sé de qué me habla.

—¡No te hagas la tonta! —Otra vez parecía estar a punto de perder los nervios—. Esa barrera fue diseñada por Perséfone. No hay otra igual.

¡Cómo la conseguiste!

Alcé la vista hacia Caleb, él me miró de soslayo y negó con la cabeza.

Bien, supongo que eso entra dentro de las mil y una preguntas que no puedo formular.

—Le repito que no sé de qué me habla. Yo no puse esa barrera. Ni siquiera entiendo por qué dice que es de Perséfone. Que yo sepa, el loto no es parte de la mitología griega.

Si la situación no hubiera sido tan peligrosa, me habría hecho gracia que el señor Hono dejara de lado su locura unos minutos -cosa que tiene pinta de venirles de familia. Su hermano también iba fino-y se convirtiera en el profesor que me tenía manía en el instituto.

—El loto representa el desarrollo espiritual debido a que es una flor que se abre entre el barro y la oscuridad.

—De la misma forma en que Perséfone consiguió domesticar a su maridito a pesar de vivir en el Inframundo —asintiendo. Me había convencido la explicación.

—Exactamente. Por eso, quiero saber cómo la has conseguido. El que tiene a Perséfone a su favor, posee grandes influencias en el submundo.

—No le estoy mintiendo. No lo sé. Yo no la puse.

Sin embargo, Prometeo seguía erre que erre con que todo lo que saliera de mi boca era una mentira. ¡Ni que fuera un político! Además, la reina de los muertos hacía tiempo que ya no lo era. Y esto lo añadiremos al resto de cosas que sé por generación espontánea.

El caso es que no me creyó y como si no tuviéramos suficientes problemas, se sumaron dos.

Epi apareció de la nada con pinta de haber pasado unas vacaciones calentitas junto a Lucifer y, justo tres segundos después, gritaron detrás de mí: —¡Policía, arriba las manos!

14

¿Quién es el demonio más poderoso?

Visto lo visto cómo anda el panorama, no creo que se os haga muy difícil imaginar lo que sucedió a continuación ni tampoco saber que los agentes estaban más muertos de miedo que yo. Al menos, por mi parte, contaba con un poco de experiencia.

—¡Arriba las manos! ¡No lo voy a volver a repetir! ¡Suelte el arma! —

pobre, con un tono tan agudo de voz, lo único que iba a conseguir era que Prometeo se echara a reír en su cara antes de destrozársela.

Caleb y yo hicimos lo que nos ordenaron, básicamente, porque nos encontrábamos en la línea de fuego y no queríamos que nos hicieran más agujeros que a un colador. Nos apartamos poco a poco y nos situamos al lado del abandonado mostrador de las enfermeras y, así, permitir que tuvieran una visión completa de los verdaderos culpables.

—¡No os mováis!

—Oye, eres nuevo, ¿verdad? —le pregunté al chico no mucho mayor que yo que sostenía una pistola con manos temblorosas. Desde luego, estaba claro que no serviría para cirujano—. Voy a darte un consejo, majete: si quieres que te tomen en serio, no debes gritar como una verdulera histérica en plenas rebajas.

—¡Cassie, no es momento de que abras la boca!

—Lo siento. Imponía más cuando no lo veía. Ahora, solo da pena.

—Ya lo sé, pero es un *da pena* con una pistola. ¡Haz el favor de controlarte!

—Perdón.

Conseguí reacciones bastante dispares a mis observaciones, es decir, los titanes se lo tomaron a guasa y el poli novato como un insulto personal.

Reconozco que no debería haber dicho nada. Sin embargo, no es nada nuevo que me refugio en el sarcasmo para sobrellevar mi nerviosismo y/o mi miedo. Es mi mecanismo de defensa. No quería faltar al respeto a nadie.

Lo juro.

En fin, me figuro que habréis deducido que las cosas se torcieron un pelín a partir de entonces. Vaya, que a su lado, la torre de Pisa está más erguida que una ere... ¡Por dios, en qué estoy pensando! Borradlo de vuestra memoria y retomemos la historia, por favor.

Había un total de seis maderos, de los cuales, cuatro habían decidido que mi lengua afilada era más peligrosa que dos titanes pirados así que, como es lógico en aquellos a los que les persigue la inteligencia pero ellos son los que ganan la carrera sin muchas dificultades, cambiaron de objetivo y me apuntaron a mí.

Un descuido por su parte, sin lugar a dudas. Además, por esto y por alguna que otra razón más, he deducido que Prometeo tiene un poco de complejo de protagonista. Por tanto, os podréis imaginar que no le hizo mucha gracia que las luces no le enfocaran a él directamente.

—¡Ella es mi presa! —gritó justo antes de extender el brazo envuelto en llamas.

La pasma se asustó. Solo se quedaron tres valientes -y en mi opinión, idiotas-para hacerle frente.

Caleb y yo nos refugiamos detrás del mostrador. Él me apretó contra su pecho para que no viera nada, pero no pudo evitar que oyera los gritos de miedo y dolor ni que oliera el hedor que emanaba de la piel carbonizada.

No fue capaz de impedir que sintiera rabia y tristeza por todo aquello.

Esos hombres eran inocentes. Solo estaban haciendo su trabajo. ¿Por qué había tenido que ocurrir esa tragedia?

—¡Hermano, ya basta! —aparté a Caleb, quien me dejó ir a regañadientes. Me asomé por encima del mostrador para ver que no quedaba ni rastro de los agentes y que Epimeteo se había pegado al brazo de Prometeo como una lapa—. Es suficiente. Has de detenerte, por favor.

—Nada habrá acabado hasta que no termine con ella. Pandora es la fuente de todo mal.

Lo que sucede es culpa suya, que seas desgraciado es culpa suya.

—Eso no es cierto. Ella no me obligó a hacer nada. Fui yo mismo, con mi estupidez y mis celos, el que determinó mi destino.

—¿Qué estás diciendo? —gruñó—. ¡Todavía sigues enamorado de esa buscona!

A pesar de ser anticuada, la palabra me ofendía. De hecho, me levanté para cantarle las cuarenta al imbécil deslenguado aquel, pero Caleb me

cogió del brazo y me tiró hacia abajo.

—¡Silencio! —me susurró mientras se llevaba una mano a los labios.

—Pero...

—¡Que te calles!

La conversación entre los dos titanes no se interrumpió en ningún momento. Epimeteo trataba de convencer a su hermano de que él solito se había buscado lo que se había ganado, tanto entonces como ahora. Pese a ello, Prometeo no quería dar su brazo a torcer y continuaba empeinado en que era culpa mía, ya sabéis en plan de que si hay un terremoto es porque he saltado y si aparece un huracán es porque he estornudado. Me parece a mí que no estaría de más que echara un vistazo al refranero popular; no en vano, el que siembra vientos, cosecha tempestades.

—¡Estás ciego! Él te mantiene a raya con esa mentira. ¿No ves que solo eres su perrito faldero? ¿El que le hace el trabajo sucio y, luego, despacha cuando ya no le sirve? —intentó hacerle entender Epi—. ¿No ves que solo está utilizando tu amor por mí para hacerse con la caja? —ahora parecía suplicar.

No obstante, aquello casi perdió significado para mí. Miré a Caleb de soslayo. Él también tenía pinta de estar igual de sorprendido que yo. ¿Quién sería ese *él* y por qué querría deshacerse de mí?

Si bien era cierto que podría conseguir la caja, no sería capaz de hacer nada si la llave -o sea yo- desapareciera. Eso no tenía sentido.

A no ser...

Un recuerdo fugaz me vino a la memoria. Era algo sobre un sueño... un tío cuya voz me sonaba le ordenaba a Prometeo que se aguantara las ganas de matarme. A lo mejor, el titán se había cansado de esperar y había hecho oídos sordos a su jefe. Ahora bien, tenía otra cosa que añadir a la lista

de pendientes junto con atrapar a los demonios, conseguir que mi madre se pusiera mejor, limpiar mi nombre en el instituto y hacer que Ryan y el resto de mis amigos me perdonaran -el qué, ni idea-, y era: averiguar quién rayos había orquestado la participación de Prometeo en todo aquel desaguizado.

Las cosas serían mucho menos complicadas si ese titán chalado dejaba de ser un idiota condescendiente y le hacía caso a su hermano por una vez.

—Por favor, al menos, investigalo —vale, Epi estaba rogando—. Tú siempre me has dicho que piense antes de actuar, que esté abierto a todas las posibilidades para elegir la que mejor me convenga. Haz tú lo mismo. Por favor, como hermano te lo pido.

Me levanté ligeramente de nuevo para echarle un ojo a la escena y lo que vi casi me dejó sin aliento. Podía hablar, gritar y despotricar todo lo que quisiera, pero Prometeo adoraba a su hermano pequeño con todo su ser. Esa mirada no podía fingirse. Esa calidez y ese cariño eran reales. Los reconocía porque mi madre siempre me miraba así.

—Por favor.

Desde niña me han machacado con que esas palabras son mágicas.

Sinceramente, creí era un bulo, después de haber visto a Prometeo ceder y asentir, estoy más que dispuesta a replanteármelo.

El titán revolvió el pelo de Epi antes de alzar la mirada y posarla en una servidora. De nuevo, sus ojos podrían haber congelado el infierno.

En fin, ya sabía yo que nunca seremos los mejores amigos del mundo mundial.

—No creas que esto me pone de tu parte, Pandora. La próxima vez que nos veamos, te mataré —y desapareció.

Confirmado: jamás me hallaré entre sus personas favoritas.

Suspiré. La adrenalina estaba comenzando a abandonar mi cuerpo y comenzaba a sentir los primeros síntomas del bajón.

—Lo siento —susurró el loco de la colina número 2 al marcharse también.

Si un *lo siento* arreglara todo, no habría criminales en la cárcel. Tuve que sentarme un instante. Las piernas me temblaban tanto que no podía sostenerme. Supongo que, en cuanto ha pasado el peligro, todo se vuelve más real: los policías carbonizados, el olor a muerte y a destrucción, la barrera, mi madre...

¡Mi madre!

Me eché encima de Caleb medio desesperada, me agarré a la camiseta de la misma forma en que Epi había sujetado a su hermano antes y le pregunté: —Caleb, ¿y mi madre? ¿Está a salvo?

Por su vida, más le valía.

—Tranquila —me apartó las manos y me sentó encima del mostrador

—. Sarah está en el Inframundo.

—¿Qué? ¿Qué hace allí? ¿Quiero que vuelva?

—Pero Cassie...

—¡Que vuelva!

Llamadme loca, bueno, loca no, mejor histérica, llamadme histérica, pero no quería que mi madre estuviera en el más allá. Como comprenderéis,

eso da un poquito de mal rollo.

—De acuerdo, de acuerdo, espera aquí.

Sí, claro, que se lo había creído. Apenas se hubo separado dos pasos, salté del mostrador y lo seguí. Él me miró y negó con la cabeza antes de coger un cristal del suelo y entrar en la habitación.

—¿Estás segura de que quieres que regrese a este lugar?

Ni siquiera me lo pensé. Necesitaba cerciorarme de que se encontrara bien. Además, ¿cómo iba a explicar que hubiera desaparecido del hospital?

Ya tenía suficientes problemas, no deseaba agregar más.

—Sí.

—Vale —suspiró—. Quédate atrás y no me distraigas.

El impulso de sacarle la lengua o el dedo corazón fue muy fuerte, pero me contuve. Si es que me merecía unas palmaditas en la espalda por la manera en la que estaba actuando, toda civilizada y seria, sin hacerle caso a mi TOC que me gritaba como un loco que cogiera una escoba y organizara todo aquel lío.

Cogí aire, lo expulsé y, luego, deseé no haberlo hecho. El ambiente cargado me estaba mareando.

Sin hacer ruido, me acerqué a la ventana y la abrí a la vez que Caleb se hacía un buen tajo en el dedo.

—¿Qué haces!

Me echó una de esas miradas que te dejan muda y clavada en el sitio.

Acto seguido, se puso a pintar una serie de borrarajos y líneas en la pared con su sangre mientras recitaba algo en voz baja. De pronto, todos los trozos de cristal se fueron recolocando uno a uno

hasta reconstruir la pared de vidrio por completo, la flor de loto brillante apareció, se abrió y depositó a mi madre en la cama aún conectada a todos aquellos aparatos raros. Del extraño dibujo de Caleb no quedaron ni las marcas.

—¡Mamá! —en cuanto la vi, toda la emoción que había estado conteniendo, se desbordó. Me acerqué a ella tanto como me lo permitieron las máquinas y me dejé caer a su lado—. Mamá... —gemí de alivio.

Estaba bien, estaba a salvo, no le había fallado.

Le besé la mano y me la llevé a la frente mientras trataba de cubrir esas lágrimas vergonzosas que mostraban lo débil que todavía era.

Después de unos instantes de quietud en los que pude absorber la presencia tranquilizadora de mi progenitora, noté que Caleb me acariciaba

delicadamente el pelo, como si temiese interrumpir el momento privado entre madre vegetativa e hija.

Alcé la mirada y esperé que pudiera ver en mis ojos toda la gratitud que sentía y que, sin embargo, no sabía cómo expresar. Un simple *gracias* no alcanzaba ni de cerca lo que quería decir.

Una solitaria lágrima se deslizó por una de mis mejillas y él la borró tiernamente con la mano. No obstante, pese a que me miraba fijamente, no parecía verme. Estaba distraído, ¿en qué pensaba?

Me quedé contemplando sus labios mientras me lamía los míos inconscientemente -esto lo sé porque Caleb me lo dijo mucho, mucho después-, deseando, anhelando que bajara el rostro e hiciera realidad unos cuantos de mis sueños más interesantes.

No seas tonta. Es ahora o nunca. Ya habrá tiempo de arrepentirse más tarde.

Lo dicho: a veces, mi vocecilla interior sirve para algo.

Gracias.

Me levanté cuidadosamente para ponerme más a su altura -es decir, para que solo me sacara una cabeza en lugar de dos y, luego, no tuviera que necesitar un quiropráctico-y que no se espantara.

Él me seguía observando detenidamente. No sé qué es lo que estaría buscando, pero supongo que lo encontró puesto que se inclinó hacia mí a la vez que susurraba: —Llevaba tanto tiempo deseando hacer esto...

¿Y por qué no lo has hecho antes? Me hubiera gustado preguntar. Sin embargo, eso habría significado alejarlo de mí y ni por todo el oro del mundo lo habría hecho. Puedo pecar de muchas cosas, pero de idiota no.

Por segunda vez en menos de diez minutos, me quedé sin palabras. No puedo explicar lo que sentí cuando me besó. Solo sé que fue mágico, como si hubiera encontrado lo que no sabía que había

perdido; como si, finalmente, pudiese volver a respirar, aunque no hubiese advertido que me estuviera ahogando.

Soy consciente de que todo suena a cliché, lo reconozco, pero no importa y a pesar de que me esté muriendo de vergüenza por estar hablando en plan novela rosa barata, os prometo que fue completa y absolutamente real.

Todo lo que siempre quise y mucho más.

—Tanto tiempo... —volvió a murmurar Caleb antes de deslizarse hasta mi cuello. Me besó tan fuerte que fijo que me dejó una marca. Continuó

bajando hacia la clavícula mientras me apretaba la cintura para pegarme totalmente a él.

Perdimos un poco la cabeza.

¿Queréis saber si nos lo montamos en la habitación del hospital, estando mi madre postrada en la cama?

La respuesta es no.

¿Que cómo nos detuvimos?

Caleb susurró:

—Te he echado mucho de menos, Pandora.

Tarde un par de segundos en procesar el nombre y digamos que eso me quitó las ganas mejor que cualquier ducha fría.

Lo aparté de mí de un buen empujón. Caleb tenía los ojos desenfocados y los labios hinchados, nunca había estado mejor y, sin embargo, tampoco había estado peor.

Me había roto el corazón con siete miserables palabras.

Diría que ha llegado el momento de lamentarlo, ¿no?

Eso parece, aunque no creí que fuera tan pronto.

Ni yo.

Él continuaba mirándome confundido. No entendía por qué lo había apartado. Me pasé una mano temblorosa por la cara y me apreté los ojos con ella para no estallar en sollozos allí mismo.

Eso no. Ya me valía con saber que era la sombra de una mujer muerta.

Tampoco quería montar una escena. Al fin y al cabo, había sido culpa mía.

—Me voy —le dije. Mi voz sonaba tan hueca que me hubiera dado miedo en cualquier otro

momento. En ese instante, no importaba.

Caleb hizo ademán de seguirme y yo lo detuve.

—No vengas. Necesito pensar...

—Pandora...

—¡Pandora! —escupí—. ¡Me llamo Cassandra, gilipollas!

Me llevé una mano a la boca, profundamente herida, mientras retrocedía. De igual forma, cuando la compresión le iluminó los ojos, se horrorizó. Alargó la mano para detenerme:

—¡No me toques! —me di media vuelta y salí corriendo. No quería estar allí, deseaba encontrar un lugar en algún otro mundo en el que pudiera olvidarlo todo.

Era tarde, ya había caído la noche y no era aconsejable estar dando paseos a esas horas y menos con mi historial. A lo lejos, oí los coches de la policía. Se habían tomado con calma lo de enviar refuerzos, ¿eh?

Me froté el pecho. Me dolía tanto...

Sentía mucho más respeto por todas aquellas patéticas palurdas que se deshacían en llantos en la cafetería después de haber roto con sus respectivos novios ahora que era capaz de entenderlo. Más o menos. Caleb no me había hecho ninguna promesa, así que no tenía por qué haberme ilusionado de esa manera.

A día de hoy, no recuerdo exactamente el tiempo que estuve deambulando. Solo sé que en el segundo en el que alcé la vista, me encontraba delante de la casa de Ryan.

Cogí unas piedrecitas del jardín y se las lancé a la ventana. Iba por la cuarta o la quinta cuando la abrió.

—¿Qué quieres? Todavía estoy enfadado contigo. Ni siquiera he tenido una palabra tuya en dos semanas —siseó.

Guardé silencio unos segundos. Era verdad, no me acordaba. El ir allí había sido automático, un acto reflejo.

—Tienes... razón —se me cortó la voz.

—¿Cassie? —preguntó preocupado.

—Me marchó —debí de sonar muy mal para que Ryan se bajara de burro y me dijera que pasara.

Entré como una sonámbula. No os podría asegurar si sus padres andaban por allí o no, ni aunque mi vida dependiera de ello.

Una vez en su habitación tamaño caja de zapatos, me senté en el pequeño saliente al lado de la

ventana y me apoyé en ella tras haber recogido las piernas y haberlas abrazado con fuerza. Me sentía tan derrotada...

Si lo miraba objetivamente, tener el corazón roto no era una causa válida para esa especie de letargo, por mucho que, en aquel instante, me lo pareciera.

Qué boba.

—¿Qué ha ocurrido, Cassie?

—Nada.

Oí un suspiro resignado de fondo antes de que Ryan se acercara. Se sentó a mi lado y, por una vez, no me importó que me pillara los pies con el trasero.

—Mañana —susurré. Al día siguiente me disculparía y le contaría todo lo que quisiera saber. En cuanto se alzara el sol volvería a ser la de siempre.

El móvil que me había dado Caleb sonó. Por la melodía, era él.

—¿No lo vas a coger?

—No.

—Entonces, dámelo a mí y yo hablaré con él. Sea lo que sea lo que haya sucedido, tiene que saber que te encuentras a salvo.

Se lo entregué sin hacer muchos aspavientos y dejé que Ryan manejara la situación.

Cuando colgó, me obligó a ir a la cama y él se tendió conmigo.

—Descansa.

Me giré, mirando a la pared, y no tardé mucho en quedarme dormida.

Bien, supongo que no os sorprenderá que justo el día en que menos quería soñar con mi vida pasada fuera, precisamente, cuando más lo hiciera, ¿verdad? Os puedo asegurar que a mí no me pilló desprevenida.

La última vez me quedé en aquella pantomima de juicio. Zeus estaba sentado en su trono como el rey que era y el resto de su corte, varios peldaños más abajo. En esa ocasión, no faltaba nadie, ni siquiera el tipo que se sentaba en ese siniestro sillón de huesos.

Los dioses eran muy diferentes unos de otros, pero todos tenían algo en común, una mueca llena de desprecio hacia nosotros, quiero decir, hacia ellos, los acusados.

Allí, en medio de semejante hostilidad, Pandora se puso recta y alzó la cabeza con orgullo. Había que reconocerle a la chica esa actitud de no-he-hecho-nada-así-que-no-hay-nada-que-temer. Qué equivocada estaba... Ya había sido declarada culpable. Solo se encontraba en ese

estrado para escuchar la sentencia.

Delante de Zeus había una especie de escritorio caro de madera labrada y ornamentada. No os voy a aburrir con los detalles de la decoración, no interesan. Que la disposición de la sala fuera para abrumar y hacer que los reos se sintieran como hormiguitas no importa.

Zeus dio con el mazo para pedir silencio e inició el juicio con voz potente y clara.

—Se acusa a Epimeteo, hijo de Japeto; a Pandora, hija de nadie —eso le dolió, que Hefesto no la reconociera como parte de su descendencia—, y a Caleb, hijo de los hombres de abrir la puerta sellada al Plano de la Inexistencia cuya ubicación se hallaba dentro de la caja que se le

encomendó a la mujer para que fuera su guardiana y liberaron los males que ahí moraban. ¿Cómo se declaran los acusados?

Epi agachó la cabeza, avergonzado. Él era culpable de todas, todas.

Caleb y Pandora se miraron entre ellos antes de afirmar: —Nosotros no hemos abierto la caja. Ni siquiera estábamos cerca del titán cuando sucedió.

—Cierto, pero vosotros y vuestra traición fuisteis la causa de que Epimeteo se saltara las leyes. Por tanto, recibiréis el castigo que os corresponde como origen del mal.

¿Veis a qué me refería?

Les iba a dar igual cualquier argumento o discusión que emprendieran Caleb y Pandora. No saldría ninguno de allí sin llevarse un regalito.

Después de todo, los dioses se regían por la ley de la acción y reacción, ahora poseían la libertad necesaria para hacer lo que les diera la soberana gana.

Aun así, no es que nuestros chicos favoritos no intentaran razonar con ellos, porque lo hicieron, arduamente, por mucho que luego cayera en saco roto.

Cuando a Zeus se le hincharon las narices, por no hablar ya de otra zona del cuerpo más baja y más vulgar, dio un fuerte mazazo y gritó malhumorado: —¡Se acabó!

Y desde luego que se acabó. Dejaron de andarse con chiquitas y fueron directamente al grano. El rey de los dioses se puso en pie majestuosamente y proclamó los diferentes castigos:

—Epimeteo, hijo de Japeto, por tu grave pecado te condeno a perder aquello que más amas. El respeto de los animales que hasta ahora te consideraban su dios. Ya no podrás comunicarte con ellos y te atacarán en cuanto te vean.

—¡No! —gritó Epi como si le hubieran despojado de todo, pero lo peor estaba por llegar.

Una pelirroja guapísima se levantó de su asiento extravagante que representaba la luna junto a un cielo estrellado. Tenía los ojos verdes más profundos que jamás hubiera visto y también los más malévolos.

—Una vez al mes, cuando la reina de la noche esté en lo más alto y presente su imagen más regia, te convertirás en un monstruo de los que harán leyenda, con los mismos rasgos que antes aplacabas y la misma

rabia que antes calmabas. Vivirás recluso de esta maldición hasta que el Hontanar Primordial nos lleve a todos de regreso al abismo.

Solté un silbido. Si no me equivocaba, acababa de averiguar de dónde venía el mito del hombre lobo.

Epi empezó a tener convulsiones y aterrizó en el suelo, gritando.

Parecía que todos los fuegos del infierno estaban acampando a sus anchas por su cuerpo. Tardó unos buenos diez minutos en calmarse. En cuanto lo hizo, se encogió sobre sí mismo, en posición fetal, y gimió como un cachorrillo apaleado.

—Pandora, hija de nadie, por el delito de ser la causante de la caída de tu esposo, te condeno a capturar a los demonios que se han escapado hasta que los atrapes todos, sin importar las veces que mueras y te reencarnes.

—¿Podría tardar una eternidad! —exclamó.

—Entonces, así sea —Pandora se llevó una mano al cuello y vi que había aparecido la misma marca que yo tenía.

Viva la cazadora de demonios, qué bien se lo va a pasar.

De igual manera, su castigo tampoco había terminado. El rubio que se sentaba en el trono del sol al que reconocí como Apolo -cómo le gusta a ese tipo lanzarme maldiciones, ¿verdad? Van dos de dos-, se puso en pie y se situó junto de su gemela, la preciosa pelirroja pirada.

A Pandora le latía el corazón tan fuerte que casi se le salía por la garganta. Las cosas estaban a punto de empeorar:

—Olvidarás todo lo referente a tu amante humano y, por los siglos de los siglos, sentirás un vacío que no podrás llenar porque no sabrás lo que has perdido.

Pandora se llevó ambas manos a la cabeza y se dejó caer de rodillas en el suelo. No volvió a moverse. Pensé que había dejado de respirar, incluso.

Finalmente, jadeó.

—¿Pandora! —Caleb se agachó a su lado. Sin embargo, cuando ella le miró, la falta de reconocimiento me heló el alma. Era verdad que lo había olvidado.

Como yo.

—¿Quién eres?

Caleb dio un paso atrás y por poco pierde el equilibrio.

—Pandora... —había tal tristeza en su voz que no pude evitar estremecerme. Quise acercarme a él y abrazarlo con todas mis fuerzas. Por un segundo, permití que la compasión ganara al sentido común. Di dos

pasos hacia él pero Zeus volvió a hablar, recordándome que todo aquello era agua pasada, que no lo podía cambiar.

—A ti, Caleb, hijo de los hombres, te tenemos reservada una penitencia especial —apareció delante de ellos la caja firmemente cerrada.

Y vaya si lo fue. Obligaron a Pandora a abrir ese maldito artefacto una vez más y de aquel abismo negro emergieron unas cadenas que atravesaron a Caleb y se aferraron a él cual viciosas serpientes.

—Permanecerás en la caja y lucharás toda la eternidad contra los demonios que has ayudado a liberar.

La última en interpretar su papel en aquella escena fue Afrodita. Se levantó de su trono hecho de espuma de mar y dijo: —La sombra de vuestro amor será a lo que más temerás puesto que de él nacerá el demonio más poderoso de todos —tanto de Caleb como de Pandora surgió algo, un ente, no tengo palabras para definirlo. Lo único que sé es que era puro y maravilloso, cálido y dulce, y que se deformó de tal manera que se convirtió en otra cosa mucho más mezquina, obsesiva y aterradora después de que la diosa del amor chasqueara los dedos—. Tu adversario, Amor Retorcido. ¿Cuánto tiempo crees que serás capaz de mantener la entereza?

—se rió.

—¡No! —pero fue demasiado tarde. Caleb y el demonio fueron devorados por la caja y no se les volvió a ver nunca más.

15

La situación se me escapa de las manos

Me desperté con el adagio de Albinoni flotando en la habitación. No sé por qué, pero a Ryan siempre le había gustado esa música tan triste. Decía que tenía algo melancólico y sugerente a la vez. A mí, solo me producía ganas de llorar.

Vamos, precisamente lo que necesitaba.

Me senté en la cama y me pasé una mano por el pecho. Por alguna razón, todavía me seguía doliendo. No lo comprendía. No me había llevado ningún golpe ni nada y, obviamente, que tuviera el corazón destrozado no debería afectarme físicamente.

Hice una rápida lista mental para averiguar hasta qué punto se habían torcido las cosas: a-Tenía demonios malos malos detrás de mi estupendamente redondeado trasero y no para jugar a ser

coleguitas míos precisamente.

b-Mi madre estaba en coma y todos mis amigos enfadados conmigo sin razón aparente -salvo Ryan, él había sido muy claro al expresar su descontento-.

c-Había sufrido una crisis de ansiedad en el instituto después de que me expulsaran y debía regresar al día siguiente.

d-Un titán chalado deseaba matarme, aunque lo había pospuesto por petición de un hermano del que tampoco podíamos afirmar que tuviera todos los tornillos bien colocados.

e-Había descubierto que alguien manejaba los hilos de Prometeo desde las sombras.

Quién era, qué quería y por qué lo hacía; no tenía ni la más remota idea.

f-Me había enamorado de mi autoproclamado guardaespaldas que, a su vez, continuaba colado por mi *yo* de una vida anterior.

g-Era muy posible que, además, él fuera el demonio más poderoso de todos.

Lo mirase por donde lo mirase, la situación era un asco. Por no hablar de agregar a la mezcla a la tal *Esperanza*. Todavía no había hecho acto de presencia, así que no podía encasillarla ni en el bando de los buenos ni en el de los malos.

Y ya puestos a pensar en cosas deprimentes, también debía tener en cuenta lo de Lisa y el hospital y lo de ese profesor que afirmaba que me había visto *dándole una paliza* a nuestra buena chica, la animadora estrella.

Justo cuando ya estaba empezando a desesperarme, Ryan abrió la puerta de la habitación, secándose con una toalla.

—Anda, no sabía que te habías despertado.

Asentí con la cabeza. Era obvio, ¿no?

—¿Te encuentras mejor?

Volví a asentir.

—¿Quieres darte una ducha mientras preparo algo de desayunar? Hay ropa tuya en el armario.

—¿Tus padres?

—Mi madre en misa y mi padre trabajando, para no variar.

—¿Te han dicho algo porque me quedara a dormir anoche?

—No lo saben.

—Ah, vale.

Ryan suspiró y se acomodó en la cama con unos pantalones vaqueros puestos pero sin camisa y descalzo. Se colocó la toalla sobre los hombros.

—Cassie, ¿qué ocurre? Estoy muy preocupado por ti. No sé qué hacer para ayudarte porque no me dices nada. ¿Es que ya no confías en mí?

—Sí que lo hago. Sé que puedo contar contigo. Ahora mismo, es lo único que me mantiene cuerda. Solo quiero protegerte. No quiero que acabes en el hospital igual que mi madre.

Ryan me miró con simpatía antes de negar con la cabeza.

—Qué cabezota eres.

Sonreí, no con una de esas sonrisas que llenan la cara, pero fue más de lo que había creído posible minutos antes.

—Gracias —y aquello no era ninguna respuesta sarcástica.

—Venga, a la ducha. Hablaremos mientras te lleno el buche.

Al final, me convenció para que se lo contara todo a pesar de mi reticencia. Seguía teniendo mucho miedo de que se convirtiera en un objetivo por la cantidad de información que poseía. Sin embargo, y como

muy bien me hizo notar Ryan, ya era un objetivo por el simple hecho de que se trataba de alguien importante para mí.

Pese a todo, era estupendo tener de vuelta a mi mejor amigo. Lo había echado muchísimo de menos.

Caleb me llamó de nuevo ese día y Ryan tuvo la amabilidad de responder otra vez. Me sentía tan idiota que solo de pensar que debía enfrentarme a él, se me hacía un agujero en el estómago.

Pues será mejor que llegues a un acuerdo con ello, porque mañana te lo encuentras fijo.

Lo sabía. Era consciente de que no podía mirar hacia otro lado solo porque hubiera algo que no quería ver -por muy grande que fuera la tentación y, creedme, era enorme-, pero se me hacía muy cuesta arriba encontrar el ánimo para encararlo.

En fin, no merece la pena relataros nada del resto de mi glorioso -

comillas, comillas-fin de semana. Lo interesante no empezó sino hasta el día siguiente. Me pasé toda la mañana jugando al escondite con Caleb mientras soportaba el *bullying* del resto.

¿Quién habría pensado al comienzo del curso que me convertiría en la *palabra malsonante* del instituto sin haber tenido una cita siquiera? No solo eso, además le añadían detrás la coletilla que más me gustaba del mundo; sí, la calificación de *loca*.

Todo esto hace que me plantee para qué sirven todas esas charlas y carteles de *Tolerancia cero contra el acoso*. Quedan muy bonitos colgados en la pared, eso sí.

También es cierto que no hay muchas cosas que puedas hacer si se dedican a criticarte a tus espaldas y aunque había aprendido a ignorar -en la medida de lo posible- las risitas, los comentarios por lo bajo, las zancadillas y que entrara en el baño y las conversaciones se detuvieran, la gracia llega cuando vienen de cara y tú cometes el terrible pecado de atrever a defenderte.

Íbamos por el cuarto periodo, había conseguido sortear a Caleb en el cambio de clases y en el almuerzo, y me dirigía a Literatura Universal -

créditos extra en humanidades para la beca-cuando dos cachas bobos que tienen más aire que cerebro y quieren quedar bien con el grupito de los populares me interceptan:

—Eh, Cassandra, no dejes que los perros te convenzan de que nos mates a todos —se mofó uno de ellos. El otro, simplemente, le rió la broma y le

chocó los cinco.

—No te preocupes. La próxima vez que te dirijas a mí, haré como que no te he visto.

—¡Qué!

Todo el mundo a nuestro alrededor se rió a mandíbula batiente. Yo sonreí con suficiencia. ¿A que ya no molaba ser el objeto de las burlas?

Me da que no, puesto que el tío se puso un pelín agresivo.

¡Bien! Tu tercera pelea en menos de un mes. Todo un record.

Perdona que no me sienta orgullosa de mí misma.

Da igual. Ya lo hago yo por las dos.

Estupendo.

Tal vez, el muy idiota se creía muy macho por el hecho de pegar a una chica que era la mitad que él en peso y a la que le sacaba, al menos, una cabeza. Es lo que suele suceder con todos los matones. No obstante, él no sabía una cosa y era que Caleb me había enseñado a pelear sucio si hacía falta y, obviamente, éste era uno de esos casos.

Bien, llegados a este punto, creo que sería conveniente otorgarles -y uso otorgarles porque deberían sentirse muy honrados de que me dirigiera a ellos de alguna manera-un mote a cada uno ya que no podría recordar sus nombres ni aunque lo intentara -que no voy a hacerlo, no merece la pena, dicho sea de paso-, así que iremos con Imbécil 1 e Imbécil 2.

Imbécil 1, el que había querido hacerse el gracioso pero le había salido el tiro por la culata descargó un puñetazo que no esperaba que desviara con la misma facilidad con la que alguien

espanta a una mosca pesada. Utilicé su perplejidad a mi favor y con la mano derecha le golpeé fuertemente debajo de la mandíbula, lo que hizo que echara la cabeza hacia atrás y sacara estómago. Como era previsible, se llevó las manos a la zona herida y dejó todo el pecho descubierto. Aquello fue como un paseo por el parque para ir a coger florecillas para la abuelita. Le di un puñetazo en la barriga, Imbécil 1 se dobló hacia delante y, con un pequeño golpe en la cabeza, acabó gimiendo patéticamente en el suelo.

Imagino que Imbécil 2 creyó que era un buen momento para intervenir.

Sin embargo, no me apetecía que me clavaran un parte por culpa de aquellos dos capullos, así que le di un golpe bajo y le coloqué los testículos por corbata.

Suena chabacano, pero es la pura verdad de Dios.

Me alejé de allí sin mirar atrás. Por lo menos, si querían expulsarme, ahora tenían un verdadero motivo.

¡Qué rebelde!

En fin, el señor Griller ya se encontraba en clase, borrando la pizarra, cuando entré.

—¡Ah, señorita Kenyon, la hemos echado de menos! —sonrió dulcemente.

No pude por menos que devolverle la sonrisa. Era uno de los pocos docentes a los que, de verdad, respetaba.

Me senté en uno de los pupitres de delante. Todavía estábamos solos en el aula.

—He oído algo sobre sus problemas, señorita Kenyon.

Ni un corsé ortopédico hubiera conseguido ponerme más rígida.

—No le voy a preguntar nada si eso es lo que teme —continuó—.

Considero que usted es una jovencita con una cabeza muy bien amueblada a pesar de todo lo que se ha rumoreado en los pasillos.

Me sentí obligada a recordarle que acababa de regresar de una expulsión, a lo que el señor Griller respondió con un laxo encogimiento de hombros: —Sinceramente, para mí, su palabra es mucho más válida que la del entrenador Lawson.

¿Por qué no me sorprende -ni ahora ni en ese momento- que hubiera sido él quien estuviera detrás de la falsa acusación?

—Gracias, señor Griller.

—Tonterías —sonó la campana—. Tengo una cita para usted, señorita Kenyon —comentó mientras el resto de alumnos se iban colocando—:

«Todos los hombres están locos y, pese a sus cuidados, solo se diferencian en que unos están más locos que otros».

—Nicolas Boileau.

—Muy bien —asintió complacido antes de comenzar la lección.

La hora se me pasó volando. Por desgracia, el mundo real me seguía esperando fuera.

Eso se traducía en que Caleb y Jackson se alzaban los dos delante de la puerta de la clase como dos gorilas de discoteca, con los brazos cruzados en el pecho y mirándose hostilmente el uno al otro.

Ya veía otro capítulo en mi culebrón. Gemí interiormente. ¿Podría pedir derechos de autor cuando lo adaptaran a la tele? Si hasta se me había ocurrido un título y todo: Cassandra, un drama adolescente.

Vaya pesadilla.

En cuanto me vieron salir, ambos se acercaron a toda velocidad.

—Cassie, ¿puedo hablar contigo un momento? —preguntaron a la vez.

—Lo mío es más importante —cortó Caleb.

—Lo dudo mucho —rebatió Jackson.

Dios, se estaban comportando como críos y, con ello, hacía que me quisiera tirar por un puente.

—Ya basta —les cogí de las manos y los arrastré conmigo a la parte de atrás del instituto. El edificio principal tiene forma de *e*, cuando la biblioteca estaba unida a este por el pasillo exterior, el plano era el de una *u*.

Luego, el gimnasio, las pistas y el campo de fútbol se hallaban apartados, a mano izquierda desde la principal. Si es que no había nada como la financiación del estado y saber en qué aprovecharla, ¿verdad?

En menos de dos minutos, salimos los tres en la puerta trasera -ah, qué recuerdos, la primera vez que huí de Caleb, la primera vez que hablé con Jackson, la primera vez que tuve una alucinación en la que oía una voz en mi cabeza ajena a la mía y me susurraba un nombre...-, los miré fijamente y con cierto resentimiento.

—¿Qué os pasa! ¿Habéis fumado algo raro? No puedo creer que os comportéis de esa manera habida cuenta todos los chismes que circulan ya sobre mí. ¿Es que queréis que vayan a peor?

Qué monos estaban compungidos. Para comérselos.

¡Que aproveche!

De eso nada.

—A ver, tú, desembucha —le espeté a Jackson— y más vale que sea algo bueno.

Le echó una ojeada a Caleb antes de preguntarme:

—¿Tiene que estar él delante? Lo que quiero decirte es privado.

Cogí aire y lo solté. Paciencia, necesitaba paciencia para atravesar todo aquello. Como las cosas siguieran así, tal vez aceptara la sugerencia de aquel cazarro, Imbécil 1, y matara a alguien.

—¿Puedes darnos unos minutos a solas? —le pregunté a Caleb—. Te prometo que no me voy a escapar a ninguna parte.

No podía darle largas hasta el fin de los tiempos. Además, me sentía un pelín nerviosa con él, todavía. ¿De verdad estaba poseído por Amor Retorcido?

Algo dentro de mí se negaba a creerlo... Aish... si es que ya no sabía ni qué pensar.

Finalmente, asintió con reticencia y se alejó unos metros, lo suficiente para hacerme saber que seguía allí, pero no lo bastante como para escuchar la conversación.

—Supongo que esto es mejor que nada. Sin embargo, no era así como había pensado declararme.

Aquello hizo que sonaran todas mis alarmas.

—¿Declararte?

—Sí —si los nervios tomaran forma humana, sería la suya. No paraba de moverse y de retorcer las manos—. Verás... eh... hace tiempo que me fijé en ti... y yo... bueno... yo... —¿se había sonrojado?—, creí que no me soportabas... y ahora... bueno... creo que hemos podido conocernos un poco mejor... y... —se pasó una mano por el pelo—. Esto es mucho más difícil de lo que había pensado —se aclaró la garganta, enderezó la espalda y fue al grano—. Me gustas mucho, Cassie. Tu ingenio, tu carácter, tu mente... eres cautivadora. Puedo hablar contigo de cualquier cosa y escuchas lo que digo. Me siento cómodo contigo. No tengo que fingir ser alguien que no soy. A ti no te importa que yo sea fulanita o menganita, me tratas como si fuera normal... y bueno... —flaqueó—. Me preguntaba si...

bueno... si querrías salir conmigo... ya sabes... en una cita... después del partido del sábado...

Hubiera sido adorable si no fuera tan incómodo. Eché una ojeada a Caleb quien, por cierto, estaba tratando de matar a Jackson con la mirada.

No sé por qué, pero me daba la impresión de que lo había escuchado. Eso o era un *crack* leyendo los labios.

—Jacks, yo...

—No me respondas todavía —alzó la mano para detenerme—.

Piénsatelo. Sé que tus afectos se dirigen hacia otro lado —sus ojos se desviaron indudablemente hacia Caleb mientras yo pensaba: ¿afectos?

¿Hola? ¿Es que acabamos de salir de un libro de Jane Austin?

¿Dónde está el señor Darcy cuando se lo necesita?—, pero considéralo, por favor.

—Jackson... —suspiré— no es solo eso.

—¿Hablas de los rumores?

—Y de Lisa.

—Lisa me dejó. Fui a verla al hospital. Se sentía muy avergonzada de todo lo que había hecho y quería que te pidiera perdón.

No sabía qué decir.

Él se acercó a mí y me agarró gentilmente de los brazos. Por un segundo, me dio la impresión de que Caleb había gruñido, pero luego lo descarté, creyendo que eran cosas mías.

—Piénsalo —me besó en la mejilla -peligrosamente cerca de la boca-y, en ese momento, sí que oí el gruñido.

Jackson se marchó después de haber intercambiado ese tipo de mirada de advertencia que se envían los hombres entre ellos. Aquella en la que se decían de todo, pero sin palabras y cuyo significado no conocían más que los miembros del género masculino.

—Vamos a casa —escupió Caleb nada más desaparecer Jackson.

—No sabía que era esto lo que quería decirme.

Caleb se encogió de hombros lo que, por cierto, me sentó como una patada en el intestino. ¿Y yo para qué me justifico? ¿Soy tonta? ¿Y por qué siento como si lo hubiera traicionado?

Señor, qué lío.

Fuimos adonde había aparcado la moto acompañados por un silencio tan tenso que podría haberse cortado con un cuchillo. El viaje no fue mucho mejor. No pude evitar suspirar de alivio cuando llegamos y me aparté de él.

¿Debía recordarle que deseaba decirme algo o me iba a mi habitación hasta que se le pasara el cabreo?

Decisiones, decisiones... Mmm...

—Acompáñame a la cocina.

Decidido, pues.

Lo primero que hizo fue presentarme a mis tres amiguitas de la alegría.

Esas pequeñas pirulas sin las cuales no puedo vivir. Bueno, miento, sí que puedo, aunque luego no habría quién me soportara y, tal vez, terminarían enviándome a hacerle una visita a los peces de la bahía. Cosa con lo que me habían amenazado una o dos veces -o un millón-, pero ¿quién las cuenta?

Todo esto me recuerda que me he pasado por el arco del triunfo la cita con la doctora McAnnam.

Qué pereza.

Me las tomé sin escandaleras; entonces, me di la vuelta e hice ademán de marcharme.

—Cassie, necesito hablar contigo todavía.

Fruncí el ceño al girarme.

—¿Sí?

Si quería algo de mí, iba a tener que currárselo. No solo me había rechazado ese fin de semana sino que, además, ahora se enfadaba conmigo como si yo tuviera la culpa de que Jackson quisiera meterme la lengua en la garganta.

No tenía sentido.

—Quería pedirte disculpas por lo que sucedió el sábado. Mi forma de actuar fue inexcusable.

¿Pero qué les pasaba a todos con usar palabras del año la polca? ¿No podía haber dicho algo en plan de *me porté como un gilipollas, lo siento*?

Además, ¿por qué se estaba disculpando? ¿Por besarme? ¿Por llamarme Pandora? ¿Por hacerme tanto daño que solo quería buscar un agujero y desaparecer?

Hala, dramática, pensaréis. Lo soy, que me demanden.

No obstante, no me atreví a preguntárselo. ¿Qué ganaría con saberlo?

¿Qué obtendría con confirmar lo que más temía, que era un simple reemplazo de mí misma?

Nada aparte de dolor y ya había sufrido suficiente.

—¿Eso es todo? —inquirí con voz plana.

Él fue a decir algo más pero, de repente, se fue la luz aunque regresó inmediatamente. El apagón no duró más de dos segundos y, a pesar de eso, algo parecido a un manto lleno de devastación cayó sobre mí y me dejó temblando.

Me froté los brazos con las manos para tratar de entrar en calor.

Aquello no podía ser, no, imposible.

Imposible... pero real.

Y la ratificación me llegó de boca de una diosa completamente furiosa.

Atenea se presentó con casco, búho y todo. Estaba ruborizada, tenía los ojos verde esmeralda desbordados de ira y entrecerrados, los labios tan apretados que parecían líneas invisibles e iba equipada con más armas que Rambo.

—¿Vas a asaltar algún banco? —pregunté sarcásticamente.

Sí, hizo aparición esa mala costumbre mía que debería ir pensando en perder de vista porque no hacía más que meterme en líos.

—Sería gracioso, humana, si no hubieras metido tanto la pata —siseó.

—¿Estás segura de que eres Atenea y no Medusa?

El siseo se hizo más profundo. Me crucé de brazos y fui a lanzar otro ataque, pero Caleb lo previno al taparme la boca con la palma.

—¿Qué ha pasado?

—Que te lo cuente la inútil de tu amiguita. Está visto que solo sirve para causar problemas.

Eso me había picado.

Pues vosotros tampoco os habéis lucido, le grité mentalmente. A ver si te crees que no sé que fueron los dioses los que metieron aquella voz machacona en la cabeza a Pandora para que abriera la caja.

Será mejor para tu salud que no repitas eso de ninguna de las maneras, me amenazó.

Bravo, venga conversaciones mentales con seres sobrenaturales poco después de haberme tomado las pastillas. ¡Y luego se quejan de que no quiera hacerlo! ¿Cómo es posible?

—¿Cassie? —inquirió Caleb preocupado.

—Han liberado la red del instituto.

Aquí, el muchacho, adquirió un tinte mortecino. Sí, tenía una ligera idea de lo que había querido decir. Si habían liberado la red del instituto, significaba que habían abierto el acceso restringido de Internet y los demonios pululaban a sus anchas por el panorama mundial y, para ello, necesitaban una sola cosa.

Me registré los bolsillos y, luego, miré en la mochila. Cogí el móvil y llamé a casa de Ryan, aunque conocía la respuesta de antemano.

—¿Sí?

—¿Ryan?

—Sí, soy yo, ¿quién es?

—Cassie. Oye, no me dejaría por allí el Ipod, ¿verdad?

—No, ¿por? ¡No me digas que te lo han quitado!

Bingo.

—No creo. Es solo que con todo lo que ha ocurrido este *finde*, no sé qué he hecho con él.

La verdad es que, últimamente, tengo la cabeza en las nubes.

—Avísame si lo encuentras, ¿vale?

—Vale.

—Hasta mañana.

—Sí, hasta mañana.

¡Por todos los dioses habidos y por haber en todas las culturas de la tierra! Me habían mangado el Ipod. ¡Me habían robado la caja!

Lo que era peor, habían podido abrirla, ¡y sin mi ayuda!

Sin embargo, eso me dejaba de problemas hasta el cuello. ¿Por qué? Es muy fácil. A los de arriba no les importaría que me lo hubieran quitado. Lo único que verían sería que lo habían utilizado para volver a liberar a los demonios y que se supone que tan solo yo podía abrirlo debido a los mecanismos que implementaron después de que Epi la abriera aquella primera vez. Vamos, no hay que ser un genio para saber cuántos son dos y una.

Atenea había intercedido por mí la última vez, así que su posición también pendía de un hilo. En resumen, la situación se me había ido de las manos.

16

De una crisis a otra y tiro porque me toca

Bien, como era de esperar, estaba de mie... hasta el cuello y no tenía ni idea de cómo arreglarlo. No sabía qué hacer.

Una horrible sensación de impotencia me recorrió de los pies a la cabeza a pesar de que ya debería estar acostumbrada. Total, llevaba así desde que me había metido en ese lío.

¿Por qué no escucharía a Ryan cuando me dijo que no entrara en aquella página web?

Creo que no me he arrepentido de nada en mi vida tanto como de eso.

Además, lo que me fastidiaba no era el hecho de haber perdido de vista la puñetera caja.

Si por mí fuera, no la querría a menos de quinientos metros de distancia.

De hecho, pediría una orden de alejamiento, sino que me la hubieran mangado. Pensadlo un momento. El sábado por la tarde, antes del desastre de los titanes -casi parece el comienzo de una nueva era-, tenía el Ipod. Eso es seguro porque siempre lo llevo encima, junto con el mp3 que me regaló mi madre allá por el año de la tana. Las únicas veces en las que abandona el bolsillo interior de mi chaqueta es cuando voy a capturar a un demonio o cuando lo dejo en el centro del escritorio, encima de los libros, al lado del estuche y alineado a éste. Con lo cual, eso me deja un margen de algo más de cuarenta y ocho horas en las que podría haber desaparecido. Si tenemos en cuenta quiénes se han arrimado a mí en este tiempo, solo tengo tres sospechosos -aparte de Imbécil 1 e Imbécil 2, que no cuentan-y son Ryan, Jackson y Caleb.

Darme cuenta de ello hizo que se disparara el corazón y se me pusiera el estómago en la garganta. Uno de ellos me había traicionado.

Miré a Caleb, que iba de un lado a otro de la cocina, con una mano apoyada en los riñones y la otra se la pasaba una y otra vez por el pelo. Era

la misma imagen de la preocupación. ¿De verdad podría ser todo una farsa?

¿Serían sus reacciones todas fingidas?

Si era así, que alguien lo nominara para los Oscars, por favor.

—Tienes que ir a ver a Hefesto. Él podrá ayudarte —soltó Atenea de repente.

—¿Qué?

—Hefesto. Es el dios que creó la caja. Seguro que le puso algún tipo de mecanismo para encontrarla.

—¿Y por qué no lo usasteis la primera vez que desapareció?

—Porque no funciona con determinados seres —respondió enigmáticamente.

Lo archivé en mi mente para analizarlo más tarde. Básicamente, en algún momento en el que la casa no estuviera cayéndose a pedazos.

—¿En serio crees que me recibirá? —dudé.

No podía decirse que el dios y yo mantuviéramos la más cordial de las relaciones, habida cuenta lo que había ocurrido durante el juicio cuando el muy capullo había girado la cara al ver que Pandora le imploraba ayuda con la mirada.

Era incapaz de olvidar el hachazo de dolor que le había sesgado el corazón al percatarse de la

repudia de quien la había creado.

—Lo hará —ojalá su confianza fuera contagiosa. No me vendría nada mal un poquito ahora mismo.

En fin, también quería preguntarle a santo de qué venía tanta seguridad, pero era una diosa. La arrogancia venía implícita en el paquete. Se quitó un pendiente y me lo puso -que no tuviera agujeros en las orejas era lo de menos-.

—Esto te llevará adonde desees ir. Solo tienes que decir en voz alta el lugar o la persona a la que quieres ir y, después, *Taxidi!*

Ni siquiera esperó a que asintiera. Simplemente, se marchó.

Sí, su Alteza. Claro, su Alteza. Lo que usted ordene, su Alteza.

Idiota.

Hala. Ya no me cae bien. Por prepotente y mezquina.

Sigue siendo una diosa y puede escucharte.

Me da igual, repliqué a mi otro yo, enfurruñada.

En fin, por mucho que quisiera quedarme a discutir conmigo misma, había problemas que urgían resolver.

—¿Vienes? —inquirí a Caleb. Quería creer que él no había tenido nada que ver con aquel desastre.

—No puedo. Hefesto no te ayudará si me ve aparecer. No me soporta.

Fruncí el ceño.

—¿Por qué?

Caleb puso los brazos en jarras y contestó exasperado: —Cass, este no es momento para ponerse a contar historias sobre los dioses y las razones que hay detrás de sus acciones. No hay tiempo que perder. A cada minuto que pase, los demonios se harán más fuertes. Todavía no entiendo cómo es posible que hayan abierto la caja sin tu ayuda... —empezó a divagar mientras retomaba su paseo por la cocina.

Parecía que hubiera olvidado completamente mi presencia. Estaba totalmente enfocado en tratar de resolver el misterio.

Bueno, en algo sí que tenía razón: no iba a quedarme quieta a verlas venir.

Me llevé una mano a la oreja y acaricié con suavidad el pendiente. Por un segundo, pensé en que me hubiera gustado enterarme de esta forma de viajar antes. Así no habría tenido que atravesar

toda aquella horrible experiencia con *el cerdito*. Solo de recordarlo, me dan ganas de vomitar -tal cual y muy finamente expresado, sí, señora-.

—A Hefesto, *Taxidi!*

Lo primero que percibí cuando me materialicé fue la soberana ausencia de calor que había. Era extraño. Si se suponía que había ido a parar a una fragua, ¿no debería estar ya sudando a mares?

No solo eso. Normalmente, si uno se aparece en un sitio en el que no ha sido invitado y, encima, el dueño le odia, bueno, lo lógico habría sido que le gritaran como mínimo, por no hablar de que le molieran a palos.

Sin embargo, solo me saludó un silencio escalofriante. El lugar parecía casi abandonado, como si hiciera mucho tiempo que no se usara. La fragua estaba llena de cenizas; el fuelle, roto y las herramientas oxidadas, hasta el yunque había visto días mejores. Todo tenía un aspecto descuidado, lleno de polvo y telarañas... y había botellas de whisky para detener a un camión.

¿Había ido a parar a la herrería de algún borracho por error?

Estúpido pendiente. ¡Te has equivocado!

—¿Quién anda ahí? —pegué un respingo. Me di media vuelta para encontrarme con que el bulto extraño en el que había reparado antes, se trataba de una persona, quiero decir, un dios.

El tío hacía malabarismos para guardar el equilibrio encima de un tocón de madera.

Pues menos mal que solo está sentado, que si no...

Cierto. Además, había estado acurrucado de mala manera, apoyado en una desvencijada mesa y tapado con una especie de manto; por eso, había creído que era algún tipo de estatua o algo por el estilo.

Si aquel era Hefesto, no se hallaba en mejores condiciones que su casa.

Llevaba el pelo largo, enredado y desgreñado. Seguro que si le pasaban un peine, sacarían suficiente grasa para hacer manteca.

¡Puaj, qué asco!

Ya, pero no deja de ser verdad.

Tenía joroba y la mitad de la cara desfigurada.

Cuando, por fin, consiguió ponerse de pie, se tambaleaba tanto que me dio miedo de que se fuera a estrellar contra una de las paredes.

—¿Quién eres? —repitió arrastrando las palabras.

—Cassandra —traté de que mi voz sonara fuerte y rebosante de confianza... Ja, el maullido de un

gatito hubiera tenido más éxito.

Hefesto peleó contra su estado de embriaguez e intentó enfocar la mirada en mí.

—¿Te conozco?

—Más o menos —nada, habrá que ir yendo al fondo de la cuestión. No podía pasarme el día viendo de lo que era capaz aquel dios borrachín. ¿Es que planeaba quitarle el puesto a Dioniso?

—Atenea me ha enviado porque necesitamos tu ayuda.

—¡Atenea! ¡Cómo se atreve a pedirme algo después de lo que me ha hecho!

—Esto... no lo sé. No estoy al tanto de las peleas entre dioses, ya tengo suficiente con las mías propias...

—Eres un poco irrespetuosa para ser humana —comentó como si le hiciera gracia—. ¿A quién me recuerdas...?

—¿Quería preguntarte si has instalado algún tipo de mecanismo que me permita encontrar la caja de los infortunios?

—Cassandra... —él parecía estar haciendo memoria y yo estaba a punto de perder la paciencia.

Lo volví a intentar:

—¿Hefesto? He perdido la caja y necesito volver a encontrarla, ¿me puedes ayudar?

Por eso odiaba hablar con borrachos.

—Cassandra... —de repente, hizo el sonido de alguien que se hubiera dado cuenta de algo importante y me miró con los ojos como escudos espartanos—. Pandora... Mi Pandora...

Por favor, no me digas que eres otro de los que está obsesionado con ella. Mi alma no podrá soportarlo.

Tranquila. Este tipo parece de los de "Pandora, mi niña", aunque también es posible que se deshaga en lágrimas. He oído que algunos amigos de la botella lo hacen.

No sé si eso sería mejor.

No obstante, toda aquella impresión duró apenas unos segundos. Los ojos del dios brillaron de una forma tan calculadora que me dieron escalofríos. Hizo un gesto con la mano y tanto la fragua como él mismo recuperaron el lustro que, seguramente, no habrían disfrutado desde hacía siglos.

—Bien, decías algo de la caja y de que la habías perdido. Atenea te ha enviado al sitio correcto.

¿Ya no estaba como una cuba? ¿Adónde había ido la borrachera?

—Sin embargo, todo tiene su precio, querida.

¿Por qué será que no me sorprende?

Bueno, estás tratando con dioses. Ellos siempre tienen un precio. Por culpa de Némesis salió toda aquella chorrada de pactar con el diablo, respondió mi vocecilla.

Eso no lo sabía.

—Tendrás que recuperar las partes de un objeto que necesito.

—¿Eso es todo? —Fruncí el ceño—. ¿Dónde está la trampa?

—No hay ninguna trampa. Eso es todo.

—Entonces, ¿por qué no vas tú mismo?

—Porque los dioses no pueden cruzar el territorio de otros dioses.

Aquello me olía a chamusquina.

—¿Qué es lo que quieres que busque?

—La pregunta más importante aquí no es lo que yo quiero que busques, sino cuánto tiempo podrá permanecer con vida ese inútil que provocó la caída de mi Pandora.

—¿Qué quieres decir? —pregunté llena de miedo.

—¿Aceptas el trato o no?

—¡Qué quieres decir!

—Los segundos pasan... ya puedo oír a las Moiras preparar el hilo de la vida de ese mortal...

Para aquellos que no estén versados en la mitología griega, las Moiras eran las diosas del destino. Ellas decidían cuando le había llegado la hora a un ser humano. Entonces, cogían el hilo de la vida de dicho mortal y lo cortaban con unas tijeras. Para más detalles, os recomiendo que veáis la peli de *Hércules* de Disney. Tiene graves faltas de rigor histórico que no me voy a poner a discutir ahora, pero la escena de las Moiras y Hades está muy currada.

De ahí que me asustara tanto que la urgencia de llegar a su lado impidiera que me pensara bien lo que estaba haciendo. En serio, ¿a quién se le ocurre firmar un contrato con unas especificaciones tan vagas?

Pues claro, a mí.

Y, creedme, después me arrepentí, pero de eso os enteraréis más adelante. Ahora, es el momento de que os narre la parte en la que Hefesto chasquea los dedos y el fuego de la fragua se enciende con un *puff*.

Por lo visto, con él, un simple asentimiento de cabeza valía para venderle tu alma.

No lo hice. Si ese hubiera sido el caso, todo hubiera sido infinitamente más fácil.

El dios parecía estar rebosante de energía, muy feliz a mi costa. Empezó a trabajar en algo. No estoy segura de lo que era y tampoco le pregunté.

Qué queréis que os diga, es como cuando alguien que no tiene ni idea de ordenadores le pregunta a un *friki* cómo instalar un sistema operativo; es mejor dejar que ellos obren su magia en lugar de nos hablen en chino y no enterarnos de nada.

El olor a humo y azufre llenó el aire. La temperatura comenzó a ascender gradualmente y la luz inundó la estancia. Hasta entonces, no me había dado cuenta de las penumbras que me habían rodeado.

—¡Ya está! —se rió el plan maniaco total con una pizca del *excelente* del señor Burns.

Me miró con una sonrisa en los labios y, antes de que me diera cuenta, me encontré estampada contra la pared con ambos brazos extendidos en forma de cruz.

—¡Qué haces!

Hefesto se acercó a mí amenazadoramente. Por cada paso que daba, yo jadeaba dos veces y, con una mueca sádica, cogió un cuchillo cuya hoja era

tan larga que se asemejaba una sierra eléctrica.

—Solo necesito un par de ingredientes más y lo terminaré. Será mi obra maestra —habló para sí.

Me daba la sensación que el pasar demasiado tiempo solo había debido de afectarle de alguna manera.

Tú no eres la más indicada para hablar.

Ya.

Contrariamente a lo que pensaba, Hefesto me cogió de la trenza -que, por cierto, era fabulosa y larga hasta la cintura-y me la cortó de una pasada a la altura del cuello. Después, lo echó a una especie de molde que contaba con una pasta extraña y al rojo vivo.

Hala, ahí van treinta centímetro de pelo.

Podría haber sido peor.

—Un último toque, Pandora.

Has cantado victoria demasiado pronto.

—No soy Pandora —aunque no sé por qué me molestaba en señalárselo. ¿Es que todos los dioses estaban chalados o solo los que me encontraba yo?

Obviamente, me ignoró y volvió a acercarse a mí con el cuchillo mastodóntico en ristre.

Esta vez, apuntó a mi garganta.

Ni que decir tiene que estuve a punto de orinarme encima como una auténtica campeona.

Sin embargo, en lugar de rebanarme el cuello igual que a un cerdo -cosa que hubiera sido muy contraproducente y que hubiera impedido que os estuviera contando esta maravillosa, entre comillas, historia-, me hizo un pequeño rasguño sobre la arteria que palpitaba a mil por hora y recogió un par de gotitas de sangre con el filo antes de cerrar la herida con apenas un pensamiento.

Acto seguido, me liberó del hechizo de inmovilidad mientras se dirigía al molde y las echaba. Hubo un pequeño estallido similar al que siempre salía del caldero de Sabrina, la bruja adolescente e, inmediatamente después, se alzó una especie de bola en llamas.

Regresemos a lo del gallina de hace unos capítulos, pues bien, podéis volvérmelo a llamar pero qué queréis que os diga, no me hacía ninguna gracia tener que depender de una bola de fuego. Puede que sea culpa de

cierto titán que se enciende como una antorcha cada vez que pierde los estribos.

Hefesto la cogió con unas pinzas largas de acero y la introdujo en un caldero de agua bien fría. Oí el ruido de la llama apagándose, lo que me produjo cierto alivio. Entonces, el buen dios me presentó una especie de enorme canica de madera y de un profundo color rojo sangre con una sonrisa muy orgullosa en la cara.

Había una pequeña circunferencia en la parte de arriba. Por lo demás, era completamente lisa. Daba un mal rollo impresionante.

—Lo único que tienes que hacer —prosiguió Hefesto— es presionar el botón y la bola te llevará adonde se encuentre la caja.

—¿Y Caleb?

—¡No vuelvas a mencionar ese nombre en mi presencia!

—Vale. Lo siento.

El dios me dirigió una mueca enajenada y dijo:

—Me pondré en contacto contigo cuando soluciones lo de la caja —el tono de su voz cambió completamente así como la expresión de su rostro al añadir—. No te gustará lo que sucederá si te niegas a pagar lo que me debes.

Me despidió con un gesto majestuoso de la mano. Casi parecía decir: eh, yo soy el rey, es un honor para ti servirme.

Como no quería meterme en más problemas, decidí que era un buen momento para marcharme:

—A Caleb, *Taxidi!*

Tenía la absurda esperanza de que el pendiente me llevara justo donde estaba el arriba mencionado. Supongo que eso habría sido demasiada suerte

-o ayuda, según se mire-así que, simplemente, me aparecí en su casa. Todo estaba destrozado, como si hubiera habido una batalla de proporciones épicas. De hecho, había varias paredes derruidas y, a pesar de que sabía que era inútil, no pude evitar ir a buscarlo por el lugar.

Estás desperdiciando un tiempo precioso, me siseó la voz de mi cabeza.

Lo sé, pero tengo que cerciorarme.

Cuando quedó perfectamente claro que Caleb no estaba por ninguna parte, saqué la canica y pulsé el botón. Algo en mi interior me decía que allá donde se encontrara la caja, hallaría a mister Siniestro también. Solo esperaba que no fuera él quien me la hubiera robado.

¿Tú eres tonta o qué? ¿Te crees que esas marcas de sangre son de mentirijilla?

No, pero tampoco tienen por qué pertenecerle a él.

Había estado tan concentrada pensando en Caleb, en su posible traición, en el daño que ésta me haría y discutiendo conmigo misma que no me di cuenta de hacia dónde me dirigía hasta que no me topé de morros contra el claro del parque McDougal. El mismo lugar donde Ryan había tenido una cita secreta de la que no me había contado ni una sola palabra. No hacía mucho de aquello, solo tres semanas, pero casi parecía una eternidad.

Aish, pensaréis que un sitio retirado y rodeado por una especie de bosque -por mucho que se encuentre en plena ciudad-tendría que haberme llamado la atención como mínimo, pero lo cierto es que no me fijé en lo que me rodeaba ni despegué los ojos de la bolita de sangre por miedo a perderla.

No obstante, ya nada de todo eso importó cuando salí de la espesura y no hubo obstáculos que me obstruyeran el campo de visión.

Me llevé una mano a la boca, completamente conmocionada, justo antes de que las piernas dejaran de sostenerme y echara hasta la primera papilla -

de nuevo, y van dos, o doscientas, no estoy segura-.

Me atravesó un poderoso rayo de culpabilidad. Más que eso, yo diría que me fulminó.

Ahí, delante de mi atónita mirada, en ese claro que una vez había sido un remanso de paz, se desarrollaba una escena propia de una peli gore.

Habían arrasado la hierba y el manto de flores brillaba por su ausencia.

Ya no se oía el rumor del agua ni el canto de los pájaros. Un pentáculo invertido dibujado en el suelo con pintura extremadamente roja -por favor, que lo sea, que sea pintura-saludaba a los

pobres desventurados que se atrevían a aparecerse por allí. En cada esquina había una hoguera que lanzaba sombras siniestras a su alrededor y en el centro... en el centro de todo aquel espanto se encontraba Caleb atado al tronco que no hacía mucho me había servido de asiento y que, en ese preciso momento, estaba colocado a modo de poste de flagelación. Caleb tenía la cabeza inclinada hacia delante, el cuerpo laxo y bañado en una sangre que le recorría los brazos desde las muñecas, la cara, el cuerpo... todo...

Mirara donde mirase, no había más que heridas y dolor. Y, sin embargo, aquello no era lo peor.

La canica siguió volando hasta detenerse delante de Caleb. ¿Queréis saber por qué?

Porque justo en el centro del pecho tenía incrustado el Ipod.

17

Empiezo a pensar que no es oro todo lo que reluce Ni siquiera me puse de pie al tratar de llegar a él. Me arrastré a gatas -

posición digna donde las haya- y atravesé el claro sin pensármelo dos veces.

Que entremedias me hubiera pringado las manos y las rodillas de aquella sustancia pastosa con la que habían hecho el pentáculo era lo de menos.

Caleb no tenía buena pinta. Estaba tan pálido y tan lleno de golpes que no sabía dónde tocar para no lastimarlo más -como me había pasado con mi madre en su momento-. Varias lágrimas desesperadas se me escaparon casi sin darme cuenta, ni siquiera me deshice de ellas.

Deseé que apareciera mi cimitarra como nunca antes había anhelado otra cosa. Una vez la tuve entre las manos, tan hermosa y afilada que costaba creer que fuera conjurada y no de verdad, la utilicé para cortar las cuerdas que lo retenían.

No obstante, apenas había logrado que el cuerpo de Caleb descasara sobre la hierba marchita cuando oí que alguien chasqueaba los dedos y unas paredes compuestas de rayos de luz y polvo se alzaron y nos aprisionaron en una jaula.

No sabía qué estaba pasando. Esos rayos, que procedían de las hogueras, se retorcían, gemían y se entretejían una y otra vez como si estuvieran vivos. Por si eso no fuera poco, una extraña nube de polvo enmarañaba los posibles huecos que dichos rayos hubieran pasado por alto.

—Cassie, bienvenida a mi fiesta.

Miré más allá de los barrotes de mi cárcel y reconocí la figura que moldeaban las tinieblas.

—¡Jackson! ¿Qué estás haciendo aquí? —Me quité una de las camisas y la rasgué para tratar de parar la sangre que seguía perdiendo Caleb—. Da igual, es peligroso. Tienes que irte.

No sé quién está detrás de todo esto, pero podría llegar en cualquier momento y hacerte daño.

¡Márchate!

Sin embargo, Jackson hizo algo que me desconcertó y me llenó de aprensión. Se rió. Así es, se rió a carcajada limpia, como si no viera lo que estaba ocurriendo delante de sus ojos, como si yo no estuviera encerrada en una jaula mágica, Caleb no se estuviera desangrando entre mis brazos y todo fuera bien en el mundo.

—Ah, Cassandra, Cassandra, Cassandra, cómo puedes ser tan obtusa —

se rió de nuevo.

Después, se encogió de hombros—, aunque supongo que es normal, visto quién te acompaña.

Seguía sin entenderlo. Además, ¿qué tenía que ver Caleb con todo aquello?

—Jackson —lo intenté de nuevo—, no hay tiempo para esto. Tienes que irte antes de que vengan.

—No va a venir nadie más. Bueno, miento, todavía falta una persona, pero no tardará en llegar.

Terminé de vendar a Caleb, me puse de pie y me acerqué a los confines de la cárcel. Él continuaba allí erguido, tan arrogante y seguro de sí mismo... Era el Jackson de siempre y, sin embargo, no lo era. Un aura de dureza y maldad lo rodeaba y sus ojos... eran rojos, como todo lo demás que me rodeaba.

¿Cómo no lo había notado? ¿Cómo no había visto esa frialdad apenas oculta bajo una capa de encanto y timidez engañosos? ¿Cómo había sido tan estúpida?

Bueno, la respuesta era tan simple como que solo vi lo que quise ver.

Boba.

—Eres tú, ¿no? Es a ti a quien he estado buscando, el señor de los demonios —no era una pregunta.

—Así es. Amor Retorcido, a tu servicio —incluso me hizo una reverencia el muy imbécil. Me gustó más cuando me la hizo Caleb, él fue mucho más grácil y majestuoso y no era para nada favoritismo de mi parte.

—Entonces, ¿por qué todo aquello de *me has gustado desde el mismo momento en que te vi* de esta tarde?

—Porque es cierto. A Jackson le gustabas tanto que se ponía celoso solo de verte con Ryan. Él creía que salíais juntos —sonrió.

Me eché a temblar. Podía ser bastante densa a veces, pero que hablara de sí mismo en tercera persona no podía ser bueno.

—¿A Jackson?

—Sí. El pobre no tardó mucho en sucumbir a mí. Si bien es cierto que ambos tenemos algo en

común, los dos queremos que seas nuestra. No tardaré mucho en convertirme en el amo de este mundo y tú vivirás para mí.

Las cosas se estaban poniendo mejor, desde luego. Supongo que ya lo habréis deducido, pero al presentarse como Amor Retorcido, es que lo era de verdad. Ese demonio había terminado por poseer a Jackson.

—¿Por qué no brillaba el Ipod cuando estaba contigo?

—Por supuesto que lo hacía. Tú, simplemente, decidiste ignorarlo.

—¿Perdón?

—Es bien sencillo. Tú sentías la conexión que hay entre nosotros. En lo más recóndito de tu ser, sabías que eras parte de mí y que yo era parte de ti.

Por eso, no mirabas al Ipod cuando estabas conmigo. En algún lugar de tu ser sabías que habría una luz blanca saliendo de la pantalla.

—¡Eso es mentira!

—No lo es. De igual manera, no es lo único que decidiste pasar por alto.

—¿De qué estás hablando?

—¿No te has parado a pensar en cómo era posible que más de la mitad de la escuela se viera influenciada por el demonio de Lisa y Jackson, que era su novio, la persona con la que compartía más tiempo, continuara siendo normal? ¿Que no sucumbiera a Violencia no fue un claro indicativo de que algo iba terriblemente mal? —se burló.

Tenía razón. No había caído en la cuenta hasta que me lo había echado en cara.

—Ha sido tan fácil preparar todo esto. Casi no me lo podía creer cuando llegaste aquí con un objeto de Hefesto. Una última cosa. Solo eso —volvió a desvariar—, y serás libre.

Libre de la caja, de los dioses, del infierno y te entregarás a mí.

Ignoré eso último, no quería pensar en ello. Me daba náuseas.

—¿Cómo has conseguido soltar a todos los demonios si solo yo puedo abrir la caja?

—Así se suponía que debía de haber sido pero, como siempre, cuando los dioses la cagan, lo hacen a lo grande. Al ser parte de ti, me convertí en un duplicado de la llave.

Estupendo. Justo lo que necesitaba, un demonio chiflado con aires de grandeza y que, encima, contaba con el poder necesario para acabar con todos. Yupi.

—¿Lo de los ataques fue cosa tuya? —le pregunté, quería que continuara hablando mientras buscaba una salida. Debía darme prisa. Caleb no iba a durar mucho más en las condiciones que en

las que se hallaba.

—No exactamente. Tenía que mantenerte ocupada para poner en marcha mi plan. Todo se descolocó un poco en el momento en que apareció Esperanza, pero fue bastante sencillo retocarlo. Su miedo y tu desconfianza hicieron el resto.

—¿Esperanza?

—Claro. No me digas que todavía no te has dado cuenta —señaló a Caleb con la cabeza—. Él es Esperanza —compuso una mueca de odio puro antes de empezar a soltar la lengua—. No sabes cómo me revienta que todavía siga vivo. Llevo miles de años luchando contra él.

Cualquiera diría que ya era hora de que se rindiera y me dejara poseerlo.

A fin de cuentas, también soy parte de su corazón y eso era lo que querían los dioses en última instancia, ¿sabías? Cuando lo condenaron a la caja, deseaban que una versión enfermiza del sentimiento que provocó vuestra caída tomara forma en su cuerpo y, así, la siguiente vez que los demonios se liberaran, él fuera quien te aniquilara. Hubiera sido lo que llaman justicia poética.

Se detuvo unos segundos mientras lo fulminaba con la mirada.

—Sin embargo, no se dejó arrastrar. A pesar de que sabía que tú no lo recordabas, su fe no decayó jamás. No dudó, no se entregó, no vaciló. ¡No sucumbió a mí por más que lo tenté!

¿Y sabes por qué? Porque no quería que te decepcionaras con él. Luchó, luchó y luchó hasta que estuvo extenuado y justo cuando creí que, por fin, podría derrotarlo y apoderarme de su alma; el muy *CENSURADO* se la entregó a esa maldita *más CENSURA* de Esperanza.

Si no me hubiera encontrado tan triste, atónita y asustada, me habrían pitado los oídos de tantas palabrotas.

—Pero ahora todo está a mi favor —se rió—. Pese a todo lo que ha peleado, va a perder —me miró—. Y es gracias a ti.

Sentí esas palabras como el puñetazo eran.

—¿Qué quieres decir?

—Fue bastante fácil capturarlo en cuanto te marchaste. Él sabía que creías que te había robado la caja, quería recuperarla para ti y eso le hizo descuidado. Mis pequeños demonios pudieron reducirlo en pocos minutos.

Tú solita has conseguido convertir a un guerrero increíble en eso —se mofó.

No pude evitar soltar un gemido agónico pues en mi interior reconocía que era cierto.

Dirigí a Caleb una mirada en la que quería transmitirle toda mi aflicción y mi arrepentimiento, pero seguía inconsciente por lo que no sirvió de mucho.

¿De verdad iba a terminar todo así? ¿Caleb iba a morir y yo me iba convertir en la reina de los demonios? ¿Y cómo esperaba Jackson que ocurriera eso? No es como si fuera a ceder así porque sí, simplemente con una palabra suya.

Él me contestó como si me hubiera leído el pensamiento.

—Es que no serás tú quien se quede conmigo.

No. Seré yo, respondió la vocecilla de mi cabeza.

—¿Qué?

—Oh, es cierto. No os he presentado oficialmente —dijo Jackson—.

Cassandra, ella es Ignorancia, la voz de tu cabeza. Ignorancia, esta es Cassandra, tu anfitriona.

Un placer.

De nuevo, hice uso de todo mi ingenio y barboté:

—¿Qué?

Sin embargo, Jackson -¿o debería dirigirme a él como Amor Retorcido?

No, mejor dejémoslo en Jackson que es más corto-estaba demasiado ocupado siendo el paradigma del cuento de la lechera y viendo su brillante futuro pasar por delante de sus ojos para responderme realmente.

Cuando abriste la caja, yo fui uno de los primeros demonios que se escaparon. Te vi y supe que eras el cuerpo perfecto para mí porque tu alma posee un grave defecto.

¿Y cuál es si puede saberse?, pregunté de malas maneras.

Nunca ves lo que no quieres ver.

Eso ya me lo ha dicho el señor cabeza loca de ahí delante y te repito que no es cierto.

Claro que lo es por mucho que no quieras admitirlo y dentro de nada seré lo suficientemente poderosa para quedarme con tu cuerpo, después de lo cual, lanzó una carcajada tan siniestra que puso en vergüenza a las de Jackson.

De repente, oí unos sonidos a lo lejos, como si alguien estuviera atravesando toda la maleza del bosquecillo para llegar al claro. Quise gritar pero, por algún motivo, no me salió la voz.

—¡Por fin! Dioses, no me lo puedo creer. Al fin, voy a poder destruir esa maldita caja.

¡Ya lo tengo todo! —gritó de júbilo Amor Retorcido—. Un objeto hecho por el propio Hefesto; los rayos de Zeus, aunque fueron bastante difíciles de conseguir y hube de sobornar a muchos dioscecillos sin importancia —y añadió con desprecio—, todos ellos siempre están intentado

escalar posiciones y conseguir más poder —me quedé con las ganas de responder: *Mmm... ¿Hola? ¿Y qué te piensas que estás haciendo tú, rico?* Pero, por una mísera vez, el filtro que hay entre mi cerebro y mi boca funcionó y me lo guardé todo para mí misma. Le eché un vistazo urgente a Caleb. Las hemorragias parecían haberse detenido, pero no podía asegurarlo y tampoco quería moverme y llamar la atención sobre él—. El fuego de Prometeo, un lobo de polvo de Epimeteo y la sangre de ese desperdicio de espacio —escupió refiriéndose a Caleb. Eso en cuanto a no llamar la atención sobre él—. Solo me queda una cosa —canturreó de nuevo—. Solo una y estoy a punto de conseguirla.

Los ruidos se hicieron más frecuentes y se oían cada vez más cerca. Me preguntaba qué era lo que podía ser y cómo eso sería capaz de mandar al cuerno la caja. Luego empecé con una larga divagación sobre los horrores que se abalanzarían sobre un mundo desprotegido si Jackson tenía suerte y lo lograba.

¿Os imagináis un planeta en el que no hubiera ningún lugar a salvo en el que esconderse? ¿Un mundo donde la felicidad no fuera más que un lejano cuento de hadas y no hubiera otra cosa más que desolación, soledad y dolor? ¿Un sitio que solo sería comparable con el infierno, donde Ignorancia fuera la soberana y Amor Retorcido, el rey?

Tenía que salir de allí. Debía evitarlo a cualquier coste. ¿Dónde estaban los dioses cuando se los necesitaba?

Me parece que andan enfrascados en una guerra sin cuartel para ver quién va a ser su nuevo rey.

¿Y tú cómo lo sabes?

Soy un demonio. Puedo sentir los cambios de poder de ambas esferas, la mortal y la inmortal.

Eso hubiera estado bien saberlo antes.

No había ningún motivo para compartirlo contigo.

No, supongo que no, respondí desanimada.

No me había dado cuenta de lo mucho que había llegado a encariñarme con esa vocecilla. A veces, era sarcástica y me metía en líos, pero me había ayudado en más ocasiones de las que podía contar.

Vi que los arbustos se movían. Estaba a menos de diez segundos de enfrentarme con la *amenaza*.

Nueve... Ocho... Siete...

Ahora que lo pensaba. Todos los ingredientes que había mencionado Jacks eran de personas que habían tenido algo que ver con la caja. Caleb, Prometeo, Epimeteo, Zeus, Hefesto, todos ellos habían tomado su parte en la historia. Solo faltaba una...

Tres... Dos...

Yo.

Uno...

Por segunda vez esa noche, una oleada de desesperación cayó sobre mí.

Solté un nuevo gemido tan lastimero que si no me hubiera estado muriendo de pena lo hubiera hecho de vergüenza.

—Como dije. Solo necesitaba un último ingrediente —comentó Jackson mientras extendía la mano para darle la bienvenida al recién llegado—. Tu alma.

18

La traición más dura de todas

Como si aquello no hubiera sido ya lo suficientemente patético, debo admitir que, en ese momento, sacrifiqué toda mi dignidad.

Me eché a llorar a mares. No creo que me hubiera puesto tan histérica desde que me enfrenté a Epi y mi madre acabó en el hospital.

No paraba de repetirme que aquello no podía estar sucediendo, que tenía que ser una maldita pesadilla de la que no podía despertar y, al mismo tiempo, me regañaba por no haberlo visto antes, por no haberme dado cuenta de todas las puñeteras señales de auxilio que había estado lanzando.

—¡No!... —aun así, dolía, dolía tanto que, de verdad, creí que me podría morir—. ¿Por qué? Eres mi mejor amigo... ¿por qué? —Se acercó a Jackson y le cogió de la mano—. ¡Respóndeme —se me escapó una palabrota de las gordas—, Ryan! ¡Por qué! ¡Por qué me has hecho esto!

Confiaba en ti...

Sin embargo, él no me respondió. Simplemente, se quedó mirándome impasiblemente, sin ninguna emoción dentro de sus vacíos y fríos ojos rojos, como quién ve a un bicho y no sabe si atraparlo para soltarlo en la calle más tarde o matarlo directamente.

Ryan nunca me había mirado así, como si no me viera, como si no fuera nada.

—¡Ryan, por favor, detén esto! —supliqué.

Se encogió de hombros y miró a Jackson con adoración y, entonces, caí en la cuenta. La voz que había acompañado a mi mejor amigo aquella noche en la que tuvo su cita secreta era la de Jackson. Todo este tiempo había estado trabajando para él. Me había traicionado.

Bueno, está poseído por Traición, ¿qué esperabas?

Ignoré esa inoportuna voz que ahora sabía que era de mi demonio y repasé todas y cada una de las veces en las que noté que ocurría algo raro, pero no le di mayor importancia.

Recordé su cara de asombro al verme el tatuaje. Ahí debería haber empezado a sospechar algo. Después de todo, ¿no había sido esa misma mañana cuando mi madre se creyó que había estado soñando al hablarle de aquella puñetera marca? ¿No me había cabreado porque había sugerido que fuera a visitar a la psiquiatra?

Luego estaba la cita con Jacks. Una parte de mí había reconocido la voz del *quarterback* y la otra, que era mucho mayor que la primera, había girado la cara y se había tapado las orejas para no ver ni oír lo que estaba más claro que una mañana de verano; que los dos me la habían estado jugando.

Si eso no me había llamado la atención, entonces, su forma rara de comportarse tendría que haberlo hecho. Cosas como que se enfadara por nimiedades o que se empeñara en que le contara todo lo que hacía, no eran normales en él. Ryan jamás me hubiera dado la espalda como lo hizo en el cuarto de baño del instituto justo antes de que me expulsaran por muy cabreado que estuviera conmigo. Y, ahora que lo pienso, qué mejor manera de mantener informado a Amor Retorcido que con las primicias que le daba su Cazadora favorita.

También me di cuenta de algo más. El día de la pelea con Lisa, Caleb me había dicho que me había perdido de vista y que le había pedido a Ryan que lo ayudara, ¿por qué tengo la impresión de que hizo justo lo contrario?

No sé, ¿tal vez porque, al fin, te has quitado la venda de los ojos? Me contestó Ignorancia dulcemente.

Hice una mueca y me llevé una mano al pecho. Ahora me río, pero en aquel entonces pensé que, tal vez, sería buena idea reservar cita con el cardiólogo, puesto que todos esos sobresaltos no podían ser buenos.

Jackson bajó la cabeza y besó a Ryan suavemente en los labios.

No lo entendía. No hacía ni diez minutos que decía que quería que yo -

bueno, Ignorancia-viviera para él y, ahora, estaba besando a mi mejor amigo.

Él ya no es tu amigo, me rebatió el demonio.

Una sensación de absoluta desolación me consumió. Tenía razón. Ryan ya no era mi amigo. Es más, ni siquiera era humano. El demonio lo había poseído por completo con una última traición: ahora lo veía más claro que el agua, había sido él quien me había robado el Ipod cuando fui a su casa el sábado por la noche.

Se había aprovechado de uno de mis peores momentos para echarle mano. Además, sabía que creía que Caleb era Amor Retorcido a pesar de que no estuviera segura del todo.

Salidas de la nada llegaron a mi cabeza las palabras de la maldición de los dioses y de las que me había olvidado por completo: *La traición de un ser querido penderá sobre tu cabeza. Estarás ciega a lo que, de verdad, será importante para ti y lo perderás entre grandes sufrimientos.*

Aquello fue la gota que colmó el vaso. Al menos, ellos podían sentirse satisfechos. Yo, por mi

parte, me estaba destrozada.

—Ryan... —me lamenté. En cierta forma, era culpa mía. Había estado tan enfrascada en luchar contra lo que me sucedía, contra los dioses, los demonios y los cambios, que no vi que una de las personas que más quería, alguien a quien consideraba como un hermano, se había deslizado entre las piedras y quedado por el camino—. Lo siento tanto...

Una vez más, había fallado.

Esa era la cruz de mi existencia. Era capaz de llegar a aquellos que no tenían nada que ver conmigo, pero justo cuando necesitaba salvar a los que yo más amaba, la pifiaba.

Tres de tres.

Mi madre se hallaba en el hospital, en coma, porque no había podido conseguir que Celos atendiera a razones antes; Caleb estaba inconsciente en el suelo, con el Ipod incrustado en el pecho como si fuera un equipo de música de última generación -en serio, ni los japoneses con sus robots lograrían algo así-, y Ryan, con los ojos llenos de malicia y vacío -aunque parezca una paradoja os juro que es una verdad como un templo de grande-, actuaba como si me odiara y no me reconociera, como si todo lo que hemos pasado juntos, todos esos recuerdos y momentos felices no fueran más que pequeños mosquitos molestos que se pueden espantar con el ademán de una mano.

Mis sollozos se hicieron más gruesos y fuertes, desgarradores, a medida que me daba cuenta de que el chico al que consideraba mi familia no regresaría jamás, que lo había perdido por estúpida y ciega. Me dolía el pecho porque el corazón se me había roto en millones de pedazos y no creía que volviera a sanar nunca jamás.

Alcé la vista hacia Ryan una última vez:

—Lo siento... —susurré.

Y él me contestó:

—Desaparece.

Te tengo.

Todo se volvió negro. Ya no olía ni el humo ni el azufre, no oía el crepitar de las llamas ni el resonar eléctrico de las paredes de rayos, no podía ver a Caleb malherido en el suelo ni a Ryan y Jackson burlándose de mí.

No, no había nada... salvo yo misma, justo delante de mí.

Y, sin embargo, no era yo. Era mi imagen especular, todo igual, incluso la pequeña mancha de nacimiento que tengo en la clavícula derecha, la marca del cuello y las tres lágrimas de tinta en la cara; todo, excepto los ojos, que eran rojos y las pupilas, rasgadas, como las de una serpiente.

Supongo que tendrá algo que ver con el dicho: *los ojos son los espejos del alma*.

Su sonrisa tampoco era la misma. No había forma de que yo compusiera esa mueca cruel al dirigirme a alguien. Me preparé para lo que iba a venir.

Sabía que ella -¿o él? No sé, era confuso puesto que se trataba de un demonio con forma de chica- iba a atacarme de un momento a otro.

Su objetivo: quedarse con mi cuerpo.

¿Qué le sobraba?

Obviamente, yo.

Sabes, estabas destinada a desaparecer. Los mismos dioses te condenaron. Desde luego, el plan de Amor Retorcido hubiera sido más piadoso para ti que lo que te aguarda en un futuro si sigues adelante.

¿Sabes qué es lo que quiere?, pregunté con curiosidad.

Por supuesto. Es lo que queremos todos. Deseamos tener el mundo a nuestros pies, reinar sobre los débiles, gozar con su sufrimiento. No hay nada más maravilloso que escuchar los gritos de agonía de alguien que sabe que no tiene escapatoria, se relamió los labios, como si se estuviera imaginando, precisamente, eso.

Por Dios, era de enfermos.

Eres humana. No puedes entenderlo.

No te lo niego. No le veo la gracia a meterme con alguien que no se puede defender. Eso es de cobardes.

El demonio soltó un gruñido. No creo que le gustara que me refiriera a ellos de esa manera.

Bueno, pues que se fastidien. Se comportaban como matones.

Utilizando sus mismas palabras: ¿qué esperaba?

Creí haberme apuntado un tanto. Sin embargo, debería haber esperado lo contrario.

Ignorancia sonrió de nuevo, como si no hubiera pasado nada. De hecho, parecía que se hubiera untado de una pintura del color de todo-lo-que-digas-me-resbala.

No debería exaltarme tanto por lo que pueda decir mi comida.

Ouch.

Eso ha dolido.

¿Ah, sí? Entonces, imagino que te has estado alimentando de mí.

Pues sí. Después de todo, tu falta de conocimiento me ha hecho más fuerte de lo que tú jamás llegarás a ser en la vida, cambió el tono de voz de molesto en plan sé-que-eres-idiota-y-no-podrías-cambiarlo-ni-aunque-nacieras-dos-veces a otro más persuasivo, así que, ¿para qué quieres seguir aferrándote a ella? ¿Para hacerles más daño a tus seres queridos? Todos ellos se encuentran así por tu culpa. No puedes responsabilizar a otros de tus errores. Tu madre está en coma, a todas luces, irreversible; Caleb se está muriendo mientras hablamos y Ryan ya se ha unido a nuestras filas.

¿De verdad quieres continuar adelante? Ya no te queda nada. Tú misma te has encargado de destruirlo. ¿No te da asco saber que sigues aquí pero ellos no? ¿No te arrepientes?

Claro que me arrepentía. Si pudiera volver atrás, cambiaría todo lo que he hecho. Para empezar, jamás abriría aquella página web ni dejaría a Ryan a su suerte. Sin embargo, cuando pensé verdaderamente en ello, me di cuenta de que, en realidad, no lo hubiera hecho porque, a pesar de todo, Caleb había conseguido salir del infierno.

¿Y para qué? Para morir a manos de su peor enemigo.

Tenía razón. Todo era culpa mía. Ignorancia estaba en lo cierto. Si yo no estuviera, ellos podrían conseguir la paz. Los demonios dejarían de atacarlos. Caleb sería libre para hacer lo que quisiera. Podría olvidarme, avanzar, encontrar a una buena chica y ser feliz.

Todos estarían mejor sin mí. ¿Por qué no lo había visto antes?

Una tristeza enorme se aposentó en mi pecho y una parte de mí reconoció que quería tirar la toalla, que solo era un ser débil y digno de lástima.

Ya no quiero continuar más.

En cuanto esa idea se me pasó por la cabeza, me arrepentí, pero fue demasiado tarde. El demonio se abalanzó sobre mí e introdujo una mano en mi pecho y estoy hablando literalmente. Me apretó el corazón con el puño y, poco a poco, el ritmo comenzó a disminuir.

No obstante, a diferencia de cualquier ser vivo, mi instinto de supervivencia parecía encontrarse en huelga. No era capaz de moverme.

Punto.

No sabéis la terrible angustia que se siente cuando uno sabe que está desapareciendo y no puede hacer nada por evitarlo.

De pronto, una especie de explosión monumental sacudió todo aquel plano inmaterial.

Ignorancia se echó a reír llena de júbilo y felicidad.

La caja se ha desvanecido. Solo un poco más y tú también lo harás.

Eso es. Solo un poco más y todo habría acabado, el dolor, el sufrimiento, la decepción.

Ya no tendría que volver a llorar ni a tener miedo o a estar sola. Ya no me abandonarían porque no habría nada que abandonar. No, nada, salvo un cascarón vacío y sin alma...

Cerré los ojos. No iba a luchar más.

¡Cassandra!

Un terrible grito angustiado me sacó de aquella bruma de depresión y al diluirse esa nube negra, me di cuenta de la enorme cantidad de chorradas que había estado diciendo y pensando en los últimos minutos. Así no era yo. Yo no me rendía. Nunca dejaba de pelear.

Miré al demonio a los ojos y vi un auténtico brillo de molestia y una pizca de admiración. Sus palabras me habían envuelto en un terrible hechizo que por poco acaba conmigo.

Ten fe, dije.

A ella. A mí misma.

No podía dejar las cosas así. Ya me había regodeado bastante en mi miseria. Era hora de sacar la cabeza del agujero en el que la había metido y afrontar los hechos. Me habían dado una paliza emocional y habían barrido el suelo conmigo. Pues vale. Sin embargo, lo que no habían tenido en cuenta era que, pese a que podía llegar a tocar fondo muy pronto, también era capaz de volver a levantarme, más fuerte que la vez anterior.

Mientras tuviera algo que proteger, continuaría peleando. Siempre.

Las cadenas, que hasta entonces me habían apresado, se rompieron como trocitos de cristal en el desierto. Empujé a Ignorancia con todas mis fuerzas y la aparté de mí. En cuanto su mano salió de mi pecho, conseguí respirar bien de nuevo.

Cogí aire otra vez, llené los pulmones y exhalé con dicha. Acto seguido, le lancé una mirada decidida al demonio e incliné la cabeza hacia un lado mientras la evaluaba.

¡Ding, ding, ding, qué comience la pelea!

Las dos hicimos aparecer sendas cimitarras al instante. Imagino que el hecho de haber estado viviendo en mi interior todo este tiempo le habrá dado la pista de lo mucho que me encantan esas cacharras.

Son tan monas... y afiladas... Aish... creo que lo único que podría superarlas, más o menos, son un buen conjunto de sai o una katana bien templada.

Para aquellos poco versados en el arte de las armas, un sai es la especie de daga que llevaba Electra -la del comic, no la de la mitología-cuando se enfrentaba a los chicos malos.

En el segundo en que nuestras espadas chocaron, saltaron chispas y yo sentí la vibración de su fuerza en los brazos. Miles de años de rencor y miedo podían hacer que incluso el demonio más

terrible, se hundiera. Por tanto, es lógico que Ignorancia no quisiera regresar al lugar del que se había largado.

Sin embargo, yo tampoco estaba dispuesta a ceder mi cuerpo a la buena de Dios.

Después de todo, es el único que tengo y no lo voy a poner de saldo para que venga cualquiera y se lo quede. De eso nada.

Ignorancia avanzó, repartiendo mandobles a mansalva. Cada vez era más difícil mantener el ritmo y defenderme, hasta que, al final, ocurrió lo que tenía que ocurrir y ella consiguió arrebatarme el arma.

Aquí voy a hacer un pequeño paréntesis para quejarme: le advertí a Caleb que necesitaría mis habilidades a punto con la cimitarra, pero él no quiso hacerme caso y se empeñó en que no empezáramos con los palos hasta que no me viera preparada. Me hubiera gustado decir: ¡Ves, te lo dije!

¿Y, ahora, qué hacemos?

Bueno, pues supongo que lo que hice a continuación.

El demonio sonrió, sabiéndose o, más bien, sintiéndose triunfador, por lo que cometió un error muy grande: me subestimó.

Cuando fue a clavarme la hoja en el estómago, me moví tan deprisa que le sorprendí.

Logré colocar la espada entre mi cadera y mi brazo -sí, sí, lo sé, un movimiento muy arriesgado y que si mi madre lo hubiera visto, me hubiera partido la cabeza solo por haber hecho el amago de intentarlo-, y me giré hacia un lado, con lo que conseguí arrebatársela.

No obstante, la fuerza centrífuga no me permitió agarrarla bien y, por desgracia, salió volando, así que quedamos una contra una, con las manos desnudas de nuevo.

Pensaréis, ¿por qué no materializar más armas? ¿Qué hay de un hacha, una pistola o una bomba atómica?

Sí, claro, y ya que estamos, nos traemos también todo el armamento de la OTAN.

En fin... Eso es imposible. Cualquier materialización requiere energía y si la desperdiciábamos en eso, no podríamos luchar con la misma eficacia que antes.

El descanso terminó y volvimos a enzarzarnos una vez más. Aun así, no vayáis a creer que aquello fue la típica pelea de gatas en la que nos cogimos la una a la otra de los pelos y empezamos a tirar hasta dejarnos calvas.

Tampoco fue una pelea en el barro, si es lo que estáis pensando, vosotros, los viciosillos. Para nada.

Las dos sacamos a relucir todos los trucos que habíamos aprendido y unos cuantos más que

improvisamos por el camino.

Fue como si Jackie Chan peleara contra Jet Lee y, para que conste, yo era Jet Lee, me gusta más. ¿Habéis visto *El beso del dragón* o *El único*?

Molaba un montón la forma que tenía de repartir leches, pero bueno, me estoy desviando y, ahora mismo, es más importante describir cómo gané -

entre comillas y cursiva- para que os pueda contar el resto de la historia.

Repartimos guantazos y patadas a diestro y siniestro. Ella conectó un poderoso puñetazo en mi estómago, lo que provocó que me quedara sin respiración un par de segundos. Pese a ello, no le dejé ganar terreno, yo le arreeé otro igual de potente contra la mandíbula y, sinceramente, me alegré un montón cuando oí una especie de *crack* e Ignorancia se llevó una mano allí y me miró con veneno en los ojos.

Escupió un diente.

¿Quién hubiera dicho que en una dimensión como aquella, los demonios también pudieran hacerse pupa?

Esta me la pagas, refunfuñó.

Ponte a la cola.

Nos volvimos a posicionar, listas para el nuevo *round*. De hecho, ella me tenía cogida por el cuello con una fiera llave de kárate cuando todo aquel mundo comenzó a irse, literalmente, al infierno.

Ignorancia me soltó, asustada. No lo comprendía. No sabía qué estaba pasando ni por qué se comportaba de esa manera. ¿No era parte de su plan para socavar mi resolución?

¿*Qué está sucediendo?*, pregunté sin poder evitarlo y deseando que me dijera la verdad.

Algo va mal en el mundo exterior.

¿*Qué quieres decir?*

¡Tenemos que regresar! La caja se ha destruido pero la puerta al plano de la Inexistencia no. ¡Eso ha ocurrido porque no he podido quedarme con toda tu alma! ¡Es culpa tuya! Ya no hay tiempo.

No entiendo, negué con la cabeza.

Ella hizo un gesto exasperado con las manos antes de comenzó a caminar de un lado para otro.

Tu alma es lo que ata la puerta del abismo a esta dimensión. Por eso, si nos deshacíamos de ella junto con algo relacionado con todos los que participaron en el lío de la caja, podríamos solucionarlo. Dejaríamos de tener miedo a que nos obligaran a regresar algún día. Pero tú lo

has estropeado todo y si no regresamos para evitar que la puerta se extienda, moriremos.

Bien, no me gustaba cómo sonaba lo del *moriremos*.

¿Y qué hacemos para regresar? Te recuerdo que has sido tú la que nos ha metido en este sitio, para empezar.

Ya lo sé. No obstante, ahora tenemos un pequeño problema para salir de aquí.

Me temía lo peor.

¿Cuál?

Por su mirada, preferiría no haber preguntado.

Si la caja ha reventado, significa que te queda solo media alma. No podemos salir de este plano así o ambas la diñaríamos al instante. ¿No crees que este sería el momento para que decidieras jugar al papel de la heroína y sacrificarte por los demás?

Me parece que no. Busca otro plan. No pienso renunciar a mi cuerpo.

Solo queda una solución y, créeme, me hace la misma gracia que a ti.

¿Cuál?, repetí.

Fusiónate conmigo.

¡Qué!, me había quedado sin palabras.

Fusiónate conmigo. Es la única manera. Solo yo puedo suplir la parte que te falta. No podemos ponernos a buscar un reemplazo ahora.

Eso era cierto, pero fusionarme con el demonio que me había robado la mitad del alma me parecía un poco excesivo.

Otra especie de terremoto sacudió la dimensión.

¡Tienes que decidirte ya! Me gritó muerta de miedo. Al estar conmigo, no sobreviviría si yo fallecía. Fusionarse conmigo era lo que podríamos llamar un mal menor.

Como suele decirse, a la tercera va la vencida, así que cuando todo volvió a tambalearse, grité:

¡Hagámoslo!

De esa manera, ambas conseguiríamos lo que queríamos: yo seguiría con vida para continuar luchando por aquellos a los que amaba y ella ya no tendría que temer a la caja nunca más.

Ignorancia se acercó a mí y me abrazó. Durante un minuto entero se quedó así. Casi parecía como si fuéramos viejas amigas y nos estuviéramos reencontrando. Justo en el momento en que me

relajé, ella se deslizó en mi interior y sentí que algo cálido, como un sentimiento acogedor, me envolvía y me consolaba.

Nuestra unión fue una especie de simbiosis. Ahora sé que hay un demonio en mi interior, pero yo sigo siendo yo y no hay más vuelta de hoja.

Tampoco tuve tiempo de apreciarlo mucho más puesto que al abrir los ojos, me encontré con el mayor caos que hubiera visto en mi vida y, teniendo en cuenta todo lo que había estado desfilando por ella últimamente, eso era decir mucho.

Las hogueras se habían apagado y la prisión de luz parecía haberse derrumbado. Caleb se sujetaba como podía al tronco al que antes había estado atado y sangraba profusamente de nuevo.

Por su parte, Jackson y Ryan se habían pegado como garrapatas a sendos árboles en la primera fila de maleza. Peleaban contra el fuerte viento que se había levantado y que estaba tratando de arrastrar todo hacia el mayor agujero negro de la historia.

No es un agujero negro, me susurró Ignorancia llena de pánico. Eso es lo que guardaba el Ipod. Es la entrada al infierno.

19

Volveremos a vernos

Se había desatado la catástrofe que habíamos tratado de evitar así que,

¿qué tal si hacemos una fiesta? No os preocupéis, yo pongo los bocadillos y la diversión. De hecho, se me había ocurrido que podríamos hacer una yincana. No os preocupéis, no será peligroso, solo un par de demonios desquiciados, un pentáculo místico y una puerta al infierno. Lo típico en este tipo de cosas.

Ahora en serio, si todo iba cuesta abajo antes de que entrara en ese plano dimensional raro, cuando salí de él, lo resumiré en una palabra: puff.

Jackson fue el primero en percatarse de que me había despertado.

Imagino que me había visto moverme o, a lo mejor, se debía a que el tamaño de mi boca abierta era de un kilómetro de ancho, fuera lo que fuera, hizo que me gritara: —¡Ignorancia! ¡Tenemos que irnos!

Así que se habían quedado por ella. Pues se iban a llevar el chasco del siglo.

—¡El agujero se encargará de Esperanza!

Él quiere que la puerta absorba a Caleb y que, luego, se vaya desvaneciendo al no tener nada que la alimente. Sin embargo, lo que no sabe es que esta puerta no funciona como el resto hechizos. Solo crecerá y crecerá hasta que se trague todo. Tenemos que detenerla.

¿Serás capaz de hacerle frente? Sí, ya me lo han dicho, muchas veces por cierto, estoy loca,

cómo se me ocurre preocuparme por un demonio que no hacía ni cinco minutos quería devorarme, etc. etc., pasemos a otro tema.

Tendré que hacerlo.

—¡Ignorancia, vámonos! —volvió a gritar Jackson. Parecía estar perdiendo el asidero en el árbol.

A todo esto, yo era la única que no se vea afectada por la fuerza gravitatoria del agujero negro. ¿Por qué? Ni idea, pero oye, a caballo regalado, no se le mira el diente.

Es porque tú eres parte de la caja, respondió mi demonio.

Estupendo.

—¡A qué esperas!

Sin embargo, no hizo falta que dijera o hiciera nada puesto que Ryan se me adelantó y levantó la liebre. Puede que ahora fuera Traición, pero me conocía mejor que nadie.

—¡Sigue siendo Cassandra! ¡Ignorancia no ha podido consumirla! ¡Por eso, se ha abierto el vórtice!

—¡Qué! ¡No!

Me miró y solo necesitó una fracción de segundo para entender la verdad. Su plan se había desbaratado en el último instante posible.

Ya podía oír la voz del malo de la peli *La espada mágica* diciendo: *dos por el precio de uno. Realmente, hoy es mi día de suerte.*

Que a santo de qué venía eso. Bueno, es por lo del comentario ese de: *el último instante posible.* Los que hayan visto la peli, entenderán la referencia.

Aun así, os pido perdón. Cuando me pongo nerviosa, tiendo a ser sarcástica o a divagar.

Esta vez, me ha dado por lo segundo. En cualquier caso, me hubiera gustado que hubierais visto la cara de Jackson cuando lo entendió todo.

Señor, las palabras no alcanzan para describir; primero, la estupefacción; seguida de una buena dosis de incredulidad y, por último, la rabia.

Había perdido.

Cierto que estábamos de problemas hasta el cuello, pero a él, las cosas tampoco le habían salido bien.

Punto para Cassie, soltó Ignorancia. Qué maja.

Tú lo has dicho, colega.

Ahora solo quedaba encontrar una manera de meter a ambos demonios dentro de la esfera y buscar un lugar que pudiera ser un buen reemplazo para la caja.

Complicado.

Ya.

No, si lo digo porque Amor Retorcido y Traición se están largando y nos están dejando con el marrón.

Era verdad. Se estaban yendo y no podía permitirlo. No obstante, justo en ese momento, Caleb soltó un grito estrangulado. Giré la cara y vi que la puerta del infierno lo había elegido como presa y se estaba acercando a él a

ritmo lento pero constante. La fuerza gravitacional hacía que no pudiera apoyar los pies en el suelo. De hecho, la única razón por la que no había salido volando todavía era que se había agarrado a los restos de las cuerdas que antes lo aprisionaban.

—¡Caleb!

Sabía que no iba a aguantar mucho más.

Miré hacia los demonios, que se estaban alejando poco a poco y con dificultad, luego a Caleb, apenas resistiendo la atracción de la puerta.

Por cierto, Amor Retorcido dice que si sobrevivimos, volveremos a vernos y que la próxima vez serás suya para siempre.

¡Pero qué les pasa a todos con tratarme como si fuera un objeto!

Es lo que tiene ser tan popular, chica.

¿Cómo has podido hablar con él?

Los demonios conocen el idioma sin palabras.

Eso no existe.

Claro que sí. Lo que pasa es que los humanos no saben utilizarlo.

Perdieron ese conocimiento en el principio de los tiempos.

Pues qué bien.

Me hubiera gustado seguir quejándome, pero se me agotó el tiempo del todo. Caleb gritó. La esfera se hallaba casi encima de él y me di cuenta de que el hecho de que se marcharan Jackson y Ryan me daba igual siempre y cuando pudiera salvar a Caleb.

A la cuarta va la vencida.

Esperemos.

Me prometí a mí misma que cazaría a Amor Retorcido y que liberaría a Ryan de las garras de Traición. Todavía no sabía cómo lo iba a lograr pero lo haría. En ese momento, en lo que tenía que concentrarme era en sacar a Caleb de allí y conseguir que la puerta del infierno se fuera, eso, al infierno.

¿Alguna sugerencia? Le pregunté a Ignorancia mientras me dirigía a Caleb a pasos agigantados. Le di gracias a los dioses por que la gravedad no me afectara. Iba a tener que pasar tan cerca de esa cosa que solo de pensarlo se me ponía la carne de gallina.

¿Echar a correr y gritar que viene el coco?

Lo digo en serio.

Yo también.

A ese paso, todo lo que había sufrido, no serviría de nada. Todos los demonios se iban a escapar. Me sorprendía que no lo hubieran hecho ya.

Seguro que no era porque no lo hubieran intentado. Tenía que haber algo que se lo hubiera impedido, pero ¿qué?

Llegué a Caleb en el instante en que se soltó de las cuerdas. Lo atrapé por la camisa y el impulso casi hizo que perdiera el equilibrio. Oí el sonido de la tela rasgándose. Bueno, más que oírlo, lo sentí. Me moría de terror, ya que era lo único que evitaba que el chico regresara a aquel lugar.

El plano de la Inexistencia. Un tipo de infierno que creó el Hontanar Primordial para encerrar a los seres primigenios.

Ya me lo explicarás más adelante, respondí con esfuerzo. Agarraba la camisa de Caleb con una mano mientras que con la otra me sujetaba a las cuerdas del árbol. Caleb estaba un poquito ocupado tratando de evitar morirse desangrado. Las heridas se le habían abierto y todos aquellos balanceos las estaban agravando.

—¡Caleb, sujétate a mí!

Había que sacarle de la línea de influencia de aquella cosa. Luego podría hacer lo que le diera la gana. La camisa se estaba desgarrando...

—¡Caleb!

Finalmente, pareció entrar en razón porque estiró una mano y se aferró a mí. Con un par de maniobras más, conseguí que se alejara del vórtice y posara los pies, de nuevo, en el suelo.

Le ayudé a llegar a la línea de malezas y le apreté las vendas improvisadas y manchadas de sangre sin quitarle ojo a aquella cosa.

Caleb tosió y gimió. Parecía que aquel avión suicida que había intentado acabar conmigo en su

momento había decidido regalarle una visitilla a mi acosador favorito. Si es que estaba visto que relacionarse conmigo traía la desgracia a la gente.

—No... es... cierto —me susurró él.

¿Lo había dicho en voz alta?

—Da igual. Quédate aquí y guarda fuerzas. Encontraré una manera de deshacerme de esa cosa y podremos volver a casa, ¿vale? No te vayas a morir. Me voy a enfadar mucho si lo haces — terminé con un sollozo apenas contenido.

—Tranquila... Todavía tengo que... darte... mucha guerra.

—Eso es.

Me incliné y le di un beso en la frente, destinado a consolarlo a él y, de paso, a mí.

También era el único sitio que no estaba muy manchado de sangre. Él no me tocó, continuó con las manos encima de la herida y yo, si he de ser sincera, se lo agradecí. No sabía cómo hubiera reaccionado si lo hubiera hecho. Tenía miedo de descubrir que no hubiera sido capaz de moverme y aquello no era una opción.

Me levanté y me di la vuelta para enfrentarme al claro de los horrores -

casi parece el nombre de una atracción de feria o de un libro de miedo-.

Aquella esfera daba la impresión de estar viva. Había cambiado de dirección y se dirigía hacia nosotros. Estaba empeñada en comerse a Caleb y lo peor era que crecía y crecía sin cesar.

¡Pero qué le han dado! ¿Un petit suisse para que se haga mayor? Pensé entre enfadada y cohibida.

Di dos pasos hacia delante. La mente me iba a toda velocidad. Se me ocurrían y descartaba ideas en cuestión de segundos. Ninguna aceptable, ninguna lo suficientemente válida para sacarnos del atolladero.

A no ser...

Miré a Caleb. Estaba haciéndose el fuerte, pero se iba poniendo más y más pálido delante de mis ojos. No quería asustarme y, por eso, no se quejaba.

Lo que se me había ocurrido era una auténtico disparate. Tal vez, ni siquiera saliera bien.

Sin embargo, ¿qué otra cosa podía hacer?

No había tiempo ni armas con las que contar y algo en mi fuero interno me decía que, por mucho que le rogara ayuda a los dioses, no me iban a responder.

¿Es que no se iba a acabar nunca ese puñetero día?

Enderecé los hombros y me acerqué más a la esfera. El viento comenzó a despeinarme y el miedo hacía que temblara como una hoja.

¿Estás segura de que quieres hacer esto?

¿Se te ocurre una idea mejor?

Después de un corto silencio, el demonio contestó: No.

Ignorancia, la llamé. Me parecía increíble que en tan solo unos minutos hubiéramos conseguido este tipo de relación. Como si fuera una amiga.

Dime.

Ten fe, sonreí.

Creo que eso se va a convertir en mi grito de batalla. ¿No dicen que la fe mueve montañas? Esperaba que fuera cierto.

De todas formas, al fin había comprendido por qué Caleb me lo había dicho la primera vez, allá cuando tuvimos que enfrentarnos a Epi. Con la fe viene la esperanza y con la esperanza, el poder de hacer nuestros deseos realidad.

Sin embargo, podía ser un arma de doble filo ya que, como todo, ese poder había que alimentarlo con algo y su gasolina era, ni más ni menos, que la energía vital de cada uno.

También me había dado cuenta de otra cosa, algo que Caleb descubrió pero no quiso decirme para no hacerme daño. El que mis amigos pasaran de mí, fue porque yo lo deseé.

Quise que todo el mundo me dejara en paz.

No era de extrañar que se hubiera asustado tanto. Qué estúpida había sido.

Ya era hora de corresponder a Caleb por toda la fe que había depositado en mí. Después de todo, me había sido fiel desde el desastre de Pandora.

Bueno, en realidad, le había sido fiel a ella, pero eso da igual. El caso es que se merece una recompensa y qué mejor que evitar que termine otra vez en esa prisión eterna.

Se me humedecieron las palmas de las manos, así que me las limpié en los pantalones o eso intenté. No iba a ser nada fácil y no sabía si mi cuerpo lo iba a soportar. Supongo que así trabaja la fe. Sin razones, sin certezas, solo con anhelos.

Y yo tenía uno muy fuerte.

Dejé la mente en blanco. Despejé todo lo que me había estado acribillando y haciendo daño desde que había comenzado aquella odisea.

Olvidé que mi madre seguía en coma, tenía dos titanes cabreados -más o menos- detrás de mí, un

enemigo en las sombras y un favor pendiente a un dios. Sobre todo, dejé de lado que, muy pronto, habría de cazar a mi mejor amigo y a Jackson.

Relajé los músculos, cerré los ojos y, simplemente, tuve fe y deseé.

Deseé con todas mis fuerzas y tuve fe en que Esperanza me escucharía.

De repente, sentí una quemazón horrible en la cara que me llevó a abrir los párpados y ver que las tres lágrimas negras que tenía tatuadas en la mejilla salían de mi piel y se elevaban delante de mí como tres gotas de tinta.

El espectáculo fue asombroso. Me quedé sin aliento y con la sensación de estar soñando.

Me recreé en sus giros concéntricos a la vez que se iban llenando, cambiando de color y acercándose a la esfera.

¿De qué se estaban atiborrando? No lo sé exactamente, pero, por el color que adquirieron, yo diría que tenía algo que ver con el pentáculo místico.

Como lo de Ryan, aparté aquello a un lado. No podía desconcentrarme.

No iba a permitirlo. Sé que, de fondo, Caleb tosió otra vez. Debía darme prisa.

Las gotas de tinta rodearon el vórtice a toda velocidad pero antes de que este pudiera comérselas, las lágrimas levantaron una especie de jaula como en la que me había encerrado Jackson. De hecho, de ahí saqué la idea.

Al poco, el polvo y los rayos lo aprisionaron y lo obligaron a menguar.

Los rayos se movían como zarzas, se entretrejían y se retorcían sin parar. El polvo llenaba las fisuras para someter al agujero negro a un encierro mucho más forzado que el de la caja.

Pude sentir el sudor que me resbala por la frente y por ambos lados del rostro. Estaba empezando a marearme. Es más, las rodillas se me doblaron y me hundí en el suelo.

Solo necesitaba un poquito más de poder.

Ten fe.

Un poquito más...

En el cielo se oyó un trueno y empezó a llover a cántaros. El viento se hizo más frío y cortante, como si la puerta del infierno se hubiera enfadado y estuviera dado los últimos coletazos antes de claudicar y someterse a las nuevas restricciones.

Finalmente, la nueva prisión quedó encogida al tamaño de una canica que salió disparada y se estrelló contra uno de mis ojos.

Grité de dolor. Podía sentir que una parte de la cara se me llenaba de sangre. Me di media vuelta y

vomitó.

Una agonía como ninguna otra me sacudió y, cuando, por fin, me reclamó el olvido, me fui feliz al valle de la inconsciencia.

Epílogo

Las estimaciones de las Moiras

Sinceramente, jamás supe el tiempo que me pasé en el mundo de Yupi.

No es que me queje.

Cuando me desmayé, tuve el horrible presentimiento de que nunca me iba a despertar de nuevo. Tenía que dar gracias por haberme equivocado.

Eso sí, podría haberme ahorrado la parte en la que me dolían hasta las pestañas, la verdad.

En fin, en un principio había pensado en contar la primera parte de la historia y detenerme en el momento en que la puerta del infierno tuvo un viaje un poquito accidentado a mi cuerpo. Sin embargo, me parece importante que os enteréis de la conversación que sostuve con Atenea poco después de que recuperara la lucidez, por decirlo de alguna manera.

El primer detalle en el que me fijé fue que habíamos regresado a casa de Caleb, el segundo es que tenía tapado el ojo izquierdo y el tercero fue que la propia diosa de la inteligencia se encontraba allí y me miraba con el ceño fruncido.

No parecía para nada contenta. Desde luego, no era para menos.

—Te gusta complicar las cosas, ¿verdad? —me saludó.

—Ya sabes que es un don que tengo —la voz me salió un poco ahogada, pero lo suficientemente clara.

Atenea suspiró.

—¿En qué estabas pensando cuando se te ocurrió esa idea tan descabellada?

—En que era muy joven para morir. Por si no te diste cuenta, las probabilidades no estaban a nuestro favor.

—Ahora lo están menos.

—¿A qué te refieres?

No hay nada como unas buenas malas noticias para alegrarle la existencia a una.

—Los dioses han pasado de considerarte una molestia a verte como una posible amenaza.

—¿Qué? ¿Por qué?

—No sé, tú me dirás. El hecho de que te hayas fusionado con un demonio poderoso y que albergues en tu interior la puerta al infierno es solo una coincidencia, seguro.

Respiró hondo para volver a ponerse bajo control. Una diosa exaltada era una diosa peligrosa.

—Lo primero es lo primero —dijo—, tu ojo izquierdo es la conexión de la puerta con el mundo exterior así que te sugiero que lo mantengas tapado a menos que vayas a hacer uso de él.

Asentí. Unas gafas de sol bastarían, ¿no?

—No, no valen. Cuando digo tapado, quiero decir: completamente cubierto. Un parche o algo así es lo mejor. De hecho, si puedes encontrar algo tejido con el hilo de Ariadna, sería estupendo.

Oh. Eso podía costarme un poco más.

—No sabemos si habrá efectos secundarios además de eso. Es impredecible. Ni siquiera las Moiras han podido determinarlo. Todo queda en manos del Hontanar Primordial. Esa es una de las razones que te ponen en cabeza de los humanos que menos les gustan a los dioses.

—¿Hay más? —me burlé. Total, ellos ya me habían fastidiado bastante.

Estaba convencida de que era culpa del rubito prepotente aquel, alias Apolo, y de sus amiguitos que Ryan me hubiera dado la espalda.

—Cassandra... —suspiró. Tenía la sensación de que estaba exhausta y me sentí culpable por agregar más presión a su carga.

—Lo siento.

—El que ahora no se pueda destruir la caja no significa que las cosas vayan a mejorar instantáneamente. Los demonios andan sueltos. Nada los retiene. Será mucho más difícil atraparlos y lo peor de todo es que el Oráculo del Destino ha hablado. Ha predicho que de aquí a un año, máximo, Amor Retorcido se hará tan poderoso que ni siquiera tú podrás detenerlo.

—Así que seguimos de problemas hasta el cuello, ¿eh?

—Eso me temo.

—¿Qué puedo hacer, Atenea?

¡Por el Capitán América y Thor juntos! Había frustrado los planos del malo malísimo malo -léase Jackson-, pero por qué me daba la impresión de

que la derrotada era yo. ¿Por qué sentía que hiciera lo que hiciese, no podría ganar nunca?

—Por lo pronto, saldar una deuda.

—No entiendo.

—Hefesto me ha pedido que te pasara esto —me entregó un sobre lacrado. El sello tenía forma de martillo encima de un yunque.

Siendo honesta, no me lo esperaba.

—¿No te llevabas mal con él?

—Ah, eso —hizo un gesto con la mano para quitarle importancia—. Es que le hice un pequeño favor a Afrodita para que pudiera ir a retozar con Ares y Hefesto no se lo tomó muy bien.

—Ya. Me imagino.

Hombre, a mí tampoco me gustaría que ayudaran a mi esposa a ponerme los cuernos y, encima, con un bruto que no sabría distinguir un libro de una piedra.

Atenea se echó a reír.

—Se me había olvidado lo graciosa que eras.

Y a mí que podía leerme la mente.

—En fin. Eso es todo lo que he venido a decirte. Planharemos la estrategia cuando vuelvas de tu recado para el feito.

—¡Espera! ¿Y Caleb?

—¿Esperanza? —Se le suavizó la mirada—. Tranquila, está bien. Está jugando con su guitarra ahora mismo. Tiene la suerte de que se cura más rápido que tú.

Dicho esto, se marchó, dejándome sola con la carta.

Después de todo lo que había sucedido, parecerá gracioso, pero me daba miedo abrirla.

Al fin y al cabo, provenía de un dios. Ellos nunca tenían nada bueno que contarme.

Sin embargo, tampoco podía quedarme mirándola para siempre. Hefesto me había amenazado con repercusiones muy graves si no cumplía mi parte del trato. Sin pensarlo, me llevé la mano al pendiente de Atenea. Solté un suspiro aliviado al notar que seguía allí. No creía que pudiera soportar tener que viajar *al estilo cerdito*.

Con un último suspiro, me armé de valor y rasgué el lacre rojo como quien arranca una tiritita.

Leí la misiva y casi me da un síncope al terminarla.

¡A Hefesto se le había ido la pinta a base de bien! No podía estar pidiéndome aquello.

¿Cómo esperaba que fuera a lograrlo?

¿Cómo creía que iba a poder hacerme con los tres fragmentos de la guadaña de Cronos y a regresar del Inframundo de una sola pieza?

Señor, ¿en qué nuevo lío me había metido?

Ni siquiera Esperanza me iba a librar de esa.

Míralo por el lado bueno. Vamos a averiguar por qué le mola Caleb a Perséfone.

Llamaron suavemente a la puerta y la abrieron sin hacer ruido. Mis labios se estiraron con una sonrisa bobalicona sin que mi mente fuera consciente de ello.

Hablando del rey de Roma.

¡Cállate!

Aunque me daba igual que Ignorancia se burlara de mí. Caleb se había sentado a mi lado, en la silla junto a la cama, guitarra en mano, y me sonreía.

Él iba a cantar para mí, así que todo lo demás podía esperar. Iba a beber de ese instante de felicidad que me brindaba y a aprovecharlo. No sabía lo que me deparaba el mañana, pero el hoy era mío para hacer lo que quisiera.

Además, Caleb estaba junto a mí. Por ahora, eso tendría que bastarme.

El resto vendría después.

Red Apple Ediciones

Pamela Fernández Tovar ©2017

Sigue a Red Apple Ediciones y no te pierdas ninguna de nuestras novedades

en: www.redappleediciones.com

Table of Contents

[Prólogo](#)

[1](#)

[Me lo pensaré dos veces antes de volver a buscar en Internet](#)

[Me lo pensaré dos veces antes de volver a buscar en Internet](#)

[2](#)

[3](#)

¿Qué hacer cuando alguien te guarda un rencor milenario?

¿Qué hacer cuando alguien te guarda un rencor milenario?

4

Lo siento, tío, pero la muerte ya nos ha separado

Lo siento, tío, pero la muerte ya nos ha separado

5

Mi primera misión. Perdonad si os digo que no estoy saltando de alegría.

¿Cómo diablos voy a conseguir meter al monstruo en una cajita estropeada?

Mi primera misión. Perdonad si os digo que no estoy saltando de alegría.

¿Cómo diablos voy a conseguir meter al monstruo en una cajita estropeada?

7

Eso me enseñará a tener un plan de reserva

Eso me enseñará a tener un plan de reserva

8

Resulta que mi acosador me estaba protegiendo

Como si no tuviera ya suficientes problemas, ahora se me presenta una novia desquiciada

Resulta que mi acosador me estaba protegiendo

Como si no tuviera ya suficientes problemas, ahora se me presenta una novia desquiciada

10

Gano un concurso de piruetas a una animadora aterradora

Gano un concurso de piruetas a una animadora aterradora

11

Hay que tener cuidado con lo que se desea porque podría hacerse realidad

Hay que tener cuidado con lo que se desea porque podría hacerse realidad

12

Tres lágrimas negras por una esperanza perdida

Tres lágrimas negras por una esperanza perdida

13

Un titán me sigue jugando malas pasadas

Un titán me sigue jugando malas pasadas

14

¿Quién es el demonio más poderoso?

¿Quién es el demonio más poderoso?

15

La situación se me escapa de las manos

De una crisis a otra y tiro porque me toca

Empiezo a pensar que no es oro todo lo que reluce

La traición más dura de todas

Volveremos a vernos

La situación se me escapa de las manos

De una crisis a otra y tiro porque me toca

Empiezo a pensar que no es oro todo lo que reluce

[La traición más dura de todas](#)

[Volveremos a vernos](#)

[Epílogo](#)

[Las estimaciones de las Moiras](#)

[Las estimaciones de las Moiras](#)

Document Outline

- [Prólogo](#)
- [1](#)
 - [Me lo pensaré dos veces antes de volver a buscar en Internet](#)
- [Me lo pensaré dos veces antes de volver a buscar en Internet](#)
- [2](#)
- [3](#)
 - [¿Qué hacer cuando alguien te guarda un rencor milenario?](#)
- [¿Qué hacer cuando alguien te guarda un rencor milenario?](#)
- [4](#)
 - [Lo siento, tío, pero la muerte ya nos ha separado](#)
- [Lo siento, tío, pero la muerte ya nos ha separado](#)
- [5](#)
 - [Mi primera misión. Perdonad si os digo que no estoy saltando de alegría.](#)
 - [¿Cómo diablos voy a conseguir meter al monstruo en una cajita estropeada?](#)
- [Mi primera misión. Perdonad si os digo que no estoy saltando de alegría.](#)
- [¿Cómo diablos voy a conseguir meter al monstruo en una cajita estropeada?](#)
- [7](#)
 - [Eso me enseñará a tener un plan de reserva](#)
- [Eso me enseñará a tener un plan de reserva](#)
- [8](#)
 - [Resulta que mi acosador me estaba protegiendo](#)
 - [Como si no tuviera ya suficientes problemas, ahora se me presenta una novia desquiciada](#)
- [Resulta que mi acosador me estaba protegiendo](#)
- [Como si no tuviera ya suficientes problemas, ahora se me presenta una novia desquiciada](#)
- [10](#)
 - [Gano un concurso de piruetas a una animadora aterradora](#)
- [Gano un concurso de piruetas a una animadora aterradora](#)
- [11](#)
 - [Hay que tener cuidado con lo que se desea porque podría hacerse realidad](#)
- [Hay que tener cuidado con lo que se desea porque podría hacerse realidad](#)
- [12](#)
 - [Tres lágrimas negras por una esperanza perdida](#)
- [Tres lágrimas negras por una esperanza perdida](#)
- [13](#)
 - [Un titán me sigue jugando malas pasadas](#)
- [Un titán me sigue jugando malas pasadas](#)
- [14](#)
 - [¿Quién es el demonio más poderoso?](#)
- [¿Quién es el demonio más poderoso?](#)
- [15](#)
 - [La situación se me escapa de las manos](#)

- [De una crisis a otra y tiro porque me toca](#)
- [Empiezo a pensar que no es oro todo lo que reluce](#)
- [La traición más dura de todas](#)
- [Volveremos a vernos](#)
- [La situación se me escapa de las manos](#)
- [De una crisis a otra y tiro porque me toca](#)
- [Empiezo a pensar que no es oro todo lo que reluce](#)
- [La traición más dura de todas](#)
- [Volveremos a vernos](#)
- [Epílogo](#)
 - [Las estimaciones de las Moiras](#)
- [Las estimaciones de las Moiras](#)